

# LOCA

UNA NOVELA DE

LORENA PRONSKY

*Todos tenemos un momento donde se nos parte la vida en mil pedazos. Reconstruirla es imposible. Las piezas de antes ya no existen.*

*Algunas se perdieron, otras se rompieron, y otras quedaron tan estropeadas que tirarlas resulta ser una manera poética de salvarlas.*

*Si tuvimos un poco de suerte y nos quedaron los cimientos, se nos impone la tarea de convertirnos en arquitectos de nosotros mismos. Se trata de levantar una nueva historia. Una nueva vida. Un nuevo mundo.*

Carola Henner, psicóloga y escritora, tomó una decisión que pudo haber sido definitiva. Pero en el minuto antes de lo fatal, algo inesperado sucedió. ¿Cómo se vuelve del deseo de morir? ¿Es posible reconstruir una nueva vida? ¿Cuántas de nuestras elecciones son libres y cuántas son reactivas frente a un mundo que no deja de empujar?

En esta, su primera novela, Lorena Pronsky pone el foco en la salud mental. A través de las experiencias de Carola, llevará al lector por un camino complejo, pero de constante autoconocimiento, en el cual la protagonista se encomendará a la tarea posible de vivir bajo la aceptación de la totalidad del mundo, tanto en sus zonas luminosas como en las más oscuras. En este viaje terapéutico, aprenderá a separar aquello que atenta contra su bienestar de todo lo otro que lo favorece. Un libro descarnado por momentos que nos lleva, a través de sus relatos con humor filoso, desbordante y realista, a un universo repleto de enseñanzas donde la amistad, los lazos familiares, los vínculos sexoafectivos y el erotismo, apoyados en un trabajo introspectivo permanente, cobran especial relevancia.

# LOCA

UNA NOVELA DE

LORENA PRONSKY



VERGARA




Lorena Pronsky, 2024
2024, Penguin Random House

*A mis hijos, Pedro, Juanse y Fran,*
*por quererme en todas mis versiones.*

*Qué belleza guardan aquellos que no encuentran*
*su lugar fácilmente entre tanta gente.*
*Tal y como está el mundo, es un privilegio no encajar*.

ALEJANDRA PIZARNIK

# PRIMERA PARTE

# 1

Todo comenzó con el final.

# 2

Abro los ojos de golpe. No sé dónde estoy.

Lo único que veo es una pared descascarada y sucia que en algún momento debió ser blanca. Hay olor a frío. Es un frío anímico. Un frío metálico. Escucho a lo lejos el ruido de una puerta oxidada haciendo esfuerzo para abrirse. Me doy vuelta y no entiendo por qué mi hermana Julia está sentada atrás de un escritorio. Parece estar cansada. Intento focalizar la imagen y me doy cuenta de que está llorando. Me devuelve la mirada como si supiera que hace unos minutos la estoy investigando. Hay odio en sus ojos. Puedo ver humo salir de su nariz como si fuera una chimenea. Inés, mi amiga, la abraza por la espalda. Le dice algo al oído. No sé por dónde entra mi hermano Agustín. Me ofrece una taza que me llevo a la boca con desesperación. Saboreo en voz alta.

—Gracias, Agus. No sabés cómo necesitaba este café —le digo con una voz que sale de mi boca, pero que no reconozco.

—De nada, gorda. Qué bueno que te despertaste. —Me da un beso en la cabeza—. Pero no te traje nada, el bar cerró hace rato —responde relajado mientras se dirige hacia el escritorio.

Me dice que Milagros, mi hermana menor, me manda un beso y que lamenta no poder estar acá porque la están operando otra vez del pie. Respondo que no hay problema, que en un rato voy a verla. Agustín no contesta.

Observo la palma de mi mano moverse en cámara lenta. No comprendo qué es lo que acaba de pasar. Me quiero sentar, pero no puedo. Siento cuchillos en el brazo izquierdo que me clavan a la cama. No encuentro el otro brazo. Lo busco desesperada. Una mujer

que no conozco me dice que tenga cuidado. *Se te va a salir el suero, querida.* La miro y le hago una mueca de gratitud por la advertencia. Tengo un suero y no lo sabía. El líquido que hay adentro es azul verdoso. Acabo de encontrar la mano derecha, la uso para rascarme la nariz y toco una manguera. Una cinta. Una aguja. Algo me molesta en la garganta. Intento sacarlo. Hago una arcada. Se acerca la mujer que no conozco y me pregunta si me acuerdo por qué estoy ahí. Me coloca una frazada y me sostiene las manos para que deje de tocar todo lo que voy encontrando en mi cuerpo. Le digo que sí, pero después, le digo la verdad.

—No, no sé.

—Estás es un hospital. Ingresaste sin signos vitales. Hiciste un intento de suicidio. Todavía estamos haciendo el lavaje de estómago. El psiquiatra está viniendo para hacerte la derivación correspondiente para mañana. Hoy te quedás acá. Tenemos que seguir desintoxicando y chequearte clínicamente.

No me gusta el modo en que se dirige hacia mí. Su frialdad es un arma. La observo como si estuviera mirando una película que no comprendo de qué se trata. Inclino la cabeza hacia un lado y hacia el otro mientras ella me sigue hablando. No puedo precisar la cara de la mujer. Tiene las facciones desordenadas. Quiero pellizcarle la boca para ver si es de verdad, pero la mano no me responde. Intento decirle algo, no sé bien qué, cualquier cosa, pero no sé si no se me ocurre nada o si no me acuerdo cómo se habla. Siento un cariño incoherente por ella. Sé que no me quiere, pero me está cuidando. Le sonrío.

Mi hermana ya no me mira. Está haciendo una contorsión extraña con todo el cuerpo para dejar claro su enojo: me da la espalda a pesar de que sigue sentada frente a mí. No sé si es peor el odio o el desprecio. Por las dudas, me está demostrando las dos cosas. Inés se acerca despacio y me toma de la mano. Hace puchero. Le tiembla toda la cara. La miro y observo cómo unas gotas en los ojos, que intenta frenar con esfuerzo, desbordan hasta construir un balcón debajo de cada uno. Las lágrimas se estacionan ahí. Me resulta una

imagen hermosa. Sublime. Pienso que si apoyo una semilla en cada balcón y le pongo un poco de tierra podría crecer una flor. De repente veo un jardín en sus ojos y me siento extasiada. Quiero contarle la imagen que tengo, pero me interrumpe.

—Carola… amiguita… —Me acaricia la frente y sonríe tristemente. Es un gesto muy de Inés. Lo reconozco y me da ternura—. Te adoro, Caro, acá estoy. Sabés eso, ¿no? Te amo. Sabés que te amo, ¿no? Sos mi hermana del alma.

Termina la frase y le corre, por fin, una lágrima solitaria por la mejilla. Es tan grande que parece una burbuja. Desaparece de repente la imagen del jardín y nace en mí el deseo de pinchársela con una aguja. Me quedo mirando el recorrido de esa lágrima hasta que llega a la comisura de la boca. La lengua de Inés la arrastra como si fuera un sapo y la lleva hacia el interior de su boca, donde la explota y la hace desaparecer.

Quiero consolarla, pero no puedo. Estoy paralizada de una forma poética. La lentitud de los movimientos me resulta algo bello. Asombroso. Siento mi cuerpo extraño, ajeno a mí. Me gusta.

—Inés. No sé si entendí bien.

—¿Qué cosa?

—¿Estoy resucitada?

Entra Nicolás, el papá de mis hijos. Al lado de él hay un doctor. Percibo que está apurado por irse, como siempre. Al doctor no lo conozco, pero se nota que también está apurado.

Los dos se paran frente a la cama. Nicolás habla y el doctor anota.

—Te tienen que llevar a la clínica San Rafael, Carola. —Me lo dice con la misma conmoción con la que yo le habría avisado que afuera está lloviendo.

Su indiferencia emocional es tan violenta que me saca bruscamente del paisaje que estaba disfrutando.

—¿A la San Rafael, Nicolás? Pero es una neuropsiquiátrica —le contesto sin dejar de mirar el color del suero que llevo puesto.

—Y sí, ya lo sé. ¿Qué querés que haga, Carolita? —ironiza—. Te tomaste cuatro blísteres de antidepresivos y dos de rivotril —me dice mientras se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se

balancea hacia adelante—. Bueno, gente, yo me tengo que ir. Tomi y Manu están en la casa de Sonia y en un rato tengo que pasar a buscar a Lola por la facultad. Todavía no sé qué les voy a decir. Bueh, ya veré. —Sacude la cabeza.

—Mandales un beso de mi parte. No sé quién es Sonia. ¿Cambiaste de novia?

—Sonia es mi hermana, boluda. La misma de siempre —contesta sonriendo—. ¿Estás bien?

A juzgar por lo que acaba de decir la enfermera parece que no. Lo pienso, pero no se lo digo. No quiero entretenerlo con nimiedades.

—Carol. —Apoya las dos manos sobre la cama como si fuera una mesada y me clava la mirada—. Tuve un día de mierda, necesito pegarme un baño y acostarme. ¿Podés creer que mientras estaba firmando tu ingreso me afanaron todo lo que tenía en el auto? Celulares, raquetas de tenis, la billetera, y encima me rompieron el vidrio. Qué hijos de puta. ¡En la puerta de un hospital! Me quiero matar. Me pasan todas. Me voy. Chau. Chau. —Saluda con la mano.

Mira a Julia y le dice que cualquier cosa le avise. Julia afirma con la cabeza. Deja la boca semiabierta y veo cómo se lleva la lengua a la muela derecha. Confirmo que está indignada. Su bronca me está agotando. La miro desafiante, pero en el lugar donde deberían estar sus ojos de repente está su nuca.

*Yo tampoco te banco, Julia, estoy cansada de que me maltrates con tu soberbia. Por lo menos hoy merezco una tregua*. Inicio una pelea con ella mentalmente mientras le sonrío a nadie. Tengo miedo de que me roben el pensamiento.

Quisiera decirle a Nicolás antes de que se escape que yo tuve un día peor, pero en lugar de eso la miro a Inés y le digo que Nicolás no me quiere.

—Este tipo no me quiere. Me odia, no sé para qué vino.

Nicolás escucha y retrocede. Se acerca a darme un beso mientras la mira a Inés y esboza una sonrisa ladeada. Sigue utilizando a Inés como mensajera de información.

—Decile a tu amiga que si no la quisiera probablemente ella no estaría hablando —dice muy cerca de mi mejilla mientras me da un beso golpeándome la cara con el pómulo, como suele hacerlo desde

que lo conozco.

Me quejo del golpe, como siempre.

—Carol, fue Nico el que te fue a buscar a tu casa. Se ve que Gladys estaba en un grito porque te encontró tirada en tu habitación. Me llamó y en menos de tres minutos estaba en la puerta de mi casa. Te bajó por las escaleras como si fueras un bebé. Dos segundos más tarde y no estás contando el cuento —dice Inés mientras me acaricia la mano—. No sabés cómo estaba. Sacó un trapo, un pañuelo, algo blanco por la ventanilla del auto y apretó el acelerador para nunca más frenar. Una película de terror. Nunca lo había visto así.

No la miro mientras me habla. La escena que me relata no me conmueve. Pienso que me fue a rescatar porque si me muero le complico la vida.

—¿Hoy qué día es?

—Jueves 1 de junio —contesta Inés, con el mismo respeto que se les tiene a las fechas patrias—. Jueves 1 de junio —repite y acompaña la frase afirmando con la cabeza. Se cierra el saquito color beige que tiene puesto y mira el piso con cara de lamento. Me hace acordar a mi abuela.

—¿Jueves? ¿Me estás jodiendo? —río irónicamente—. ¿No te digo? Es increíble. Dejame de joder. Justo su día libre, ¿te pensás que me iba a regalar este? Ni el día de mi muerte puedo elegir.

—Carola, por favor. —Intenta taparme la boca con la mirada.

—Nico —le digo, mientras arrastro la cola como un lagarto intentando incorporar la espalda a la almohada—. Gracias por todo, lamento haberte cagado justo un jueves, pero no quería contar el cuento. Si pensás que me hiciste un favor, quedate tranquilo porque seguís invicto. No entiendo por qué me están obligando a vivir. No quiero vivir. Creo que fui clara.

Nicolás gira sobre sus propios pasos, inhala profundo, infla la cara como un globo y larga un suspiro exagerado. Se muerde el labio de arriba y cierra los ojos. Me doy cuenta de que toda esa coreografía facial es la antesala para mandarme a la mierda. Hago fuerza con la cara para taparme los oídos.

—Ah, ¿no? ¿Sabés qué, Carolita? —Levanta el tono de voz—.

Hagamos una cosa, ¿querés? Mañana traigo a los nenes, así les explicás a un chico de ocho años y a otro de diez que mamita no quiere vivir más, ¿te parece? ¿Y Lola? ¿No se te ocurrió pensar en Lola con todo lo que vivió? ¿Cómo carajos no pudiste pensar en Lola? ¡Justo vos! No lo puedo entender, te juro.

—¿Para estar así? Les hacía un favor, Nicolás. ¿De qué les sirve tener una madre como esta?

—¿Entonces? ¿Tomás el camino más fácil para vos y decidís desaparecer? ¿Así? ¿Cagándoles la vida a tus propios hijos? ¡Hacé frente y peleala desde acá, loca! ¿Qué culpa tienen ellos? Yo también a veces me quiero ir a la mierda, ¿sabés? No sos la única que tiene quilombos. —Se interrumpe para tomar aliento. Carraspea y sigue gritando—: ¡Pero me acuerdo de que soy padre, de que hay tres personas que dependen de mí y se me pasa rapidísimo!

Me separo de la imagen y pienso que Nicolás debería haber esperado un poco para tener esta conversación, no lo sé. Al menos como para estar en igualdad de condiciones. Me avergüenza que nadie me defienda. Siento pudor de mí.

Vuelvo al presente enseguida. Antes de irse me dice que soy una egoísta de mierda. Por un segundo lo pierdo de vista, pero de repente lo veo parado frente a mí. Se tapa la cara con las dos manos y empieza a hacer fuerza para contenerse. Se está poniendo bordó. Quiero advertirle que si se sigue presionando la piel es probable que se la arranque, pero prefiero guardarme el consejo. Es la primera vez que lo veo llorar en toda mi vida. Llora de bronca. Me muestra los dientes.

—Sos una hija de puta. Una-hija-de-puta.

Sé que dio un portazo sin ruido. Nada funciona. Las puertas tampoco. Pero lo conozco.

Sus palabras no me hieren esta vez. No tengo nada adentro.

Probablemente con el lavaje de estómago se llevaron mis sentimientos y me hicieron un gran favor. Quizá fue el milagro que estaba esperando. Me siento poderosa al pensar que estoy reencarnando en alguien sin alma. No voy a permitir que nadie arrugue este momento. Mientras trato de empatizar con el mal día

que tuvo Nicolás, escucho a la enfermera decirle a mi hermana que ya están tramitando la internación en la San Rafael.

—Es una pena que con nenes chiquitos y siendo tan joven…

En otro momento me hubiera puesto a llorar de manera inmediata, pero en este no tengo emociones. Deseo mandarla a la mierda con la decencia que a ella le falta. La interrumpo en medio de su discurso ético destinado a instalarme un puñal de culpa adentro de un corazón que hoy no funciona y le digo que no voy a ir a ningún lado.

—La nueva ley de salud mental prohíbe la internación involuntaria —la patoteo con decoro.

Me doy cuenta de que mi voz sale mareada. No tiene fuerza. Intento que siga una dirección recta, pero se zigzaguea de un lado al otro. Parece que hubiera inhalado helio. No sé por qué la señalo con el dedo cuando hablo. Parezco borracha y eso es algo que molesta más a mi hermana, quien ahora además me mira con asco. La enfermera sigue parada en la punta de la cama, pero no se acerca. Su distancia es la forma en la que me ataca. El doctor que entró con Nicolás tiene unos papeles que mira mientras me habla. Anota cosas. No sé lo que dijo. Me quedé dormida.

—Carola. —Escucho la voz de Inés adentro del tímpano—. El doctor se va.

—Ah, sí. Perdón. Gracias, doctor. —Intento meter un bocado antes de que cruce la puerta—. No sé lo que dijo, perdón, me quedo dormida. De todas maneras, quiero que sepa que soy psicóloga. Sé cómo funciona esto. Llamen a mi psiquiatra. Se llama Analía Suárez. Ella me atiende hace más de veinte años, puede decidir qué es lo mejor para mí, me conoce como nadie.

—Tu hermana ya la llamó. —Se adelanta la enfermera—. Pero la doctora le dijo que hacía un año que habías dejado de ir. No nos quiso pasar ni la historia clínica. Dice que ya no es su responsabilidad.

Noto un aire de triunfo en la cara de la enfermera. La muy estúpida está pensando que ganó una batalla. Sé que los pacientes psiquiátricos y, peor aún, los suicidas son (somos) tratados con indignación y desprecio por estar haciéndoles perder tiempo a un

doctor *de verdad.* Estoy quitándole una cama a un enfermo real. Pienso en Analía, aquella profesora de excelencia que tanto admiré cuando me formé en psicofarmacología, mi psiquiatra, la que tiene en una computadora mi vida entera… La persona a la que le entregué mi confianza absoluta, mi mundo interno, y el diez por ciento de mi sueldo durante años. La necesito.

—Sorete. Estás haciendo abandono de paciente.

Me doy cuenta de que lo dije en voz alta cuando Inés me dice que no lo puede creer. Que es para denunciarla. Mi amiga sigue siendo mi aliada.

—Si entro en una neuropsiquiátrica, pierdo la carrera. Inés, por favor, la mitad de mis pacientes están ahí adentro. Mi último libro habla sobre la recuperación de pacientes con trastornos del estado de ánimo. Es un mal chiste. Soy una impostora. Me salvaron la vida para cagármela mejor.

—Amiga, yo te entiendo, pero sola no te podés quedar. Conocés el protocolo mejor que yo. Nadie te va a tomar en un ambulatorio con un intento de suicidio encima. En la casa de tu mamá no podés quedarte. Ya viste... Yo te llevaría de mil amores a mi casa, pero esto implica una responsabilidad tremenda, Carol. No puedo. ¿Te llega a pasar algo y qué hago?

Me quedo pensando en la frase de Inés… *Un intento de suicidio encima*… Me observo mentalmente. A partir de ahora soy una casi muerta. Llevo conmigo una bomba en la mano. Es lógico que dé miedo. En rigor de verdad, puedo terminar de morirme mucho más rápido que aquel que todavía no empezó con el proceso.

—¿Mi mamá dónde está?

Nadie contesta.

—¿Por qué el agua del suero es verde, señora?

Pero la señora no responde. Ignorarme forma parte del protocolo del castigo. Inés, que ya había averiguado, me recuerda que es el color de la fluoxetina. Me pregunta por qué tenía tantos paquetes de medicación. Le contesto que debe ser porque hace meses que la dejé de tomar. Se tapa la boca y se pone a llorar otra vez.

La miro con entusiasmo. Le cuento que hace un tiempo venía

pensando en armar un negocio con ella.

—Es momento de darles rienda suelta a los sueños, Inés. ¿Si no es ahora, cuándo? A vos te va a encantar. ¿Te cuento? Quiero tener un negocio virtual en el cual se conjuguen todas las cosas que me gustan: café, libros, flores, tazas…

Inés me interrumpe para decirme que va al baño. Se escapa. Sigue llorando. No entiendo por qué están complicando tanto las cosas.

Todo mi entorno está a flor de piel. Menos yo, que siento una serenidad indescriptible. Estoy seca. Desconectada, por fin, de la realidad. Nada me perturba. Nada me moviliza. Deseo tanto que el lavaje de estómago haya extirpado la depresión de los genes. No sé hasta dónde llegan estas mangueras. Pero probablemente algo mágico me esté sucediendo. Lo deseo tanto que me lo creo. Me asumo sana.

El psiquiatra que venía en camino para convencerme de que me interne acaba de llegar. Lo veo triste. Ausente. Reconozco esa emoción perfectamente. Quiero decirle que se acueste al lado mío, preguntarle qué le pasa, pero hay mucha gente en esta sala y no quiero dejarlo expuesto.

Arrima una silla y se acerca. Según las letras bordadas en el bolsillo de su guardapolvo se llama Gustavo. Pone cara de compasión y me toma de la mano. Está actuando para llevarme adonde no voy a ir.

Le quito la mano de encima y me siento en la cama con un soplo que denota agotamiento. La manguera, el suero, y las sondas se me enredan en el cuello.

—Bueno, basta. —Me pronuncio determinante—. Terminemos con este circo. Les agradezco a todos, pero no me pueden internar contra mi voluntad. Me voy a mi casa, me cuido sola.

Intento pararme, pero me desarmo en la cama como una gelatina a la que le falta una hora de heladera.

—Pero te pueden judicializar. —Me enfrenta con saña la enfermera que dejó de ignorarme.

—Pensé que se había ido, señora. No se preocupe que eso no va a

pasar. No tengo familia disponible —le respondo con sarcasmo. Le pierdo el cariño que le tenía en un segundo.

El psiquiatra les pide a todos que se retiren, así charla conmigo. Le digo que no hace falta. Que tengo sueño.

—Mañana lo llamo, doctor Gustavo. Hoy le juro que no entiendo nada.

—Pero, Carola, tenemos que hablar. Te prometo que será una conversación cortita. —Se acerca al oído y me dice que le dé una posibilidad. Que él me entiende más de lo que me imagino.

Lo sabía… Este tipo es de los míos. Me apena. Tiene la mirada cansada, vacía. Estoy segura de que algo le pasa. No quiero dejar de verlo, pero pienso que ahora no puedo escucharlo. Así diga lo que me tenga que decir, no es momento.

—Hoy no, doctor. Gracias. Déjeme una tarjetita con sus datos y yo lo llamo.

El doctor percibe una tensión en la sala que intenta suavizar. Traza una línea imaginaria entre ellos y yo. Puertas adentro, me sonríe con cariño. Puertas afuera, se acomoda el guardapolvo y defiende mi comportamiento con la rigurosidad del saber en sus palabras.

—Es normal que luego de un episodio tan traumático, la paciente se muestre disociada. En este caso, la disociación es un mecanismo adaptativo que desconecta la mente de la realidad. No es para asustarse. Es como si la persona se separara de quien es. Una pequeña distancia de seguridad que reduce el impacto emocional, del dolor, del miedo, del momento. Lo que Carola está transitando no es ni más ni menos que un estado de shock postraumático. Por eso la ven actuando así, totalmente desajustada a la realidad. Es importante que lo sepan, porque veo un poco de asombro en sus caras. —Sonríe tímidamente—. Puede permanecer así varios días. No es para preocuparse, pero sí es importante que esté controlada por especialistas.

Lo miro orgullosa de saber que está haciendo su trabajo a la perfección.

—La tarjetita, doctor —le recuerdo sonriente antes que se vaya.

Pero Julia, que no se asusta ni se preocupa, se levanta con la

fuerza de un tsunami de la silla en la que estaba amurallada. Se coloca al lado de la enfermera. Son dos pumas al acecho. Cruza los brazos y se los apoya en las tetas. El psiquiatra libera su espacio, no sé si por respeto o por miedo. Es la primera vez que Julia se me acerca. Tiene toda la cara colorada. Los cachetes están a punto de estallar. Creció a pasos agigantados desde la última vez que la vi. Por un momento creo que mide dos metros y que pesa 160 kilos. Me queda muy claro de qué bando no está. La miro con la boca cerrada, pero sonriendo de punta a punta. No es mi intención. Es un gesto que salió de manera involuntaria y que hubiera querido evitar a toda costa.

—Qué tarjetita ni tarjetita. No estás en un boliche, querida. El doctor vino a verte y lo vas a escuchar. Mirá… Carola… Conmigo no te hagas la loquita. Te internás por las buenas o la denuncia te la hago yo, que todavía soy tu familia. Te mandaste una cagada, ahora bancátela. —Mueve la cabeza como un balero intentando encajar en el palo que lo sostiene.

La señalo con el dedo índice marcando distancia. La miro hondo sin dejar de sonreír. Soy una hiena. Es la primera vez que estoy por enfrentar a mi hermana y juro que no quiero hacerlo. Una palabra que no forma parte de mi vocabulario sale de mi boca a la velocidad de una bala.

—Bruja.

Julia revienta en llanto. Inés le dice que se tranquilice, mientras veo perfectamente que se traga una carcajada.

—No sabe lo que dice, Juli. Lo acaba de explicar el psiquiatra. —Me mira elevando las cejas, mientras consuela a mi hermana.

—Sí que sabe, ¿qué no va a saber? Es cínica. Todo sabe. Sos una mierda, nena. Hace ocho horas que estoy acá sentada. Todavía no volví a mi casa. No vi a mis hijos. Me duele todo el cuerpo. No te importa nada ni nadie. Nicolás tiene razón. Pero vos a mí no me conmovés. No me vas a manipular, no te creo nada. Ya mismo voy a buscar ropa a tu casa porque te vas a internar. Tenés un minuto para decirme qué mierda querés que ponga en la valija.

—En mi mesita de luz hay rivotril. Solo eso, necesito dormir.

Julia me comió el hígado con la mirada. Juro no comprender la

gravedad de mis palabras, pero quiero reparar el daño que estoy generando. Rescato algunas líneas del informe del psiquiatra que me llegan por arte de magia a la cabeza.

—Perdoname si te lastimé, Julia. Es la disociación.

Pero se lo digo sonriendo. Mi buena intención pierde valor y mi hermana desaparece.

# 3

Siento un apagón inesperado. Como una obra de teatro que está finalizando, percibo cómo se está por cerrar el telón. Algo, que no sé precisar qué es, se está terminando allá afuera. O adentro. No sé cuál es la diferencia. Me siento extraña, pero de una manera diferente de la que me estaba sintiendo hace un rato. No tengo noción del tiempo. Les quiero pedir perdón a todos por haberme suicidado justo hoy. Realmente siento haber generado todo este caos en la rutina de mis seres queridos. Pero me callo. Guardo silencio. Miro toda la escena como si no me perteneciera. Soy yo y no soy yo al mismo tiempo. Empiezo a recordar cosas que no quiero. Las sacudo con la cabeza en un intento de provocar su caída antes de que ingresen a mi cuerpo. No puedo decidir qué imágenes pasan y cuáles no. La memoria le gana la batalla a la represión, y los recuerdos van cayendo a mi pesar.

La desesperación por meterme las pastillas. El agua chorreando por mis mejillas y bajando hasta el cuello. Mis gritos cargados de impotencia. Un impulso animal gobernando mi comportamiento. El vaso vacío. La remera mojada. La canilla del baño de mi habitación como un bebedero que me ayuda a empujar lo que ya no entra. La taquicardia descontrolada. El desorden violento arriba de mi cama como espejo de mi caos interior. La agenda interminable. Mi idea errónea de dejar de vivir mientras duermo como la bella durmiente. Más pastillas. Mis dedos arqueándose de a poco haciendo una fuerza descomunal que nunca tuve. Podría romper un muro. Mis hijos en la escuela. La preocupación por que alguien los retire. La falta de cordura. El miedo a morir con dolor. La sensación de sentirme un

monstruo. La seguridad de estar salvando a mis hijos con mi ausencia. Que nadie les diga cómo me morí. Más taquicardia. El mareo. La desesperación por despedirme. Mis mensajes a Julia. A Nicolás. A Sofía. Sus respuestas cargadas de egoísmo. El golpe de mi cabeza en el piso. Mi voz en algún lugar impreciso pidiéndole a Inés que me deje morir. La esperanza de reencontrarme con mi papá. La falta de aire en el pecho. El sabor repugnante de la fluoxetina que se derrite en mi lengua. No puedo tragar. La ira en el lugar donde va la sangre. El agotamiento mental. El límite. La incapacidad de seguir así. El odio. El final del dolor. La paz. La libertad. La muerte.

Veo mi cara reflejada en un espejo que no existe. Quiero que alguien me masajee mis pensamientos para que se calmen. Recorro lentamente la manguera que sale de mi boca con el dedo índice. Huelo mal. Me toco la cabeza. Alguien me recogió el pelo y escondió el vómito que recién ahora estoy inhalando. Miro el suero un largo rato. Suspiro de manera interrumpida. Observo el techo y lo transformo en un cielo. La cabeza nunca me para.

Pienso en mi papá. En mis abuelos. Extraño a mis muertos. Les tengo miedo a mis vivos. Cabeceo. Escucho el ruido de unos tacos que se acercan a la cama y me despiertan.

—¿Mami? ¿Viniste?

—Soy Inés, acá estoy, amiga.

—¿Alguien le avisó a mi mamá?

La mano de Inés abraza fuerte la mía. Apoya su boca en mi frente y responde susurrando que sí.

—Sí, Carol. No bien te ingresaron al hospital, tu hermana se encargó de avisarle.

Abro la mano y me saco a Inés de encima. Cierro los ojos y trago saliva. El gusto salado de una lágrima acaba de tocar mi boca. Estoy temblando. No sé si de frío o de miedo. Se está rompiendo el hechizo.

Me quedo dormida.

# 4

Desde mis seis años, fui adquiriendo un repertorio espantoso de síntomas físicos y psicológicos. Una batería interminable que nunca se agotaba. La desaparición espontánea de uno anunciaba la llegada del siguiente. Eran todos diferentes entre sí, pero como todo síntoma psicológico tenía un gran beneficio, un beneficio secundario: calmar un daño mayor que en ese momento no podía reconocer. Lo cierto es que, con cada despliegue, la ansiedad que evidentemente sentía lograba descomprimirse y salir por diferentes medios, inapropiados, sí, pero los únicos que mi inconsciente era capaz de fabricar.

Al principio de mi adolescencia, después de cenar, iba a mi cuarto, donde pasaba horas en silencio, arrancándome uno a uno los pelos de la cabeza. De alguna manera me estaba llevando el placer de comerme el postre a la cama. Una vez que era el momento de dormir, que generalmente coincidía con el cansancio de un brazo levantado durante un largo tiempo, miraba en la almohada el desastre que había hecho. Mi mirada de sorpresa era la constancia de que ese largo rato había sido un paréntesis en el cual mi conciencia se encontraba dormida. Apagada. En otro lado. De hecho, el ritual finalizaba con una frase que pronunciaba en voz baja: *¿en qué momento?* Inmediatamente después del asombro, tocaba la parte debilitada de mi cuero cabelludo al cual recurría siempre para ejecutar la masacre, y al tocar un espacio vacío que debería estar cubierto, aparecía la culpa y la voz internalizada de mi mamá diciendo basta. *Terminala, Carola, por favor, no sé cuál es la gracia, ¿sos estúpida? ¿No te das cuenta de que te vas a quedar pelada?*

Pero nada de eso era razón suficiente para dejar de hacerlo. De hecho, no se trataba de voluntad. Una compulsión irrefrenable me empujaba a hacerlo una y otra vez. Era el brazo cansado lo que me hacía frenar. Juntaba esa maraña con las dos manos y la tiraba en un tacho de basura que tenía en la habitación con la intención, fallida, de que nadie se diera cuenta del funeral de pelos que acababa de velar. El dolor aparecía dos horas después, pero en el momento previo, donde el impulso respiraba, la sensación de serenidad y disfrute era inexplicable. Nada en el campo de lo real, absolutamente nada en la cotidianeidad de mi vida, lograba darme ese saque de dopamina.

También recuerdo aquella otra vez, no debería tener más de seis años, cuando comencé a sentir un impulso irrefrenable por robar. Empecé robando a mamá de su billetera para comprarle chucherías a ella misma, que vendían en la cooperadora del colegio, y terminé robando dinero a mis compañeritas de primer grado, para regalarles chupetines a las chicas del grado de enfrente o, incluso y muchas veces, a la misma compañera a la cual le había sacado su dinero. La satisfacción en ese sentido tenía que ver con otra cosa. De alguna manera yo obtenía el afecto de aquellos a los que les daba su regalito. Una especie de intercambio: amor por amor.

Quedar expuesta debajo de la campana del colegio durante el recreo, ser descubierta por todos, los castigos recibidos y el sentimiento de culpa que también sentía por robar a las personas que quería, eran datos de menor importancia si los comparaba con el reconocimiento, la valoración y el cariño que sentía al recibir una sonrisa por parte de los receptores de mis regalitos.

Con el tiempo, la directora del colegio convocó a mis padres y les pidió, como medida urgente, que me revisaran la mochila cada vez que regresaba a mi casa. Me requisaron durante todo el año. No bien pasaba la puerta, mamá me daba un beso, abría la mano, se sentaba con mi papá en el sillón y me hacían esperar hasta el veredicto final. Las cosas que encontraban, que no me pertenecían, las ponían en una bolsita y al día siguiente me hacían devolverlas, asegurándose con una notita, en el cuaderno amarillo, de poner en autos a la señorita Lía. Encontraran o no una goma de más,

lapiceras de colores, una plasticola o lo que fuera, nunca mostraron enojo. Al contrario, su búsqueda era mediatizada con chistes, sonrisas, donde mamá le repetía a papá: *ella es mi Robin Hood. Les roba a los ricos para darles a los pobres.* Papá me respondía con una mirada amorosa.

De más grande, durante mi incipiente insomnio, solía atracarme con galletitas en un intento de llenar un vacío. Un estado de insatisfacción permanente que predominó durante aquellos años. Mi verdad profunda. Que podía sentir no solo en el alma, sino también en el cuerpo. El bienestar inmediato al comer de esa manera, luego de varios días de restricción alimentaria, me demostraba un poco lo que era el placer, que lastimosamente se acababa en reemplazo por la culpa que sentía cuando ya estaba a punto de vomitar. Era un círculo vicioso espantoso del cual me costó años salir: ansiedad, ingesta compulsiva, culpa, ansiedad, ingesta compulsiva, culpa.

Mamá solía increparme al día siguiente cuando quería comer alguna galletita y se encontraba con una lata vacía. Nunca asumí mi responsabilidad evidente al respecto. Como si negar el hecho lo hiciera desaparecer.

Luego, empecé a tartamudear de manera inesperada y repentina, y si bien hoy comprendo que también era una manera de exorcizar el cúmulo de ansiedad, me volvió incapaz para funcionar de manera adecuada en mi vida cotidiana, sobre todo, en el colegio y en mi vida de relación. Recuerdo haberle pedido a mi mamá que me llevara a un fonoaudiólogo, pero en las tres primeras sesiones no dejé un solo indicio de tener alguna alteración en el lenguaje. La fonoaudióloga llamó a mi mamá y le dijo que evidentemente el problema tenía que ver con otra cosa y que sugería una entrevista con un psicólogo.

Mamá colgó el teléfono. Encendió la tele, me comentó la conversación que acababa de tener y la finalizó tajante:

—¿Viste que te dije que no era para tanto?

Con el paso de los años, algunos síntomas desaparecieron totalmente, otros perduraron y lamentablemente se sumaron nuevos.

Cuando me casé con Nicolás, me vi obligada a controlar con mayor énfasis este despliegue porque entendí que no aportaba demasiada sensualidad a la pareja una mujer atacada de hambre emocional, o ver arriba de una cama compartida pelos arrancados que no te pertenecen o, bien, asumir que la mitad del sueldo que debería aportar en mi casa me lo había patinado en ropa que no necesitaba, con una frecuencia irracional. En su reemplazo y, evidentemente, como bien dijo el psiquiatra que conocí en el hospital, empecé a disociarme, pero en este caso de manera operativa.

Así como los cirujanos se abstraen de las emociones para poder ejecutar su trabajo con excelencia, yo comencé a construir una doble vida en mi cabeza, que me calmaba de la misma forma que toda esa batería de síntomas, pero que no me traía consecuencias negativas a los ojos de los demás y, sobre todo, a mi vida. Un sueño que hasta el día de hoy conservo de manera intacta. Una especie de ilusión compensatoria a la cual recurría cada vez que la realidad me golpeaba. Un refugio en mi interior donde todo se volvía posible, donde no había limites, ni dolor, ni vacío. Pensar en ese sueño me alejaba de la realidad de manera inmediata. Era como ingresar a un submundo donde todo, absolutamente todo lo que lo constituía era placer. Un placer que me tranquilizaba, casi como un chupete, casi como la teta, casi como probablemente lo hubiera hecho una madre.

Mi sueño me daba consuelo. Me entretenía, me daba esperanza de una vida mejor. En una imagen clara y precisa estaba mi paz. Mi misión cumplida. Y el propósito de mi existencia: lograr la libertad que en mi vida nunca pude tener.

# 5

Estoy descalza, camino pisando pasto y tierra. Levanto los frutos de mi cosecha. Canto. Pego unos saltitos. Sonrío. Sonrío mucho. Los hoyuelos de mis mejillas iluminan el campo. Mi cara está fresca como el agua. Mi cuerpo sano. Un sombrero bien campesino me tapa del sol. Un vestidito escotado con florcitas rojas que me llega hasta la rodilla es la representación de un cuerpo liviano que no necesito ocultar. Tengo una cabaña. La compré gracias a mi trabajo. Nunca nadie vivió allí antes que yo. Hay un pueblo cerca donde ir a comprar las cosas que necesito. Me atienden como si fuera la hija de todos. Me llaman por el nombre. Conozco el nombre de ellos, los trato como si fueran mis padres. Me ayudan. Los ayudo. Somos solidarios. De vez en cuando compartimos algunas charlas profundas en el café local. Adoro escuchar las anécdotas de la gente mayor. Son archivos vivientes. Me deslumbra ver que lo saben todo por el simple hecho de que salieron antes.

Huelo a flor. Una estufa a leña que uso para pasar los inviernos es la perla de mi cabaña. Paso horas contemplando el fuego. Me relaja. Me abstrae del afuera. Me conecta con la vida. Un perro llamado Simón se me sube a la falda mientras escribo mis novelas. Es el perro de todos. No tengo hijos. Nadie depende de mí. Comparto mi vida afectiva con un compañero leal. Nos une el compromiso de la palabra y la honestidad. Me respeta. Siente orgullo de mí. No me engaña. Me quiere limpiamente. Me lo hace saber. Me eleva. Lo elevo. Nos vemos poco, pero nos disfrutamos mucho. No sé por qué, pero se llama Juan. Juan se preocupa por mi bienestar. Es morocho. Alto. Una contextura muy paternalista. Siento gratitud por haberlo

conocido. Conversamos mucho de cosas con alma. Silencio. Mucho silencio. Tanto silencio como para escuchar solo el sonido de la naturaleza. Mis vecinos están lejos. Saludan con educación. Un bosque inmenso es mi jardín. Tengo a mi papá vivo. Y también a mis abuelos. Vienen cada tanto a desconectar del caos del que me fui. Estoy donde quiero estar. Papá me llama todas las noches solo para preguntarme cómo estoy. Siempre termina la conversación diciendo lo mismo: *lo importante es que estés bien, mi muñequita hermosa.* Cerca de mi casa hay un mar, un río, una laguna, lo que sea, que funciona como la piscina que no necesito tener. Me gusta leer ahí. Las noches son tranquilas. No tengo insomnio. El mundo es un lugar seguro. Mi hermana Julia me quiere mucho. Tengo un dormitorio grande, con un baño y un escritorio. Un cuarto para recibir a mis amigos y familia. Sábanas y toallas limpias… Frutas, verduras, mi tazón de café con leche, mi pan tostado. Un set de vajilla para seis personas. Agua en la heladera. Un teléfono de línea. No uso las redes sociales. Duermo con la puerta abierta. Tengo la bici afuera y la camioneta en la puerta. Hay flores por todos lados. A 60 kilómetros hay un hospital en el cual trabajo todas las mañanas. Soy psicóloga. Recorro los pisos con el resto del equipo clínico. Mis sobrinos me avisan que en el verano tienen planes para visitarme. Mamá no es mamá y me cuenta cómo está preparando su próximo viaje. Tiene proyectos. Sus llamados me nutren. Le conozco la carcajada. Se interesa por mí. Escucharla entusiasmada me hace feliz. Donde quiera que vaya hay olor a vida. Mis amigas suelen venir una vez al mes. Es la casa donde nos reunimos todas. Tengo diez años menos. Siento paz en todo el cuerpo. En mi sueño construyo una existencia pacífica. Simple. Minimalista. Me encuentro tan lejos de la hostilidad de un mundo violento, de la soberanía de la tristeza que gobernó mi vida durante toda mi niñez y mi adolescencia, tan lejos de la angustia de mi madre, que la hace desaparecer. Nunca me casé. Nadie rompió mi autoestima. No sé lo que significa que alguien te invisibilice. Jamás puse los deseos de los demás por encima de los míos. No viví episodios traumáticos que, hasta el día de hoy, no pueda olvidar. Todavía no me tocó enterrar a mis seres queridos. Conozco la depresión por boca de mis pacientes. No tomo

medicación para soportar la vida.

Un campo. Lejos. Un lugar donde la existencia es un hermoso espacio para transitar y no un tormento de donde me quiera bajar. Libre. Una mujer libre. Locamente libre. Libre en el aire, por el aire libre. Libre como las gaviotas… así, como canta Alberto Cortez.

Tengo la llave. Acá está. Pero no puedo abrir la puerta. ¿Cómo puede ser que una imagen tan poco ambiciosa, donde lo único que pretendo ser sea yo misma, cueste tanto, se me aleje tanto, me resulte tan complicada de armar? ¿Cómo puede ser que habiéndola soñado tantas veces, me haya dedicado a construir todo lo opuesto? Porque resulta que ya no se trata de construir la vida que deseo, tal cual lo dirían los marketineros de la alegría; ojalá fuera solo eso. Sucede que ahora, para alcanzar mi deseo, tengo que destruir la vida que llevo. Hacerla un bollo y empezar como debería haber empezado hace años en un momento donde tengo más cerca el final que el principio. ¿Cómo puede ser que habiendo logrado sobrevivir, incluso, a mi propia muerte, no pueda hacer de mi fantasía una realidad? ¿Qué me impide volar?

# 6

—Carola. Carolita. ¿Estás bien?

—¿Qué? ¿Qué pasó? —Me levanto de la cama de un sobresalto. Siento el corazón latir en la garganta. Estoy asustada. En la punta de la cama veo una silla y mi mamá está sentada fumando un cigarrillo.

—¿Mamá? ¿Qué hago acá? ¿Me pegaste un cachetazo?

—No te pegué. Sos exagerada. Te apoyé la mano en la mejilla porque ya no sabía qué hacer. Son las cuatro de la tarde. Me asustaste. Estás durmiendo hace dieciséis horas y no me contestabas, Carola. Estoy con Sofía tomando un cafecito en el living, ¿la hago pasar? No tengo nada para comer. ¿Te traigo unas galletitas?

—No se puede respirar acá, qué olor nauseabundo, por favor.

—¿Galletitas? —retoma su pregunta mostrando una amabilidad que nunca tuvo.

—Un café. Necesito un café y salir de acá. Me estoy intoxicando con ese olor. Yo no puedo creer que con el cáncer avanzado y los dolores que tenés sigas fumando. Encima, todo cerrado. —Me interrumpe como de costumbre, en esta ocasión para llamar a Sofía y así poder salir corriendo.

—¡Pasá, Sofi! Carol ya se despertó.

Veo a Sofía cruzar la puerta del dormitorio de mi mamá con un bolso en la mano. Con la otra mano se tapa la nariz. Mira hacia los costados. Abre la boca.

—¿Qué hacés, nena? —pregunta en un tono muy bajo, con cara de desconcertada mientras tose—. No pude venir antes. Estaba desesperada. No tenía quién me reemplazara en el laboratorio.

—Estoy terminando de cerrar la compra del sillón. La semana que viene me lo llevan a casa.

—No entiendo lo que decís. —Me arranca el celular de la mano—. ¡Qué sillón ni qué sillón!

—Las dejo, así charlan tranquilas, ahora te traigo el café, Carolita —dice mamá antes de escaparse de *esta* realidad acostada en su cama.

Sofía se saca las botas. Se acuesta a mi lado. Tira el bolso en el piso. Pasea la mirada por toda la habitación y me mira. Se levanta de la cama, corre las cortinas, abre las ventanas. Tose. Arranca el acolchado que me está tapando y me da la mano como para levantarme.

—Nos vamos ya. Esto es un horror. Te traje un bolso con algunas cosas que encontré en tu casa, pero acá no te podés quedar. Te venís a mi casa.

—Me voy a mi casa, Sofía.

—No te estoy preguntando. Te estoy avisando los pasos a seguir. Vos no estás en condiciones de decidir nada. Agradecé que tu hermana te trajo acá y zafaste del loquero. Pero ahora tenemos que ver cómo seguimos. Hoy dormís en mi casa y punto.

—Te dije que no. Julia no me trajo acá. —Retruco—. Me tiró acá, que es bien distinto. Hizo el intento de llevarme, pero si de algo me acuerdo es que me atrincheré en el auto. El último registro que tengo es verla sacarme del auto arrastrándome las piernas. Me apoyó en la vereda y la trajo a mamá hasta mí. No sé qué decía, pero gritaba. Después salió arando. Cupido motorizado, un poroto.

—¿Ah? ¿Encima estás graciosa? Sí, estoy al tanto de las novedades. Armamos un grupo en tu honor y ahí nos mantenemos todas al tanto. Lindo quilombo armaste, chiquita.

—Odio los grupos de WhatsApp.

—Quedate tranquila que vos sos la única que no estás. Y dale, apurate, por favor, que no puedo estar un segundo más acá adentro. Es un infierno.

—¿Cómo se llama el grupito que armaron, se puede saber? —le digo mientras intento levantarme de un colchón que está dos metros bajo tierra.

—Loca, se llama. Loca. Como vos. ¿Cómo se va a llamar? Porque yo no puedo creer lo que te mandaste. Nadie lo puede creer. No sé si te acordás, pero antes de empastillarte me llamaste a mí para decirme que me querías mucho. No me diste tiempo a decirte yo también. —Ironiza—. Vestite. —Me ordena mientras intenta sacarme el pantalón pijama por la fuerza—. Estás en patas. Este pijama es impresentable. Tenés un olor espantoso. Ponete algo de lo que te traje y rajemos, por favor, porque un minuto más acá y el corchazo me lo pego yo.

—Sofía, me acabo de suicidar. Me da lo mismo salir desnuda o vestida. Voy a quedarme así y, como mucho, me pongo un poncho encima, o una frazada.

—No. Ridiculeces, no. Tenemos que parar a comprar comida y sola en el auto no te voy a dejar.

—Por favor. A mí me dejás en mi casa, y mañana vemos lo que quieras. No puedo mantenerme en pie. Quiero dormir. Todavía me deben estar haciendo efecto las pastillas, tengo un sueño tremendo.

—Me imagino. Deberían haberte dejado una manguera puesta para seguir chupando la farmacia que te tomaste.

—Sofía... —Intento que me mire, que frene todo ese despliegue de acciones que me atormentan.

—¡¿Qué?! ¡¿Sofía qué?!

—No voy a ir a tu casa para asustar a tu hijo de tres años que de repente ve cómo la amiga de su mamá se transformó en el tren fantasma. Necesito mi cama. Mi ducha. Mi lugar.

Mientras intento acomodarme un poco, entra mamá con el café en la mano. Pregunta contenta si nos vamos. Le digo que sí. Que se quede tranquila que me voy a mi casa. Insiste en que con alguien tengo que quedarme por las dudas si me llegara a descompensar.

—Sí, ma. Estoy en eso —le contesto sin mirarla y trato de encontrar una respuesta en mi mente que me diga por qué no viene ella conmigo.

Sofía está escribiendo en su teléfono a una velocidad descomunal. Me dice sin levantar la mirada que tenemos que pasar a buscar a Romina por la casa.

—Romina se ofreció a ir a tu casa, así te dejás de joder. —Sigue tecleando–. No se puede quedar demasiado porque mañana no sé qué quilombo tiene con la nena. Pero hasta mañana al mediodía te sirve. A las 12 te pasa a buscar Inés y te lleva a un turno con un psiquiatra que conseguí de casualidad por un contacto del laboratorio. Después de que él te vea, vemos lo que dice. Rocío está en Brasil con la familia. Avisó que, en vez de ir para su casa en Mendoza, venía a Buenos Aires. Ahí ya tenemos otro refuerzo. Por ahí, ella te puede acompañar a tu psicólogo. Lo vamos viendo. ¿Lo llamaste a tu psicólogo? —pregunta sin dejar el celular.

—Sofía —le digo con un hilo de voz mientras me sostengo apoyando las manos en las paredes—, no sé qué cumpleaños están armando, pero yo lo que quiero…

—Es que no se trata de lo que vos querés, esa es la parte que no entendés. —Me increpa otra vez. Mi mamá asiente con la cabeza y le hace un guiño como si yo no estuviera en la escena.

—Sofía —le digo mientras veo cómo mi cuerpo empieza a retorcerse de a poco—. Sofía —repito llorando en cuclillas y apoyada contra la pared—, yo necesito que alguien me abrace, que me respeten, que dejen de castigarme, y sabés qué necesito…

El llanto ahogado no me deja terminar la oración. Lloro tan fuerte que no me escucho. Mi mamá sale de la habitación y se encierra en el baño. Sofía se sienta en el piso frente a mí. Me saca las manos de los ojos. Está llorando conmigo. Me pide perdón. Me dice que están todos desesperados. Que tengo que entender y colaborar. Que si me pasa algo no se lo perdonaría nadie.

—Esto es distinto a todo lo demás, Carola. Si la que estuviera en el piso fuera yo, vos estarías haciendo lo mismo. ¿O no?

Lloramos abrazadas. Lloramos apoyadas contra la pared. Lloramos acostadas en el piso.

—Carola. —Gira la cabeza y me sostiene la mirada mientras me toma de la mano—. Decime cómo hago para seguir viviendo en paz sabiendo que estás pensando esas cosas. Decime cómo hago. Porque lo lamento, amiga, pero quiero que sepas que ya hicimos tres juegos de llaves. Que te revisé el teléfono, que ya le llenamos el contestador a tu psicólogo pidiendo ayuda. Que Nicolás está

tratando de ubicar a un acompañante terapéutico. Que Verónica entró a tu casa y te sacó absolutamente todas las pastillas. Se llevó hasta el Cif, boluda. Quiero que entiendas que esto que te pasó a vos nos está pasando a todas.

Me quedo en silencio mirando el techo. Mi mamá sigue escondida en el baño. Sofía sigue su monólogo.

—Tu psiquiatra es una hija de puta. Estoy esperando que se ordene esto para ir al consultorio y putearla de arriba abajo. No entiendo una cosa: si ella no te estaba atendiendo hace un año, ¿quién te estaba haciendo las recetas? Porque lo voy a matar por negligente. ¿Entendés que todo funciona mal? ¿Que si llegaste a esto no fue sola?

—Creeme que lo sé mejor que nadie. —Sonrío abatida.

—Hasta que un profesional como la gente no se ponga al frente de esta situación nos tenemos que poner nosotras en ese lugar. Sé que te estamos tratando mal, lo sé. Pero estamos asustadas. Dejate ayudar. Hacé caso, por favor, te pido colaboración. La psicóloga sos vos, Carola. Sabés cómo son los pasos acá. ¿Vos entendés que tu futuro necesita de una decisión familiar? Y… y como… bueno… y dada la situación, que tu papá falleció, que tu mamá no entiende nada, que con Julia está todo mal, tus otros hermanos son chicos… Tu familia ahora somos nosotras. No nos compliques las cosas.

Sé que es cierto. Agradezco a la vida tener estas amigas con la misma intensidad con que me duele no tener familia.

Sigo mirando el techo en silencio. La casa de mamá está oscura como siempre. Nunca se sabe qué hora es. Ella está sin estar. La angustia es la soberana del espacio. La cocina es una farmacia. El café, el mate y las galletitas son el único alimento. Medicamentos para lo que sea. Los goteros de morfina al lado de los paquetes de cigarrillos son un paisaje que me niego a comprender. Silenciar el dolor, que ella misma se genera, es demencial. Toda mi vida intentando no repetir el patrón y acá estamos. No somos tan diferentes. No me culpo. Aprendí a vivir con las dos cosas desde siempre. Entiendo la distancia que supo poner Julia, refugiándose en la familia que construyó, aunque me duele porque la extraño. No se

lo digo porque hace tiempo dejó de ser la Julia que conozco. Insiste en odiarnos a todos. Ella no pudo protegerse en la locura, como yo. No hizo síntomas. No tiene diagnósticos. No toma medicación. Nunca fue a un psiquiatra. Por eso supongo que lleva la tristeza y el desamparo en el cuerpo. En la piel. En la mirada. La infancia dañada la transformó. Vomita rencor cuando llora y resentimiento, cuando grita. Porque hace rato no habla. Solo grita y llora. Las dos fuimos víctimas de la misma historia. Nos criamos en la misma casa, pero comprendo que me meta en la misma bolsa. Evidentemente con ella fue peor. Nunca pude ponerme de su lado como hubiera necesitado, porque eso suponía abandonar a mamá. Enojarme con mamá. Odiar a mamá.

La heladera siempre está vacía. El ruido insoportable del noticiero gritando malas noticias. Todo está ordenado. Pero nada está limpio. La mugre de su territorio es el espejo de lo que pasa en sus pulmones. La radio de fondo está mal sintonizada. Dice que no escucha la radio. Que solo es un intento de romper el silencio de la soledad. Un vaso lleno de agua que siempre tiene, pero nunca toma. Hay cosas que no cambian ni siquiera en los peores momentos. Por ejemplo, las ganas de irme que siento. La vergüenza de este escenario ante los ojos de Sofía. La culpa por pensar que algo más debí haber hecho para que esta imagen no sea cierta. La certeza de saber que ya es tarde.

Giro mi cuerpo hasta hacerme un bollito y me meto en la mitad del cuerpo de Sofi. Estoy encastrada en ella como si fuéramos un rompecabezas perfecto. Le tomo la mano. Siento que es mi hermana mayor a pesar de que es unos meses más chica que yo. El calor de los cuerpos me da contención.

Pienso en esos segundos antes de tomar las pastillas… Si alguien me hubiera abrazado, era imposible que pasara…

—Tu vieja me volvió loca.

—¿Qué quería?

—Está desesperada. Quiere que te saque de acá. Tiene miedo de que te tires por el balcón. Me dijo siete veces que está sin dormir. No

podía entender que hayas llegado a esto por un tipo.

—¿Qué tipo?

—Qué sé yo, Carola. Dice que el día anterior la llamaste y le contaste que el *innombrable* te debía mil dólares.

—No quisiera dedicarle un segundo a este monstruo en este momento.

—Me imagino que no habrá sido por este tipo, Carola. Entiendo lo que viviste, vi el estado en que quedaste después de pasar por lo que pasaste, en realidad no lo entiendo, porque nunca atravesé una locura semejante, pero puedo suponer que…

—Todavía no me dio un beso. No me abrazó. La nada misma. —La interrumpo.

—¿Quién?

—Mi mamá.

—Carol…

—Sofi —le susurro al oído—, yo les agradezco todo lo que están haciendo. Pero eso les sirve a ustedes para quedarse tranquilas, para saber que están haciendo todo lo posible para evitar que vuelva a suceder, para no quedarse con un mínimo de sentimiento de culpa. Y yo lo entiendo. Por supuesto que lo entiendo. Pero la decisión fue mía y siempre será mía. Lo que yo necesito ahora es otra cosa y no me dan el espacio para poder manifestarlo.

—Ok. Decime. Acá estoy toda para vos.

—Necesito que me pregunten qué es lo que me haría bien en este momento y que se banquen la respuesta inclusive si no las contempla en la ecuación. Pero, sobre todo, ¿sabés qué? Necesito que alguien, que alguna de todas ustedes, que un enfermero, que mi hermana, que Nicolás, que mi vieja, que un puto médico, que alguien en todo este mundo de mierda me mire un segundo a los ojos y me pregunte por qué. Simplemente eso: por qué, Carola, por qué.

# 7

Pasamos a buscar a Romina y nos dirigimos a mi casa. En el camino hacemos una parada técnica porque Sofía insiste en que tengo que comer.

—Vos te quedás acá adentro con Romina. ¿Te compro unas empanadas? ¿Tarta? Bueno, ahora veo. Ni se te ocurra hacer boludeces. Voy y vengo.

Antes de bajarse del auto, le dice a Romina que ante cualquier cosa toque bocina sin parar.

La miro sorprendida por su comentario.

—Dejá de decir pavadas, por favor. No me escapé de la cárcel. Te preguntás y te contestás sola. Además, estoy en pijama, Sofía, ¿adónde voy a ir? —le digo mientras toqueteo la pantalla del auto con intenciones de cambiar la música.

—A cualquier lado, Carola. De la cárcel no, pero digamos que te escapaste del loquero. —Pega un portazo.

Romina se ríe y me pide por favor que no se me ocurra contestarle.

—Tratá de entenderla. Está asustada, estuvo toda la noche sin dormir. Lo que pasó es *heavy.* Estamos todas igual.

—Sí, Ro. Ya me lo dijeron. Tengo que cerrar la boca y bancarme las consecuencias. No dije nada y no voy a pelearme en este estado con nadie. Quedate tranquila.

Llegamos a casa a las nueve de la noche, con cuatro porciones de tarta y una serie de indicaciones que Sofía le hizo a Romina mientras yo, que no me puedo mantener en pie, me voy a recostar en el

sillón.

—El tema es así. Le vaciás todo lo que encuentres. No le dejás ni un ibuprofeno. ¿Escuchaste? Revisá debajo de la cama y en los cajones. Verónica dijo que sacó todo y yo también estuve agarrando lo que pude, pero lo más probable es que se me haya escapado algún hueco. Chequeá que coma, porque me dijo Inés que le metieron carbón activado en el suero para que siga purificando y si no se hidrata, va a cagar hasta el año del arquero. Que se bañe, así se saca ese olor a vómito inmundo.

—Ok, quedate tranquila, Sofi. Vos andate a descansar, yo me ocupo.

—Pará. No terminé. Te metés con ella adentro del baño. No la dejás sola un segundo, Romina: ni un segundo. Después se van a la cama, miran una peli y final del día. Esperá a que se duerma ella primero. Me mandás un mensaje de texto y, después, vía libre para dormir vos. Se supone que con lo que tiene adentro va a dormir como un bebé. Tené en cuenta que cuando camina se va para los costados, pero no un poquito. Se te va.

Escucho una carcajada de Romina, que es interceptada antes de que termine por la voz policíaca de Sofía.

—No es joda, boluda. Te estoy hablando en serio. Se puede caer de la escalera. No tiene equilibrio. Todavía tiene restos de pastillas en el organismo, más lo que le dieron, más el estado de shock y demás, es un peligro.

—Sí, ya sé. Ya me contó Inés. Andá tranquila, de verdad. Confiá, que la voy a tener cortita.

—La última cosa y las dejo cenar. Vigilá que no use el teléfono. Está desvariando. No está en condiciones de hablar con nadie hasta que no se estabilice. En la casa de Mabel estaba comprando un sillón y no sé cuántas cosas más. Aproveché la volada y cuando le saqué el teléfono le revisé unas conversaciones que tuvo un rato antes de las pastillas.

—¿¿¿Y???

—Parece que se agarró con Nicolás, no sé bien por qué. Vi que le dijo que se quería morir porque ya no aguantaba más, algo así.

—¿Me jodés?

—No, no te jodo. Igual, viste cómo es Nicolás. Le dijo que llamara a su psicólogo, que él no podía ayudarla. No sé, no sé. Algo pasó. Ahora, ¿acostarse con una amiga de ella? Innecesario. Aunque solo sea para garchar. Mirá que tenés minas en este mundo… ¿justo con Valeria?

—Peor Valeria. Dentro de todo, Nicolás es el ex, pero ella la jugaba de amiga… A mí nunca me cerró esa chica, siempre se lo dije. Pero viste que Carola se enamora de la gente en cinco minutos y le da la llave de su vida sin pensarlo.

—Sí… Qué sé yo. Igual algo pasaba con los nenes. En el trabajo. Tenía varias conversaciones abiertas. Estaba muy verborrágica. No paraba de escribir… Todo con faltas de ortografía, mal escrito. No era ella, estaba poseída. No ponía un puto punto. Y viste que los puntos y aparte para ella son su perdición. Bueno, shhh, shhh, basta. Ya nos enteraremos. Ahora me voy, que estoy liquidada.

—¿Pueden hablar más bajo de mi vida privada, por favor? Que yo ya la conozco y no tengo intenciones de repasarla. —Agonizo desde el sillón.

Siguen cuchicheando un rato más, pero ya no las escucho. A punto de dormirme, los tacos de Sofía se acercan. Abro los ojos a media asta y la veo deformada. Es cierto. Está sin dormir. Se acomoda en cuclillas y me ruega que me cuide. Se tapa la nariz y me recuerda que llevo un flor de vómito encarcelado en el rodete. Me echa en cara que tengo que darme una ducha urgente.

—Por favor, Carola, cuidate y hacé caso. Mañana bien temprano vuelvo y desayunamos juntas. Acordate que a las 12 te pasa a buscar Inés para ir al psiquiatra que te conseguí.

Afirmo con la cabeza. Soy su soldado.

Mientras me da un beso levanta el juego de mis llaves arriba de mi cabeza y lo hace sonar como una pandereta.

—¡Ahora son todas mías! Tengo auto y casa nueva.

Simulo agarrarlas como si fuera la sortija de una calesita, pero se apura a guardarlas en el bolsillo del pantalón. Me guiña un ojo y se levanta del piso. Estira los brazos hacia arriba y los balancea de izquierda a derecha, los suelta con fuerza como evidencia de su

cansancio. Cuando por fin creo que la estoy viendo sonreír, cierra los ojos. Estira levemente la cabeza hacia atrás y se levanta la fosa nasal derecha con el dedo índice. Aspira profundo como si se hubiera acabado de meter diez gramos de cocaína, mientras resopla como un caballo… Esa manera tan particular que siempre tuvo Sofi, donde suelta la sensualidad que la caracteriza, en un intento de detener el agua que le cae de la nariz cuando está a punto de llorar como si fuera la última vez.

# 8

Lo primero que perdí cuando regresé a casa fue mi intimidad. Mi palabra había dejado de tener valor. Nadie que sea capaz de silenciar las intenciones de llevar adelante un hecho tan perturbador como su propia muerte, mientras sigue trabajando, comprando verduras, yendo de shopping y eligiendo muebles por Mercado Libre, es creíble y mucho menos confiable. Ser cuestionada en todos mis actos fue una batalla que di por perdida antes de empezar. Mi entrega nunca fue de buena gana, por cierto, pero fue total. No hablaba demasiado. No hacía ningún esfuerzo para disimular mi dolor. Aprendí muy rápidamente que, si no contestaba el teléfono, mis amigas resolvían las dudas que les generaba metiendo sus llaves en la puerta de mi casa.

Lo poco que decía o hacía se transformaba de manera inmediata en las novedades que circulaban en el grupo de WhatsApp: Loca. Sí, la loca era yo, porque rompí el límite que no hay que romper. Y sabía que eso tenía un costo; que pagaba, aunque no sin protestar. Yo las miraba en mi interior, a cada una de ellas, mientras escuchaba sus consejos, sus indicaciones y me atenía a cumplir sus órdenes, sabiendo con precisión que todas convivían con oscuras intenciones, que al igual que yo, las silenciaban en lo cotidiano. Les conozco hasta los órganos. Soy la amiga a la cual recurren para contar lo incontable. Conozco el nombre del dolor de cada una. Las cuentas pendientes. Las mentiras que las habitan. Los deseos prohibidos. Los prohibidos, pero igualmente realizados. Sus síntomas. La enfermedad que padecen. La vida que les gustaría tener y no se animan. Los pecados cometidos. Y los que están en la lista de sus

cosas pendientes. La vida que tienen y les hiere. Sé hasta lo que no saben de ellas mismas. Pero a diferencia de ellas, yo había tocado una línea que no se toca y las había salpicado; ahora tenían que acomodar sus vidas para acompañarme en mi proceso. Mi trasgresión mal terminada las condenó a una preocupación que excedía los límites de la cordura. Evidentemente, yo había corrido la barrera de la normalidad y estaba puesta en el banquillo de los acusados. Toda yo era juzgable, pero toda yo había demostrado una carta muy difícil de manejar. Había sido capaz de cagarme en todos. Porque esa era la lectura general. El egoísmo del suicida que no se detiene a pensar en el daño que deja en los demás. El tupé de abandonar la lucha, mientras a otros les tocan peores cartas en el juego de la vida. La cobardía de no afrontar los miedos y los dolores. La ingratitud de no registrar todos los logros obtenidos, como si la salud mental se resolviera en el buen tener y no en el bien estar. La duda enquistada en la mirada inquisidora de algunos que suponen, en la muerte fallida, un llamado de atención, un intento oscuro de manipulación, una mentira perversa que nos transforma en niños caprichosos que nos pasamos en la intensidad del berrinche.

Los demás ven en la salud mental cuando falla una suerte de privilegio, de empoderamiento personal. Se sienten empujados a tratarnos como si tuviéramos coronita. Algunos nos acusan de victimizarnos. De ser tóxicos. De tener mala vibra. Y, otros tantos, de ser peligrosos. No me refiero a mis seres queridos. Por supuesto que no. Porque incluso cuando no pueden ayudar de la mejor manera, gozan con el beneficio de la desinformación, de no haber aprendido cómo tratar a quien es preso de una enfermedad mental. De un trastorno anímico. Por supuesto que no me refiero a ellos, que finalmente funcionan como nuestra red de contención; estoy hablando de aquellos actores principales que deberían contener, allanar, abrazar, y ejercer la compasión como parte inherente al título que hayan adquirido en la facultad.

Por eso hacía silencio y pagaba mis culpas. Y aunque hubiera querido hacer algo diferente, no podía. Estaba paralizada, aturdida, y, al igual que ellas, yo también estaba asustada de mí.

Reencauzar mi tratamiento farmacológico, el cual había abortado

de forma violenta, no fue fácil. Tal como conocía el protocolo, ningún psiquiatra iba a arriesgar su matrícula al decidir atenderme sin una internación previa que me contuviera en una cama, babeando por exceso de medicación, por si acaso era una más del grupo del 60 por ciento que luego de tener un primer intento de suicidio tiene otro.

Intuyo que el primer psiquiatra, al que me acompañó Inés, no tenía más de 30 años. Entramos juntas. El consultorio era enorme. Tenía unos muebles antiguos, que coincidían con el resto del edificio en el cual estaba emplazado. Mientras él se sentó detrás de su escritorio, nos hizo señas con la mano para que nos ubicáramos en un sillón, a cuatro metros de distancia. Me hizo una serie de preguntas de rigor científico. Mientras yo respondía, él escribía.

De manera inmediata, haciendo caso omiso a todo lo que acababa de relatar, como si fuera información sin ningún tipo de relevancia, dijo cuatro cosas.

La primera: que vuelva a tomar la fluoxetina como siempre. La segunda: que consiga un acompañante terapéutico para que me suministre la medicación. La tercera: que retome terapia; y la cuarta: que vaya buscando otro psiquiatra, porque si bien él accedió a verme de favor, no tenía más turnos disponibles.

Inés le preguntó si podía adelantarle algo en referencia al cuadro diagnóstico, dar indicaciones para el resto de los acompañantes, decir algo sobre el motivo del "incidente".

—No sé, algo como para tener en cuenta, doctor.

—Por lo que escucho, la quita abrupta de la fluoxetina pudo haber sido un factor desencadenante. Es cierto que habría que internarla para quedarnos más tranquilos, pero vamos a confiar en su palabra. Entiendo que no tiene intenciones de reincidir, que se le fue de las manos una situación, bastante compleja, por cierto, pero eso lo tiene que trabajar en terapia. Yo puedo organizar la parte farmacológica hasta que consiga otro profesional. Y, en lo posible, no hay que dejarla sola. Tendrían que organizarse con la acompañante terapéutica para suplir los horarios en los que no está.

—¿Cuál sería la función del acompañante terapéutico cuando no

me pone la medicación en la boca?

—Estar ahí por si necesitás algo. Pueden hacer cosas que te interesen, charlar. Ocupar el tiempo con actividades que te guste hacer… Deberías conversarlo con ella.

—Pero, doctor, está diciendo que antes de dejar la fluoxetina tenía ideas de muerte… ¿Eso no cuenta? Perdón, pero es la primera vez que la escucho decir que miraba las lámparas con cariño. —Inés me miró horrorizada.

—Si estoy contando la verdad, justamente, es porque no me quiero volver a matar. Yo quiero vivir. No estoy en contra de la vida. Necesito que me digan cómo hacerlo con todo lo que acabo de mencionar. No tengo intenciones de charlar con una señora que no conozco, ni de meterla en mi casa para que me mire mientras duermo hasta que la fluoxetina haga su trabajo. Necesito soluciones. Herramientas. No una compañera de cuarto que me enseñe a tejer.

—Está terrible. Se volvió mala. Dice que no a todo. Es difícil así, doctor —dijo Inés sin mirarme—. Yo no creo que esté en condiciones de dejarla ambulatoria. Y le digo esto sabiendo que me está odiando.

—¿Estás pensando en vos o en mí? —La increpé—. ¿Te preocupa que me recupere o querés dormir sin sobresaltos? Doctor, discúlpeme. Pero están todos centrados en lo que cada uno necesita para vivir con tranquilidad. Y yo, la verdad, no puedo ocuparme de eso. No debería ser así. Realmente prefiero que se abran, y me dejen hacer el tratamiento que me haga bien a mí y no el que ellos precisan. La verdad es que sentir que no saben en dónde ponerme no colabora demasiado.

Inés se levantó con la cartera en la mano. Me miró y achinó los ojos.

—Perfecto, si es lo que querés, me voy —dijo enojada, mientras se secaba las lágrimas incipientes.

El doctor le pidió que se sentara e Inés obedeció como un perro adiestrado.

—Por eso te digo que la parte terapéutica es fundamental. No empezaría con una nueva. Sería ideal regresar a tu terapia de siempre. En cuanto a mi función, no tengo psiquiatras para

recomendar porque están todos con la agenda explotada. Pero escribirme cuando encuentres a otro, o para ver si necesitás más medicación.

Nos subimos al auto e Inés resumió la entrevista en cinco palabras.

—No te podés quedar sola. A mí no se me ocurre otra forma que una internación, Carola. ¿Cómo vamos a hacer? Me da la sensación de que no estás tomando dimensión de las cosas. ¿Este médico de dónde salió? Se recibió hace cinco minutos, dejame de hinchar. Yo no sé si será la disociación que todavía no se fue del todo, pero no te estás comportando bien. Basarnos en tu opinión me resulta un disparate.

—Devolveme las llaves de mi casa. Despreocupate, se terminó nuestra amistad. Quedás liberada de la responsabilidad.

Volvimos todo el viaje en silencio, mientras yo miraba el mundo exterior a través de la ventana del auto, Inés aprovechaba cada semáforo en rojo para escribir mensajes de texto, como si no me diera cuenta de que estaba exponiendo mi vida sin consultarme.

Me dejó en la puerta de casa. Ella lloraba mientras a mí, supongo porque seguiría disociada, no se me movía una sola emoción. Estaba apurada por irme. Por entrar a mi casa. Para que me dejaran en paz.

Me devolvió las llaves y se fue sin decir una palabra. Entré. Subí las escaleras**,** fui a mi dormitorio, y, cuando por fin había logrado conciliar el sueño**,** la respiración exagerada de Sofía me abrió los ojos a la fuerza.

—Levantate que tengo otro turno. Ponete esto.

Ese mismo día, fuimos a otra psiquiatra que Sofía encontró por Instagram. Atendía en una clínica muy reconocida de la ciudad de La Plata, y había logrado un sobreturno gracias a su insistencia.

La misma entrevista que tuve con el recién recibido doctor la tuve con la recién recibida psiquiatra. La diferencia entre los dos fue la adhesión intransigente de esta última al protocolo médico.

Terminado mi monólogo, la única pregunta que hizo fue si me

arrepentía de lo que había hecho.

—No. Fue la única manera que encontré de desaparecer del mundo de manera inmediata. Si me hubiera sido posible tomarme un avión, o meterme en un convento, lo hubiera hecho. Pero hubieran ido a buscarme a cualquier lugar donde me escondiera para que me hiciera cargo de mis responsabilidades. No me quise matar porque no quiero vivir. Quise desaparecer como forma de frenar la catarata de situaciones hostiles que estaba atravesando.

—Reitero la pregunta. ¿Te arrepentís?

—Está mal formulada la pregunta. Te estoy diciendo que encontré la solución en algo que supuse inmediato. No me quise matar. Quise desaparecer. —Establecí un intercambio de parámetros profesionales que la psiquiatra no está dispuesta a realizar con una psicóloga que hoy es una enferma mental.

—Bueno, Carola, damos por terminada la entrevista. Voy a hacer pasar a tu amiga para explicarle las indicaciones de la situación.

—La situación soy yo. Y por el momento entiendo todo. Así que me las podés explicar a mí —insistí.

—Voy a convocar a tu amiga, gracias. —Me invalidó.

Finalmente salió Sofía con una orden de internación en la mano. Me tomó del brazo como si fuera una señora mayor sin decir una palabra. Cruzamos la puerta de la clínica y me mostró un número anotado en un papel.

—Me dio el número de un colega por si no encontrábamos cama en el loquero. Lo llamás en el auto. Es tu último intento.

# 9

Nicolás me sugería que fuera más astuta y que mintiera en las entrevistas para evitar que me encerraran.

—Si a cada lugar que vas decís que no estás arrepentida de lo que pasó, más vale que te van a querer internar. Y tienen razón. Te van a meter ahí hasta que te arrepientas.

—Mientras que mi vida siga en estas condiciones, no me voy a arrepentir. Llegué al punto donde llegué, y no comprendo cómo. Pero esto no quiere decir que lo vuelva a hacer. No estoy pensando en reincidir. Estoy pensando en cómo vivir una vida que me den ganas de quedarme y no de irme. Necesito conectar con las ganas de vivir. Necesito que me digan cómo. Lo que les estoy pidiendo es que me den las herramientas para hacerlo.

Hasta ahí llegaba la disponibilidad de Nicolás. Y quizá estaba bien. Todavía no me queda muy claro si su manera de no involucrarse afectivamente conmigo es correcta o no lo es. Desde el día en que nos separamos, él levantó una barrera extraña. No había tensión sexual, porque habíamos perdido el amor de pareja tiempo antes de poner el punto final. Eso hizo de la separación algo sencillo de transitar, pero, de todas formas, él construyó un muro que yo me esforzaba por derribar y él por reforzar.

Lo único que empezó a importarle de mí eran mis hijos. Nuestros hijos. Todo lo demás no era tema suyo.

Su preocupación se limitaba exclusivamente a quién se iba a quedar con los nenes si a mí me internaban, o en su defecto, si yo me volvía a morir. La réplica de todas sus preocupaciones acerca de

mi vida: que no le interfiera la suya. Y yo lo sabía. Nicolás era un pozo sin agua al cual iba una y otra vez con un balde en la mano para corroborar si por fin había empezado a quererme como se quiere a alguien que tiene valor. Nunca sacaba nada. Y lo único que traía de ese pozo era su vacío, su rechazo y mi dolor.

Pero dejar de convocar a Nico, buscando una ayuda que, ya estaba comprobado empíricamente, nunca me dio, fue una de las tareas a las cuales me tuve que dedicar. Entender que solo es el papá de mis hijos, que el cariño enorme que le tengo, que mi necesidad imperiosa de buscar una familia que me contenga no lo iba a transformar en alguien que no era, fue vital en mi reconstrucción interior. En definitiva, querer a alguien no es razón suficiente para que ese amor sea correspondido.

Más allá de lo que mi entorno pensara, en mi interior, la idea de muerte había sido desechada en el mismo momento que me resucitaron.

Paradójicamente, tenía más ganas de vivir que nunca. Y si bien esta sensación fue instantánea, casi tocándose con la magia de lo inesperado, llegar a poner en marcha el deseo de vida me costó mucho tiempo de llanto, de tristeza, de dolor.

Una semana después de haber salido del hospital, la persona que finalmente se puso a cargo de *mí* fue mi psicólogo, Hernán. Intenté contactarme con él, dejándole algunos mensajes en el contestador, pero fue imposible. Dice que no tiene WhatsApp y si bien nunca le creí, siempre admiré el límite con el que contaba para establecer el adentro y el afuera. Ojalá hubiera podido aprender de esas simples cosas antes de desdibujarme en el aire. La cuestión es que yo no pude dar con él, pero Julia y mamá tuvieron otra suerte.

—¿Caro?

—Hola, Hernán. ¡Por fin! Te dejé varios mensajes. Y acabo de enviarte un mail.

—Tus mensajes no llegaron nunca, Caro. Y la casilla todavía no la miré. Disculpame que te llame así, sin avisar. Sabés que no suelo acorralar a los pacientes. Pero esta vez me tomé el atrevimiento de llamarte yo a vos porque tengo mensajes de tu vieja, de tu

hermana. ¿Qué pasó?

—Ah… no sabía nada, ¿y de dónde sacaron el teléfono? Bueno, mirá, no sé cómo resumirte. Me tomé mil pastillas, ¿es un buen resumen?

—Eso ya lo sé. Fue lo primero que les escuché decir a las dos. Pero ¿qué pasó? A ver, Carola. La pregunta es simple. ¿Por qué?

Conozco a Hernán hace veinte años. Fue profesor en mi facultad. El segundo más jodido de todos. El que te aplazaba si contestabas de memoria una pregunta en un parcial. Era el profesor que nunca nadie sabía para qué lado disparaba. Estudiarlo era imposible. Nunca había una respuesta correcta, y como él lo sabía, no la esperaba. No quería saber si habías estudiado la materia, los textos, los libros, ni las enciclopedias. Él quería saber si los habías sentido. Porque el sentir llevaba implícito un saber elaborado, comprometido, verdadero. Los parciales eran eternos, y si ponías más de cinco renglones textuales de algún autor específico, volvían tachados. No había forma de revertir una nota. Él estaba seguro de lo que buscaba y a todos nos resultaba un disparate imposible de descifrar. Le gustaba que lo cuestionaran. No solo a él. Flor de panzada se hacía cuando nos animábamos a cuestionar a los autores. Los finales eran orales y nunca uno se parecía al otro. De nada servía preguntarle a un compañero *cómo te fue y qué te preguntó.* Era la clase que más esperaba con ansias. Despertaba en mí una motivación violenta. Necesitaba esos desafíos. Él ponía el cuerpo y yo no me quedaba atrás. Hice una carrera impecable. Aprobé todas mis materias con un 9 o un 10. Tuve un promedio casi perfecto, que bajó de manera abrupta con el único 6 que tuve en toda mi formación. Se lo debo a él. Di un final sin ningún tipo de objeción. Fue una charla de café donde se ponía en evidencia el pensamiento de cada autor, pero sobre todo el impacto emocional que cada uno había despertado en mí. Su primera y única pregunta al sentarme en la silla fue: *¿Qué te dejó la materia*? Mi primera respuesta fue la palabra angustia y a partir de ahí estuvimos una hora yendo y viniendo por un mundo fascinante. Pero según Hernán, un 6 fue todo lo que me merecía. Nunca le pregunté por qué. Esperé a estar

recibida y matriculada para llamarlo y pedirle por fin un turno y no me equivoqué. Hasta el día de hoy lo celebro.

—Hernán, soy Carola Henner. ¿Te acordás de mí? Fuiste mi profesor en la facu, hace un par de años. Necesito un turno.

—Hola, Carola. Por supuesto que me acuerdo de vos. Primera fila, bastante peleadora, muy inteligente y creo, si mal no recuerdo, vos me dirás, que diste un final excelente.

—A juzgar por el 6 que me pusiste te diría que no. —Ataqué riendo falsamente.

—Si te hubiera puesto un 10, hubiera sido una materia más y seguramente no me estarías llamando. —Escuché algo así como una risa y di por sentado que ganó la partida, como siempre. Pautamos una cita de manera inmediata.

Antes de hacer terapia con Hernán, pasé por varios psicólogos. Pero terminaba abandonando por la misma razón: no les creía. Conozco la cocina de la terapia y no es fácil dejar la propia formación para entregarse a la del otro sin querer objetar las mañas. En cambio, con él me fue imposible. Es verdadero. Atiende involucrado con el cuerpo. La capacidad que tiene la demuestra en la velocidad con la que interpreta las situaciones más complejas que le he presentado sin hacer ni siquiera un segundo de silencio para pensar. No frena. No hace silencios. No usa reloj. No me deja la lágrima pendiente para la próxima sesión como broche de oro. No me interpela con palabreríos que no entiendo. No demuestra su saber porque no necesita el aplauso a su inteligencia. Tiene calle. Es sabio. Todas sus intervenciones son una bomba con información que nutre. Que sirve. Que suma. Que ingresan en la cabeza, bajan hacia el corazón y de repente explotan. Hacen mella. Cuestionan. Se ramifican y calan hondo para no irse jamás. Así. De la misma manera que daba las clases. Con amor. Un amor loco. Enfático. Apasionado. Verdadero.

Verdadero… Esa es la palabra que nunca deja de estar en una sesión. Esa es nuestra línea de trabajo. Esa es la búsqueda. Ese es el encuentro. Es el lugar donde tengo que volver intentando hacer

pie cada que vez que me pierdo, como hace un tiempo, y dejo de tener una existencia verdadera: una existencia donde pueda ser lo más Carola posible.

Hernán me conoce. Sabe la respuesta de lo que me pregunta antes que yo, pero no me la muestra. Me da el espacio para que me escuche yo misma.

—Carola, ¿me escuchaste? ¿Qué pasó?
—Sí, sí. Te escuché. —Sonreí.

Cerré los ojos. Apoyé el celular en el pecho. Levanté la cabeza y lloré por dentro. No había angustia. Era emoción. Emoción de la linda. Esa que te dan ganas de abrazarte por las buenas elecciones que alguna vez hacemos. Lo dije en voz alta para escucharme vibrar: *Gracias, vida.*

Sentí elevarme por dentro. Un pequeño vuelo. Todo lo que necesitaba en ese momento. Volver a casa.

# 10

El universo conspiró a mi favor y pude conseguir un turno con un tal Leonardo Ruiz. No tenía demasiada información acerca de su currículum, pero el doctor había aceptado atenderme de manera inmediata y evaluar la posibilidad de evitar la internación. Las dos únicas cosas que necesitaba para dejar a mis seres queridos en paz.

Tuve mi primera sesión de manera online. Sin estudios mediante, sin pedidos de carpetas clínicas con mi historial medicamentoso y sin dirigirme la mirada durante toda la consulta, el doctor Ruiz, desde su sillón gerencial, colocado a kilómetros de distancia de la pantalla, determinó su nuevo diagnóstico. En quince minutos dejé de padecer depresión, para empezar a padecer Trastorno Bipolar grado 1.

—Lo que te llevó a la ingesta compulsiva de las pastillas no fue la angustia. Fue un desborde, un pico maníaco. Estabas eufórica, no depresiva.

La sesión transcurrió muy rápidamente. Casi tocando la campana de los quince minutos, que dejaba saber en su estado de WhatsApp que eso es lo que duraban sus sesiones, tomó una hoja que debió haber escrito en el tiempo en que no me miró a la cara y la apoyó en la pantalla en forma de espejo. Mientras él leía en voz alta, desde el pizarrón que acababa de fabricar, me dediqué a asentir todo lo que dijera con la cabeza, como una nena de seis años.

—Antidepresivos: 1 Escitalopram por día después de desayunar por quince días.

—Estabilizadores de ánimo: media Lamotrigina por día con la merienda durante quince días.

—Media Quetiapina para atenuar síntomas propios de la

bipolaridad (que acabo de tener).

—Ansiolítico a demanda y un inductor del sueño para dormir. Lo que necesites.

—Ducharse antes de desayunar.

—Meditación mindfulness.

—Caminatas de quince minutos por día.

—Licencia laboral por un mes.

—Curso de jardinería, cocina, o lo que fuera que no tenga que utilizar la cabeza.

—Descansar ocho horas diarias. Suprimir las siestas, y en caso de no poder evitarlo, no más de veinte minutos diarios.

—Todo esto ahora te lo mando en un mail, destacando cantidad de miligramos y marcas preferidas. Quedate tranquila. Si sentís algún malestar me avisás. No agregues ni quites nada por tu cuenta.

—Doctor —dije levantando la mano del otro lado del pizarrón.

—Decime —contestó mirando el reloj que tenía ubicado estratégicamente delante de su notebook creyendo que, además de bipolar 1, era lo suficientemente estúpida como para no darme cuenta.

—¿Y mis hijos? ¿Cómo hago con mis hijos?

—Por el momento, los ves acompañada con el padre.

—Pero el padre trabaja.

—Pasale al padre mi teléfono.

De repente y de manera inesperada, ya con los quince minutos cumplidos, me puse a llorar.

—Perdón, pero estoy muy angustiada.

—Si vos hacés lo que yo te acabo de decir, en quince días te vas a sentir mucho mejor. Si alguien se quiebra la pierna y no se opera, seguramente no se recupere nunca. ¿Verdad? Con la cabeza es igual. Tenés que cumplir las indicaciones, siempre les digo lo mismo a los pacientes. Yo te indico los objetivos, tu función es cumplirlos. Nada más.

—Tengo asco a retomar la ingesta de medicación. Recuerdo el gusto de la fluoxetina y hago arcadas.

—Por eso te lo cambié por Escitalopram. La fluoxetina no se usa

más hace varios años.

—Pero yo la tomo hace veinte.

—No importa antes, Carola. Hoy empezás un nuevo tratamiento. No es momento para ir hacia atrás. Las respiraciones de mindfulness son muy sencillas. Empezá con eso, es importante para centrarte en el aquí y ahora.

—Pero mi aquí y ahora es una mierda. Es justo donde no quisiera estar. Además, no tengo fuerza para respirar. Perdón. No puedo. Me encantaría apelar a mi voluntad y hacer todos esos deberes que me indica, pero es justamente lo que tengo enfermo. Necesito dormir el día entero y llorar. Estoy muy angustiada.

—No apeles a la voluntad. Apelá a la disciplina. El día anterior te dejás preparado las zapatillas y un equipo deportivo. Te despertás y arrancás sin pensarlo. Con el tiempo, la angustia se te va a ir pasando. No dejes de hacer terapia y cualquier cosa me escribís. ¿Ok? Nos vemos en quince días.

—Ok… Doctor, una pregunta más. ¿Puede ser que el episodio que le comenté que sucedió en mi trabajo haya sido el factor desencadenante? Porque yo recuerdo que ese mismo día tuve los primeros síntomas de despersonalización. Ese día algo en mí cambió, y no puedo dejar de linkearlo con el hecho traumático que viví en el mismo lugar, seis años atrás.

—Carola… no es momento de recordar. Dijimos aquí y ahora. Decile a tu psicólogo que cualquier duda se comunique conmigo. —Fuerza una sonrisa mientras le veo el dedo índice dirigiéndose a la parte de debajo de su computadora. Está preparando la despedida —. Cuidate, Carola. Nos vemos.

Él y su pizarrón desaparecen de la pantalla.

Su necesidad imperiosa de no pasarse un segundo más de los quince minutos me genera frustración. Toda esta consulta fue humillante. Pienso que tengo suerte en darme cuenta de lo que está pasando. Sé perfectamente que no es acá donde voy a quedarme. Me preocupa la gente que no sabe que puede elegir. Cómo puede ser que estemos a cinco minutos de que nos mediquen y nos internen y a un abismo de que nos quieran escuchar. El mundo del

que quise huir sigue intacto.

# 11

Hernán se puso contento cuando le dije que el psiquiatra era un imbécil. Consideró que la palabra utilizada, en función de lo que le conté detalladamente, hablaba de que mi salud mental estaba conservada.

—Me encanta que lo puedas ver, Carola. Que no compres el discurso que te está vendiendo. Es más, que ni te detengas a hacer las respiraciones de mindfulness que te indica en un pedazo de papel higiénico a través de una pantalla. Me alegro, de verdad. Nunca te vuelvas pasiva en tus elecciones. Por lo visto, no perdiste la lucidez y no es un dato menor. Pero tenés que entender que hoy por hoy, lo necesitás. ¡Perdón! Lo necesitamos. Porque esta travesía es nuestra. Necesitamos que regreses a la medicación y que tu familia se quede tranquila y baje la insistencia con el encierro. Ese trabajo tiene que hacerlo un psiquiatra. Lo de bipolar, no bipolar, depresión, manía, euforia y la mar en coche es para otro momento. Es más, me conocés y sabés que no es para ningún momento. Mientras el lápiz de labios te lo sigas pasando en la boca y no en la mejilla, vos sabés que yo descanso tranquilo. —Reímos los dos—. Coincido con vos. Sí. Es un animal. —Me pide perdón por la expresión, pero sé que la volvería a decir todas las veces que lo amerite—. Hoy necesitamos eso que te devuelva la pared de contención que perdiste, y cuando estés estabilizada y ya no les des miedo a los demás psiquiatras —sonrió meneando la cabeza– buscarás uno como la gente. Te pido que no te enganches con nada de lo que te dijo. Te vio quince minutos. Remitite a la medicación y andá poniéndolo al día de cómo te venís sintiendo. Punto.

—Ok, me parece bien.

—Entonces, y para ser claros, si me voy a poner al frente de semejante barco, te voy a pedir un par de favores: que no lo dejes y que no me dejes. Esta vez no voy a perdonar tus ausencias. Podemos acomodarnos con los días, los horarios, pero abandonar, no. ¿Estamos de acuerdo?

—Te juro que voy a comprometerme a todo eso y a cada cosa que me pidas. Sé que te estás jugando el título conmigo, lo sé.

—Si creyera que me estoy jugando el título, quedate tranquila que no lo expondría. Te conozco demasiado, Carola.

Hago silencio… Lo miro. Si él cree en mí, yo no puedo dejar de hacerlo.

—Bien. Dicho esto, ahora vayamos a lo importante de una vez. Contame qué te pasó.

# 12

Dicen que cuando crecemos se nos muere el corazón. Yo conozco un altísimo porcentaje de estas muertes que suceden en la infancia. Soy un fiel testimonio de esto. No necesito que nadie me lo diga. No hace falta. Una mirada, una frase, un abrazo, un pedazo de historia, incluso, lo más sutil que pueda pasar desapercibido en cualquier otro, a mí se me hace diáfano como el agua. Evidente.

Era junio del año 2014. Tenía 20 años. Sofía había conseguido unas entradas para ir a bailar a un boliche *mega top* donde se iba a encontrar con un chico con el que estaba saliendo por ese entonces. A Inés le resultaban divertidos los planes fuera de la ciudad de La Plata y a mí, que siempre fui la rara de todos los grupos, me parecía un verdadero embole. Pero pudimos negociar un acuerdo entre las tres. *Voy si antes me acompañan a ver* La Cabra*, una obra de teatro que están dando en calle Corrientes.* Dos caras de oler mierda me respondieron que sí. Y allá fuimos. Sofi se durmió en mi hombro no bien entró Julio Chávez, el actor protagónico, a escena. Inés, en cambio, miró toda la obra, sonriéndome cada veinte minutos, aprovechando para mirar de refilón y con envidia cómo descansaba Sofía.

Terminada la obra, y por el ruido de los aplausos, Sofi se levantó de inmediato, me arrastró con la mano y empezó a caminar por el costado de las butacas, mientras su espalda se sumaba a la ovación. Inés terminaba la fila india en un respetado silencio.

Como era temprano para ir al boliche, decidimos hacer tiempo y paramos en una pizzería.

—Una picadita simple, una pizza de muzarella, dos cervezas y una coca light para ella —dijo Sofía señalándome, sin preguntarnos qué queríamos comer.

Inés la fulminó con la mirada.

—Yo no lo puedo creer —dijo por lo bajo.

—¿Qué pasa, boluda? ¿Pido otra cosa? Quise ser resolutiva.

Las miré a las dos con cara de me da lo mismo.

—Por mí, está bien. Me da igual, pero Inés tiene razón, hubiera estado bueno que preguntaras.

En medio minuto ya habíamos superado la tensión y empezamos a recordar anécdotas de la semana. Cada una contaba sus novedades, sus historietas; mientras tanto, yo escuchaba.

Ellas podían hacer algo que para mí siempre resultó imposible: disfrutar, estar presente en el lugar donde efectivamente estaban. Vivir la situación. Sentirla. Estuve años intentando saber cómo se hace para estar en el lugar en el que estaba mi cuerpo. Años intentando dejar de mirar la escena como si yo estuviese dentro de una burbuja. Ellas hablaban, se reían, festejaban mientras que mi vida trascurría en mi cabeza. Yo *me* pensaba. En otro lado. En un barco en el medio del mar. En una isla perdida. En mi cama. En mi cabaña del campo con mi vestido floreado. Lejos. Bien lejos. De esta realidad.

No bien el mozo apoyó las cosas, me levanté y me fui sin decir nada. Mis amigas son mis hermanas. Me conocen y, aunque no me entiendan, me regalan la impunidad de no tener que dar explicaciones de mis arrebatos.

Cruzando la calle había una librería típica de la zona. Fue lo primero que vi mientras hacíamos la cola para entrar al teatro. Solamente vendían libros usados, mi perdición. El olor que hay ahí me contiene. Me hace sentir algo difícil de explicar. Es una melancolía que me conoce. O que yo conozco. Estar ahí es estar tranquila. Es estar en mí. Fui derecho al rincón de los poemarios. Tomé un libro de Alejandra Pizarnik. Lo abrí de manera intuitiva, buscando una salida mágica a mi ausencia, a mi vacío existencial,

como solía hacerlo con la mayoría de los libros de poesía: intentando encontrar una respuesta a una pregunta que no sabía cuál era.

*A veces lo único que duele es el mundo*

La magia se hizo presente. Pizarnik conocía el mismo dolor que yo y tuvo la gentileza de ponerle palabras y compartirlo. Fue esa la primera vez que tuve en mis manos la descripción exacta de lo que sentía en el fondo de mis bajones emocionales, mucho antes de saber que esos pozos se llamaban depresión.

El mundo es un lugar hostil. Nunca pude asumir las normas que lo regulan. Sé que tengo las herramientas para poder vivir en este ecosistema violento. Por supuesto que lo sé, pero no puedo usarlas.

A quien transgrede las normas impuestas por esta sociedad le espera la cárcel o el manicomio. En cuanto a mí, que de momento no estoy en ninguno de los dos lados, mi condena es el dolor. El sufrimiento psíquico. A veces llamado depresión. No estoy sola acá. Reconozco a mis pares de forma inmediata y cuando nos olemos, solemos adosarnos los unos con los otros como una babosa. Mis amigas me dicen que tengo un radiador que hace que se me peguen todos los bichos. Porque bichos es el nombre más coloquial de la locura. De la diferencia. Del emocionalmente sensible. Del sufrimiento. Pero no comprenden. Ni siquiera los libros de psicología son asertivos con las explicaciones. Hablan de dependencia emocional sin entender qué es eso de lo que se depende. Qué cosa es lo que estamos buscando. No tengo el síndrome de la salvadora. No los quiero rescatar. No soy la psicóloga de nadie, cuando de pares se trata. No pretendo curarlos. Solo me resulta inevitable quererlos. Hacer sintonía. Tenemos una marca invisible que hace que nos reconozcamos de manera inmediata. Nos conocemos de vidas pasadas, de viejas heridas, del mismo dolor. Nos da lo mismo la clase social, la posición económica y el trabajo al que se dedican. Ser gerente, jardinero, limpiavidrios o estrella de cine no nos intimida para nada. No tenemos el roce del mundo. Pero tenemos la sabiduría de la calle. Una parte nuestra permanece sin domesticar y eso asusta. Aleja, como todo lo que no se conoce. Pero allí donde

ellos ven oscuridad, yo veo luz. Vemos luz. Un carisma especial. Es la vulnerabilidad. La fragilidad necesaria de los cuerpos vivos. La inestabilidad propia de quienes nos apropiamos de historias complicadas que seguramente no elegimos. De lo tormentoso. Lo ambivalente. Lo humano. Demasiado humano. Un bello espacio, un hueco, un oasis de afectos intactos, en estado puro, infantiles; una puerta de entrada al mundo ajeno donde en ese mismo ingreso lo convertimos en propio. Sabemos lo que el otro siente. Somos un lugar seguro en donde podemos abrazar y ser abrazados sin miedo a desarmarnos. No usamos máscaras. Somos verdad. Bichos que ahuyentan la falsa lujuria. Tenemos el poder de crear un grupo de autoayuda en cinco minutos con tan solo cruzar unas miradas. Por eso lo primero que se nos ocurre es cómo podemos ayudar al otro para que se levante. De qué manera resolvemos el problema. Somos solidarios. Nuestra sinergia arma tribu. Sostenemos. Somos extranjeros del mundo en el que vivimos. Hablamos otro idioma. Un lenguaje que muchas veces no tiene letras. Nos importan otras cosas. Queremos diferente. Dolemos diferente. Sentimos diferente. Miramos diferente. Vemos diferente. Tenemos miedos diferentes y, lamentablemente, la mayoría de las veces, nos vamos de manera diferente. Por eso, cuando nos cruzamos, estamos en casa. Muchos llevan colgados otros carteles que indican otra patología y otra medicación, pero la esencia de todos nosotros es la misma: padecemos. ¿Qué cosa? La realidad. Y como enfrentarla se nos hace tan doloroso, hacemos malabares para negarla. ¿Cómo? Intentando evitarla.

# 13

—No sé por dónde empezar, Hernán. Aunque sean opuestos, no me resulta tan fácil distinguir el factor desencadenante con la gota que rebalsó el vaso. Es decir, recuerdo un hecho puntual, donde sentí el momento exacto del desmoronamiento, pero no sé si fue la causa o si fue lo último que necesité para colapsar. Necesito que me ayudes un poco, aún estoy medio lenta.

—La última vez que te vi fue con el tema de Lola, ¿no? Diciembre. Repasamos. No hay problema. Acá lo tengo. La última sesión me habías comentado que, después de los episodios de autolesión de tu hija, finalmente le habían diagnosticado depresión, como vos bien les habías alertado, dado los antecedentes. Me dijiste que estaba yendo a un psicólogo y comenzando con una nueva psiquiatra. Y sí. Fue en diciembre. Seis meses justo antes de que tomaras las pastillas. Imagino que en el medio pasó de todo. De todas maneras, no me interesa repasar la cronología de los acontecimientos. No necesitás escribirme un libro, eso dejalo para tu trabajo. No hace falta que te lo diga. Podés hacer un racconto de todas las cosas que te fueron pasando hasta que no tuviste más espacio y reventaste. Creo que puedo anticipar el final sin necesidad de saber cuál fue la última discusión con Nicolás, o el último quilombo con Julia. Lo que sea. Incluso y, por qué no, la angustia que como madre te genera que tu hija finalmente aparezca con el cartelito colgado de aquello de lo que te hubiera gustado protegerla. Pero, la verdad, más que preguntar por lo que fuera que te haya pasado, me parece que debería reformular la pregunta.

—¿Y cuál sería la pregunta? Ni qué, ni cómo ni cuándo… No te

sigo.

—La pregunta sobre la que tenemos que trabajar, o sobre la que venimos trabajando, es dónde. Dónde ancló toda esa serie de episodios, que si tenés ganas, ya me los contarás. Quiero decir, sobre qué personalidad se estructura la complejidad de las relaciones humanas que hace que, un día, mi querida Carola no dé más y decida quedar fuera del juego. Y creo que la respuesta la sabemos los dos. Es lo que venimos trabajando hace años, repito. Sería injusto ubicar el factor desencadene en Lola, o lo que quieras, elegí el conflicto que más te guste, el que más te haya perturbado, da igual, porque tu lucha para sobrevivir en este mundo que percibís, con justa razón, hostil, es desde que naciste. Pero no hay un motivo de quiebre, por más que un evento te haya marcado diferente del resto. Te han pasado infinidad de situaciones complejas, es cierto, de ninguna manera voy a desestimarlas. Por menos de la mitad, probablemente, muchos de los que hoy juzgan tu acto no estarían acá sentados hace rato. Y celebro esos recursos que fuiste forjando a fuerza de reconstruirte. Te he visto morir y nacer varias veces, Carola. Has sabido reinventarte. Tomar decisiones fuertes, determinantes. Inclusive, después de aquel episodio traumático que te pasó hace seis años donde aquella loca te mató a golpes en el medio de la calle, ¡perdón!, en la puerta de tu trabajo, y nadie hizo absolutamente nada, te has puesto de pie. ¿Querés empezar ahí o con tu divorcio? Porque también tenemos tu separación. Tus dos mudanzas posteriores de tu propia casa. Los nenes muy chiquitos. La muerte de tu papá…

—La última vez que mi papá me vio yo estaba inmovilizada en una cama, con vendas en los ojos, toda golpeada, y a los siete días murió. ¿Entendés eso? Papá. Vos sabés la relación que teníamos. Yo era la luz de sus ojos. Irse viendo a su hija en ese estado…

—Lo sé. Por supuesto que lo sé. También lo sumamos, no hay problema. —Dibuja una línea en el aire simulando tildar en una lista lo que acaba de relatar—. Lo transitamos juntos, Carola. Y después los accidentes en auto. No uno. ¡Fueron tres! Y el robo en tu casa después del velorio, el hostigamiento laboral por haber sacado licencia. La enfermedad de tu vieja. Y podemos seguir sumando…

Nicolás y tu amiga traidora… y el exceso de responsabilidades que fuiste adquiriendo que, de ninguna manera, ni podías ni querías cumplir, y… ¿sigo? Porque sabés que tengo memoria. En fin, en retrospectiva podemos llegar hasta las depresiones posparto, a tu relación con Nicolás, a la separación de tus padres, a la depresión de tu madre, y así, hasta los primeros meses de vida, Carol. ¿Tiene sentido volver a hacerlo ahora? Porque yo te necesito activa. Pero no lo sé. Decímelo vos. Yo estoy acá para acompañarte donde necesites. No te voy a dejar sola.

—No puedo volver a esa vida. —Se me rompe la voz.

—Esa vida no existe más, Carola. Acabás de matarla. No hay manera de que regreses. Porque no se trata de los sucesos. Eso va a seguir existiendo. Se trata de cómo vas a hacer para convivir con eso sin que te perturbe la vida al punto que llegaste. En eso tenemos que seguir trabajando. Hay otros mundos, claro que los hay. Pero en este. Carol, mi querida Carola, la pelea es acá. ¡Perdón! La aventura es acá. Te quedaste sin lugar, sin espacio. Lo que te llevó a la muerte no fue la depresión, fue el hartazgo. Lo que explica tu reacción es que tu extrema sensibilidad dijo basta. No pudo más. No pudiste más. Fue una respuesta desajustada a un agotamiento extremo. El mundo está roto. Estoy de acuerdo con vos. Te percepción es adecuada, no estás loca. Pero vos estás esperando que alguien te traiga un mundo nuevo para meterte adentro. Las cosas no se resuelven así, de hecho, ni siquiera hay que resolverlas. Muchas cosas no están bien, y aprender a saber que está bien que así sea es nuestro trabajo. Nadie te va a extirpar el sufrimiento. No vamos en esa línea. No hay forma de exterminar la sombra, y quien te quiera ofrecer eso te está mintiendo. O, por lo menos, yo de ese kiosco no vendo.

—Entonces estoy condenada a sufrir… ¿Cuándo voy a sanar? ¿Cuándo termina esto?

—¡Por suerte nunca! Nada se termina hasta que se termina realmente y eso es con la muerte. Mientras tanto somos aprendices eternos. Jugadores permanentes. Mi querida Carola… vas a sanar cuando dejes de luchar contra la realidad, cuando puedas darle un lugar en tu vida sin que te opaque el resto y esa es la única

respuesta a todas tus preguntas. En cuanto a todo lo que te pasó, podemos pensar que alguien con una mala gestión emocional, o para hablar como hablamos nosotros, alguien que no acepta lo oscuro, lo terriblemente doloroso, como parte inevitable de la vida, podría haber roto el auto a palazos. Otro se hubiera dado un saque de cocaína. Juancito se hubiera ido a acostar con la primera que se le cruza por la calle. Pepito se la hubiera jugado en el casino. Lo que quieras. Vos decidiste desaparecer.

# 14

Pasaron siete días desde que tomé las pastillas. Por indicación de mi psicólogo, Romina presentó mi licencia laboral en la empresa donde trabajo. Después del incidente con la nueva colega que ingresó, tanto el doctor Leonardo como Hernán declararon a mi amado sector, aquel que comandé durante más de diecisiete años de mi vida, como zona de riesgo. También me ayudó a tipear un mail dirigido a mi editora para decirle que estoy complicada con la fecha de entrega de los capítulos. Contestaron que no hay ningún problema. Sofía suspendió mis presentaciones en las ferias del libro que tenía pautadas y repitió el mismo mensaje en los talleres literarios que estaba a punto de empezar a dictar, alegando problemas personales. Como bien me anticipó Hernán, nadie se quejó.

—Quiero que experimentes la sensación de liviandad cuando te des cuenta de que el mundo sigue girando sin nuestra presencia. No pasa nada, mi querida Carola. Vas a ver que no pasa nada.

Continúo a rajatabla mi terapia farmacológica con el psiquiatra del pizarrón. Siento volver a morir cada vez que me meto una pastilla en la boca. Cada vez que se acerca el horario de la medicación, me acuerdo cuando tenía otitis y me escondía adentro del placar en un intento fallido de no tomar el antibiótico. Quiero hacer lo mismo y ver si mi suerte cambió, pero no tengo las ganas de antes. Me tapo la nariz, la trago y hago una arcada final. Me comprometí con Hernán a ir dos veces por semana hasta que esté estabilizada. Él dice: encaminada. Me lleva Agus porque no estoy en condiciones de

manejar. El ruido de las bocinas me hace saltar del asiento. El mundo me da miedo. Agustín discute con los automovilistas y todo mi cuerpo se asusta. Le pido que desacelere, pero no me toma en cuenta porque cree firmemente que estoy exagerando. Tengo miedo de que lo golpeen. Que alguien baje con un palo y lo mate. Cada vez que me dice que me quede tranquila, me pongo más nerviosa. Viajo con los ojos cerrados para no ver cómo se les arrima a los autos sin mantener la distancia de frenado. Me persigue una imagen muy nítida: si chocamos a esa velocidad pierdo la dentadura completa. Me tenso. Soy una alarma. Me pregunto cómo voy a volver a esta guerra. Esta gente tiene una ametralladora en la mano y yo lucho con un escarbadientes. Pensé que la muerte era el final y, sin embargo… La imagen de mi vida en el campo me rescata por un instante. Me quedo ahí hasta que Agustín pega un volantazo y me deja en la puerta del edificio. Me sostengo el pecho para evitar que reviente y estiro el pie de repente. Mi instinto de supervivencia intenta frenar un auto que no manejo.

—Dale, gorda, que estoy en segunda fila y acá te comen el auto en medio minuto.

Abro la puerta del coche y el aire del mundo ingresando a mi cuerpo me hace temblar. Pongo un pie en el consultorio y lloro la mitad de la sesión. La otra mitad, Hernán habla por los dos. Está todo mal. Todavía no pude cumplir con las órdenes del doctor Ruiz por mis propios medios, salvo respirar. No estoy ni viva ni muerta. Soy una planta a punto de secarse que sobrevive porque de vez en cuando alguien, que no soy yo, la viene a regar. Camino lento. Abstraída. Elegir huir me había vuelto desafiante. Recuerdo haber mirado todo a mi alrededor con los ojos de la victoria. *No me van a manejar más. El punto al que llegué lo generó alguien que no soy yo.* Mi muerte había sido un ajuste de cuentas. El límite que nunca nadie más iba a torcer. Pero el tiempo me está debilitando. Tengo miedo de que todo haya sido en vano. A veces parece que acepto, pero no es así. Estoy esperando en mi más íntimo silencio. No logro discernir qué, pero sé que estoy esperando. No quiero volver a aquella "normalidad" de la que quise escapar. Siento un cansancio incurable en el cuerpo. Estoy durmiendo más de lo que debería. Es

el único momento en que no me duele la vida.

Los últimos fines de semana, mi casa se ha transformado en una salita de fiestas. Vienen amigas que nunca vinieron. El sábado vino mamá. El remís la estaba esperando en la puerta. Conversó mucho con mis amigas y miraba las noticias por su celular. Antes de irse me pidió plata para pagar el coche que la había traído. Julia también estuvo un rato. Le hice señas con la mano para que se sentara en el sillón que finalmente me habían traído esa misma mañana y me recosté sobre sus piernas. No me tocó. Mis compañeras de trabajo me traen velas y sahumerios. Los otros días me hicieron llegar de regalo un buda bebé. Ese gesto me sensibilizó por demás.

Sofía llama a cada hora. No tengo derecho a no responder. Todas mis acciones van en dirección a dar calma a los demás. Me explicó que desde que les conté la manera en que miraba las lámparas de mi casa, un temor que antes no tenía creció en su cabeza. Sabe que me está agotando, pero se excusa diciendo que se está preservando de una escena con la que no quiere encontrarse. Tiene un miedo que yo no tengo, pero la culpa es mía. Mi compañera de almuerzo y cena es Inés. Comemos sin hablarnos una sentada al lado de la otra. Ella mira una serie en Netflix, no tengo idea de qué trata. No me esfuerzo en saberlo. Le presto la cara y lloro hacia adentro. Las lágrimas que reprimo apenas me dejan ver. No puedo hablar. Tampoco tengo fuerza para cortar la comida. Hoy cenamos ñoquis. Ayer empanadas. Al mediodía suele traer sopa de verduras. Me arrima el vaso con agua cada vez que constata que me metí un bocado. Mi manera de renunciar es desplomarme lentamente en el respaldo del sillón. Inés nunca se rinde conmigo. Me pregunta si quiero que me dé la comida en la boca y le digo que sí. La barrera de la censura se rompe y las lágrimas se chocan con el tenedor. Lava los platos y me da la mano para subir las escaleras. Espera sentada en el piso del otro lado de la mampara mientras me baño. Me ducho sentada en el piso. Me quiero quedar a dormir ahí. El agua me limpia por dentro. Tampoco puedo purificarme como quisiera porque, en cinco minutos, veo la toalla asomarse por la mampara. La voz tierna de Inés pregunta si ya estoy lista. No contesto y agarro la toalla. Me deja la ropa interior, un pijama recién lavado y el desodorante arriba

de la tapa del inodoro. Sale del baño sin cerrar la puerta. Me cambio y me canso. Pienso en mis hijos. Cuando cumpla los quince días de la medicación, tengo permiso de verlos. Vienen a cenar. Me genera ansiedad no poder manejar la situación. Les dijeron que tuve un pico de estrés y que estoy descansando. Por ser la primera vez, Nicolás se quiere quedar a cenar con nosotros. *Yo voy a llevar un pollo, fijate si podés salir aunque sea a comprar unos heladitos, un postre para ellos.* No tengo impulso vital ni para contestar. Me pregunto qué más tiene que pasar para que entienda. O quizá debería preguntarme yo qué tiene que pasarme a mí para que yo entienda que él entiende, pero que no le importa. Soy la única persona que asume que saben la verdad, aunque nadie se las haya contado. Sigo siendo una madre. Ninguno pidió hablar conmigo. No necesito otro dato para constatar que me tienen miedo. Nicolás contesta con monosílabos cuando pregunto por ellos. Es su forma de castigarme. *¡Llamalos vos! ¡Podés llamarlos, Carola!* Quisiera decirle que si pudiera lo haría. Pero Hernán me pidió que tratara de relacionarme lo menos posible con él por el momento. Siento el agua del pelo chorreando por la espalda. Hace frío.

Inés me espera con un abrazo que no puedo devolver porque mis brazos no tienen fuerza. Me cepilla el pelo y me acuerdo de cuando era mamá quien cumplía esa función. Yo todavía no conocía el desamparo. Debió ser antes de que se enjaulara en su habitación para siempre. Aquella mamá terminaba de cepillarme el pelo y me daba un beso en la frente. Cierro los ojos y siento la paz de aquel momento. Permanezco en la quietud de la mirada apagada y me escapo un rato a mi mundo paralelo. Imagino tener un perro que me saque a pasear y respiro distinto. Dejo volar mi cabeza libremente. Escucho el aleteo de mis pensamientos y siento una brisa en la cara. Percibo una sonrisa asomándose en mi rostro. Acaricio mis labios para comprobarlo. Quizá pueda tener muchas plantas que me rieguen. Y quizá, por qué no, encontrar alguna película interesante que me mire. Pacientes que me escuchen. Hijos que me cuiden…

Percibo un golpe, y comprendo que mi imaginación se bifurcó bruscamente y tomó un camino inesperado. Dejo de sonreír y se me ata la garganta. Quiero regresar a la calle por la que estaba

transitando, como cuando me despierto en medio de un sueño hermoso y hago un esfuerzo inútil para retenerlo. No se puede. Es indescriptible el nivel de desprotección que puede sentir un ser humano. Desde que volví a casa, el dolor cambió de formato. Nadie sabe lo que siente un bebé recién nacido cuando sale del útero de la madre y lo arrojan al mundo. Tratados de psicología apoyando las teorías del trauma del nacimiento basados en intuiciones. No hay prueba empírica de lo que dicen. Ningún bebé pudo constatar la veracidad de tales relatos. Estoy en condiciones de dar mi testimonio. Soy ese bebé indefenso. Extirpado. Roto. La voz de Inés me parte la imaginación en dos pedazos. Siento ira. Pienso que me salvaron la vida y no me dejan vivir. Deseo que se vaya. Abro los ojos y la tengo enfrente como un fantasma que no puedo ahuyentar. Hace un gesto amable para que tome la pastilla. Le araño la palma de la mano intencionalmente y cumplo sus órdenes. Abro la boca para mostrarle que me la tragué. Intento generarle rechazo para que se canse. Lejos de eso, sonríe y me dice que, aunque le clave las uñas, no va a abandonarme en este momento.

—¿Te hizo bien el baño? —Disimula mi explícita ingratitud.

—Quiero volver.

—¿Volver a dónde? —pregunta mientras abre la cama.

—A mi casa.

—Estás en tu casa, Carol. ¿Estás bien?

—A mi casa te dije. Esta no es mi casa. Esto es una casa. Quiero volver a tener una mamá y un papá. Y Julia. Necesito a Julia.

—Julia está con vos, Carola.

—La otra Julia. Mi hermana mayor.

# 15

Todos tenemos un momento donde se nos parte la vida en mil pedazos. Reconstruirla es imposible. Las piezas de antes ya no existen. Algunas se perdieron, otras se rompieron, y otras quedaron tan estropeadas que tirarlas resulta ser una manera poética de salvarlas. Si tuvimos un poco de suerte y nos quedaron los cimientos, se nos impone la tarea de convertirnos en arquitectos de nosotros mismos. Se trata de levantar una nueva historia. Una nueva vida. Un nuevo mundo.

Yo también debería haber tenido ese momento, pero si fue así, no lo recuerdo. Lejos de eso, se me presenta una montaña de sucesos desfavorables que esconden el punto de quiebre en el que me convertí en esta persona triste que soy ahora. Quiero regresar para descuartizarlo. Encontrar dónde queda, dónde fue el lugar exacto en el que se originó esta fatalidad para presentarme allí y darle la batalla que evidentemente no supe pelear. Quiero que alguien me diga qué me pasó. Pero Hernán tiene razón. Hoy no estoy en condiciones de emprender esa travesía y volver a transpirar mi pasado. Como bien advirtió, me necesita activa. Tiene razón. Pero necesito ponerles nombre a las nuevas heridas. Darles entidad al nombrarlas. Ordenarlas. Otorgarles un valor y cobijarlas en un lugar en mi cuerpo y en mi memoria, porque serán las próximas banderas rojas de las cuales me tengo que cuidar. Conozco el ambiente donde fui criada. La incidencia de los genes maternos. Mi labilidad emocional que pende de un hilo, haga lo que haga. Tome lo que tome. Mejore lo que mejore. Los anteojos con los que miro el mundo están marcados con una lente de extrema sensibilidad. Lejos de lo

que la gente sospecha, no soy inocente. No estoy sobrepasada de bondad ni desconozco las herramientas para jugar con astucia. Al contrario. Allí donde el otro ve en la picardía un acto puramente humano, mis ojos hacen zoom y descubro un acto perverso, carente de empatía. Soy inteligente. Comprendo la dinámica de las relaciones a la perfección. Le veo la cola al diablo de forma cotidiana. Pero en el lugar donde va el miedo, a mí me aparece la angustia. Ese es mi problema. El motivo de mi condición. El dolor me bloquea, me inhabilita. Me saca de juego y me revolea en una cama de la cual no puedo despegarme por varios negros días. No digiero la injusticia. Soy celíaca de la maldad. De las malas intenciones. De la traición. De la codicia y la falsa solidaridad. Lo veo todo. Lo miro todo. Lo entiendo todo, me duele todo, lo lloro todo. Y cuando, de repente, un impulso cargado de una emoción negativa me comprime el estómago y por fin lo puedo hacer explotar, se me vuelve en contra con voces internas de culpa y autorreproche. La manía, el estado de euforia, que bien descubrió el psiquiatra del pizarrón, se llama agotamiento. Es un vaso que se fue llenando y que no solo rebalsó: estalló. Es la violencia como respuesta a la violencia. Es el poder exacerbado que se siente al romper las cadenas de los frenos inhibitorios. Un disparo a los mandatos. Al buen comportamiento. Al cumplimiento obediente de las reglas impuestas por otro, para el bien del otro. Un aullido que no veo venir. La ferocidad de un envión hambriento que logra escapar del cuerpo que lo contiene para, por fin, empezar el proceso de su descarga. La adrenalina de un tren sin frenos que en vías a estrellarse se eleva por los aires llevándose lo que encuentre en el camino. La inercia del agotamiento que rompe la represión y grita verdades dolorosas y a destiempo.

Asumo que no voy a cambiar el mundo allá afuera. Pero rebelarme contra la injusticia me hace sentir el placer de la victoria. Mi locura es la satisfacción de decir basta como meta cumplida. La pérdida del control es mi grito glorioso. La única manera en la que puedo sentir la conquista de un trozo de libertad. Sin embargo, ese impulso que nace de la saturación de mi paciencia, ese instante en el que logro sacarme a mordiscones la mano de un boxeador del cuello, ese

instante en el que me atrevo a perderlo todo, incluso la vida, es la antesala de una nueva recaída en mi depresión. Justamente porque lo sé, no tengo intenciones de reprimirme. Conozco el infierno al cual estoy por volver a ingresar.

Un cuerpo agobiado.

La vida no vivida.

Una vida que se sigue manifestando con la potencia del agua del río solo en la cabeza.

Una vida imparable.

Una vida que no espera a nadie.

Mi vida sin mí.

# 16

Ya pasaron quince días desde mi suicidio. La alarma del celular me avisa que en diez minutos tengo turno con el psiquiatra. Me levanto con esfuerzo, me lavo los dientes, abro la ducha y me quedo parada mirándome frente al espejo del baño de mi habitación. Tengo la cara muy hinchada. Me la enjuago varias veces en un intento de descongestionarla, pero sigue igual. Envejecí de una manera inexplicable. Me pregunto desde cuándo me habré transformado en una señora mayor. Hace varios días evito los espejos. Mi apariencia exterior demacrada es el fiel reflejo de mi mundo interno. Nunca nadie me deseó tan poco como yo en este momento. Doy asco. El ruido del agua me resulta violento. No tengo ganas de sacarme la ropa. De levantar el pie para ingresar a la bañera. Visualizo el agua golpeándome en la cara y no puedo soportar la imagen. Le pido perdón a nadie y cierro la ducha. Regreso a mi cama y me hundo como una piedra en medio del océano. Un mensaje del doctor me avisa que me está esperando. Hago el esfuerzo de apoyar la espalda en la pared, me levanto el pelo con un rodete, sostengo el celular con la mano derecha y hago la videollamada.

—Hola, Carola, buen día. ¿Cómo estás?

—Mal.

—Tratá de ser más específica, por favor.

—Sigo muy angustiada. Me la paso llorando. Durmiendo. No tengo hambre y aún no pude salir de mi casa.

—¿Angustiada o ansiosa?

—La fluoxetina me hacía mejor. Me levantaba mucho más rápido, supongo que el Escitalopram me tira demasiado.

—Repito la pregunta. ¿Angustiada o ansiosa?

—No sé, me olvidé de la diferencia. Te cuento lo que me pasa. —Resoplo como un caballo.

—La fluoxetina no se usa más, te dije. Además, con la cantidad de años que la venías tomando sin subir nunca la dosis, habías generado una tolerancia que con más razón da crédito a mi teoría. Lo que debería hacerte efecto no era la medicación. Era lo que vos suponías que te hacía la medicación. Un placebo y nada más. Si te quedás más tranquila, tomala, total, es inocua. No suma ni resta en absoluto. —Hace una sonrisa ladeada mientras simula escribir a toda velocidad algo en la computadora.

Me está toreando y tengo miedo de mandarlo a la mierda. Queda claro que nuestra relación es asimétrica per se y lo acepto. Pero en el estado en el que estoy, me está golpeando en el piso. Por un lado, no tengo la potencia interior necesaria para defenderme y, por el otro, recuerdo que lo necesito. Pienso en Hernán y en las indicaciones que me dio. Suspiro. Me limito a mover una pieza.

—No la voy a tomar porque me da rechazo, tal como te comenté la primera vez que te vi, no sé si te acordás, que el episodio fue justamente con la ingesta compulsiva de la fluoxetina. —Comienzo a tutearlo intencionalmente—. Pero no porque no me haga efecto. De hecho, dos meses antes del suicidio, la había dejado de tomar. Calculo que algún efecto tendrá si al dejar de tomarla me quise matar. —Empiezo a sentir una emoción diferente a la angustia. Bronca. Una bronca incipiente que no me permite elevar el tono de voz, ni cambiar la postura, ni desinflamarme la cara. Pero al menos reconozco un poco de vida adentro de mi cuerpo.

—Eso ya lo charlamos en el primer encuentro. —Insiste en discutir —. No llegaste a ese punto porque dejaste de tomar la medicación. De hecho, estabas mal medicada porque estabas mal diagnosticada. Sos bipolar 1.

—En realidad, soy Carola, pero entiendo lo que querés decir.

Es la primera vez en la sesión que el doctor levanta la mirada y establece contacto visual conmigo. Es mi rival. Él cree que su inteligencia va en avión y la mía, a caballo. Ni depresiva soy sumisa.

Hernán me enseñó que está muy bien que confíe en mi criterio y que me haga respetar. Es lo que estoy haciendo.

—Contame, por favor, cómo venís descansando.

—Lo único que hago es dormir y llorar.

—¿Cómo estás descansando? Cuánto no fue la pregunta. ¿Qué fue lo que pasó con las actividades que te pedí que hicieras?

—No pude meditar y mucho menos salir a caminar. Todos los días tengo la intención, pero no logro materializarla. Me baño, pero no a la mañana porque tengo hipersensibilidad a los ruidos. No llegué a contarte nada de mi vida personal. —Le reprocho—. La ducha por la mañana siempre traté de evitarla porque el sonido me resulta perturbador, violento. Pero a la tarde, y con ayuda de mi amiga, lo hago. Ella me trae la comida y como porque me vigila, no por hambre. Sigo sin manejar, voy a terapia gracias a que me lleva mi hermano, estoy con licencia en el trabajo y hoy estoy un poco nerviosa porque vienen mis hijos a comer. Y bueno, en cuanto a mi pasión, que es la escritura y la lectura, no pude hacer nada al respecto, lo cual me frustra un montón.

Deja de escribir en la computadora que nos separa. Mira levemente hacia arriba, hace un silencio demasiado prolongado para mi gusto y por fin vuelve a conectar la mirada conmigo.

—A ver, Carola —me habla con agotamiento—, vuelvo a repetir algunos conceptos porque me parece que no quedaron claros, y, además, en base a lo que me comentás vamos a hacer algunas modificaciones. En principio, ya podés ir prescindiendo de la ayuda de tus amigas para realizar las tareas básicas. Me parece bien que tu hermano te lleve a tu terapia. Hasta que logremos dar con la medicación y puedas manejar, pueden llevarte lo que te haga falta. No sé, supermercado, farmacia, lo que sea. El listado armalo vos. Hablé con el padre de tus hijos, quedamos en que hoy iba a participar del encuentro, porque aún no estás en condiciones de ponerte al frente de la situación. Pretender leer un libro o sentarte a escribir en este momento es condenarte a la frustración. Nunca te di esa indicación, al contrario, te dije que te embarcaras en alguna actividad que tuviera que ver con el cuerpo y no con la cabeza. No

podemos pretender en este momento que logres un nivel de atención y concentración como el que te exige la literatura. Hay cursos de jardinería, de actividades plásticas. Deberías ir por ese camino.

—Quise intentar hacer algo que me gustara, o, por lo menos que me gustaba. No creo que hacer cosas que no me interesen me devuelva el deseo de vivir.

—No es lo que te sugerí. Así no vas a avanzar —pronosticó—. Las pastillas hacen lo suyo y son fundamentales, pero por sí solas no van a lograr demasiado. No hiciste nada de lo que te marqué.

—No pude, no es un capricho, ojalá pudiera. —Empiezo a lagrimear sin darme cuenta—. Me tira la cama. Parece que alguien me hubiera matado a palazos.

—La fase depresiva es así. No solo afecta al estado anímico. Tiene que ver justamente con eso, con la ralentización de los movimientos, del habla, inclusive los órganos funcionan diferentes. Me enviaste un mensaje el otro día por los dolores de espalda y la irritabilidad del intestino, pero no son producto de la medicación. No son efectos colaterales. Son síntomas de la depresión.

Me da información que conozco y que no me aporta nada. No existe ninguna diferencia en leer un artículo en Google que escucharlo a él. Teoría. Él prefiere la teoría antes que intentar moverme el corazón. ¿Cómo puede ser que alguien que estudió tantos años para ayudar a sanar a otro pretenda hacerlo sin querer ensuciarse con su dolor?

—Sí, ya lo sé. Todavía soy psicóloga. Además, los conozco, viven en mi cuerpo desde hace veinte años. Pero me dijiste que te avisara cómo venía y es lo que hice. ¿Cuánto tiempo más voy a sufrir?

—Vamos a retirar la quetiapina. Puede estar favoreciendo el estado de fatiga y somnolencia que decís tener. El resto de la medicación queda igual. Esta vez te voy a ver en siete días. Deberías estar mucho mejor. Pero necesito que hagas las cosas que te marqué. Si no, esto no va a tener ningún sentido. Tenés todo anotado, pero de todas formas ahora te vuelvo a preparar un mail. Me parece que te cuesta bastante ser paciente en el sentido literal

de la palabra. Tu profesión te está jugando una mala pasada. Dejá de cuestionar las indicaciones. Hoy no estás en el ejercicio de tu función, y mucho menos conmigo. Hoy estás del otro lado. Tenés que ser humilde, bajar la guardia y dejarte guiar. No lo estás haciendo. No estás para objetar lo que indico. En estas sesiones, no somos colegas. Nos vemos la semana que viene a la misma hora. Cualquier cosa me escribís. ¿Sí? Ah, y por favor, te voy a pedir un favor. Es importante que tengamos la sesión en otras condiciones. Me refiero a que te sientes en una silla y no me atiendas acostada en la cama.

Uso la poca energía que tengo para odiarlo. Me pregunto si alguna vez algún paciente lo mandó a la mierda o si yo seré la primera. Me adelanto a la humillación y esta vez soy yo la que mira el reloj de manera intencional.

—Diez y cuarto en punto. —Señalo—. Gracias. Te veo la semana que viene.

De repente sonríe de manera inesperada. Me mira con un falso cariño y se despide amorosamente. Conozco el truco. Lo hace para que esa imagen sea el recuerdo que guarde en mi memoria. *Pero qué sutileza la tuya, doctor. Justo conmigo pretendés hacerle trampa a la verdad.* Nos caemos mal y punto. *En mi caso te sigo necesitando y en el tuyo, supongo que no te debe venir nada mal el dineral que me estás cobrando por quince minutos sin moverte del sillón gerencial de tu casa.* Respondo con un silencio que acompaño con una gran cara de culo. *Yo no estoy jugando a nada.*

Ambos desaparecemos de la pantalla.

# 17

Desde que Gladys me encontró muerta en el piso, no volvió nunca más. Me manda mensajes todos los días para ver cómo estoy. Saco fuerzas de donde no tengo y le contesto que muy bien. Le hago caso a Sofía, y le pongo un signo de admiración al final de la misma frase que uso hace quince días, solo para que se quede tranquila y vuelva cuanto antes. No le quiero mentir, no se lo merece. Pero a veces no me deja opción. Comprendo el impacto emocional que le debe haber causado ingresar a un cuarto con una escoba y un trapo y encontrar a una persona muerta en el piso, pero tiene que entender que las cosas cambiaron su curso y que perderla en este momento atentaría contra mi recuperación. Mi casa está ordenada, pero sucia. Lo único que uso hace quince días es el baño, la cama y la escasa vajilla que Inés se encarga de lavar antes de subir a mi habitación. Paso de un pijama a otro con la misma frecuencia con la que cambio las toallas. Están adentro del lavarropas, junto con las bombachas, esperando que alguien lo prenda. Sería abusivo pedirle a Inés que pase un trapo, o que limpie los vidrios. Mucho menos que me lave la ropa. Tampoco me preocupa demasiado. Solo lo traje a la memoria porque hace un rato me llamó mamá para preguntarme cómo me fue con el psiquiatra. Intuyo que alguien la metió en el grupo Loca y está al tanto de las novedades. Le contesto que me fue bien y ella me pregunta si la quiero ir a visitar. No pude no recordar el estado de su casa, porque de alguna manera ella es la casa y solo pasear la mirada por las paredes de mi habitación basta para asumir que en este momento es exactamente igual que la mía, porque yo soy exactamente ella. Le explico que no estoy en condiciones de

enfrentar la calle, y todo lo que eso acarrea. Le mando un beso con un emoticón, dando por finalizado el intercambio. Pero ella, que no lo entiende de esta manera, me devuelve mi respuesta minimalista con un audio de ocho minutos y medio. Me parece tan fuera de lugar que me cuente cómo le está yendo con la quimioterapia en este momento y que me repita el horario de los turnos pendientes con los dos millones de médicos a los que va, que prefiero dejarlo sin escuchar. Tiro el celular en la cama y me vuelvo a tapar. El sonido del teléfono me avisa que acaba de entrar un mensaje. Exhalo cansada y estiro la mano. Otra vez es mamá.

*Me imagino que escuchar, podés escuchar, ¿no?*

*Más tarde lo escucho, ma.*

*Te preguntaba si querías que fuera yo, así te entretenés con otro tema. Te estaba comentando justamente las novedades de mis pulmones. Lo puedo llamar a Miguel, mi remisero de confianza y en una hora llego. ¿Sí? Dejame acompañarte un rato, Carolita, te va a hacer bien despejarte.*

Desde que se enfermó de cáncer, sus órganos son sus seres queridos. Se refiere a ellos con cariño y trata de no dejarlos afuera de ninguna conversación. El cáncer está quieto hace dos años, pero la quimioterapia, el estilo de vida que lleva, su adicción al tabaco en la misma proporción que a la morfina, su encierro, la cantidad de medicación que ingiere para paliar los efectos colaterales de la misma medicación y su obsesión porque el tumor reencarne en el cerebro y la deje paralítica, la vuelven incapaz de hablar de otro tema que no sea de ella y sus seres queridos.

El cáncer le dio un poder que antes no tenía. No solo la volvió un ser omnipresente de su propia existencia, sino que, además, con el título de la enfermedad en la mano, hace uso y abuso de la falta de interés y respeto por todo lo demás. Inclusive si ese demás se trata

de seres humanos. Desde el momento en que fue diagnosticada adquirió, por fin, el sentido de su vida: ganarle a la enfermedad.

*El fin de semana hablamos, ma. Hoy vienen los nenes a cenar con Nicolás, prefiero ir despacio.*

*Ay, me alegra tanto que los chicos vean a su madre. Todo esto no les hace bien, Carol. Andá a saber qué se les pasa por la cabecita. Y Lola, mi hermosa Lola… Cómo estará mi Lolita…*

*¿Los llamaste?*

*Noooo. No quiero meter la pata. Ellos saben que cuentan conmigo. No hace falta que los llame. Ahora si vos me pedís que los llame, los llamo, Carolita. Igual quedate tranquila que todos los días hablo con Nicolás. ¿La verdad? Hay que felicitarlo… Vos que lo criticás tanto... Se puso la familia al hombro, no esperaba menos de mi hijo varón.*

Tiene el don de elegir las frases más inapropiadas según el contexto en el cual se halla inmersa. Julia dice que lo hace a propósito, que tiene maldad. Yo pienso lo mismo que ella, pero le digo que no porque me cuesta asumir que no pueda limitarse a mostrar los dientes cuando se trata de nosotras. *Es imposible, Julia. Somos lo más importante que tiene.*

*Me duermo, mamá. Hablamos en otro momento. Una cosa… No sé si llegué tarde con la advertencia, espero que no: ni se te ocurra contarle a nadie lo que pasó.*

*¿Qué pasó? ¿Qué cosa?*

*Que me tomé las pastillas, que me quise matar. Eso.*

🎙 *¿Cómo me decís una cosa así, Carola? ¿A quién voy a contarle semejante barbaridad? No es algo de lo que me sienta orgullosa, te aclaro.*

Escucho cómo se le acaba de romper el corazón a mi papá. Abro la mano y dejo caer el teléfono. Pienso en él. Si estuviera vivo, me estaría abrazando. Si estuviera vivo, le diría a mi mamá que se calle la boca. *Dejá de decir estupideces, Mabel, ¿no te das cuenta de que no es momento?* Si estuviera vivo, tendría el tercer juego de llaves en la guantera del auto. *No importa la hora*. *No tiene sentido que llames a nadie, ¿me entendiste? En cinco minutos estoy donde vos me diga*s. Si estuviera vivo, hubiera sido la primera persona en preguntarme por qué me quise morir. *¿Por qué hiciste una cosa así, muñeca? ¿Alguien te hizo algo?* Se me nublan la vista y la garganta. Recuerdo su mirada tierna y la vuelvo presente. Cierro los ojos y me dejo acariciar por su mano añeja. Puedo sentirla. Está acá. Sé que está acá porque siempre está acá. Huelo su perfume, abro las fosas nasales e inhalo con profundidad. Las imagino como si fueran el conducto capaz de trasladar su aroma por una tubería que llega hacia cada una de las células de mi cuerpo abandonado. Triste. Golpeado. Me lleno de él y escucho el sonido de la paz. Me quedo ahí, reposando en la escena como si fuera un paisaje hermoso. Mágico. Descomprimo cada una de los músculos de mi cara. Me tiemblan los párpados y asiento con la cabeza. Esa es la manera en que se ríen mis ojos al cerrarse. Me quedo sin prisa, y escucho su voz preguntándome por qué. No quiero, pero llora. No puedo calmar a un muerto. Sigue llorando y le tengo la mano que sigue apoyada en mi mejilla. Exploto en un gemido animal. *Papá… perdoname, papá. Perdoname*. Se me agranda el vacío en el estómago y me retuerzo sobre mí misma para ver si afloja. Su voz me dice que no sea sonsa. *No seas sonsa, muñeca, ¿qué perdón? Lo único que me interesa es que vos estés bien, muñequita, que puedas estar bien. Lamento mucho no poder ayudarte. Perdoname vos a mí. Cuidate, mi amor…* Me sigue acariciando mientras su voz se retira en cámara lenta. No quiero que se vaya. No sé de dónde se retiene a un

muerto. Me desespera que se termine este momento, mi voz infantil le pide con una tristeza que me quema la garganta que no se vaya. *Papa, papá.* Pero me doy cuenta de que ya no está. La imagen se rompe y mi cabeza se apaga de repente y deja de hablar. Me retracto en mi pensamiento y niego con la cabeza.

Si estuvieras vivo, papá, nunca te hubiera hecho pasar por semejante dolor.

# 18

Mi mamá es un animal herido exigiendo que lo cuiden del daño que le han hecho. Cree, con extrema convicción, que el mundo le debe una indemnización y pretende cobrarla mordiendo a los demás. Es una deuda que administra desde que la conozco y, por lo visto, no tiene fecha de caducidad. La herida la transformó en una persona enojada, resentida. Su rabia es el arma con la cual se defiende cada vez que alguien amenaza con violentar la integridad que simula tener. Su poder de autocrítica es igual a cero, porque nunca fue capaz de meter la cabeza hacia adentro y preguntar cuál fue su responsabilidad en la desdicha de su vida. Sus diez dedos siempre señalan al otro. Su lenguaje está lleno de palabras repudiables, que acompaña con una gesticulación acorde a cada oración. Suele despegar la remera del resto del cuerpo justo en la zona del pecho para pronunciar su voz. Al hacerlo, mueve las pestañas de forma exacerbada y repetitiva, levanta levemente la cabeza con un dejo de soberbia y acompaña con una sonrisa ladeada y cerrada, cada vez que termina de escupir su sabroso veneno. Toda su imagen es una protesta. Mide un metro cincuenta y pesa cuarenta y cinco kilos. Le gusta vestir jogging con zapatos. No sale de su casa si no se pone un par de anteojos enormes que reconozco en los álbumes de fotos familiares, incluso en aquellas épocas en las que aún yo no había nacido. Suele colgar una cartera en su mano derecha, que alguna vez supo ser de cuero. Allí guarda sus caramelos ácidos, un sobrecito de sal, otro de azúcar, y una bolsa blanca de supermercado, donde asegura un stock permanente de paquetes de cigarrillos Colorado. Dejó de teñirse las canas desde que le

diagnosticaron la enfermedad. Está disfrazada de viejita adorable hasta que una voz ronca, gastada y poco femenina, a la que no le importa interrumpir, la convierte en un monstruo enorme capaz de imponer un respeto digno de admirar. Su grotesca impunidad es el pan que le da de comer. Nadie se atreve a contradecirla, salvo mi hermana y yo (cuando siento que tiene algún tipo de sentido hacerlo). Sin embargo, a raíz de su maldad tan generosa, supo ganarse el amor de todo mi entorno y el de mi hermana también. Nadie no quiere a mi mamá. Es así como lo digo. Conozco la causa. Ella está instruida en daños. Es contradictoria por definición. Así como sabe qué tecla tocar para generarlos, sabe también ponerte a salvo del daño de los otros. La bomba atómica se recicla en su bolsillo a cada rato y se la ofrece a todos aquellos que reconoce como sus fieles seguidores, que, dicho sea de paso, son muchos más de lo que uno pudiera sospechar. En ese acto deja por sentado varias cosas interesantes: que el otro es una mierda, que uno es un inútil. Y que a *Mamita* nadie la va a cagar. *Mamita* es la manera en que ella tiene de llamarse a sí misma. Y lo hace bastante seguido.

Después de haberme muerto, recuerdo que el primer audio que me dejó lo replicó en mi página personal de Facebook por si se me ocurría no escucharlo. Fue mi hermana más chica, Milagros, hija de mi papá con su segunda mujer, la que me llamó para advertirme lo que acababa de leer.

—Sé que no es momento, Caro, pero te aviso que tu mamá dejó un mensaje en tu página de Facebook que es un poco fuerte. Yo creo que no sabe que lo lee todo el mundo. No hay manera de que lo haya hecho adrede.

Le pedí a Inés que buscara mi página y que fuera ella quien me lo leyera. Inés abrió los ojos como un sapo y se tapó la boca que luego se destapó solo para decir:

—Ay, no, amiga. Ya la llamo para que lo saque.

**MAMÁ ▶ Carola**

•••

16 de junio

Lamento mucho, Carola, que estés rodeada de gente de mierda que no te valora como lo gran persona que sos. Hay hijos de puta por todos lados. No tengo ningún problema en ir al trabajo de ese tipo y pedirle que te devuelva tu dinero que con gran esfuerzo te lo ganaste. En cuanto a tu amiga, la que se acostó con Nicolás, no me sorprende. Vos sos muy tonta, le das confianza a cualquiera y todos te terminan cagando. No sé cuándo lo vas a entender. Acabo de mandarle un mensaje diciéndole todo lo que pienso. Si es necesario la piso con el auto. Vos sabés que mamita no tiene problema. Pensá en tus hijos, Carola. Es lo único que te pido.

---



---

Mi mamá no tiene olor a mamá. Su cama, hundida en un suelo descuidado, no guarda el secreto del cual los adultos hablan al referirse a la cama de los padres. Yo no quiero dormir ahí. No se puede descansar y sufrir al mismo tiempo. El colchón está doblado, las almohadas son de plastilina, las sábanas transparentes son incapaces de cubrir un cuerpo. Solo lo hice de grande y fue cuando estuve muerta. Ahora es tarde para reprocharle todo lo que debió ser y no pudo hacer. La quimioterapia y los rayos en el cuello destrozaron su garganta, lo cual repercutió de manera inexorable en su cuerpo. No come. Le duele comer. Hace años que come como un pajarito. Verla desaparecer da lástima, y, a veces, cuando está en silencio, hasta genera ternura. La visualizo en mi cabeza y revierto mis ganas de manera inmediata y entonces asumo que soy yo la que debería ir a abrazarla a ella. Le quiero pedir perdón por ser tan dura. Le quiero pedir que me pida perdón por ser tan ausente. Le quiero pedir que, al menos, en sus últimos años de vida tenga un gesto materno sin la carga del reproche.

Pero mi mamá no sabe abrazar. No me mira contemplando su creación como yo hago con mis hijos. No se rinde ante mí como lo hacía papá. Fue rehén de la vida que pudo tener, y se dedicó a escupir la rabia por no haber encontrado la manera de ser feliz, al menos por un rato. Su maldad es su defensa. Es el vestido que encontró su enojo. Hacia adentro, su existencia transcurría en esa cama devenida en tumba. Hacia afuera, levantaba la cabeza y dejaba bien claro que nunca iba a ser el blanco. Ella siempre se mostró flecha. Su manera tan hostil de moverse era un legado: la manera en que me mostraba cómo tenía que andar por el mundo. Siempre supo que iba a llegar el día en el que sea mi turno de querer salir corriendo.

Entiendo a Julia cuando dice que nosotras no tenemos la culpa de la vida de mierda que ella eligió. Pero también entiendo el dolor de mamá. ¿Quién elige enteramente su vida? Pero a Julia ya no la conmueve. No le perdona su depresión. Su espalda enojada contra la mesada de casa cortando los panes para prepararnos sandwichitos de jamón y queso durante los años que estuvo tirada en su cama después de la separación de papá. Su ausencia en la mesa. La puerta de su habitación cerrada al final de un pasillo eterno que solo se habría cuando se le terminaba el efecto del Valium y salía del fondo de las sábanas para tomar el siguiente *rescate*. No le perdona no haber consultado médicos. No haber pedido ayuda. La casa sucia. La ropa sin lavar. Las mañanas de lluvia donde yacía su auto en el garaje mientras caminábamos largas calles hasta la parada de micro para poder ir a la escuela. El golpe seco a la tecla de la luz de nuestras piezas para despertarnos sin decirnos una palabra. El silencio. La ausencia del otro lado de la puerta cada vez que volvíamos de algún lugar. No haber acompañado nuestra adolescencia con otro afecto diferente que no sea el odio. No le perdona los abrazos que no nos pudo dar. Ni la falta de palabras de contención. Su propio abandono. El fin de su maternidad cuando después de una estúpida discusión, nos preparó las valijas y llamó a mi papá para decirle que ya no podía más. *Llevatelas, Jorge. Yo acá ya no las quiero.*

Por eso dice que no le tiene miedo al día que se vaya: *en definitiva, nunca estuvo.* Yo no estoy de acuerdo para nada, pero sé que lo dice porque está muy herida. Si la contradigo corro peligro de que se desmorone por completo. Me odiaría mucho más de lo que me odia ahora si soy yo quien la deja en evidencia. Tardó años en construir una imagen que resulta imperturbable a los ojos ajenos, pero a mí no me engaña. No se diferencia en nada de mamá. Ojalá nunca lea estas palabras porque sé lo que representaría para ella asumir que tiene su huella en la sangre. Julia también es un cordero vestido de lobo feroz. Yo también tengo terror de lo que pueda pasarle el día que se le caiga el traje. Por eso, asiento con mi silencio o incluso dándole esa razón que considero que no tiene. Mi mamá está. Pero está mal. Siempre estuvo de una manera equivocada, porque esa también fue la manera que encontró de estar en su vida: mal. Yo sí tengo miedo de que se muera. No me puedo enojar. Me angustia.

El día que salió de la primera sesión de quimioterapia, esperó llegar a la vereda y se soltó del brazo de Julia con violencia. Abrió su cartera, hurgó en su bolsa blanca como un linyera buscando un pedazo de pan en un tacho de basura y se prendió un cigarrillo. Julia me miró y se puso a llorar. Me quedé inmóvil, los ojos se me abrieron como un sapo y ella, adelantada como siempre, respondió a una pregunta que no llegamos a formular:

—Lo lamento, chicas, pero este es el de la bronca. Cómo se equivocaron si creyeron que a *Mamita* le iban a poder sacar el pucho.

# 19

Nicolás me acaba de mandar un audio para recordarme que hoy a las ocho viene con los chicos a comer y que trae la comida. *Quedate tranquila que compro una gaseosa por el camino.* No vuelve a mencionar el tema del postre y me preocupo. Por el ruido de bocinas intuyo que está manejando. Le pido que me llame por teléfono cuando se desocupe. Me devuelve el mensaje enseguida.

—¿Qué pachóóó? Estoy con manos libres, puedo hablar. —Escucho la radio sonando de fondo.

—Te quería decir que yo todavía no manejo.

—¿Y? Ya lo sé. ¿Quién te pensás que se está ocupando de los nenes?

—Te aviso porque el otro día me pediste que me encargara del postre y no voy a poder.

—Ehhh, Carolita, llamás a una heladería y hoy te llevan las cosas hasta adentro de tu casa, no es tan complicado. Así como me estás hablando, podés llamar a cualquier lado. No es para volverse loco, un llamadito, ¿no? —Insulta a un automovilista.

—Está bien, Nicolás, ahora llamo. ¿Cuál es la necesidad de darme actividades? Y no, no me genera el mismo esfuerzo tener que hablar con vos que gestionar una compra. Igual ya está, ahora veo cómo lo resuelvo. No entiendo la imperiosa necesidad de que sea yo quien compre el postre, dadas las circunstancias… Ya está. No importa. ¿Te puedo pedir un favor?

—Depende qué favor, plata no tengo. —Se ríe solo de su falso chiste.

Si algo lo define a Nicolás es la palabra miserable. Su avaricia es repugnante. Antes de regalarte un centavo es capaz de matar a su hermano. Lo sabe y se jacta de su enfermedad. Se apoya en la propia mezquindad del padre, que en paz descanse, que, frente a la muerte temprana de su madre, fue quien lo crio como un paria. Dice que toda la fortuna que tiene la hizo trabajando. Que nunca le pidió nada a nadie. Y que no siente ninguna culpa cuando defiende lo que le pertenece. Incluso, cuando se trata de sus hijos. *A mí me enseñaron así y mal no me fue. Vos, con tu plata, hacé lo que se te cante, pero no me digas lo que tengo que hacer.* Es uno de sus mantras más repetidos.

—Hoy es el primer día que las chicas no vinieron por indicación del psiquiatra y la verdad no las quiero molestar, ya que venís para acá, ¿te puedo mandar la receta por el celular y de camino me traés la medicación, así ya me quedo tranquila? Yo te transfiero ahora.

—La puta madre, no lo puedo creer. —Sé que se está agarrando la cabeza con una mano mientras con la otra sigue manejando—. Una cosa es que me haga cargo de los nenes y otra es que sea tu *che pibe*, loco.

—Pero te queda de paso, Nicolás. ¿Te pensás que la estoy pasando bien? ¿Que estar dependiendo de todo el mundo me resulta divertido? Porque si es así te cambio mi lugar cuando quieras.

—¿Y yo? ¿Que estoy haciéndome cargo de todo esto sin comerla ni beberla? ¡Y dale! ¡Te lo cambio cuando quieras! ¿Sabés qué pasa, Carola? La verdad es que no sé si me corresponde. Yo no soy más tu marido. ¿No podés pedirle a alguien más? Esto es una pesadilla, estoy agotado. Hace quince días que soy un muñeco, no tengo respiro. —Bufa como una foca y después se llama al silencio—. A ver, mandame la receta, dale. Si puedo paso, pero no te aseguro nada. Y sí, transferirme algo, porque no tengo de verdad. Y no me pidas más nada. Chau.

Quise decirle que no le estaba pidiendo una tintura para el pelo o una crema humectante, pero ya no estaba del otro lado. Tengo mejores conversaciones con una mosca.

No puedo evitar llorar. El último diálogo que tuve antes de tomarme las pastillas fue con él. Una pelea de gallos. Rapear mierda hasta el cansancio y después desaparecer. Porque ignorarme es su manera sucia y dañina de ganarme la batalla cuando siente que mi dolor es capaz de mancharle su vida, aparentemente resuelta.

Nuestra vida en pareja fue la misma que nuestra vida sin serlo. Un duelo para ver quién ganaba espacios de crecimiento personal, porque para que eso sucediera, el otro tenía que postergar sus propios espacios. Ganaba él, porque cobraba más que yo. Lo cual daba a entender que sus ingresos servían para sostener una familia mientras que los míos, solo para comprar un bife en la carnicería. Su modo de subestimarme no me volvía sumisa. Siempre supe hacerle frente. Aun así, pelear por mis derechos fue una estrategia inútil frente a la frase con la cual terminaba todas las discusiones: *dejame de romper las pelotas.* Yo terminaba desgastada, tirada en una cama, arrepentida de haberme casado con él, y él se subía a su camioneta para retirarse a vivir, ocupando el lugar que mi estado anímico acababa de dejar vacante. Mientras yo iba almacenando bronca, despecho y frustración, él almacenaba propiedades. Dejar de responderme, apagar el teléfono y no volver a casa eran la manera de no engancharse en nada que pudiera salpicarlo con un problema que no consideraba suyo.

Me duele que sea el padre de mis hijos porque eso lo transforma en un presente continuo.

Cómo puedo querer tanto a un mezquino de corazón.

Cómo puedo tener tanto miedo de que le pase algo.

Cómo puede ser que necesite tanto de que me quiera como se quiere a una familia.

Cuándo voy a dejar de pedirle que se ocupe de mí porque sola no puedo.

# 20

El ruido del timbre me da un sobresalto cargado de palpitaciones. Intento abrir los ojos con esfuerzo. Arrastro la cabeza por la almohada girándola hacia ambos lados. Me quejo en voz alta de manera involuntaria. Suena el celular y en vez de atender la llamada aprieto sin querer la opción de rechazar. Es Nicolás. Ahora está golpeando la puerta con el puño cerrado. Me quiero parar y no puedo. Lo llamo por teléfono.

—Me quedé dormida.

—Hace media hora que estoy colgado del timbre, Carola. Te llamé, te dejé mensajes… ¿Cómo dormida? Se enfría el pollo.

—La puta madre, ¿estás con los nenes?

—Y sí, estamos todos. Son las nueve de la noche… ¿No te estás yendo a dormir muy temprano?

—Me estaba despertando de la siesta, Nicolás. Dame diez minutos, por favor. Ahora bajo.

No sé hace cuánto estoy en posición horizontal. Soy Frida Khalo atada a la cama. Mi corset es mi salud mental. Salgo de esta fosa con dolor en el cuerpo. Tengo el cuello resentido y la espalda dura como una puerta de hierro. Caminar hasta el baño es un desafío en el que no me interesa fracasar. Me enjuago la cara, me lavo los dientes, y me acomodo el rodete. Me calzo las pantuflas y me hago un nudo en la bata que ya tenía puesta. Bajo las escaleras arrastrando los pies. Un miedo desubicado se apodera de mi cara. Siento la contracción de mis facciones. Intento practicar una sonrisa

llegando al último escalón, pero no hay caso. Mi boca está anestesiada. Tengo taquicardia.

Son mis hijos. Los conozco. Los crie hasta hace quince días. Y, sin embargo, estoy teniendo una duda paralizante. No sé si podré hacer esto. No sé si pueda sentarme en la silla por dos horas seguidas. No sé si los podré abrazar sin desplomarme en sus pequeños cuerpos. No sé si hoy puedo ser madre.

—Hola, por fin —dice Nicolás no bien entreabro la puerta—. ¿Siesta? Quién pudiera…

Sin terminar de poner un pie adentro de mi casa, le pido de manera desesperada que no me deje sola un segundo.

—No te vayas, no me dejes sola, por favor. Me siento insegura.

Entra riendo con una caminata espontánea y canchera. Se da vuelta y me pide perdón porque no me saludó. Choca su pómulo derecho contra mi pómulo izquierdo. Me quejo del golpe. Me dice que me quede tranquila, que no se va a ir a ningún lado. *¿A mear tampoco?* Me mira de reojo buscando una complicidad que no tengo. Por un segundo pienso que quiere aflojarme y me culpo por ser tan exigente. Hasta que me pregunta de espaldas a los chicos si no me podía haber arreglado un poco.

—Sos un fantasma, boluda. Te están matando con la medicación, mirá esa cara. Estos chicos hoy no duermen… y yo tampoco. —Se ríe solo mientras deja el pollo en el medio de la mesa como si fuera un trofeo.

Mientras tanto, yo estoy petrificada en la puerta mirando a los nenes como si fueran dos muñecos de porcelana. Tengo miedo de salpicarlos con mi angustia y romperlos. No sé qué hacer. Me olvidé cómo se le habla a un hijo. Sonríen tímidamente y me muestran una Seven Up sin decir una palabra. Me agacho hasta llegar a sus caritas y me quedo mirándolos fijamente mientras les acaricio las cabezas. Percibo su incomodidad y me los llevo hacia el pecho como si fueran dos cachorros abandonados por una hembra perversa. Se cae la gaseosa y la corro con el pie suavemente para un costado. Los aprieto fuerte para decirles en ese abrazo todo lo que no es

momento de decirles con palabras. Tomi me dice que se ahoga al mismo tiempo que Manu se queja de no poder respirar. Los suelto y les sonrío. No puedo evitar llorar. Les digo que los amo y que están hermosos. Me preguntan al unísono por qué lloro. Les pido perdón de manera inevitable. Nicolás me clava los ojos y mueve los dedos simulando ser una tijera. Como piensa que no le entiendo el lenguaje de señas, abre la boca y me expone con su torpeza: COR-TA-LA. Manu me dice que me ve rara. *Estás distinta, mami. ¿Vos te hiciste algo en la cara?* Tomi me pregunta qué me pasó. *¿Es verdad que te agotaste?* Les digo que estoy con cara de bruja porque estoy muy cansada y que ya me voy a poner hermosa como siempre. *Sí, mi amor, me cansé porque estaba haciendo muchas cosas juntas y me dio un pico de estrés*. *¿Saben lo que es eso?* Se ríen asustados. Manu me dice que sí, porque lo buscó en internet. Pregunto por Lola y contestan que está en la casa de una amiga y que no quiso venir. Lo miro a Nicolás y abre las manos minimizando las cosas. Me recuerda, mientras termina de poner la mesa a una velocidad que me humilla, que tiene 17 años y que es una edad en la que hacen lo que quieren.

—Bueno, se terminó el interrogatorio. Vengan a comer que este pollo se va a congelar. ¿Compraste el postre, al final? —me pregunta mientras se chupa el pulgar y busca el vaso con la mirada.

—¿Podrías esperar que nos sentemos así comemos todos juntos? Y no. Llamé varias veces, pero no me contestaron. —Miento con orgullo.

—¿Me estás jodiendo? Una sola cosa tenías que hacer. —Se ríe irónicamente—. Bueh, tengamos una cena en paz. Vamos, chicos, se sientan por favor. Eh, sentate, Carola. Dale, arranquemos de una vez que se está haciendo larga la cosaaaa. Poné un poco de música, algo en la tele. Parece que estamos en un velorio.

—El ruido me hace mal, Nicolás, perdón. —Lo miro con indiferencia mientras que, por dentro, siento deseos de pegarle un cachetazo y dejarle los cinco dedos marcados en la cara.

Tomi se acerca al televisor y antes de tocar el control remoto me recuerda que podemos poner la música que yo escucho.

—La zen podemos poner, mami. La de la paz que te gusta a vos.

Toca el botón de encendido y teclea en el buscador de YouTube mi playlist. Aprieta la primera opción y se da vuelta buscando mi aprobación. Me ve sonreír mientras asiento con la cabeza. Manu se acerca a la silla de Nicolás y le pide el encendedor. Nicolás me mira sin entender y le hago señas para que se lo dé. Sé lo que está a punto de hacer. No digo nada, tan solo me quedo contemplando la imagen. Prende una vela y la acerca al Buda. Me mira con profundidad hasta que la vergüenza le hace bajar la mirada. Se sientan a la mesa, y cambiando la ubicación de los platos que había establecido Nicolás, se sientan a mi lado. Paseo la comida de una punta a la otra porque no tengo hambre. Me miran y me copian. Nicolás nos reta a los tres. Tomás se encoge de hombros y Manu se mete una pata de pollo entera adentro de la boca. Le dice que no sea maleducado. Lo miro y le guiño un ojo. Ellos lo saben todo. Me conocen de memoria. Me están cuidando.

Hago el intento de levantar una alita y me interrumpe el sonido del teléfono de Nicolás. Me asusto y se me cae el trozo de pollo en el mantel. Tomás lo levanta y se lo lleva para su plato. Nicolás me mira y sonríe:

—Tu vieja en videollamada.

—No la atiendas, por favor.

—¿Cómo no la voy a atender? Debe estar asustada, pobre vieja. —Pulsa la tecla contestar y coloca el teléfono en posición horizontal para que todos seamos parte de la llamada.

*¿Cómo anda, mi santo varón? ¿Todo bien? Disculpame que te interrumpa, Nicolás, pero te llamo a vos porque Carola no me atiende, ¿estás con ella?*

*Hola, Mabelita. ¿Cómo te va? Yo, por suerte, todo bien, che. Un día de estos, paso a tomar un café y charlamos. ¿Te parece?*

*Por supueeesto que me parece. Cuando vos quieras, mi santo. Esta es tu casa, te espero.*

*Daleee, te aviso antes de ir. Tu hija está acá conmigo, sí. Me dice que no escuchó el teléfono, pero acá nos tenés a todos. Hablá, Mabelita, que te escucha.*

Acomoda la cámara para acercar un poco la imagen a mamá. Mamá nos mira a todos a la mesa y pega un grito:

*Ay, pero qué hermosos nenes que hace tanto no vienen a visitar a su abuela.*

Se agarra la cara en un gesto de estupor.

*¿Y Lolita?*

Acerca más la cara a la pantalla y se sube y baja los anteojos varias veces.

*Por Dios, Carola, ¿qué te pasó? ¿Por qué estás tan flaca? No veo una mierda con este teléfono de porquería, pero estás hecha un desastre, mi amor. Te hubieras pintado un poco… ¿Y esos chicos qué dicen? ¿Cómo la ven a mamá? Me imagino que la están mimando, ¿no? ¿Cenaron rico? Carola, ¿te acordás que te pedí que me compraras algún teléfono y te aclaré, desde luego, que yo te lo voy devolviendo con un préstamo del Anses? Es por esto, Carola. Este aparato es una mierrrda, no veo un carajo.*

Lo miro a Nicolás con despecho. Me hace señas con las manos y me dice por lo bajo que no sea mala, que mi mamá está preocupada. *Son dos segundos, dale, ponele un poco de onda.*

*Gracias, ma. La camarita te anda bien. Estoy hecha un desastre, sí. Los nenes, bien y cenamos rico. Todos te mandamos un beso. Lola está en la casa de una amiga. Mañana te llamo.*

*Bueno, Carola. Qué agradable es conversar con vos.*

Pestañea a toda velocidad y se estira la remera para despegársela del pecho.

*Evidentemente, interrumpo, soy vieja pero no boluda. De todas maneras, me pone muy feliz por vos que puedas estar con tus hijos, no tengo tu suerte. Lástima Lolita, pero imagino que no debe querer verte en ese estado, pobrecita. Se entiende, realmente no le haría nada bien.*

*Los chicos, acá, están escuchando todo y te mandan un beso enorme.*

*No veo que se le mueva la boca a ninguno de los dos, Carola.*

Nicolás grita:

*¡Saluden a la abuela!*

*Un beso, abuela.*

*Un beso, abuela.*

*¡Un beso, mis amores! Disfruten de la cena con su madre. Los espero cuando gusten, apúrense, no vaya a ser que esta vieja se muera antes y se arrepientan.*

Ríe y tose al mismo tiempo. Los sostengo fuerte de las manos a cada uno. Siento que su maldad está escalando sin reparos. Es una mujer peligrosa. Les quiero pedir que se tapen los oídos, pero tengo los ojos de mi mamá observándolo todo. Lo miro a Nicolás para que interceda de alguna manera, pero el idiota se ríe.

> *Bueno, Carolita, espero tu llamado mañana, y haceme caso, arreglate un poco, nena, que, si te ves bien, te vas a hacer sentir mejor. Yo sé lo que te digo, Mamita no se equivoca. ¿Será la medicación que te tiene tan arruinada? ¿Querés que yo llame a tu doctor? No tengo ningún problema. ¿Vos qué decís, Nicolás? Quiero saber qué opina el único normal de la familia. ¿Eh? ¿No te parece que Mamita tiene razón?*

Se acerca el teléfono a la cara hasta pegar las pestañas en la pantalla. La observo fijamente para comprobar que lo que veo es cierto y no efecto secundario de la medicación. Su cara distorsionada está invadiéndolo todo. Mueve la nariz como una rata en un intento extraño de acomodarse mejor. Todo su cuerpo está acostado al lado del pollo que acabamos de destrozar. Si quisiera, la podría tocar. Sacudo la cabeza con la intención de quitarme el veneno que acaba de vomitarme arriba del rodete. *Esto no favorece a mi recuperación.* Soy consciente de cómo se me empieza a inflamar el intestino. Me sigue acosando visualmente. Soy su recipiente que todavía no terminó de llenar. Respiro profundo, retengo el aire en el estómago, y termino exhalando disimuladamente, en un intento de liberar toda esa basura.

Sus palabras empiezan a ser puro ruido. Dejo que se despida de una vez y para siempre.

# 21

Nos despedimos con abrazos y besos reconfortantes. Alimento indiscutible para el alma, pero que no alcanzan para sanar ninguna enfermedad. Tampoco las mentales, como la que padezco yo. Suena horrible decirlo, inexplicable, incluso juzgable. Que una madre diga que el amor de sus hijos no consigue resolver el dolor de una vida condicionada física y emocionalmente es difícil de aceptar. De hecho, la ignorancia hace creer que utilizar la figura de los hijos, como motivación primera para tu recuperación, es una jugada infalible. Lo cual es un arma de doble filo. Una manipulación fallida. Convocar el nombre de nuestros seres queridos como estímulo para la recuperación es un arma altamente perturbadora. Comprendo que la intención sea buscar en nosotros un ápice de conciencia, que suponen perdida, de lo que nuestra enfermedad genera en la vida de los demás. Pero lo único que encuentra es activar un sentimiento de culpa peligroso, que enraíza aún más nuestro sentimiento de inutilidad y de incompetencia para vivir. Nuestra cabeza es una ameba agonizando. Incapaz de decir *tienen razón, me levanto y me curo*. Los dictados de nuestros pensamientos son consecuentes con lo que estamos padeciendo: *si no puedo darles paz a mis hijos, entonces, mejor que no esté.*

Nos quieren sanos. Nos piden urgencia. Voluntad. Un poco de esfuerzo. Dando por sentado que esto que nos pasa es un modo de ser egoísta en el mundo y no una enfermedad que padecemos. La pérdida de nuestra vitalidad es un grano en el culo para todos los que nos quieren y para aquellos que nos necesitan.

Hay que trabajar, hay que producir, hay que sacar la casa adelante, hay que ser divertido para los amigos, estar disponible, dispuesto.

Nadie quiere un perro enfermo.

Ni un auto roto.

Ni una casa con humedad.

Y en todo eso es en lo que nos transformamos. Lo entiendo. Por eso prefiero la soledad. El aislamiento es un mecanismo de protección, una desaparición saludable que necesito para no ser exprimida, apurada, violentada. Nadie se recupera siendo observado, presionado.

Los hijos no son un tratamiento eficaz para sanar una diabetes, un cáncer terminal o una depresión crónica. Ni los hijos, ni el amor de pareja, ni un trabajo, ni un grupo de amigas, ni nuestros padres a punto de morir.

Las frases de autoayuda nos sofocan. No estamos en condiciones de agradecer la existencia a las tostadas ni sacarnos una selfie acariciando al perro. Ni de programar un viaje para disfrutar. Ni de pensar en positivo, ni mucho menos de anotar diez cosas por las cuales estemos agradecidos a una vida a la cual no estamos perteneciendo. Dejen de mentirle a la gente rota. Paren de empujar. No somos tarados. Nos estamos curando. Nuestro entorno es, sí, parte indispensable para apoyarnos mientras intentamos la remisión esporádica de los síntomas, pero esta oscuridad que padecemos no puede ser iluminada por nadie, aunque sea difícil de soportar esta respuesta.

# 22

Una vez que los chicos cruzan la línea que separa mi casa del mundo exterior descanso. Por fin. La espalda en la puerta que acabo de cerrar. Me asomo por la ventana y veo que ya están todos en el auto. Nicolás gira la espalda sobre el asiento y les dice algo. Imagino que les está preguntando cómo la pasaron. Imagino que les están contestando que más o menos. Bajo la cortina para escaparme de una situación que no puedo cambiar. Miro la mesa y veo los platos, los vasos, los restos del pollo, y me tapo la cara. No puedo juntar esto. Me resulta imposible desarmar el escenario. Pienso que debería haber ido yo a comer a lo de Nicolás o que, quizá, se hubiera quedado a ayudar a limpiar las cosas. No me di cuenta de pedírselo. Me acerco a la mesa y paseo la mirada por cada lugar ocupado con algo. Una lágrima que no esperaba me cruza la cara. Me angustia saberme incapaz. No sé por dónde empezar para que me resulte una tarea sencilla. Agarro el pollo y la gaseosa vacía y los tiro a la basura. Llevo los platos y con una servilleta limpio los restos de comida y los sumo a la bolsa. Termino de deshacerme de la mugre y la cierro. Pienso que debería sacarla y me resulta una tarea titánica. Quizá podría esperar a mañana y pedirle a alguna de las chicas que lo haga por mí. Gladys sigue sin venir. Me late la panza. Siempre supe que el estómago es más emocional que el corazón. Romantizaron el órgano equivocado. Puedo escuchar el recorrido del pollo con una precisión asquerosa. Me quedo mirando el cesto de basura y me dejo caer al costado. Me acomodo a su lado como si fuese un familiar reposando en terapia intensiva. Acaricio las manijas de la bolsa y lloro. No puedo. De solo mirarla pesa demasiado. Mi

casa está en un barrio cerrado, y para dejar esta bolsa tengo que caminar dos cuadras bajo un frío para el cual no estoy preparada. Me arrodillo ante la bolsa en posición de rezo y termino llorando abrazada a la mugre sin mi consentimiento. Aun si sacara la bolsa, de todas formas, no tendría resuelto todo el problema. Los platos están esperando que alguien los enjuague. Usamos cuatro vasos. Y faltan los cubiertos. Insulto a Nicolás y quiero llamarlo para decirle que es un sorete. Recuerdo quién es Nicolás, y descarto la idea. Sigo llorando como si se hubiera muerto otra vez mi papá. No tengo registro de la importancia de las cosas. Todo se juega en el mismo nivel. Hay gente que hace un duelo por objetos perdidos y les presto mi escucha sin juzgar la motivación de su angustia. No puedo ser compasiva conmigo como soy con ellos. Me digo palabras horribles. Me imagino rompiendo la bolsa contra la pared y terminar con todo esto una vez más. Suelto la bolsa y recuesto la espalda en el bajomesada. Extiendo las piernas y me cruzo los brazos. Cierro los ojos y pienso en la brisa del aire que me recorrería la cara destrozada que llevo puesta hace quince días. Un poco de frío que me despabile no estaría tan mal. Si camino dos cuadras quizá me sienta mejor. Quizá puedo arrastrar la bolsa sin necesidad de levantarla y hacer fuerza. Podría cargarla en el baúl del auto y acercarla hasta el basurero. Recuerdo que no puedo manejar, pero me excuso recordando que son solo dos cuadras. *Levantate, Carola, de una vez.* Siento que estoy escalando el Everest. Estoy parada y apoyo la mano derecha en la puerta de la heladera buscando algo que me sostenga. Inhalo sin dejar de mirar la bolsa. Tengo los ojos cansados. No tienen más fuerza para producir lágrimas. Me chupo las que me quedan en el labio superior de la boca para hidratarme. Inhalo otra vez. Suena el teléfono anunciando un mensaje que acaba de entrar. Es Sofía.

Hola, loquita. ¿Cómo va eso? Mirá lo que encontré. Con Inés nos apuntamos. Preguntales a tus médicos y si te dan el ok, organizamos. Está buenísimo, nos va a venir bien a las tres, jajaja.

Toco el link que está debajo de su saludo y leo con la poca vista que me queda.

*Diplomado de la Felicidad.*

*La travesía que estabas necesitando.*

*Devenir Consciente espera a todos aquellos*
*que quieran conocer*
*los cinco pasos para vivir en un estado*
*de paz y armonía personal.*
*Decile adiós a la depresión.*
*A tan solo dos horas de la ciudad de Buenos Aires, con 16 hs. presenciales, en un parador emplazado en el medio de la naturaleza, un grupo de especialistas en la materia te esperan para compartir sus enseñanzas psicológicas y espirituales, para que puedas sanar tu mundo interior.*
*Con la intención de acompañarte en el proceso de despertar, impartirán todos los recursos para que puedas lograr aquello que siempre estuviste buscando y no sabías cómo lograr. Clases de yoga, meditaciones guiadas, respiración mindfulness, lectura de registros akáshicos y caminatas antiestrés serán algunos de los beneficios que tendrás al asistir a este curso totalmente innovador.*

*Dirigido a todos aquellos que deseen una vida mejor.*
*Entregamos certificado de asistencia.*
*Para mayor información ingresá al siguiente link*

El texto que sigue es larguísimo y para ver el programa junto con los aranceles hay que meterse en una página web. Hago una arcada. Dejo de leer. Me apoyo con las dos manos en la heladera porque considero que una no es suficiente. Miro la basura y leo la hora que marca el celular: 23.12 minutos. Hace una hora y doce minutos que estoy tratando de resucitar una voluntad que está muerta. Una promesa tentadora de16 horas para ser feliz, y yo ya perdí una

mirando un tacho de basura. Me rio en silencio. Me rio con una energía que no tengo. Apoyo la cabeza contra la puerta de la heladera y la golpeo. No entendés nada, Sofía. Nadie entiende nada. Releo el mensaje y me rio como una loca desencajada. Me rio hasta que los ojos retoman su energía y vuelvo a llorar. Lloro y rio al mismo tiempo. Repaso la frase *adiós a la depresión*. Abro el cajón de los cubiertos y levanto los blísteres de los diferentes medicamentos que estoy tomando para intentar comer sin ayuda y los dejo caer como el agua de la lluvia. *Devenir consciente. Ja. Devenir consciente y la puta madre que te parió.* Los odio. Me odio. Me detesto. Los detesto. Los quiero conocer. Me agarro la cabeza con violencia. Me acuerdo de Hernán. Del psiquiatra. Ellos tampoco me están ayudando. Analía y todos los profesionales que tengo en mi memoria. Mis años perdidos… Mierrrda. Todo es una mierda. Arrastro con el antebrazo todo lo que veo en la mesada y lo dejo caer. Me pellizco las mejillas. Daría lo que sea porque me duela algo distinto que no sea la vida. Algo que se pueda tocar con una mano. Que se localice en el cuerpo. Que se le pueda poner una maldita bolsa de agua caliente. Una venda fría. Una puta curita. Grito como un nene enojado pateando una puerta cerrada para que le levanten la penitencia. Quiero destruirlo todo. Comerme la basura. Destrozar la heladera. Decirle a Sofía que me deje de joder. A todos que me dejen de joder. Me calmo sin querer calmarme. Busco con la mirada rabiosa dónde hay un tenedor. Lo veo tirado en la bacha con el resto de la vajilla. Hago tajos en la bolsa. No puedo parar. No quiero parar. Necesito no hacerlo. Tiro el tenedor contra el piso y me tiro al piso. Un impulso que no pretendo dominar me empuja la boca contra la bolsa. La muerdo. Arranco el nylon negro con los dientes. Escupo adrenalina y sigo. La quiero destripar. Soy un animal violento. Quiero ver morir a toda esta mugre de mierda. Lo insulto a Nicolás. Le pido a mi mamá que se calle la boca de una puta vez. Le reprocho a mi papá su muerte. *¿Cómo pudiste? ¿Cómo me dejaste sola con toda esta porquería?* Les pido perdón a mis hijos. Pregunto por Lola. La llamo a Lola. Busco a Lola en la cocina. Abro los cajones. Agarro la bolsa de basura y la sacudo. La miro con culpa y la alzo a upa como si fuera un bebé recién nacido. Le doy besos y la acuno contra mi

pecho. Me levanto haciendo malabares con toda esa impureza en los brazos. Veo pedazos de pollo tocándome los dedos. Un paquete de cigarrillos que debió haber tirado Nicolás. Lo vuelvo a insultar. Me corro los pelos que se salieron del rodete envenenado con la muñeca. Estoy transpirando. Abro la puerta como puedo y salgo disparada como una bala. Camino con determinación. No dejo de llorar. Lloro con odio. Con resentimiento. Con desprecio. Es un dolor salvaje. Es hartazgo. Mundo de mierda. Sigo corriendo con la basura encima. Llego a la meta. Revoleo la mugre en el cesto y la mitad queda tirada en el piso. La pateo y aplaudo. Aplaudo con ganas. Aplaudo para que se levante del piso. Hay un perro escondido atrás de un árbol que me mira con miedo. Lo busco con la cabeza y cuando lo encuentro le ladro. Logra escaparse. Me voy corriendo a casa. Empujo la puerta con las dos manos y, una vez adentro, la cierro de un golpe. Giro sobre mí misma varias veces mientras me agarro los pelos. Me arranco la ropa en la cocina y la meto en la bacha al lado de los platos sucios. Lloro. Subo corriendo las escaleras y me meto en mi dormitorio. Me dirijo al baño totalmente enajenada. Abro la canilla del agua fría y pego un alarido que me sale desde el estómago. Me acuerdo de mi mamá. Del folleto que me envió Sofía. Grito tan fuerte que no me escucho. Me congelo. Me estoy congelando y me lo merezco. Le estoy rogando a alguien que no conozco. Quiero romper. Destruir. Que me dejen tranquila. Abro la boca y me dejo llenar el interior del cuerpo con agua de la ducha. Intento limpiarme por dentro. Mi respiración se apaga en un segundo y mi impulso se asfixia junto con la locura. Tengo miedo de morir de esta forma tan extraña. Intento calmarme. Cierro la canilla y me derrito en los azulejos. Me quedo un rato descansando. Salgo de la ducha con la mirada perdida. Me paro frente al espejo y levanto la vista. Lloro. Me toco el pecho y me acaricio con compasión. Me paso la mano por el pelo y me distraigo con algunas ondas. Sé que tuve un rapto de locura porque ya lo tuve. No lamento que haya pasado. Lamento que se haya terminado. Apoyo los labios en mis manos, las beso suavemente como si no me pertenecieran. Mi cabeza se mueve lentamente haciendo una coreografía delicada con el resto del cuerpo. Me balanceo con la

cintura y tarareo una canción que acabo de inventar. Dejo caer los párpados y trago saliva. Me suelto de mí y me dejo caer en la orilla de la cama. Gateo hacia el respaldo y arrastro la mano hasta la mesita de luz. Saco un rivotril del cajón que trago sin agua. Lloro sin emociones. Es la una de la madrugada. Todavía no quiero apagar el velador. Extraño a alguien, pero no sé a quién. Me quedo mirando el techo y comienzo a rumiar. Entre tantos pensamientos mi cabeza recoge un recuerdo y me lo ofrece. Lo tomo sin resistencia. Es mamá. Estamos en casa. Mis nueve, doce, trece, veinte años se me imponen a la perfección. Evoco con resignación una frase muy típica de ella que sigue usando hasta el día de hoy. Me muerdo el labio inferior y sacudo suavemente la cabeza asumiendo que no pude escapar del destino.

Otra vez la imagen… La escucho… Me escucho… Julia…

Me tapo los ojos con las dos manos. *Por Dios. Por Dios, mamá.*

# 23

Cuando era chica, una de las cosas que más me gustaba hacer con mi mamá era mirarla cuando se pintaba. Solía sentarme al lado de ella, y observaba con devoción cada pequeño detalle. Colocaba un espejo de tocador arriba de la mesa de la cocina, y bajaba de uno de los armarios del alto mesada varios estuches donde guardaba de todo. Me gustaba imitar sus movimientos y practicar junto con ella. A pesar de que no me decía una sola palabra, yo disfrutaba con solo mirarla. Usaba lo que ella dejaba arriba de la mesa y le pedía el espejo dos segundos para mirarme, mientras aplicaba el truco que acababa de aprender en ese instante. Mientras yo me pintaba, ella solía echarse hacia el respaldo de la silla y resoplar frente a la espera. Esa maniobra se convirtió en la alarma que aprendí a detectar para saber cuándo era el momento de devolverle sus cosas y dejar que siguiera con su ritual.

A veces, me gustaba pedirle un poco de First, su perfume importado, para ir a la escuela. Recuerdo que lo cuidaba muchísimo porque salía un dineral. Mamá colocaba dos gotitas detrás de mis orejas, y una en cada muñeca, y en más de una ocasión creí verla sonreír por mi cara de evidente felicidad. ¡Qué importante me sentía! Poderosa. Llevaba un poco de una madre encima y eso me hacía sentir enorme. Orgullosamente querida.

De más grande, le pedía el auto, o plata para salir, o quizá alguna remera para ir a un cumpleaños. Mi memoria me trae a la perfección aquella noche en la que me atreví a entrar a su cuarto. Golpeé la puerta con cuidado, porque no sabía si estaba dormida. Pero no

contestó nadie. Me resultó extraño, porque era la época en la cual ella se había enterrado en su cama y solo salía para tomar un café, buscar más medicación o despertarnos para ir al colegio. Julia ingresó detrás de mí y me dijo, silenciosamente, que me apurara porque *la bruja* estaba en el baño. Me reí como solía reírme con Julia de las desgracias que estábamos viviendo y seguí caminando en dirección a sus alhajeros. Julia me respaldaba y me alentaba a que le sacara lo que se suponía que había ido a buscar, mientras que insistía en que no demorara porque en cualquier momento aparecía la escoba en la habitación. La silencié con el dedo en la boca, mientras seguimos riéndonos de la aventura peligrosa en la que estábamos participando. Revolví un poco hasta que encontré el anillo que fui a buscar. Me lo monté en el dedo mayor y estiré la mano para mostrarle a Julia cómo me quedaba.

—¿Te gusta? Hoy a la noche lo veo a Nahuel.

—Sí, llevátelo. Total, ni se entera, lo tiene ahí en penitencia, pobre anillo, se está pudriendo como ella. Llevátelo y vamos.

—Aprovechá y agarrate algo, Juli. Es ahora o nunca.

—Prefiero que sea nunca. No necesito nada.

—¿Qué mierrrda están haciendo acá revisándome las cosas?

Sentí cómo dejó de palpitar el corazón de mi hermana. El miedo me impedía darme vuelta. Tres años antes, sabía la paliza que nos hubiéramos ligado, pero crecer tuvo algunas cosas buenas como, por ejemplo, que de un día para otro la madre que nosotras conocíamos nos dejara de pegar. Sin embargo, había algunas mañas que no perdíamos como, por ejemplo, agachar la cabeza cada vez que nos insultaba. Y eso era lo que estábamos haciendo las dos: bajar tanto la cabeza que no podíamos soltar la voz.

—Llévense lo que vinieron a buscar y salgan de acá. No puedo tener intimidad, tá que las parió.

Se quedó en la puerta esperando que saliéramos de la habitación, Julia siguió de largo y a mí me frenó antes de salir.

—¿A ver? ¿Qué te llevaste? Ah, ese anillo me lo regaló mi viejo. Pobre viejo. Cómo lo extraño, la puta madre. Te queda bien, Carola. Cuidalo que es de oro, y además es un regalo del abuelo. Así como salió, mañana vuelve a entrar. ¿Sí?

—Sí, ma. Gracias. Es que hoy salgo y voy a ver al chico que me gusta. Me quería poner algo lindo. Algo diferente. Gracias. Gracias. —Le di un abrazo sentido y juro que, por un instante, la vi sonreír con ternura. Mientras se volvía a meter en la cama me pidió que, al irme, cerrara la puerta. *Pasala bien, Carola. Pasala bien.* Se dio media vuelta y arrastró las sábanas con ella hasta volver a desaparecer.

Julia me estaba esperando afuera de la habitación con los ojos llenos de lágrimas.

—Todavía no sé cómo la podés tocar.

Mamá me daba las cosas, siempre lo hacía al igual que con Julia, pero de mala manera. Después que agradecíamos el préstamo, ella respondía moviendo las pestañas como si fueran el guiño de un auto anunciando que nos iba a dar la espalda. Entonces, sin mirarnos a los ojos, mientras despegaba la remera de su pecho para enfatizar su remate, podíamos escuchar el sonido ronco de su voz diciendo:

—De nada, querida… ¿Querés mi sangre también?

Hoy en día, cada vez que nuestros hijos nos piden algo, se la repetimos imitando su pose, su tono de voz y su desprecio. Los nenes se ríen y nosotras también. Supongo que es la manera que encontramos de resignificar lo siniestro…

Saco la mirada del techo y vuelvo a la tierra. Tomo una manta y me tapo hasta el cuello. Me acurruco y me abrazo al peluche preferido de Tomás. Pienso mientras se me cierran los ojos… Ojalá hubiera podido decirte que no, mamá. Ojalá no tuviera el gen equivocado en mi cuerpo. Ojalá no te hubiera pedido el esmalte de uñas. Quizá esa habría sido la fórmula mágica para no haber heredado esta maldita enfermedad. Lloro y balbuceo hasta quedarme dormida.

No, ma. Tu sangre, no.

# 24

Las chicas me devolvieron las llaves del auto y de casa. Todavía no uso ninguna, pero la intención de darme un voto de confianza fue un mimo al alma que estaba necesitando. Manejo el total de la medicación. Inés sigue viniendo a traerme las cosas del supermercado. Solemos merendar juntas. Me cuenta sus cosas y me hace bien salir de mí misma por un rato. No puedo superar los veinte minutos de escucha concentrada, pero en ese pequeño momento me siento útil para algo. Ayer me trajo un cuaderno de mandalas con una caja de lápices de colores porque sabe que el arte es una gran herramienta de recuperación. Sofía pudo empezar a espaciar sus visitas y hace un gran esfuerzo, que noto, por dejar de interrogarme. Estamos teniendo cortas conversaciones. Todavía no logra dejar de llamarme por teléfono. Cuando no contesto se impacienta enseguida y más de una vez repite el llamado desde la puerta de mi casa. Hace dos días, sin ir más lejos, apagué el celular porque quería ver si podía concentrarme un poco y ponerme a escribir. Vino manejando desde la casa, con el perro tirado en el asiento trasero, porque se le había dado vuelta el estómago. La lengua del perro tocaba la alfombra del piso y gemía al mismo ritmo del llanto de Sofía. Le dije que no había necesidad de venir con animales a punto de morir, pero me explicó muy acongojada que hasta no confirmar que estuviera viva no podía llevarlo al veterinario. Me pidió que, por favor, no le hiciera más *estas cosas* porque ella se asusta. No puede entender que estoy sanando. Les tiene miedo a mis dolores. No se resigna a la idea de que salir del lugar en el que estoy implique más sufrimiento. Supone que algo más se debe poder

hacer. Cuando me ve en la cama, cree que me entrego. Insiste en buscar alguna salida que alguien todavía no me ofreció. Le digo que yo nací en la oscuridad y soy amiga de los monstruos. Los conozco a todos. Sé que se van a ir. Pero ahora están adentro y es momento de esperar. Me mira con desconfianza. Suele repetir que estoy totalmente loca.

Duermo siestas más cortas y la presencia de Gladys en casa me devolvió un poco de tranquilidad. La casa huele rico. Cada vez que viene, se encarga de poner música relajante, de encender un sahumerio con olor a frutilla, alguna vela aromatizada. Antes de irse prende un palo santo y lo deja en un lugar justo como para que el humo llegue hasta el dormitorio y lo inhale con una sensación muy cercana al placer.

Tuve dos sesiones más con el psiquiatra y empecé a mentirle acerca de los deberes que todavía no pude hacer. Me apura. Conozco la frustración que sentimos los profesionales cuando un paciente avanza despacio. Pero que me lo haga notar no me sirve. No puedo ocuparme del daño que estoy generándole en su ego. Tenemos las entrevistas de silla a silla y eso lo deja más contento. Todavía no me trata como a un ser humano pero, por lo menos, dejó de humillarme. De vez en cuando me mira. La última sesión nos excedimos dos minutos y, sin embargo, lo noté relajado.

Mamá llama una vez al día para preguntarme si comí. Le digo que sí, total no hay forma de que compruebe la veracidad de mi relato. Siempre contesto *pollo con ensalada*, pero como no me escucha no le llama la atención que siempre coma lo mismo. Me dice que parezco un esqueleto. Le contesto que hace veinte días que no me ve y me hace saber que no duerme hace varias noches por el dolor de estómago. *No doy más, Carola, yo tampoco no doy más. Ustedes se piensan que yo invento los dolores, o que los disfruto, la verdad es que no lo sé qué se les cruza por esa cabeza.* Ayer me dejó un mensaje donde me contaba, por enésima vez en el mes, que no come porque su esófago está dañado. La constipación le genera gases que no puede eliminar y eso la pone irritable. *No te das una idea lo que es tener el cuerpo lleno de pedos, Carola. Es torturante.* Me explicó que no salía ni a la esquina porque tenía la sensación

permanente de hacerse encima. Le mostré la contradicción entre estar constipada y el miedo a no retener la materia fecal, pero me contestó que no me lo dijo para que le diera una respuesta. *Si te digo que siento que me estoy cagando encima no es porque pretendo escuchar un consejo ni una apreciación psicológica, Carola. Solo estamos conversando. ¿Lo podés entender? Es simplemente una madre haciéndole un comentario a su hija.*

Por su parte, Julia me escribió diciendo que necesitaba correrse un poco de la *situación* porque estaba agotada. Mi ausencia la dejó a cargo de todos los requerimientos de mamá, y los dos llamados nocturnos diciendo que *esta vez* se muere de verdad le están repercutiendo en todo el cuerpo. *Espero que estés bien, Carola, pero yo también tengo mis cosas y me tengo que ocupar. Decidí correrme de tu situación por un tiempo. Con mamá ya es suficiente. Me está enloqueciendo. Cualquier cosa, me podés llamar. Tengo hijos que me necesitan.* No quise discutir, pero me hubiera gustado hacerle saber que, *de mi situación*, siempre estuvo corrida. Quizá le hubiera servido para buscar otros motivos de su agotamiento, además de las manipulaciones de mamá. Pero nunca encuentro el momento oportuno para confrontar a mi hermana.

Mis compañeras de trabajo me hacen saber que me extrañan, pero me sugieren que me quede en casa hasta que me sienta bien. Antes de tomarme las pastillas, un fuerte entredicho con una colega me derrumbó por completo las ganas de trabajar en ese sector. Entienden que nada cambió por el momento como para que regresar sea un paso saludable. Extraño mucho a mis pacientes. Atenderlos es una de las cosas que más disfrutaba.

Todavía sigo hablando más lento que de costumbre y no logro concentrarme demasiado. Mi habitación sigue siendo mi trinchera y mi casa, mi patria. Logré cambiar el pijama por un jogging y un buzo. Con el resto de mis amigas hablamos cada tanto, y pude aceptar sin ningún cuestionamiento que Florencia, mi amiga de toda la vida, se haya esfumado como una bomba de humo en el medio de la tormenta. Comprendo que no todas las personas están capacitadas para asumir que haya seres queridos que son capaces

de suicidarse, y respeto que decidan alejarse. Las enfermedades mentales, como la depresión, necesitan de la paciencia y del respeto de aquellos que nos rodean. Son enfermedades en las que el otro cree que no solo tiene el derecho de opinión o de insistencia, sino que se siente en la obligación de decir algo para apagar dolores que no sabe dónde quedan. No nos enseñan otra manera de acompañar que no sea hablando. Agustín me sigue llevando a terapia dos veces por semana. En la última sesión, Hernán me dijo que, considerando las leves mejorías, podíamos empezar a vernos una vez. Me dio permiso para empezar a buscar a otro psiquiatra, ya que cree que un mes de constancia farmacológica es suficiente para que alguien continúe con esa parte del tratamiento. Mañana vamos a definir cuándo puedo comenzar a ver a los nenes con mayor regularidad, sin la presencia de Nicolás.

Lola vino por su cuenta dos veces. Se acostó a mi lado para dormir la siesta. Está hermosa. No me hace preguntas de nada. Solo conversamos de cosas banales. Al despertarnos, miramos un poco de televisión mientras tomamos unos mates. Salgo y entro de casa para sacar la basura. Todavía no lavo lo que uso. Por eso prefiero cenar frutas, galletitas o, de vez en cuando, le pido a Inés que me compre algunas viandas. Le prometí que la semana le invitaba unas piezas de sushi. Quizá no debí adelantarme tanto, pero me prometió que si sigo sin hambre podemos posponerlo para más adelante. Tenemos un pequeño trato y eso me motiva.

De a poco estoy empezando a escuchar algunas meditaciones, que, si bien no logro terminar, ni mucho menos hacer, llevar la intención al acto lo vivo como un avance. Hernán es el comandante de mi barco. Sabe que tengo ganas de estar bien. Me dice que no me apure, que está muy contento por cómo venimos y que tenemos un largo y hermoso camino por recorrer.

Ayer me pasó algo muy lindo que me empujó a escribir por primera vez. Todavía no a mano alzada como me gusta hacerlo, pero aproveché el atisbo de deseo y le mandé un mail para contarle la noticia, porque no aguantaba la espera hasta la próxima sesión.

Para: hernanbrunops@gmail.com
Asunto: Un paso

Hola, Hernán. ¿Cómo estás? Disculpame la molestia, me leés cuando puedas. No es urgente. Ya sé que nos vemos pronto, pero tengo una novedad que quiero compartir con vos porque me parece importante y no quiero dejar que pierda valor con el paso de los días. Estoy un poco contenta. Sí, así como leés. Contenta. Hoy me levanté a las nueve. Bajé y me preparé el café con leche, como siempre. Puse un poco de musiquita y prendí un sahumerio. Es la primera vez que corro las cortinas del living y me siento en el sillón a tomar el café. Me quedé un rato largo mirando el parque por la ventana. Estuve un tiempo imaginando mi casa en el campo. Es increíble cuán reconfortante es estar ahí. Me hubiera quedado el día entero, no te voy a mentir, pero, y acá viene la anécdota, en un momento vi cómo las hojas de la palmera que tengo en casa empezaron a moverse con la fuerza del viento. Sentí que me estaban hablando. Como si me estuvieran llamando a que las mire. Muy loco, ¿no? Pero, para ser precisa, percibí que la naturaleza se me imponía y me pedía que no la ignorase. ¿Te pasó alguna vez? Solté inmediatamente la imagen del campo y casi como un pedido de disculpas, decidí quedarme en el presente. Miré todo a mi alrededor y me di cuenta de que los rayos del sol estaban dándome en la cara, porque de alguna manera el sol estaba en casa. Me gustó. Me gustó la sensación. Es la primera vez que me sentí sola y que dejé de sentirlo en el mismo momento. Me levanté instintivamente y tomé la manta que adornaba el sillón. Abrí la puerta que da hacia el jardín y caminé unos pasos. Me paré en el medio del parque y levanté la cara. Sentí una paz hermosa, Hernán. Me emocioné mucho. Paseé la mirada por el jardín y vi todo ese otro mundo que evidentemente también existe. Me saqué las pantuflas y las medias y metí las patas en el agua sucia y fría de la pileta. Fue una locura. Una libertad extraña. ¿Sabés qué pensé? Que quizá la naturaleza pueda curarme. Quiero decir, probablemente la cura no esté en otros seres humanos, en la medicación, en lo que sea, quizá tenga que mezclarme entre la tierra. Animarme a caminar descalza en el pasto, a pesar de que me congele. Acariciar a las plantas. Relajar la mirada en el cielo. Buscarles formas a las nubes… No lo sé. Hay tanto con lo que se puede jugar ahí. Después, lo de siempre. El perro del vecino ladró, y escuché la voz del albañil en el fondo. ¿Te dije que están en obra otra vez? Bueno, el hechizo se rompió en ese mismo instante. Pero lo importante es que tuve mis diez minutos de silencio, de sol, de viento, verde, de libertad. … de… de… ¿De vida? ¿Habrán sido mis primeros diez minutos de vida, Hernán?

Un beso, Carola.

---

Para: carolohenner@gmail.com
Re: ¡Un gran paso!

Mi querida Carola. Qué hermoso lo que me contás. Qué feliz me pone. Qué placer trabajar con vos, de verdad. Te agradezco un montón que me hagas parte de ese momento tan épico para estos tiempos que estás transitando. ¡Que estamos transitando! Te iba leyendo y te estaba viendo, te juro.

Primero quiero contestar tu pregunta. ¡Conozco a mi paciente y sé cuánto la tranquilizan las respuestas!… Sí, Carola. De vida. Eso que pudiste percibir con la enorme sensibilidad que tenés es la vida. Pero lamento decirte que lo otro también lo es. El perro, el choto del vecino, el albañil y el ruido insoportable del taladro que seguramente vino después. Y eso, Carola, es en lo que tenemos que seguir trabajando. La idea de cómo mi querida paciente se va a insertar en el mundo con todos sus matices. No hay una cosa sin la otra. ¡No existe el campo sin ratas! Te pido perdón por haberte roto la ilusión. Tu psicólogo es así de torpe, ¡qué se le va a hacer! Pero sé que comprendés lo que quiero decir. El desafío que tenemos es ese: convivir en ese interjuego permanente de los dos opuestos en el mismo tiempo y en el mismo lugar. Ahí está la vida. Ahí está el misterio… Todo está perdido antes que ganado. Justo en el mismo momento en el que querés abrazar la felicidad, se te escapa de las manos… No se puede, Carola. No se puede retener lo efímero, porque esa es la condición de existencia: su fugacidad. ¿Es una cagada? No lo sé. Sinceramente no lo sé y no me preocupa descubrirlo porque esto es lo que hay y punto. ¡Y un gran punto! Es lo que hay. Y del mismo modo hay cosas que no van a pasar jamás. Me hubiera encantado ser alto, rubio y con ojos azules. Pero ya está, Carola. No va a suceder. No ahora, no va a suceder jamás. Me tocó ser bajito, feo y narigón. Y a mi querida Carola le toca vivir con una madre compleja, con un exmarido bastante choto, con la muerte injusta del padre, con una depresión condicionante. Es así. Esto que te pasa a vos nos pasa a todos. Mi querida Carola, los humanos somos así. Una vez que encontramos un lugar, una persona, un espacio, un encuentro, un abrazo, lo que sea, ¡una copa de vino! donde pudimos ser felices, queremos consumir esa felicidad hasta vaciarla, y es en ese instante donde la hacemos

desaparecer. La arruinamos. La agotamos. ¿Comprendés la diferencia entre consumir y consumar? No sé qué hace este psicólogo tuyo preguntando obviedades. Dale, vamos a intentar que, en cada logro consumado, no pretendas consumirlo hasta vaciarlo. Porque esa es la trampa. Creer que podés eternizarlo. Y no está mal, ojo. Pero la eternidad no está en el consumo. La eternidad está en la consumación. En haberlo encontrado. Ahí debemos aprender a realizarnos. En ese extraordinario encuentro. ¿Efímero? Sí. Pero real. Insisto, realizarnos sabiendo que ese momento se terminó. Se ter-mi-nó. Dejó de existir. Y ya está. No va a pasar nunca más. No va a pasar. ¡Pero pará porque te conozco! y no quiero que confundas aceptación con resignación conformista, porque no lo es. De hecho, es todo lo contrario. Que algo se termine no lo vuelve triste. Lo vuelve valioso. Tenés la prueba viviente de que existe y esa es la razón suficiente que tenemos para continuar el viaje. Atentos. Conscientes. Preparados para encontrar más de esos momentos. ¿Lo ves, Carola? Acabás de contarme uno. No sé si mañana vas a sentir lo mismo al ver moverse la misma palmera de tu casa. Probablemente no lo vuelvas a sentir nunca más. Pero lo que viviste ayer existió. Y fue hermoso. Pero se terminó y no por eso dejó de ser real. Agradecé haber presenciado ese instante y dejalo ir, Carola. Vayamos en búsqueda de más momentos como ese. El mundo está lleno de momentos como ese. ¿Dónde? ¡No tengo la menor idea! La propuesta es que salgas a buscarlos. Que salgas a la vida con la ilusión de volver a encontrarlos.

Este psicólogo tuyo que se va por las ramas te espera con ansias para seguir caminando juntos. Pero dale, dale que me va gustando esto. El aroma despertando de a poquito, el placer de escuchar un poco de música, la mirada que conecta con el paisaje, la capacidad de sentir el sol en la cara, el frío liberador del agua… Estás sanando, Caro, y todo parece indicar que será a través de los sentidos (viniendo de vos, no me extraña para nada) que vas a empezar a salir de este aislamiento tan propio de este pozo anímico en el que te ha tocado caer esta vez. No vamos a cambiar el mundo allá afuera. Eso está clarísimo. Pero sí podés elegir la baldosa que más te guste, pararte allí y dedicarte a construir tu mundo, en ese pedazo que solo será tuyo. Recuperemos la baldosa y pongámonos a trabajar. Confiá, Carola, confiá, que vamos bien.

Un abrazo, Hernán

# 25

Fue la primera vez que pude escribir desde aquel día. Lo hice con mucho entusiasmo. Leer la respuesta de Hernán me dejó en un estado diferente. Pacífico. Más calmo. Quise contestarle el mail solo para agradecerle y para decirle que, por supuesto, confío. Pero me dio un poco de fiaca volver a abrir la notebook.

Me preparo un té de tilo. Lo tomo sentada en la punta de la escalera, un lugar donde suelo contemplar mi enorme biblioteca. Esta vez no puedo enfocar la mirada en los títulos de los libros. Ni, mucho menos, repasar las portadas con los dedos, en una especie de abrazo de buenas noches, como solía hacer. Pero el simple hecho de estar ahí, cerca, inhalando esa particular energía, está bien. Dejo la taza vacía en la bacha de la cocina. Cierro las cortinas y subo. Antes de acostarme me doy una ducha calentita. Me seco el pelo, me hago un rodete y me voy a la cama. Hago el intento de poner alguna película a ver si me engancho, pero al lado del control remoto veo la crema —todavía cerrada— que me regaló Inés no bien volví del hospital. Giro la tapa y me acerco la crema a la nariz. Cierro los ojos y olfateo: aroma a coco. Hace tanto que no soy generosa con mi cuerpo que ya no lo recuerdo… Me saco las sábanas de encima y me siento en el piso de mi habitación en posición de rezo. Pongo música clásica en spotify. Apoyo la cola arriba de los pies y me quedo mirando mi imagen en el espejo que decora el guardarropa. Me saco el camisón y me miro el cuerpo como si fuera la primera vez. Traigo la crema y la pongo a mi lado. Agacho la cabeza y la estiro hacia adelante. Abro los brazos y simulo volar. Los

subo y los bajo. Los subo y los bajo. Muevo el cuello hacia ambos lados. Escucho sonar mis huesos aplastados cientos de veces. Hundo dos dedos en el pote y lo disfruto entero. El sonido del piano se mezcla con la textura de la crema y construyen una emulsión exquisita: recorro los brazos, los codos, el pecho, la garganta, las costillas, los hombros. Me acomodo un poco y me estiro hacia atrás. Juego con la crema en el ombligo. Me toco la panza y le digo *hola*. Me abrazo a la cintura y me animo a pegotearme entera. Cierro los ojos y me embadurno la cara. Paso la lengua por los labios y la pruebo. Me chupo el dedo y después escupo. Me encuentro los ojos en el espejo y me quedo con la mirada tiesa. Firme. Insolente. Soy un bebé explorando el mundo. Pienso en Hernán y en el mail que me mandó. Mi baldosa. Yo soy esta baldosa. Cuidar de mi baldosa… Cuidarme. Derrumbo la pose que acabo de construir en un instante y me dejo caer. Me tumbo y quedo mirando el techo. Me apoyo las manos en la panza. Se me viene un pensamiento extraño. Me lo quedo. Hay algo que me gusta de su planteo. Escucho su eco y me pregunto: *¿Me estaré volviendo loca?* Suspiro y dejo caer mi cara hacia un costado. Miro a la nada. Levanto los hombros. *Quizá.*

# 26

La última sesión con Hernán fue muy nutritiva. Por primera vez, nos atrevimos a ir un poco más profundo y según su criterio estoy en un buen momento para empezar a darle forma a esa simbólica baldosa de la cual me habla. Hernán no tiene apuro. Por el contrario, le interesa más que pueda ver lo que me muestra y menos que actúe sin comprender mis acciones. A veces le digo que no aguanto más, que tanta profundidad me sofoca, que quisiera venir a terapia para contarle que estoy mal porque Juancito no me da bola, él se ríe y me dice que soy mala. Que sabe que el día que pase eso me da el alta de manera inmediata.

En el final de sus intervenciones, siempre la misma pregunta: *¿Lo ves, Carola? ¿Lo ves?* Es una falsa pregunta que utiliza para tenderme la mano y trasladarme al siguiente escalón. Sabe que me cuesta confiar en mi criterio porque mi autopercepción está dañada. Mi confusión vital está enraizada en heridas que no sanaron y que, probablemente, no lo hagan jamás. Pero su confianza en mí, su valoración de mi inteligencia emocional, de mi búsqueda permanente de la verdad, me obliga a creerle.

Él me muestra el camino que mi dolor no me deja ver con nitidez. El malestar confunde. Nos pone en una zona intermedia, en una especie de limbo entre lo que está bien y lo que está mal. Entre lo que deberíamos ser y no somos. Entre lo que no somos y quisiéramos ser. Nos quita créditos a nuestra experiencia vital, porque caminar con sangre chorreando nos hace mover limitados. Dubitativos. Inseguros. La imposibilidad de tomar decisiones es una

de las características de la depresión. La incapacidad de concentrarme, de prestar atención, me deja en una nebulosa perturbadora. Todos mis pensamientos están teñidos por la oscuridad con la que observo la realidad. Esto me hace perder la objetividad, y hasta que pueda retomar mi autonomía, necesito orientación. Guía. Dirección. Por eso, cuando Hernán logra limpiar el paisaje, cuando me asegura que lo que estoy observando no es un espejismo, cuando confirma mi teoría validando mi deseo, ya no tengo miedo de caminar hacia una existencia verdadera. A tomar decisiones que no se alejen de mi esencia. Decisiones con las que pueda vivir.

Ese es nuestro camino. Esa es la libertad que me propone y que yo acepto: Siempre y en cualquier circunstancia ser lo más Carola posible.

*Tu baldosa, Carola. Es tu baldosa. Ponele lo que quieras que, si lo elegís desde tu ser verdadero, no hay posibilidades de que te equivoques. ¿Qué querés, Carola, qué querés? Dale, animate. Lo tenés, Carola. Ya lo vimos. Lo tenés.*

*Pero vamos de a poco. Ahora te pido que tengas esa charla que decís necesitar con Nicolás. Sé clara y contundente con tu planteo. Nada de lo que decís está mal. Ni es disparatado. Al contrario, me parece correcto y saludable para vos, que es lo que me interesa, porque sos mi paciente. No hay necesidad de ahondar en cosas que no contemplen a sus hijos. El motivo del encuentro es ese, no viajes a otra parte porque no estoy seguro de adónde vayan a terminar, y no tenemos garantías de que, si te perdés, seas capaz de regresar y, mucho menos, ilesa.*

*En cuanto a regresar a tu trabajo, me parece ridículo hasta que lo estés planteando en este momento. Todavía no saliste de tu casa, no te enfrentaste con el mundo exterior, tu cuerpo te sigue pidiendo descansar… Es inviable. Por ahora, no. No. ¿Sabés cuál es tu problema, Carola? Que no entendés que estás haciendo mientras no estás haciendo nada. Para vos este es tiempo muerto. Tiempo destinado a la basura. Concuerdo con vos y con el imbécil de tu psiquiatra, para utilizar los mismos términos que mi querida*

*paciente, que tenemos que ver cambios objetivos. El tratamiento va hacia cambios que deben verse. Tiene que notarse la mejoría. Estamos de acuerdo. Pero estás en ese proceso. El proceso es necesario y muchas veces parece silencioso. Pero nadie llega a nada de un día para el otro. Pensalo en cualquier ámbito de tu vida. Somos siendo. ¿Lo ves, Carola? Somos padres mientras lo vamos siendo. Somos amigos mientras lo vamos siendo. Nos sanamos mientras nos estamos sanando. No hay un momento clave en el que uno crece de repente. O se hace fuerte de repente. O se recibe de repente. El proceso es necesario. Y eso es lo que estás viviendo vos. Tu proceso de restauración. De volver a nacer de formas distintas. De volver a elegir. De… decorar tu propia baldosa. No estás al pedo tirada en una cama. Estás yendo… ¿a dónde? No lo sabemos. Y eso es lo que más entusiasmado me tiene.*

*¿Estamos de acuerdo? ¿Lo ves, Carola, lo ves?*

# 27

Me despierto con el sonido del teléfono. Como era un número desconocido, decido no responder. Me quedo dando vueltas en la cama hasta que me duermo otra vez. No bien abro los ojos, manoteo el celular para ver la hora. Doce del mediodía. Dios mío. Más duermo, más sueño tengo. Es una fórmula que nunca falla. Tengo los huesos resentidos. Me duele la cabeza del embotamiento. Tomo las pastillas que tengo preparadas en la mesita de luz sin nada en el estómago, hago mal, lo sé**,** pero tengo miedo de olvidarme después. Vuelo al celular y chequeo los mensajes. Me choco con un audio de un teléfono que no conozco, y recuerdo el llamado que rechacé a primeras horas de la mañana.

*Hola, Carola. Soy Rubén Bernasconi. Tu profesor de Psicopatología. Espero que me recuerdes como yo a vos. Hace un buen tiempo que te quiero llamar, pero se me hizo difícil conseguir tu teléfono. En principio, te quiero agradecer por la cantidad de pacientes que me has derivado, y, en segundo lugar, aunque esto es mucho más importante que lo anterior, quiero decirte que te felicito. Estoy tan orgulloso de los libros que has escrito que cada vez que un paciente me comenta lo bien que le hace leer algo tuyo no guardo ningún prurito en decir que esta gran escritora fue alumna mía. Mentiría si te dijera que no anticipaba un gran futuro profesional para vos, siempre has sido una luz, sabía que te ibas a comer el mundo, pero esta carrera literaria me tiene gratamente sorprendido.*
*Bueno, Carola, te mando un fuerte abrazo y espero que sigan los éxitos. Por supuesto que tengo tus libros esperando ser firmados. ¡Un beso!*

Me quiero morir. Si este hombre me viera en este momento, se mordería la lengua y la escupiría al cielo. Me quiero morir, Rubén Bernasconi. ¿Cómo no me voy a acordar de vos si eras todo lo que yo quería ser? Rubén Bernasconi. El emblemático psiquiatra de la ciudad de La Plata que nos hizo el favor de enseñarnos una de las materias más importantes de la carrera de Psicología.

¿Orgulloso de mí, Rubén? Si me vieras en este momento tirarías los libros al tacho de la basura y la próxima vez que un paciente tuyo me nombre te esconderías adentro de un cajón. Disculpame, pero no hay chance de que pueda contestar este mensaje. No puedo mentirte, pero tampoco puedo decirte la verdad. El honor que siento con tu llamado es inmerecido. No me merezco tu cariño. Ni el reconocimiento de tus pacientes. Ni toda esta mierda que me toca vivir. Tengo depresión, Rubén, perdón, distimia, para hacer honor a tus enseñanzas. "Trastorno depresivo persistente". Me acuerdo perfectamente cuando lo vimos en clase. Mi vida es en blanco y en negro, y los momentos de alegría son tan pocos que me dan vergüenza contarlos. Pero ya lo sabés, qué te voy a explicar a vos que lo sabés todo. Cuántas veces habrás dado la misma clase. A cuántos pacientes habrás medicado. A cuántos pacientes habrás tenido que sostener. Me pasó la vida por encima, Rubén. La luz que viste se apaga a cada rato. Cómo decirte que no me comí a nadie. Que, lejos de eso, el mundo me fue comiendo a mí. Perdoname, pero no puedo devolver este mensaje porque es un error que no estoy en condiciones de aclarar. Ya voy a poder. Ya voy a poder. Hoy todavía no.

# 28

—Hola, Nico, pasá, pasá. Me estaba haciendo un café con leche, porque me desperté hace poquito. ¿Te preparo uno?

—Hola, ¿cómo estás?

Le contesto que bien, total sé que le da igual.

—¿Querés o no?

—Sí, sí, dale, pero café solo. Negro, así como viene. Igual tengo poco tiempo. Vayamos al punto, acá me tenés. Decime lo que me querías decir.

—Mirá, la cosa es sencilla y no tengo demasiadas intenciones de que comprendas. Simplemente aceptarás. Si no podés, tendremos que buscar mediar con otras personas.

—Opa —dice y simula asustarse con mi comentario—. Te escucho, te escucho. Todavía no dije nada. —Toma el pocillo de café.

—Ya te lo explicaron varias veces y, este, al menos de mi parte, será el último intento. —Suspiro—. Tengo depresión. Distimia, se llama. ¿Te acordás que te lo explicaron hace diecisiete años con el nacimiento de Lola? Bueno, acá vamos otra vez. Es un trastorno depresivo persistente, esto quiere decir que, si bien no tiene la misma gravedad que los episodios de depresión mayor, los síntomas son los mismos.

—Ah, bueno. ¿Lo de bipolar dejó de correr entonces? ¿No es tan grave?

Sacudo la cabeza para hacer desaparecer el comentario que acaba de hacer.

—Más leve, pero persistente. —Cierro los ojos para tomarme un respiro—. Esto quiere decir que duran muchísimo más tiempo en

desaparecer. A veces meses, a veces años, a veces la vida entera. Con suerte, el cuadro entra en remisión y aparece la calma. Pero, cuando esto no pasa, los momentos de bienestar que tengo son pocos. Además, es normal, que, sobre ese cuadro, tenga también episodios de depresión mayor. Que son esos bajones, como este, en los cuales todo resulta insoportable.

Me mira fijo esperando algo que no comprendo.

—Ajá. Perdón mi ignorancia, pero ¿yo qué pito toco? Lo lamento mucho. Debe ser un horror, pero no entiendo por qué me contás todo esto a mí.

—El pito que vos tocás es que, lamentablemente, sos el padre de mis hijos. De los tres, por si no te enteraste. Esta enfermedad me vuelve inoperante para tener una rutina como la que vos necesitás que yo tenga.

—¿Yo? ¿Pero a mí qué carajo me importa, Carola? Hacé la rutina como se te cante el culo. No tenés que explicarme nada. Lo único que te pido es que respetes la mía. Porque problemas tenemos todos. Diferentes, sí. Pero problemas, al fin. Si yo te cuento los míos, no sé quién está peor, la verdad. Pero hago tripas corazón y sigo. Yo creo que deberías buscar a alguien que te suplante para cuando te agarran estas cosas. Pero eso es lo que yooo creo. Lo que yooo haría. —Se lleva las manos al pecho—. No lo sé, hay gente que limpia, que cuida chicos… remises que los pueden llevar y traer… Pienso en voz alta, eh. —Le pega un sorbo al café—. Pero, te repito, son cosas que tenés que hacer vos. En vez de dormir tanto podrías pensar opciones. Yo no puedo resolverte la vida, y no es de jodido como andás diciendo por ahí, es que no me corresponde.

—Nicolás, yo no te estoy hablando de los problemas que tengo. Te estoy diciendo que tengo una enfermedad. No duermo porque sea vaga. No me tiro a dormir cuatro horas de siesta porque este mes se me rompió el calefón. No busco la más fácil. Tengo una enfermedad que me incapacita para cumplir con ciertas obligaciones. A veces puedo, y está buenísimo. A veces no, y es no. En esos momentos, no puedo tomar decisiones. No me puedo subir al auto. No me puedo bañar. No puedo. Me duele el cuerpo. No tengo energía. Pierdo la pulsión de vida. Simplemente no puedo.

—¿Entonces la medicación que te dan no te sirve para un sorete? No termino de entender. Además, dejame que te diga una cosa, Carolita, escribiste seis libros, tenés una carrera, cursos de posgrado, sos una mina reconocida, tenés un cargo jerárquico en una empresa, cuando nos separamos te cogiste al primer boludo que se te cruzó en el camino. Perdón, no quiero mezclar las cosas, pero ahí ¿cómo funciona el temita?

—¿Vos te pensás que la depresión es una enfermedad que le toca a la gente sin estudios o que vive en la calle? Nicolás, vos trabajás en salud mental. No me podés decir eso. Me da vergüenza ajena. Funciona porque muchas veces me puedo disociar. Puedo pararme, dar una exposición de dos horas, me consumo todas las pilas que tengo, me quedo sin nafta, y ahí vienen las dieciséis horas que me ves durmiendo de corrido. En cuanto a los libros, la carrera y el boludo que me cogí son cosas que hago en momentos donde estoy disponible, en esos intermedios donde la enfermedad entra en remisión, o bien cuando estoy en un estado de malestar, pero con cierta energía disponible. No puedo tener estructuras, porque no las sostengo en el tiempo. Mi agenda es otra. Es diferente. ¿Entendés? Y cuando lo hago, cuando me acoplo a la velocidad de los demás el costo que pago es muy caro, como esta última vez. La medicación me sirve, pero necesita tiempo. A veces no logra acallar la enfermedad por completo. Solo logro una mejora y eso es con lo que tengo que conformarme. Por eso, el apoyo terapéutico constante.

—Lo de esta última vez no lo entendí. —Mira el reloj—. Lo que te quiero decir, antes de que me insultes, uno te ve de afuera y mal no te va. ¡La pucha, estás en un gran momento! Qué pasó tan grave, digo, como para cagarte en tus hijos. ¿Qué te falta? De verdad te lo pregunto. ¿Qué te falta?

—¡Que me dejes de romper las pelotas! Que no me pongas actividades para que haga con los chicos sin preguntarme si estoy dispuesta a llevar y traer siete veces en el mismo día a tres personas diferentes a tres lugares distintos. No quiero. No quiero que estén todo el tiempo subidos a una montaña rusa. Quiero que tomen la leche en casa, que miren tele, que charlen conmigo, que traigan

amiguitos. No lo sé. Pero además de que no quiero, no puedo. No puedo enfrentarme a embotellamientos, bocinazos, horarios, respuestas violentas de la gente, pagar las cosas que me hacés pagar, llegar sobre la hora de la cena, cocinar, ¡no puedo!

Lloro de impotencia**.**

—Carola, mi vida, es lo que hace cualquiera. Lo hubieras pensado antes de tener hijos. Preguntales a tus amigas y todas…

—¡Pero no soy cualquiera, la puta madre! —Pateo el piso para no patearle la cara—. Estoy enferma, flaco. ¿Qué parte no entendés? Tengo una enfermedad incapacitante. Dale una bolsa de arena a un tipo con artritis reumatoidea y pedile que camine media cuadra con la bolsa en la mano. No puede llevarla, ni aunque desee hacerlo. No pue-de. ¿Te das cuenta? No puedo. No puedo rodearme de factores estresores. Todo eso que te nombré para mí lo es. Todo. Y vos. Y tu indiferencia. Y tu agresión pasiva. Y tus demandas… No puedo ir a dar una charla a Chile ida y vuelta en el mismo día porque no podés cambiarme un día o cederme una hora del cronograma que tenés anotado en tu Excel mental. Tu rigidez me detona.

—Parááá, loca. Ya te escuché. No se puede decir nada, che. Qué sensibilidad, la puta madre. Mirá, yo no estoy de acuerdo con algunas cosas, me parece que, como siempre, exagerás las cosas, pero, bueno, en principio no soy psicólogo, y segundo, no tengo más ganas de discutir, decime qué querés que haga y listo.

—Que te organices tus días y dejes en paz a los míos. Que trates de ser más empático. Más flexible. Que te saques la gorra un poco. No quiero vivir en el servicio militar, tus deseos, la forma en la que vos vivís no es la mía. No me gusta. No la quiero. Ni para vos ni para mis hijos.

—¿Pero vos les preguntaste a los nenes si quieren quedarse en casa tomando la leche mirando *Carozo y Narizota*? —Hace fondo blanco con el café.

—¿Pero vos sos pelotudo, flaco? Los chicos van a saber que la madre tiene que estar sana para cuidarlos. Y si no quieren, lo van a tener que entender. O los días que están con vos, serás vos el encargado de llenarles la vida con ciento veinte actividades. No lo sé. Hacé tu vida como se te cante. No dirijas la mía. Porque yo no

soy vos y no tengo ninguna intención de serlo.

—Dale. Seguí tirándome mierda, total, soy tu descargo.

—Una cosa más te digo. No me corras más con la plata. Estoy trabajando el doble, a veces el triple, cuando no me da el cerebro ni el cuerpo solamente para darte la mitad de absolutamente todo. Tu mitad no es mi mitad. Vos cobrás quince veces más que yo. No llego. Ya te lo dije. No llego. Y eso me vuelve loca. Me genera ansiedad, estrés, culpa, angustia y ganas de cagarte a trompadas. Todo eso fue lo que me generaste en el último llamado. Sumado a que venía alterada por doscientas cosas, no me dio más el cerebro y exploté. Colapsé. Me di vuelta.

—Yo te pido lo que te corresponde, nada más. ¿O te pensás que necesito tu plata para mí? Carola, tu plata es un vuelto para mí. Pero si Lola pide un celular me parece que te corresponde pagar la mitad. Y si no, le diremos que su mamá no se lo puede comprar. No pasa nada, no es tan grave. Pero no me hagas cargo a mí si la que no puede pagar sos vos. —Hace un silencio y suspira enarcando las cejas—. ¿Todo esto para decirme que la culpa de las pastillas fue mía? —Se levanta del sillón y se plancha el pantalón con las dos manos—. Buenooo, no me extraña el final del diálogo. No te prometo nada, pero haré lo que pueda para que te sientas mejor o, por lo menos, para no cargarte más quilombos, como vos decís. ¿Cuándo los ves entonces? ¿O seguís de reposo?

Me muerdo la boca para no morderlo a él. Siento tanta ira que la única forma de quitármela de encima sería quemarlo vivo y rezar para que desaparezca de una vez. Lamento no haber filmado esta escena para que Hernán y las chicas entiendan lo que quiero decir cuando les hago saber que estoy encerrada en un círculo enfermante con este tipo. Me tomo unos segundos y contesto rígida como una tabla:

—A partir del lunes ya puedo usar el auto. Eso significa que partir de la semana que viene volvemos al sistema de visitas que tuvimos desde siempre. Un día cada uno. Probaré. Es un intento de reinserción.

—Perfecto. Ahí estaré pendiente de lo que suceda. ¿Algo más?

—Nada más —contesto sin mirarlo y estiro el brazo hacia la puerta

—. Ya podés irte.

Llega a la puerta y antes de salir se da vuelta y me choca el pómulo izquierdo con su pómulo derecho para no perder la costumbre, se levanta los anteojos de sol que se acababa de poner y los apoya en la cabeza.

—Caro, disculpame. Soy medio animal a veces. Pero haré lo que pueda para que te sientas mejor, o por lo menos para que no te sientas peor. Un solo favor te pido. La semana que viene necesito un respiro. Me quiero ir unos días a la costa, necesito despejarme porque no doy más. ¿Te jode? Me estarías debiendo… —Levanta la cabeza y hace una mueca con la boca hacia ambos lados—. ¿Un mes y medio ya? Pero si me saco esos días lo vamos descontando, así no se hace tanto. ¿Te parece?

—¿De verdad suponés que estas son mis vacaciones, Nicolás? —pregunto.

Le cierro la puerta con la mitad del cuerpo adentro de mi casa. Lo veo tropezar con el escalón y hacer malabares en el aire para no caerse. *Qué cara de estúpido, por Dios.* En otro momento hubiera llamado a Julia para reírnos juntas sin ningún tipo de piedad.

Pero estoy derrotada y esa Julia ya no existe.

# 29

Me siento mucho mejor. Hace varios días que retomé la vinculación con los chicos como la que teníamos antes del episodio. Los llevo y traigo a la escuela los días que me corresponde. De a poco me voy sintiendo capaz de resolver todas las tareas domésticas. Cuando no puedo, o no tengo demasiadas fuerzas, me doy el permiso de comprar comida hecha y llevar la ropa al lavadero. Gladys viene dos días por semana. La mayoría del tiempo que me ven trato de no estar en la cama. Hablé con los tres y les expliqué que después de aquel pico de estrés necesité mucho tiempo para recuperarme, y que, a raíz de eso, estoy haciendo un tratamiento con un médico clínico, un psicólogo y un psiquiatra. Que entre todos decidieron que era mejor no hacer cosas que me lleven demasiada energía, porque ahora lo importante es que pueda estar tranquila.

—No es que necesito algo especial, ustedes ya saben que soy muy silenciosa y que el ruido y el caos me hacen mal. Solo les pido colaboración en ese sentido. Traten de no gritar. Ni pelearse. Si es posible, que me den un tiempo más para invitar amiguitos a dormir. Lo que sí les voy a pedir, algo muy importante, es que pausemos por un tiempo las actividades extraescolares. Es inhumano que una persona lleve a tres personas que tienen que estar a la misma hora en tres lugares diferentes, la misma cantidad de tiempo y con el mismo horario de salida. Les pido que se pongan en mi lugar. Porque para poder hacer eso, y que ninguno se enoje porque llega tarde o se queda esperando, yo tengo que sacrificar mi vida, y las de ustedes también. Porque es realmente imposible.

—Pero papá puede —acota Lola.

—Sí, y la mamá de Feli también. Y Feli también tiene hermanos —respondió Manuel.

—Yo no soy papá ni soy la mamá de Feli. No tengo la menor idea de cómo lo hacen, pero la verdad es que yo no puedo. Y lamento si esto que les digo les hace mal. Es una cuestión de salud. Si papá puede, hagan las actividades con papá. Y si cada uno consigue quien los lleve y los traiga, yo no tengo problema, aunque la verdad, me gustaría que ustedes también aprendan a descansar. Están ocho horas en la escuela. Ahí hacen actividades físicas y tienen idioma. Pueden venir a casa, pegarse una linda ducha, mirar una peli, jugar entre nosotros un rato, cenar tranquilos, no sé. Podemos ir a caminar al parque… Les quiero decir que hay otras formas de vivir. No necesariamente tienen que terminar el día con la cabeza afuera de la almohada destrozados.

—Yo prefiero quedarme en casa, ma. Con las veces que papá me lleva a fútbol, estoy bien —dice Tomi y se me acurruca en la cintura.

Manuel acepta la propuesta, pero Lola no.

Decidimos entre todos que mientras la llevamos a Lola a hockey, nosotros tres la esperamos en el bufet tomando la merienda, y cuando terminamos podemos ir a dar unas vueltas por las canchas y eso es lo que empezamos a hacer.

Durante el día, estoy retomando la escritura muy despacio y cuando me canso, intercalo con algún libro que tengo a mano para leer. No es demasiado, realmente, pero es. Y me alcanza para seguir trabajando en la entrega de mi próximo libro pautada para dentro de poco. Empecé a caminar por una plaza que tengo cerca de mi casa. Lo hago en las mañanas, cuando dejo a los chicos en la escuela, y a la nochecita los días que están con Nicolás. Sofía insistió en que fuera a caminar con ella alrededor del perímetro del barrio privado en donde vive, pero le expliqué que hay algo de la palabra perímetro que me da a encierro, y que una vez que estoy pudiendo salir no quiero meterme en otra jaula. La plaza me hace bien. Me remite a la niñez. Me da un aire descomprimido. Juvenil. Me gustan los juegos de la plaza. Ahora, de adulta solía ir a las hamacas y quedarme un

tiempo indefinido levantando vuelo miraba el cielo. El envión provocado por mi propia fuerza me hace sentir heroica. Osada. Libre. Las caminatas de la mañana siempre las hago sola y me gusta ese espacio conmigo misma en un lugar distinto al de la cama. A la tarde, Inés suele sumarse y aprovechamos para ponernos al día. La pasamos bien. Nos reímos bastante, como antes.

Cuando estoy sola, me llevo el termo y el mate en el auto. Y al terminar de caminar, me bajo el equipo y suelo sentarme en una mantita debajo de un árbol hermoso. Me saco las zapatillas, toco el pasto con los pies y las manos. Pareciera que nada extraordinario pasa y, sin embargo, percibo la vida manifestándose. Simplemente me quedo ahí. Observándolo todo. Escuchando el ruido de los animales. Viendo la gente caminar. Imaginando las historias que atraviesan a cada uno. Hice de este tiempo una rutina muy sencilla. La única que por el momento puedo cumplir.

Hace dos días tuve un intento de regresar al trabajo. Le pedí permiso a Hernán para intentarlo, y me dijo que sí. Que no era necesario, pero que si yo sentía que estaba preparada y realmente lo necesitaba que le diera para adelante.

*Intento, sí, Carola. Esfuerzo, todavía no. Demasiado bien venís como para apurar las cosas ahora.*

El día anterior le conté a mi mamá. Se puso contenta con la noticia. La llamé porque imaginé que se iba a sentir importante al recibir mi llamado. Últimamente, la vengo evitando demasiado y, más allá de todo, sé que le duele mi distancia. Le dije que no le había contado a nadie más que a ella y a Andrea, mi jefa y amiga, y eso le dio el poder que tanto le gusta sentir. Creo que fue una manera, un nuevo intento, de tender un puente, de hacer una tregua, en nuestra relación. Me dio ánimo, me preguntó si me iba a pintar y me pidió que le describiera la ropa que me pensaba poner. Sin darse cuenta me hizo un favor. Prepararme con anticipación me despejó un poco la ansiedad de la mañana siguiente de tener que decidir. Antes de cortar, me dijo que me deseaba lo mejor. Me pidió

permiso para llamarme al mediodía para ver cómo me estaba yendo y le dije que sí. Fue una conversación hermosa, que atesoro en mi corazón. Mi mamá tiene raptos de buenas emociones que solo las deja salir conmigo. Mi vulnerabilidad le da espacio a la suya. La convoca, le dice que salga, que conmigo está a resguardo. Y *Mamita* lo sabe. Por eso, de vez en cuando hace una notoria diferencia entre Julia y yo. Hemos discutido infinidad de veces, le hice frente muchísimas otras, le he reprochado heridas, pero el arma que yo uso es la huida. Y, en personalidades como la suya, cuando el rival se retira, *Mamita* siente que ganó la batalla. En cambio, yo, la única ganancia que busco es la de protegerme. Y eso lo logro en la retirada. Pero ella no lo sabe, y saborea su victoria sin imaginar que yo estoy haciendo lo mismo con mi victoria. En este sentido, nuestros cruces son menos nocivos que con los de mi hermana. Sostengo que con Julia es diferente no porque la quiera menos, como afirma ella. Con Julia es diferente porque Julia la odia, y ella lo sabe. Ambas se tienen miedo. Entonces todo lo que salga de su boca, mientras conversa con mi hermana, está cargado de ataque o de defensa. El problema es que las dos se protegen la una de la otra de la misma manera. Lo peor de la guerra es que nunca dura un solo día, y ellas vienen agrediéndose o protegiéndose desde que tengo memoria.

—Chau, ma. Te quiero.

—Chau, Carola. Yo también te quiero, mi amor. Estoy orgullosa de vos. Suerte, suerte, suerte. Sacate una foto, Carola, sacate una foto y mandámela. Un beso. Un beso.

# 30

Me desperté a las seis de la mañana. Me pegué una ducha, me puse la ropa que me había puesto el día anterior y me pinté un poco la cara. Bajé las escaleras, puse la pava y tiré dos cucharadas de café en una de mis tazas preferidas. Me imaginé el recorrido de mi casa hasta la empresa. Llegar y ver a mis compañeras, abrazar a mi jefa. Dejar mis pertenencias en el consultorio. Pedir el listado de pacientes para ver… y de repente la imagen de mi colega se hizo presente en la cocina. Recuerdo la discusión. La recuerdo maltratando a un paciente. Recuerdo la impotencia de ver esa escena. Otra vez esa escena. Otra vez esa puta escena. Mi identificación con el dolor de aquel a quien le estaban vulnerando sus derechos al rechazarle el pedido de licencia psiquiátrica por descreer de su palabra. Toda su vida, toda su intimidad sobre el escritorio. El llanto. El suplicio indigno pidiendo piedad. La desesperación por verse obligado a volver a un puesto de trabajo bajo la sutil amenaza de ser despedido. La violencia de un sistema que nos requiere productivos o nos muestra la puerta de salida del mundo como alternativa. Hijos que no comerán por culpa de su enfermedad, lo obligan a curarse en doce horas. La complicidad del que calla y transgrede la ética de su propia vocación. El poco resguardo de la privacidad del sufriente. La intromisión en su vida privada por medio de las redes sociales para verificar si afuera del trabajo también está tan loco como manifiesta el certificado. La violación en conjunto de todos los que respaldan ese método aberrante. La injusticia. La maldad consensuada. El paciente en estado de desvalimiento sin saber con qué recursos cuenta. Sin

distinguir el bien del mal. Sin poder defenderse de un abuso que no lo entiende como tal. Mi silla ubicada al lado del diablo. Mis ganas de arrancarle el corazón que no tiene y escupírselo en la cara. El rivotril arriba del escritorio para calmar la angustia del enfermo que hay que esconder. El empleado, cediendo a la manipulación perversa del que tiene poder, aceptando la pastilla con inocente gratitud. Mis insultos. Mi ataque de furia. Mi dolor. Mi impulso rompiendo las paredes de mi sensibilidad. Mi paciencia quebrada cuestionando a un mundo enfermo. Mundo perverso. Mis alaridos. Mi denuncia. Mi despersonalización. Mi miedo a la inhumanidad. Mi portazo. Mi otro portazo allá. Y también allá. La gota que rebalsó mi vaso. Mi desesperanza. Mi renuncia ante la vida. Mi muerte. Pero la loca soy yo… La loca soy yo.

*Hola, mamá. Te dejo este mensaje y me voy a dormir. Voy a apagar el celular, te aviso para que no te preocupes. No pude ir. Todavía no estoy preparada. Quiero que sepas que estaba vestida y pintada. Mis compañeras de trabajo me estaban esperando con el desayuno, me apena mucho, pero no puedo volver todavía. Yo también estaba ilusionada, estuve esperando este día. Pero esto es así. No puedo. Espero no decepcionarte. Te mando un beso.*

*¡Ay, Carola! Me alegré tanto cuando me dijiste que te habías pintado, mi amor. Te felicito. Por supuesto que tus compañeras te estaban esperando. ¿Cómo no te van a esperar si sos una buena persona? Una persona criada con buenos valores, Carola. De mí no voy a hablar porque no corresponde. Pero confío en que todo lo que aprendiste lo viste con tus ojos, así que no hace falta que aclare nada. ¡Tu papá, Carola! ¡Tu papá! ¿Qué te puedo decir que no sepas? Sé que fue un gran padre. Él sí te quería. A las dos, por supueeesto. Te está cuidando, mi amor. Él te está cuidando. ¿Tenés alguna duda? La verdad es que como marido fue una mierda de persona, dejó mucho que desear, es cierto, pero nnnunca voy a negar que fue un tipo honesto. Jamás le robó un peso a nadie. Jamás, Carola. Jamás. No sé qué carajos te hicieron, pero si hay que ir a explicarles a esos hijos de mil putas por qué no fuiste, yo me encargo sin ningún problema. A mí no me van a torear. ¿Alguien te quiso tocar, Carola? Me importa tres pelotas que sea una empresa multinacional y la mar en coche. A vos te podrán querer cagar porque sos demasiado buena, Carola. ¿Cuándo vas a entender que la gente tiene malas intenciones? ¡Es una empresa de salud! Qué caraduras. País de mierrrda. Sabés el escrache que podés hacerles, ¿no? Santo Biasatti ¿sigue en canal trece? ¿No tenés contactos? Decime qué querés que haga. Con Mamita no se jode… Te dejo que descanses, mi amor. Ya vas a poder. Ya vas a poder.*

# 31

Acabo de entregar el libro terminado a mi editora. Algo que creí imposible sucedió. No es fácil apreciar una obra cuando se sabe el detrás de escena de su escritura. Se valora el esfuerzo, el punto de llegada, el deber cumplido. Pero el logro que se respira no es el de la creación, es el de haber atravesado la batalla en esas condiciones y estar de pie. No es menor, por supuesto. Aunque las felicitaciones que uno recibe caen en otro recipiente al que los demás suponen. No es algo de lo que reniego, por cierto. Sé que soy los libros que escribo, y tan es así que muchas veces al poner el punto final no recuerdo con exactitud las palabras que puse porque forman parte inconsciente de mi ADN. Escribo por necesidad. Arrebatada por mis emociones. Si alguien me partiera un dedo mientras tipeo, vería sangre en las huellas dactilares. Dame dolor, que la escritura es el vehículo que tengo para exorcizarlo. Esa es mi parte en la obra de arte. El otro cincuenta por ciento ya no depende de mí. Depende de quién lo reciba y haga, con su historia, su propia creación. Eso sí que me encanta. La apropiación de lo ajeno por identificación. La palabra perdida que otro encuentra y la pone en la oración que le faltaba completar. Ver viajar las interpretaciones de boca en boca, desvirtuarse de lo que verdaderamente dije, es magia. Es asombroso. Es lo más rico que me dejan los libros. Los míos y los que leo. Estar viviendo en una casa que no construimos, pero que, al hacerlo, le damos nuestro toque personal y ver cómo en ese instante se transforma en algo íntimo: es nuestra. Los libros son libres. Uno los tira al medio de la vida y no sabemos quién los recoge y les da amparo. El libro tuvo una madre que lo parió, pero

cientos que lo adoptan y lo llevan en sus brazos. Me fascina la incertidumbre de no saber quién lo está criando. Me motiva esa idea para no abortarlos en medio del proceso, más allá de lo que pase conmigo en ese intervalo. Mis libros no son culpables. De hecho, les debo demasiado, por eso me comprometo a que nazcan. Van a nacer y, en ese nacimiento, yo moriré para transformarme en otra cosa distinta. Verán la luz y seguirán su camino por la vida. No quiero molestar. No suelo molestar.

Sigo colonizando la plaza de mi barrio. A esta altura, le dije a Hernán que me atrevo a ponerlo en esos lugares mágicos de los cuales hablamos aquella vez. Todos los días son diferentes. Observo algo distinto. Siento algo nuevo. Sé que no cumple con la literalidad de mi sueño en la casa en el campo, pero tampoco se le puede alejar demasiado. Algo allí me convoca que me hace regresar sin esfuerzo. Me siento libre. El aire que corre ahí es diferente. No me refiero solo al aire exterior. Me refiero al que emana de mi nariz y de mi boca. Acampo cada vez que puedo con mis pequeños infaltables: manta, termo, mate, celular y hace poco empecé a llevar una libreta para anotar emociones que voy sintiendo. Cerca de la plaza hay un bar, que adopté como escritorio. Al lado de casa están en obra y el ruido insoportable me impide leer. Es el mismo bar en el cual me dediqué a terminar el último libro.

A los avances terapéuticos, por llamarlos de alguna manera, les sumé las meditaciones y las visualizaciones. Intento hacer una por día, ya que me doy cuenta, de manera notable, de cómo me deja en un estado vibracional alto. Tengo muy claro la importancia de mantener alimentada la energía y, ahora que me siento en condiciones de concentrarme, lo hago placenteramente.

Estoy alimentándome mucho mejor, por el mismo motivo. Los hidratos de carbono, los azúcares y las harinas no son beneficiosos para nadie, pero para personas con depresión o, con alteraciones en el estado anímico de la índole que sea, mucho menos. Es evidente: comer basura me lleva derecho a un estado de pesadez vital que me

muestra la cama como uno de los caminos más fáciles para recuperarme del letargo. Y si hay algo que quiero evitar es ese pedazo de madera que tan malos recuerdos me trae.

Y así voy cumpliendo los deberes del psiquiatra del pizarrón. Las sesiones con él siguen siendo vacías. Da igual que esté vivo en su sillón o que esté muerto. Conozco el orden del listado de preguntas, lo cual facilita el reportaje. Contesto rápido, le digo que no tengo novedades, y no porque no las tenga, sino porque sé que si las noticias no hacen referencia a un síntoma específico no le da ningún tipo de importancia. Las últimas sesiones han llegado a durar no más de quince minutos. Marcas históricas si las hay. Estoy buscando un psiquiatra como la gente, pero están saturados de turnos. Los profesionales de la salud mental nos hemos transformado en médicos de cabecera.

Es increíble cómo crece la demanda de pedido de atención psicológica, a la par que uno ve cómo se va minando el mercado de la industria de la felicidad. Vasos, agendas, cuadernos, tazas, con frases de autoayuda. Instagram proporcionando métodos novedosos de sanación inmediata. Psicólogos reconocidos manchándose las manos y la boca dictando cursos a precios inalcanzables con promesas de cambios anímicos radicales en tiempo récord. Gente que no se sabe a qué se dedica, ni cuál es su formación, ni por qué motivo dictan cursos en la India, en el corazón de Japón, o en el medio del Tíbet, para restaurar patologías con técnicas ancestrales que nunca jamás han curado a nadie.

Es difícil. Sigue siendo difícil. Pero intento vivir en ese interjuego, tal como propone Hernán. Dejando lo que me sirve. Sacando lo que me perturba. Decorando mi propia baldosa. Lógico que me equivoco y, la puta, ¡cómo me equivoco! Pero saber que de eso se trata, sin querer morir en el intento, parece que por ahí va la historia.

# 32

Hace poco fue mi cumpleaños. Me desperté con ganas de celebrar, nada alocado, por supuesto, porque si bien estoy mejor, hay cosas que todavía prefiero evitar. Me refiero al ruido, al tumulto de gente, inclusive a una organización que me demande demasiada energía que no estoy dispuesta a gastar en este momento.

Decidí almorzar en un restaurante con mis hijos, mi mamá y, me da vergüenza decirlo, pero cometí mi reiterado, pero último, error de pedirle a Nicolás que formara parte del momento. Simplemente, después de lo que había pasado, necesitaba reunir a mi familia, en una mesa y quedarme con esa imagen tan idealizada, guardada en una foto mental. Soy consciente de que más allá de las dudas que tenemos con respecto a cuán ciertos son los dolores de mamá, la verdad es que está grande, bastante deteriorada, y sus gemidos, aquellos que tiene cuando supone que nadie la ve o escucha, existen, y aunque mi hermana ponga en duda la realidad, no es mi caso. Invité a mis hermanos menores, Agustín y Milagros, a Julia con mis sobrinos, y a Martín, su marido, para que vinieran a tomar unos mates con facturas a la tarde, y la noche me la reservé para mis amigas cercanas. Inés, Sofía, Romina, Andrea, Verónica, Guillermina y Rocío, que viajaba especialmente desde Mendoza para compartir este nuevo nacimiento. También quise que estuvieran mis compañeras de trabajo, porque realmente las sentí, sorprendentemente, muy cercanas en todo este último tiempo.

Me levanté con un desayuno preparado por los nenes, que me

llevaron a la cama. Lola traía en la mano una tostada con queso crema y miel, que yo miraba derretirse sobre el piso de madera, producto de la vela que había incrustado en el vientre del pedazo de pan. Me apuré a apagarla, simulando pedir deseos, que, dada la situación, me reservé para más tarde y, por fin, después pasamos a la lectura de cartas, entrega de dibujos, besos y abrazos.

Nos quedamos mirando algunos videos de música que ellos querían enseñarme, y fuimos pasando la mañana sin ningún tipo de apuro. El almuerzo estaba programado para las dos de la tarde, así que teníamos tiempo de sobra para disfrutarnos. Nicolás había quedado en pasar por casa para buscar a los nenes, y yo esperaba que mamá llegara alrededor de la una del mediodía. Me regalé una ducha reconfortante. Me puse un jean negro con un sweater rosa pastel, un par de botas cortitas, y me planché el pelo. Me delineé los ojos, me puse rímel, un poco de rubor y levanté el tono opaco de los labios con un brillito delicado. Busqué un par de aros de perlitas, y una cadenita que me había regalado papá para mis quince, de oro, que lleva impresas mis iniciales. Del lado de atrás de la medalla dice: *Muñeca, es hermoso quererte, papá*. Besé la medalla en un intento de besarlo a él y antes de ponerme el perfume, me sonó el celular. La pantalla latiendo me indicaba que era MAMÁ.

*¡¡¡Carola!!! Carola, por Dios. ¡Me quiero morir! No te puedo explicar lo que me está doliendo el estómago, Carola. Es el peor día de mi vida, la puta que los parió. Me duele, Carola. Por favor, Carola. Feliz cumpleaños, mi amor. No sé si pueda ir.*

Era la primera vez que escuché algo parecido a un llanto saliendo de su cuerpo. Su voz partida me gritaba que hoy, el día de mi nacimiento, era el peor día de su vida. No tuve más respuesta que una catarata de agua saliendo de mis ojos de forma inevitable. Sus palabras abrieron las compuertas de un río que hacía pocos días había logrado domar. Vi caer lágrimas negras arriba del sweater rosa manchándolo todo. El tinte del rímel mezclándose con el rubor, que ya no está en las mejillas, me acababa de estropear la cara, el festejo, una nueva ilusión. Quise cancelarlo todo. Incluso el día de mi nacimiento.

Me encerré en el lavadero y le pedí que no viniera, incluso si se le pasaba el dolor. Me preguntó por qué estaba llorando. Le contesté que acababa de decirme que hoy, el día de mi nacimiento, era el peor día de toda su vida. Me dijo que no quiso decir lo que dijo. Que el remise que acababa de cancelar todavía estaba disponible. Que cómo se me ocurría pensar que dijo lo que había dicho. Me explicó que no se dio cuenta de que era mi cumpleaños. Que ya estaba viniendo para casa. Que por favor no le negara la visita. Que yo era la luz de sus ojos. Que iba a venir y se iba a sentar a esa mesa a pesar de su panza, y de sus pulmones, y de la vida de mierda que estaba teniendo. Me recordó que me quería. Que estaba orgullosa de mí. Que era lo más importante que tenía. Que no le podía hacer eso justo en ese día. Me siguió hablando desde el asiento del remise que recuperó. Me pedía que le contestara algo. Me pedía disculpas. Gritaba mi nombre. Repetía que fue un error.

Le creí. Pero sentía un dolor indigno que no me dejaba hablar ni salir del lavadero. Sabía que mi cara estaba irrecuperable y no quería que mis hijos vieran que eso era un cumpleaños. Lola abrió la puerta y me sacó el teléfono. Le dijo a mi mamá que la estábamos esperando y cortó. Me abrazó. Me dio la mano y subimos las escaleras. Me pidió que la terminara. Que estaban todos cambiados. Que ya conocía a la abuela y que no me podía poner así por cualquier cosa. Me obligó a sacarme la ropa y me suplicó que me cambiara porque no llegábamos. *No hace falta que te pintes, con tal de que te saques el acuarelado que te quedó en esa cara es suficiente.* La miré y me reí. Me enfrentó al espejo y me dijo que era un asco. Se rio conmigo. Nicolás ya estaba adentro de mi casa. Los chicos le habían contado lo que pasó y subió las escaleras.

—Dejate de joder, ya la conocés a tu vieja. Está vieja y chota. Dale, que recién me llamó y me cantó un rosario. No lo hizo a propósito, boluda. Es así. Es un animal, pobre vieja. Qué se le va a hacer. Ah, perdón. ¡Feliz cumpleaños, Caro! Dale, que te costó un huevo estar bien, che. No lo arruines. —Me dio un beso sin golpearme el pómulo. Supongo que ese será mi regalo de cumpleaños—. Lavate la cara y bajá, que los chicos no entienden

nada. Te lo pido por favor, estuviste dos años sufriendo por Lola y ahora, que está bien, tratá de evitar estas cosas, porque no creo que la favorezcan.

Nicolás dejó la puerta abierta y vi entrar los tacos de mi mamá. Arriba un jogging, un pullover de lana, una bufanda, una campera de cuero que era de mi papá, los anteojos tapándole la cara, y un pucho en la boca que se apuró en tirar.

Me tomó la cara y me la llenó de besos.

—Por favor, Carola. Nunca quise decir eso. Nunca quise. Sos todo lo que tengo. Lo único que tengo. Cómo se te puede ocurrir pensar una cosa así. Me duele, sí, pero como me duele siempre. Quizá en el momento que te llamé estaba en un pico de sensibilidad. Recién tomé mi morfina para poder almorzar en paz. Disculpame, Carola, por favor, ¿me disculpás? —Me abrazó como nunca, y cuando digo nunca estoy siendo literal. Me abrazó por primera vez.

—Sí, ma. Ya está. Ya pasó. Vamos que se hace tarde.

Me hubiera gustado que mamá no se sentara a mi lado. No podía estar tan cerca del arma que acaba de lanzar una bala para sumarle una nueva herida al mapa de mi territorio. Cada vez que respiraba con dificultad evitaba mirarla, y para ser honesta, rezaba con tensión para que las palabras, que se estaban amasando en esa tubería averiada por tanta nicotina, fueran vacías. Dirigidas a la nada. Dichas por decir. Solo para llenar espacios como aquellos que comentan acerca del clima de los próximos quince días. Pero mamá ya no abrió la boca. A mamá le dolió herirme, y lo sé porque nunca antes la vi asustarse de sí misma. Estaba triste. Apagada. Mirándome de reojo con arrepentimiento. No probó la comida y le costaba sonreír incluso para las fotos. No tocó a mis hijos porque no se sentía con el derecho a hacerlo después de lo que acababa de hacerle a su madre. Lo sabía sin necesidad de que me lo dijera, porque el silencio en ella, la ausencia de palabras, era su manera de retirarse del mundo; y, era, precisamente lo que estaba haciendo.

Mi problema nunca fue poder o no perdonar a las personas. Lejos

de eso, aprendí que las perdono cuando ya dejaron de importarme lo suficiente como para que su daño tenga lugar en mi piel. Hay más de indiferencia en el acto del perdón que lo que uno pudiera imaginar. Perdonar, y seguir como si nada hubiera pasado, esconde un sentimiento personal de menosprecio hacia la persona que me lastimó. La idea religiosa y espiritual de liberación personal que acosa al humano para que sea un perdonador serial es cierta. Uno perdona y se saca un quilombo de encima. Tan llano y vacío como eso. No hay ninguna sabiduría ancestral escondida en la indicación que te dan. Mi problema no solo es otro, sino es todo lo contrario. Es sentir, sin posibilidad de revertir mis emociones, el peso del punto final. Mi listado de causas *imperdonables* se llama de otra manera: te necesito afuera de mi vida. Te perdono, sí. Pero no te quiero adentro. Y justo cuando ella aprendía a arrepentirse, yo acababa de cansarme.

Por su parte, Nicolás dio la estocada final cuando terminando el almuerzo el mozo me trajo la cuenta. En ese momento, hizo señas para que Tomi le acercara la factura y cuando la terminó de leer, hizo que Tomi me la diera.

—¡A la mierda! Un fangote de guita, che. Te toca pagar, Carolita. —Me guiñó un ojo mientras se levantó para ir al baño—. Y no me digas nada porque este circo lo armaste vos.

Sentí, por fin, lo que tenía que sentir: asco y rechazo por él. Pero mucha pena por mí. Una grandiosa y putísima pena. La pena que me mostraba que esa foto familiar solo estaba ocurriendo porque atrás de esa escena había alguien pidiendo por favor. Había alguien acomodando las fichas de un juego que necesitaba jugar. Más humillante aún, alguien pagando la ronda. El otro aceptaba, mientras sea yo la que pagara la partida. Con dinero. Con dolor. Con lo que fuera. Pero yo no me resignaba a dejar de probar una vez más si salía agua de aquel pozo. Y nada. No salió nada. O, a decir verdad, salió lo que tenía que salir: mierda.

Son esas fichas que caen cuando tienen que caer. Uno a veces

sigue pidiendo peras por no asumir que eso que tiene enfrente es un enorme olmo, pero un día, la realidad se impone tan fuerte, que no le queda más escapatoria y tiene que elegir. O deja de pedir o asume que es el árbol equivocado. No sé a qué madre invité ese día. No sé a qué Nicolás pretendí ver. No sé por qué verme sola con mis hijos no me daba el olor a la familia que yo tenía en mi imaginario. ¿Cuánto menos frustrante hubiera sido salir de la mano con mis tres hijos a tomarnos un helado y tirarnos en el medio de la plaza? ¿Cuánto más simple, más real y tan poco doloroso hubiera sido festejar rodeada de la verdad? No sé por qué volví a repetir la misma secuencia pretendiendo tener un final inesperadamente gratificante. Pero lo que sí supe de manera irreversible es que esa fue mi última vez. O eso creía.

El resto del día llegó a compensar el comienzo. Mis hijos prepararon la mesa y colgaron entusiasmados algunos globos. Lola cortó algunas flores del jardín y las puso en toda la casa. Abrió las cortinas, prendió un par de velas, y puso música no tan pacífica de fondo. La visita de Julia y la cara de mis sobrinos iluminaron todo por un buen rato. La llegada de mis hermanos más chicos siempre es un regalo. Desde que murió papá, sentí de manera inmediata que ellos dos eran la herencia que me había dejado. Una continuación de su persona que garantizaba que su ausencia se volvía presente cada vez que los miraba a los ojos. Ninguno de los dos es chiquito. Agustín tiene veintisiete años y Milagros, veintitrés. Pero necesito que creer que lo son para conservar la ilusión de que papá los tuvo hace poco. Quiero decir, cuando aún estaba vivo. Estuvimos jugando a los dados, a las cartas, y algunos inventos de los chicos que nos hicieron divertir a todos. Lola me sorprendió con una torta, un poco derretida, que tenía escondida debajo de la cama y renové mis deseos. Se fueron temprano porque sabían que a la noche me reunía con mis amigas, y mi cansancio se hizo presente de manera inoportuna, como siempre. Me despedí de todos, incluso de mis hijos, que se fueron a dormir a lo de Nicolás, bastante satisfecha con el encuentro.

Ya en soledad, pude pegarme una nueva ducha, relajarme un poco en la cama, escuchar *mi* música, contestar llamados y responder mensajes de texto. La pizza y las empanadas ya estaban pedidas. Inés traía la torta y algunas cosas dulces y de las bebidas ya me había encargado el día anterior. No tenía nada de qué preocuparme y eso me generaba una sensación gratificante. Me di la oportunidad de volver a pintarme y arreglarme un poco. Hacía rato no usaba tacos y mucho menos pantalón de cuero. Busqué un par de aritos dorados que me suelo poner para eventos importantes, una camisita de seda blanca, labial morado y un buen perfume para dar el toque final. Verme bien me hizo bien. Reconozco que todavía no soy la Carola que fui antes de las pastillas. Aún siento cierta rigidez en el cuerpo, mi lenguaje es demasiado suave, aquietado, y todavía siento la necesidad constante de abrazar a la gente que quiero.

Pasamos una noche muy cálida, llena de anécdotas, incluso de este último tiempo. Mi humor negro, heredado de ambos progenitores, siempre fue mi remedio absoluto para transformar el horror en una comedia grotesca. Según mis amigas, mi futuro estaba en el stand up y no en las letras, y muchas veces pienso que tienen razón. Se quedaron hasta que guardé el último plato en el mueble. Les pedí que me hicieran compañía en el proceso de la limpieza, así me resultaba menos tedioso, y finalmente resultó ser un emprendimiento grupal divertido. Todas estábamos contentas. Todas formando un equipo. Todas festejando mi nuevo nacimiento. Aquel que tuve el día que morí en el piso de mi habitación.

Alrededor de la una y media de la madrugada empezaron a irse. Sofi, que estaba bastante alcoholizada, se preparó un café sin esperar que se lo ofreciera y me avisó que se quedaba a dormir porque no estaba en condiciones de volver a su casa manejando. Me saqué los tacos, me desabroché el pantalón y dejé respirar a la camisa. Me tiré en el sillón y aproveché para revisar los mensajes del celular que no había llegado a leer.

Hola, Carola ¿cómo estás? Imagino que estarás festejando. Estuve todo el día pensando en llamarte, pero no me animé. Te quería contar que ayer a la noche soñé con vos. Fue muy real. Me dieron muchas ganas de verte, de abrazarte. Espero no ser inoportuno y que no te moleste mi comentario. Te mando un beso grande.
Espero que estés bien.
Ah, cambié el celular.
Soy Bruno

Terminé de leer el mensaje en el mismo momento en el que Sofía se sentó a mi lado. Sonreí con ternura y se lo mostré.

—No lo puedo creer, Sofi… Bruno —le dije mientras me quedé mirando el celular—. ¿Sabés qué? Este pibe fue el único que realmente me quiso bien.

—Contestale ya, por favor. Diez años cortándole la cara estuviste Carola. Increíble que insista tanto, pobre ser humano. Evidentemente te debe querer, otra razón no encuentro.

—Tengo que sentirme un poco más estable. No es momento, Sofi. No se merece esta versión de mí.

—Diosss, sos tan complicada, la puta madre. Disculpame que sea tan cruda, pero por lo poco que recuerdo, la versión de él es un espanto, ¿no? Eran de esas cosas raras que te gustan a vos…y, sin embargo, el señorito te sigue llamando sin ningún tipo de reparo. Bien por él. Lo felicito. Ahora en cuanto a vos, ¿la verdad?, no entiendo lo que hacés. ¡Disfrutá un poco, nena! ¡Cogételo! Qué sé yo. Andá a tomar algo, comete un pan con queso en cualquier lado, pero afuera de esta covacha. Tomate un vinito. ¡Algo! ¿Qué carajos te importa lo que se merece o no se merece? Antes, porque estabas casada y la mar en coche. Ahora porque te volviste loca. ¡Te has comido cada cosa inmunda, Carola…! ¡Necesitás que te mimen un poco, che! No tenés que esperar a recuperarte para pasarla bien. Seré demasiado pragmática, no lo sé. Pero, para mí, es al revés. Tenés que empezar a hacer cosas que te hagan bien para recuperarte. Y el otro que se haga cargo de lo suyo, loco. ¿Cuántas veces te tocó estar del otro lado? Ah, y ahora sí —le pasó la lengua a la cucharita y la apoyó en la mesa— agradecé. Ahora sí podés

agradecer.

—¿A quién? ¿A la vida?

—¡Pero qué vida ni vida! Este fue Jorgito desde arriba, te lo firmo. Este te lo mandó tu viejo, ya harto, con los huevos al plato de verte sufrir. Acá te manda tu regalo de cumpleaños. Agradecele a tu papá, nena.

No pude evitar reírme de lo que acababa de decir. No se equivocaba en una coma. Me escuchó la carcajada y empezó a aplaudir olvidando que tenía el café en la mano. Lo manchó todo. Su ropa, el sillón blanco y me salpicó con una precisión exacta la camisa blanca. Se sacó un par de gotas del ojo derecho en silencio. Nos quedamos mirándonos a los ojos un segundo en silencio. Me pidió perdón con evidente culpa. Me enderecé y me quité la camisa sin contestarle.

—Te juro que después te la lavo, Caro. Perdoname. Y el sillón… no sé, ¿se pueden sacar las fundas?

Me levanté del enchastre y prendí la tele.

—Caro, perdón, boluda. No te enojes.

Todos tenemos una canción que nos identifica de por vida. Es ponerla y recordar la expresión exacta que el otro siente al escucharla. Conozco su canción. Sé que relata la historia de su vida. Es trágica. Pero Sofi la baila feliz. La baila gritando. La baila simulando tener un micrófono en su mano. Y, sobre todo, la baila con la necesidad de tener a alguien enfrente suyo para poder proyectarla en otro cuerpo y, así, sacarse el problema de encima.

La busqué y antes de que empezara a sonar, subí el volumen. La voz de Fabiana Cantilo la hizo saltar del sillón como un resorte. Se olvidó del desastre que acababa de hacer y me sacó a bailar. Esa vez me quitó el control remoto para darme su mano pegoteada con café.

Llegó el estribillo y los gritos de una taparon a los de la otra.

*Estoy vencida porque el mundo me hizo así, no puedo cambiar*
*Soy el remedio sin receta y tu amor mi enfermedad*
*Estoy vencida porque el cuerpo de los dos es mi debilidad*
*Esta vez el dolor va a terminar*

*Parece que la fiesta terminó*
*Perdidos en el túnel del amor*
*Y dicen las hojas del libro que más me oyó*
*Que esta vez el esclavo se escapóóóóó*

Me dio la mano y bailó moviendo las caderas. Me abrazó y me pisó los pies descalzos con sus tacos. Me agaché y la puteé. Me dijo que siguiera. Las dos estábamos en trance por dos motivos distintos.

—Seguí, seguí. Después vemos qué te pasó. ¡Qué le hace una mancha más al tigre!

Me reí otra vez. Se rio conmigo. Se sacó la remerita y la revoleó como un poncho. De repente todo cambió de color. Sentí que me caía agua de los ojos y no de angustia. Estaba llorando de risa. Me agarré el estómago y me senté en el piso. Me levantó de la mano y se cayó conmigo. Fabiana Cantilo dejó de sonar y nos recostamos sin dejar de reír. Así. Sin darme cuenta. Sin esperarlo. Sin haberlo planeado. Sin habérmelo propuesto. Sin nada extraordinario mediante volví a tener mi momento de vida.

Acá.

En mi casa.

Con mi amiga.

Sin tener que irme a ningún lado.

# 33

Hace una semana dejé de hablar con mamá. Fue una decisión difícil que tomé en pos de mi salud mental. Lo hablé mucho en terapia con Hernán, y creo que antes de llegar a esa elección limpiamos todos los rincones posibles que me pudieran hacer pensar en alguna forma de sobrellevar nuestro vínculo sin que me siguiera destrozando. Repasamos todas las opciones. Nos adentramos en las consecuencias que me habían generado sus comportamientos y evaluamos, en la medida de lo posible, lo que implicaría su ausencia en mi vida. Por supuesto que es doloroso. Pero ya no puedo seguir avanzando a los golpes. Todo lo que hace o dice son balas que siempre me alcanzan por el simple hecho de ver cómo las dispara. Y estoy agotada. No estoy en condiciones de seguir sosteniendo el veneno que necesita descargar. Es mi mamá. La quiero. Le disculpo todos tus errores, nadie mejor que yo sabe lo que significa estar trastornada y tener que criar hijos a la vez. Entiendo que está en una etapa complicada de su vida, que los años que le quedan no son demasiados, y que probablemente todos los efectos colaterales de la quimioterapia hayan quemado las pocas emociones positivas que le restan.

Pero, en rigor a la verdad, ella siempre fue así. La vejez y, con ella, sus achaques acentúan los rasgos que ya tenemos. Pero lo que estoy padeciendo y de lo que no puedo escapar, ni siquiera muerta, es la historia de mi vida. Solo que con los años se le están agregando intereses imposibles de calcular.

Le comuniqué a Julia mi decisión; no la tomó de buena manera,

ya que al correrme yo, según sus propias palabras, *la estoy condenando a que la vuelva loca a ella*. Le sugerí que hiciera lo mismo, y me dijo que ya lo venía haciendo hace rato, que solo se estaba encargando de la parte administrativa de su vida. Trámites, bancos, gestiones con la obra social, turnos médicos, y demás. Pero que esas eran las únicas motivaciones de sus llamadas.

Le pedí a Gladys que se acercara a su casa a limpiar un poco y, sobre todo, a ver si necesitaba que le hiciera algún mandado o que la visitara, simplemente, para hacerle compañía, al menos por un tiempo. Me sentía aliviada, con una nueva perspectiva de cambio y más concentrada en la recuperación total de mi bienestar. Sin hacérselo saber, mamá dejó de llamarme de forma inesperada. Desde el mismo momento en que yo tomé aquella decisión sin que ella lo supiera, no opuso resistencia. Las únicas noticias que tenía eran a través de Julia, que solo respondía a mis preguntas con monosílabos, y de Gladys, que llegó a verla poco y nada. De vez en cuando me hacía algún comentario en las redes sociales; pero, de manera sorprendente, lo hacía por privado. Fueron mensajes que decidí no leer, por si acaso me encontraba con alguna barbaridad que ya había planeado evitar.

Me apenaba estar actuando de esa manera porque, además, la extrañaba. Saberla en estado de vulnerabilidad física y dejarla sola en este momento me despertaba un sentimiento de culpa que intentaba reprimir de inmediato recordando lo último que me dijo el día de mi cumpleaños.

El viernes 26 de agosto, Gladys salió de la casa de mamá y vino a mi casa. Lo primero que me dijo cuando entró fue que mamá estaba mal. Le pregunté si estaba tirada en la cama o si estaba puteando a alguien y me dijo que no.

—Está sentada en el sillón. Tiene los ojos cerrados y la mano puesta en el pecho. Le pregunté si le pasaba algo y me dijo que no quería hablar. Estuve tres horas y no me dirigió la palabra, Carola. La conozco a tu mamá hace diez años. Te digo que no está bien.

La llamé a Julia, pero me contestó lo mismo que me contesta hace años cada vez que le hago la misma pregunta.

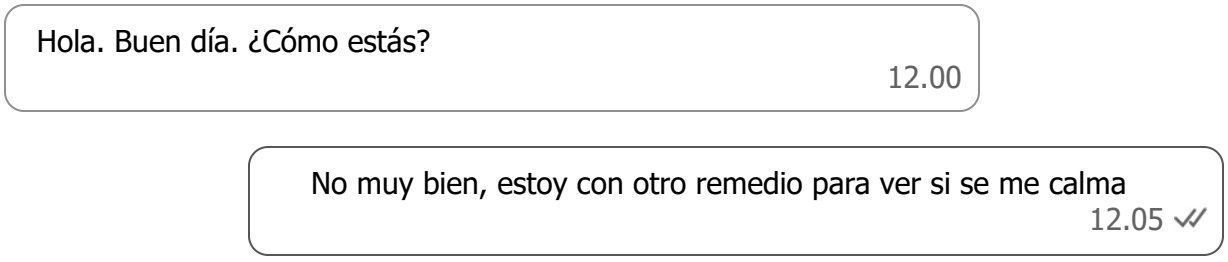
—La verdad es que no tengo ni idea. Debe estar actuando, como hace siempre. Ayer a la noche me hizo ir porque me dijo que no podía respirar y cuando entré estaba fumando un pucho. Yo no voy más.

Julia tenía razón. Hacía años que salíamos corriendo cada vez que llamaba para decirnos que se estaba muriendo y que no quería que los vecinos se dieran cuenta de que había fallecido por el olor. Pero, esta vez, algo del cuadro que me pintó Gladys me dejó una certeza que nunca antes había tenido. Mamá dejó de hablar solo durante los años que le llevó su depresión como manera evidente de retirarse de la vida: o estaba atravesando una recaída o se iba a morir. No había otra opción para mí. Mi corazonada me dijo que la segunda opción era la respuesta correcta. Y ahí me encontraba yo en menos de una semana. Incapaz de romper la trama de mi vida. De nuevo, una vez más, hacia el pasado.

—Julia, necesito que traigas a mamá a casa. Le voy a decir que se quede a dormir todo el fin de semana. Cuando salgas del trabajo traela, por favor, que yo no puedo porque tengo que llevar y traer a los nenes. Te propongo que hoy a la noche cenemos las tres juntas en casa. Mamá se va a morir. Yo sé lo que te digo. Ahora le aviso que la pasás a buscar.

—¿Eh? ¿Estás loca? Yo te la llevo, no tengo problema, ¿pero estás segura de que te la vas a bancar un fin de semana entero? ¿No acababas de tomar una decisión? Conmigo no cuentes para hoy a la noche. Puedo llegar a bajar cuando te la dejo a ella y tomar un vaso de agua, pero otro circo no le festejo.

—Julia, no entendés lo que te digo. Mamá se va a morir. Gladys me dijo que dejó de hablar. Mamá se va a morir.



¿La panza?

12.06

Van a intentar bloquearme el dolor y si no me hace efecto me tengo que internar

12.07 ✓✓

¿Dónde? No entiendo nada ¿Quién es el médico? Venite hoy a casa que estoy con los nenes, si te pasa algo no te voy a poder ir a buscar.

12.08

Yo el otro día me quería ir a tu casa, pero después de tu cumpleaños me dijiste que no me querías ver, que te hacía mal y no sé qué otras cosas más me dijiste

12.09 ✓✓

Yo ya estoy mejor. Te dije eso porque cuando yo estoy mal necesito estar sola. En paz. Te voy a buscar. Si te pasa algo a la noche no puedo salir, por lo menos te tengo acá.

12.10

¿Mamá?

12.12

¿Mamá?

12.13

Ahí me llamó tu hermana. Ella me pasa a buscar. A la tarde voy.

12.14 ✓✓

Voy a comprar milanesas y papas para que hagas puré. Es la comida que más les gusta a los chicos que les prepares. Dicen que como tus milanesas no hay. Se van a poner contentos

12.15

Espero poder, Carola

12.16 ✓✓

Un beso

12.17

Un beso

12.18 ✓✓

Llegaron a las cinco de la tarde. Cuando escuché el motor del auto, me fui a la puerta a recibirlas. Julia la ayudó a bajar y me pasó por al lado como si no me hubiera visto. Entré a mi casa detrás de ellas. Estaba a punto de cerrar la puerta, pero Julia al oído me dijo que se iba.

—Está mejor que vos y yo. No sé para qué te inmolaste de esta manera y me metiste a mí en tu premonición. ¿Sabés el olor a pucho que me quedó en el auto? Los chicos me están esperando, nos hablamos.

Le pregunté a mamá dónde estaban la ropa y todas sus cosas y me señaló la cartera. Quería saber si mezcló los cigarrillos, la morfina y los medicamentos con el camisón y el resto de sus pertenencias, pero el cuerpo de mamá ya se había ido a recostar al sillón. Tenía peor aspecto que la última vez que la vi. Se debe haber encogido, por lo menos, cinco centímetros. Sus brazos tenían el mismo tamaño que los de Tomás. El reloj ya no se sostenía en la muñeca y le rozaba los dedos. La respiración, totalmente rota, solo lograba salir a través de episodios bruscos de tos. No me miraba. No preguntó por los chicos. Fue al baño y, después, se quedó dormida en el sillón.

Se despertó con la voz de Lola. La miró y sonrió. Le hizo señas para que se sentara en el sillón de al lado. Me pidió si le podía preparar un café. Me recordó que no le pusiera ni edulcorante ni ninguna de esas porquerías.

—Azúcar, Carola. Y si no tenés, prefiero no tomar nada.

Entrado el anochecer, se puso de pie por sus propios medios. Se dirigió a la cocina y revisó la heladera y los cajones. Cocinó, con

evidente dolor. La mimé un poco y le pregunté por el famoso secreto con el cual hace ese exquisito puré y esas milanesas que tanto les gustan a los nenes. Respondió con restos de soberbia que no es ninguna ciencia.

—Las milanesas son fritas y al puré le pongo manteca, leche y crema. Vos, cuando eras chica, también lo comías así. Hasta que te enfermaste con las dietas y dejaste de comer como corresponde. Pero ellos no tienen la culpa de tus locuras. Tienen que conocer el verdadero sabor de la comida.

Prefirió instalarse en el sillón del living porque le resultaba más cómodo tener un baño cerca y la puerta que sale al parque; evidentemente, le resolvía sus ganas de fumar. No hablamos demasiado, pero lo hicimos en buenos términos. Me pidió que le cambiara la música que estaba sonando y si, por favor, podía apagar el sahumerio que le daban ganas de vomitar.

—Hacé lo que quieras, pero yo creo que una de las cosas que te enferman esa cabeza es esta música y esos olores de mierda que ponés. ¿Es necesario poner tantos budas? ¿Tantas velas? ¿Vos decís que te relajan? ¿Estás segura de que relajación es lo que sentís? A mí me da mala espina, qué querés que te diga, Carola, ya sé que es tu casa, pero cuidá a tus hijos, son menores, si *Mamita* te lo dice por algo es.

No sé si era la mejoría de la muerte, pero sus palabras inapropiadas tenían un atisbo de vitalidad, y aquella vez me reconfortaron. Hice todo lo que me pidió sin interponer una letra en el camino. No me costaba nada no discutir. La iba a perder en cualquier momento.

Se quedó viendo un poco de tele y le dije a Lola que bajara a charlar un rato con su abuela, que no la veía bien. Lola dejó el celular, y le dedicó un poco más de quince minutos. Mamá estaba animada. Lo sé, porque yo me quedé arriba escuchando las cosas que hablaban, un poco por atrevida y otro poco por precavida. Estaba dispuesta a tirarme por las escaleras en tanto llegara a escuchar algo perturbador. Pero, lejos de eso, se la escuchaba

lúcida, dándole lindos consejos, hablando un poco de política, de sus anécdotas de la infancia y, para mi sorpresa, tuve la suerte de estar con la oreja atrás de la puerta para escuchar algo que nunca me había dicho a mí.

—Lola, vos sabés que yo jamás te mentiría. Tenés que saber que todo lo que logró tu mamá lo hizo solita. Tu mamá no le debe nada a nadie, Lola, a na-die. ¿Sentiste lo que te dice tu abuela? Cuando tus papás se separaron, tu vieja se fue con una mano atrás y otra adelante. Todo lo que ves que hace es con esfuerzo y con dedicación. Por ella, por supuesto, porque eso es lo que le enseñé yo. Pero, en su gran mayoría, lo hizo por ustedes. Que nadie te venda otro cuento, Lolita. Yo a tu papá lo quiero como a un hijo. Pero yo vi con mis ojos todo lo que esta chica se sacrificó. ¿Escuchaste? Nadie me contó nada. Esta vieja vio todo. Ayúdenla. Y agradézcanle a la vida la madre que tienen.

Tomi y Manu la saludaron y se fueron a dormir a la casa de unos amiguitos. Nicolás estaba de viaje hasta el lunes y cuando decidí trasladar a mamá a casa, quería quedarme tranquila al saber que nada me iba a impedir moverme a la madrugada cuando las cosas se complicaran un poco.

Apagué las luces, le preparé un té y me quedé dos minutos conversando con ella en el sillón. Le acerqué algunas mantas, acomodé una almohada, y le dejé la luz del velador prendida por si se levantaba para ir al baño. Le di el beso de las buenas noches y me fui a acostar.

# 34

Me levanté como un resorte de la cama a las tres en punto de la madrugada. Una voz que no conocía me estaba llamando con desesperación.

—¡Mamá! ¡Mamáá á!

—Por Dios, Lola, qué pasa, ¿qué te pasó?

Atravesé la puerta del dormitorio de Lola, pero Lola dormía plácidamente en su cama. Bajé corriendo las escaleras pensando que algo horrible había pasado con los nenes. Pero ninguno de los dos estaba en casa. El sillón estaba vacío.

Mamá estaba en el baño agarrada de las paredes, incapaz de saber si tenía que entrar o salir. Su voz infantil dejó de llamarme Carola para decirme mamá.

—Ayudame, mamá, me hice encima. Necesito que me cambies los pañales.

Mamá empezó a transformarse en bebé en el mismo momento en el que empezó a morir. Le pedí a los gritos a Lola que bajara para ayudarme a trasladarla al sillón, pero ninguna de las dos pudo evitar que se arrastrara como si hubiese perdido las piernas. Julia llegó junto con la ambulancia. Los médicos fueron derecho a ver a mi mamá, pero Julia permaneció quieta en la puerta con la cartera en el brazo. *No está saturando* fueron las primeras tres palabras que dijo la enfermera. A medida que iba pasando el tiempo, la situación clínica se iba complejizando y, en el transcurso de las horas, mientras buscábamos una cama en algún hospital, fue desarrollando una neumonía bilateral. Los médicos intentaban estabilizarla. Le

colocaron oxígeno. Le pasaron suero para hidratarla y alguna medicación para un dolor que ya no tenía. *¿Qué le duele, señora? ¿Dónde le duele?* Pero en ese momento, mamá se dejó caer al piso. Miré la escena con espanto y escuché la primera vez en siete años que mamá respondió: NADA. *Ya no me duele nada.* Julia le dijo a Lola que se fuera arriba. Agustín acababa de entrar por la puerta. Se ofreció a cargar a mi mamá a cualquier lado, pero el médico le dijo que sin oxígeno no llegaría ni a media cuadra.

Mi mamá estiró el brazo de la enfermera y la obligó a agacharse. No sabía que la estaba mirando. Pero algo me dijo que estaba a punto de traicionarme y quise evitar que lo hiciera frente a mis narices. No pude. La escuché. Lamentablemente la escuché: *Me quiero morir, doctora, por favor*. Dejé a Agustín hablando solo, y me acerqué. Me quedé quieta a su lado dándome por enterada de lo que me acababa de hacer. Me tiré en el piso con ella y le pregunté si sabía quién era yo. *Sé quién sos. Sos Carola, mamá*. La miré llorando. Le enfermera me retó. Me dijo que no lo volviera a hacer. *Te está escuchando. Y te está sintiendo. Si vos no te calmás, le transmitís la angustia.*

Mientras tanto, el médico llamó a todos los hospitales de la zona esperando encontrar, sin suerte, una cama disponible. Sofía ya estaba en casa abrazando a mamá y, sobre todo, vino a cubrir un puesto que Julia acababa de dejar vacante. Necesitaba un abrazo. Alguien con quien compartir el momento más traumático al que estaba por asistir. Un cómplice. Una hermana. Mi hermana. No era justo que mamá se fuera sin la mirada de su hija. Sin la caricia de su hija. Sin un beso de su hija. Y esa situación me aterraba. Pero Julia había dejado de creerle hacía muchos años y lo sostuvo con estoicismo hasta el final. No le creyó su vida. No le creyó su incapacidad. No le creyó sus dolores. No le creyó el amor que nos dio y el que no nos pudo dar, y tampoco le estaba creyendo su muerte.

La única clínica disponible estaba a cuarenta y cinco minutos de mi casa. No podía entrar en razones con lo que me estaban diciendo. Toda su jubilación destinada a una medicina prepaga que

no podía ofrecerle un colchón. Salí corriendo al jardín de mi casa. Llamé a toda mi lista de conocidos. Pedí contactos de médicos para que pudieran recibirla en hospitales más cercanos. No escuchaba lo que me respondían. En la desesperación, tampoco sabía con quién hablaba. Volví a entrar a mi casa. Mamá no respiraba por sus propios medios. La voz de la enfermera me dijo que dejara de gritar. Que ya no había tiempo para seguir buscando camas. Preguntó si alguien iba a acompañar a mi mamá en la ambulancia. La miré a Julia con desesperación. No tardó más de un instante en cederme su lugar.

*Subite a la ambulancia, por favor. Vos vas adelante.* Obedecí a la fuerza. No pude dejar de mirar hacia atrás. Lo único que preguntaba era si estaba viva. La enfermera me pidió que volviera la vista hacia adelante. No quería. Quería verlo todo. Llamé a Nicolás. No respondió. Llegamos al hospital con mi mamá viva. Julia y Sofía llegaron dos minutos después que la ambulancia. Caminé por el corto pasillo del hospital porque no podía mantenerme quieta. El médico de guardia me hizo pasar a terapia intensiva.

—Tu madre hizo un paro. Tuvimos que reanimarla. Ahora está totalmente entumecida y ya no responde a ningún estímulo. Esto es cuestión de horas, de un rato. Lo siento mucho. Pero el estado clínico con el que ingresó era muy malo y, con una neumonía como la que acaba de desarrollar, las probabilidades de vida son nulas. Te sugiero que te despidas ahora. No tiene sentido hacerla sufrir más. Te dejo un rato, así después pasa tu hermana.

Asentí con la cabeza mientras le acariciaba el pelo. La vida en ella estaba a punto de partir y nadie me decía a adónde se iba. Quería saber si estaba sintiendo dolor, frío, cansancio. No sé si sabía que estaba a su lado. Que no la había abandonado como ella estaba a punto de hacer conmigo. Quería que me siguiera pidiendo ayuda.

Estaba a un paso de ser huérfana y no soportaba la idea. El cuerpo se me movía de manera desarticulada. No podía dejarlo quieto. Sabía que Julia tenía que pasar, pero no podía irme. Tenía la certeza de que, si me separaba, le daba espacio para que se fuera.

—No me podés hacer esto. Las madres no se van. ¿Viste que no estás sola? Estuvimos todos con vos la noche entera. ¿Te diste cuenta, mamá?

El agua de mis ojos caía en ese cuerpo en llamas y no quería ser yo quien detuviera ese incendio. Prefería que viviera, aunque no reaccionara nunca más. Podría ocuparme de ella tranquilamente. Tener un lugar sin importar como fuera, donde regresar como aquella vez, hace apenas unos meses, cuando estuve muerta.

—No es justo, mamá. No me podés dejar ahora y así. Decime cómo me comunico con vos. ¿Qué estás sintiendo, mamá? Te extraño. ¿Estás viendo algo que te dé paz? ¿Que haga valer la pena este desamparo? Quiero aprovechar estos momentos para decirte que te perdono todo. Que te amo, mamá. Que entiendo que tu vida no fue fácil. Quedate tranquila que conmigo no te quedan deudas. Quise llamar al estúpido de Nicolás, porque sé que si él estuviera acá te levantarías corriendo, mamá. Pero se fue de viaje. Por Dios, no me quiero olvidar de nada. Te amo. Te amo y disculpame por no habértelo dicho en otro momento. O no de esta manera, pero vos viste que las cosas nunca fueron fáciles. Estoy arrepentida de todo. Mamá, no. Por favor, no me dejes vos también. Ya no tengo a nadie que me cuide. No podés dejarme sola, mamá. Decile a papá que lo quiero. Que trate de estar más presente, no sé. ¿Y vos, mamá? Dios mío, mamá, en casa hay lugar para que te quedes. Los chicos son buenísimos. ¿Se supone que esto es toda la relación que tuve con una madre? ¿Se terminó mi rol como hija? ¿Esto es todo lo que pudimos hacer? ¡Lola, mamá! ¿Viste cómo te quiere Lola?

—No te está escuchando. Pero quedate tranquila que no siente dolor. Tenemos que dejar entrar a tu hermana, ¿sabés? —La voz del médico me recordaba que era hija de esta mujer y que tenía la impunidad de decirle lo que me atravesara por la cabeza, tal cual lo acababa de hacer él.

—Discúlpeme, doctor, ¿y usted qué mierda sabe si me escucha? ¿Ya se murió alguna vez?

—Me parece que…

—Me importa un carajo lo que le parezca. A mí me parece que es una mala persona y no me meto en su oficina para decírselo. Venir a

romper este momento es de mal tipo. ¿Se le hace tarde para tomar el cafecito? Mi hermana ya va a pasar, estoy saludando a mi mamá y voy a terminar de hacerlo. Nadie le pidió su opinión.

De manera inesperada, Julia entró a la sala, me miró con reproche y le pidió perdón al médico por el exabrupto que acababa de escuchar saliendo de mi boca. Se acercó a mamá, le dio un beso en la frente y le dijo que, a la mañana siguiente, si podía, volvería a pasar. *Tratá de descansar*.

Me quedé apoyada en la pared. Le quise explicar que no hacía falta que regresara al otro día. Sin embargo, me quedé en silencio sin contradecir su accionar y la saludé con una mueca parecida a una sonrisa, mientras que seguí escuchando hablar al doctor.

—Está entumecida. ¿Sabe lo que quiere decir? La estamos haciendo esperar para que ustedes puedan despedirla. Mire… —Le golpeó las piernas y no reaccionó. Le golpeó las manos y no reaccionó. Le gritó en el tímpano su nombre mientras que me miraba con recelo—. Mabel, Mabel. —Y no reaccionó—. ¿Ve lo que le digo?

Lo miré con ganas de matarlo. Me tiré arriba del pecho de mi mamá y me aferré con fuerza para que no se la llevara. Me enredé con los cables que tenía en todo el cuerpo y la escuché respirar. Levanté la mirada y la vi abrir los ojos lentamente. Sus pestañas ya no volaban.

Me levanté pensando lo imposible. El doctor se retractó con vergüenza:

—Ah, bueno, ahí empezó a escuchar, hace un rato no lo hacía.

Lo miré con hastío. Otra vez la hostilidad del mundo me pisaba los talones.

—¿Se puede retirar, por favor? —le ordené con desprecio, y dije, por lo bajo, un insulto con deseos de que lo escuchara bien claro—: *Viejo de mierda, al final,* Mamita *tiene razón, son todos unos hijos de puta*.

Mamá lo miró y giró su cabeza hacia mí. Sonrió, y me guiñó un ojo, como si estuviera contenta al escuchar la manera exacta en la que pronunciaba mi lengua materna. Me apretó la mano. Le

pregunté si escuchó todo lo que le había dicho o si se lo tenía que repetir. Volvió a sonreír.

—No llorés más, Carola.

—Mamá, ¿te vas a ir? No podés irte, te lo pido por lo que más quieras. No me dejes vos también. ¿Yo qué hago, mamá? ¿Cómo hago?

Asintió con la cabeza sin dejar de sonreír, me apretó la muñeca y su voz deshilachada pronunció sus últimas palabras:

—Vas a poder, Carola. Siempre pudiste. Dejá de llorar, por favor. Se terminó, mi amor. Ahora ocupate de vos. Ocupate de vos.

# 35

La muerte nos salva a todos del pasado. Es su efecto mágico de reparación. En cuanto a ella, bastaron dos segundos posteriores a su partida para liberarla y, sobre todo, liberarme de aquellas heridas que quedaron mal cicatrizadas.

Sus palabras finales me pusieron en otro lugar. Su rostro, por fin, sonriendo, la paz frente a su partida, y el abrigo que supo darme ante su propio frío, me hizo dotarla de poderes mágicos. Era la primera vez en toda mi vida que me sentía cuidada, y no de un modo salvaje, por mi mamá. Es cierto, en otro plano. Pero más madre que nunca. Más cerca que nunca. Más sana que nunca.

Los primeros días estuvieron teñidos de una profunda tristeza. Todas las medidas de seguridad que creía haber tomado las veces que decidí alejarme de ella para no arrepentirme en el futuro se derribaron en un chasquido y el sentimiento de culpa se alojó en mi pecho como un clavo oxidado. Sentí todo lo que hay que sentir frente a la muerte de una madre. Ira. Bronca. Dolor. Angustia. Culpa. Arrepentimiento. Abandono. Nostalgia. Los días que no estaba con los nenes, me hundía en la cama y lloraba hasta vaciarme. Dejé de ir a la plaza y de hacer las meditaciones. Necesitaba extrañarla porque era mi forma de hacerla presente. Escuché todas las letras de su amado Alberto Cortez. Le prendí velas a su foto. Acaricié la mejilla que recordaba con mi mente, mientras mi imaginación la recostaba al lado de mi cama. Le hablé hasta el cansancio. Le pedí perdón. Le di las gracias. Le supliqué consuelo.

Con el paso de los días, junto con el dolor, empezó a crecer en mí

el fantasma del miedo. Miedo de volver a entrar en la fosa de la depresión de la cual todavía no acababa de salir.

Le expliqué al psiquiatra que antes de una madre muerta, tuve una madre viva, que estuvo enferma, y pequeños detalles que nunca supo porque nunca le importaron saber. Detallé mis síntomas uno por uno, tal como me lo pidió y luego de darme el más sentido pésame, me hizo una sola pregunta, seguida de una indicación.

—¿Es tristeza o angustia?

—Es dolor.

—Vamos a aumentar el antidepresivo. Un miligramo más a partir de ahora mismo, y a la noche, rivotril a demanda.

Le dije que sí y después me quedé en un largo silencio mirándolo a la cara.

—¿Todo bien, Carola? ¿Querés decirme algo?

—¿Se supone que para seguir sanando es necesario que me olvide de ella? ¿Rivotril a demanda dijiste? ¿Así como un bebé pidiendo la teta? ¿Mi mamá sería un psicofármaco? ¿Sanar implica dejar de sentir el dolor? Porque con mi terapia estamos yendo para el otro lado. Quiero decir, estamos asumiendo que hay cosas que son imperturbables. Que no van a cambiar, y que justamente curarme significa dejar de pelearme con el mundo. ¿No?

—La terapia psicológica es otra cuestión. Muy importante, pero va por otro lado. Yo tengo que estar alerta de lo que vos me decís y por lo visto seguís deprimida. Este suceso no te favoreció. ¿Algo más?

—Quiero decirte que hoy es nuestra última sesión. No estoy deprimida. Estoy atravesando un duelo. El duelo por la muerte de mi madre. Todo lo que estoy sintiendo es porque estoy viva. De hecho, mi duelo no tiene nada de original, es un duelo vulgar. Común y corriente. ¿No sería acaso cuestionable que no lo estuviera sintiendo?

Le agradecí la atención y desaparecí de la pantalla.

Levanté el brazo, apreté el puño y grité mi gol. Aproveché el impulso y fui a buscar mi celular. Carraspeé un poco, me puse derecha y me miré al espejo. No puedo abandonar la baldosa en este momento, me dije. Al contrario, tengo que decorarla con lo

mejor que hay.

—Hola, buenos días. Soy Carola Henner. Quisiera pedir un turno con el doctor Rubén Bernasconi.

Me estoy cuidando, *Mamita*. Me estoy cuidando.

# SEGUNDA PARTE

# 36

El día está hermoso. Está fresquito, pero el sol se deja sentir en la cara y cuando lo hace, logra subir la sensación térmica. Estuve todo el día sin los chicos. Aproveché para escribir parte de la nueva novela. Tomé unos mates y escuché un poco de música. Me teñí las canas y, mientras esperaba el efecto de la tintura, me puse a ordenar un poco mi habitación. A las cinco y media en punto, tal como habíamos quedado, me pasaron a buscar las chicas por casa. Después de dar un par de vueltas en el auto, decidimos bajar a tomar un café en Tëofilo, un bar donde venden café de especialidad, el más rico de la ciudad de La Plata. Estaba lleno, pero, como conocemos al dueño, tuvimos la suerte de que nos regalara la posibilidad de improvisar una mesa pegada a la ventana. Por suerte, hoy mi salud mental y yo dejaron de ser el centro de atención de la conversación.

Esta vez fue Inés la que anunciaba desde la mañana, bien temprano, estar abrumada:

> Necesito que nos juntemos. Estoy preocupada por mi amiga Melisa Montero Blanco. Pero además les quiero comentar algo al respecto. ¿Nos vemos?

No es tarea fácil seguir el discurso de Inés. Es una de las personas que más hablan en el mundo. A través de la palabra, y de la capacidad para entablar conversaciones de todo tipo y al mismo

tiempo, establece relaciones en medio segundo con cualquier persona que se le cruce por el camino con una facilidad digna de admirar. Ese es su don. No tiene respeto por el tiempo en el que se demora en dar detalles precisos, pero innecesarios. Al hacerlo se suele ir por las ramas y convoca en el diálogo a un montón de nombres a los que jamás se le olvida colocar el apellido en un intento de garantizar la entidad que se merecen. Es increíble la cantidad de gente que trae a colación, que, además, tiene doble apellido. Nadie nunca conoce a esas personas. Estimo que ella tampoco, solo que las habrá escuchado nombrar por las amigas de las amigas de sus amigas. Son adornos de la información que, al escucharla, por algún motivo enaltecen el discurso y una, en consecuencia, se siente en inferioridad de clase social. Mi mamá, que la adoraba, porque era una de las pocas personas que podían escucharla con la paciencia de un buda y, encima, tomarse el tiempo para responderle, solía referirse a ella, como *tu amiga, la de la alta alcurnia*. No pasó mucho tiempo desde que la conoció hasta el día que decidió dirigirse a ella misma de esa forma. *¿Cómo andás, Inés*? *Siempre elegante vos, como la gente de bien. Vos sí que sos de la alta alcurnia, nena. Da gusto conversar con vos.*

Sus relatos están siempre acompañados de modismos y gestos tal cual las señoras refinadas que aparecen en las películas de época cuando se juntan a tomar el té. El sonido de su voz sube y baja de acuerdo a la gravedad de lo que está contando. Y cuando la cosa se pone muy seria, en lugar de pronunciar las palabras en voz alta, ella prefiere hacerse entender con gestos, como si hubiera que mantener el secreto, aunque no haya nadie más que nosotras dos. O tres.

Melisa Montero Blanco estaba yendo a constelar para atravesar el difícil momento por la enfermedad de su hija menor, diagnosticada de diabetes. Por lo que entendí, poco tiempo después Melisa no pudo procesar el impacto de la noticia y, en consecuencia, empezó a desarrollar un cuadro de ansiedad desproporcionado, que se fue intensificando hasta incapacitar el funcionamiento de su vida cotidiana. Desde ese momento, intentó de todo para acallar sus síntomas. *Pero cuando digo de todo, digo de todo*, aclaró Inés

inclinando el cuerpo sobre la mesa en la que estábamos merendando, mientras relojeaba hacia los costados.

—Para mí es un montón, pero ¿qué le voy a decir?, pobre. No estoy en su lugar, me llega a pasar a mí y probablemente termine pidiéndole a Melisa Montero Blanco que me derive a los mismos lugares a los que está yendo, por eso prefiero no juzgarla. Nadie tiene la historia cerrada. A todo esto, y entre nosotras, la vi tan desmejorada que me impactó. Parecía la abuela de ella misma, y eso que la quiero un montón. No sé si tengo que avisarle, decirle algo al respecto, o desear que alguien de su entorno se lo comunique. Me parte el alma verla así.

—¿Qué es de todo? —preguntó Sofía, y se ofreció a recomendarle diabetólogos pediátricos—. Me parece lo más prudente que se informe y que esté bien tratada, te digo porque hoy la ciencia tiene muchos avances al respecto.

—La hija, Elenita Cuenca Basallo, ya está tratada. Es ella, Melisa**,** la que no asume. La cuestión, para no entretenerlas con nimiedades, es que estuvo yendo a biodescodificación. —Comenzó a bajar el volumen de su voz mientras miraba hacia atrás—. Dice que al principio le hacía muy bien, pero que después estaba cada vez peor. Una cosa rarísima, la verdad. Pero a veces es la cabeza de una la que nos juega en contra. Mucho no quise preguntar para no invadirla, pero la terapeuta, que dicho entre paréntesis para mí tuvo un gran gesto de humildad, terminó asumiendo que probablemente esta modalidad no estaba funcionando como esperaban y le sugirió que intentara con algunas sesiones de constelaciones familiares.

—Perdón mi ignorancia —intervino Sofía—, ¿pero qué terapeuta? ¿Esto está aprobado por alguna entidad científica? ¿Son médicos, psicólogos, profesores?, ¿dónde se estudia? Vos que estás en el tema, Caro, explicame un poco, porque no entiendo*.*

Conozco a Melisa y su recorrido. En el último cumpleaños de Inés, fue ella misma la que me contó acerca de su expedición desesperada para dar con la persona que pudiera ayudarla a superar *este infierno*. Hasta donde supe, estaba en tratamiento con un psicólogo especializado en terapia cognitivo-conductual, al que le

sumaba el tratamiento farmacológico convencional: un ansiolítico más un antidepresivo. Pero, según acababa de actualizarnos Inés, lejos de aliviar los síntomas, los ataques de pánico fueron escalando hasta construir un parapeto fóbico, un cerco imaginario en su casa, de la cual ya casi no salía.

—La cuestión es que, gracias a Dios —siguió contando Inés—, se ve que, con ayuda de las constelaciones familiares, pudo entender que esos síntomas que manifestaba eran a raíz de la pérdida de un embarazo que ella desconocía, y que la enfermedad de su hija la llevaba de manera inconsciente a un miedo irracional de volver a perder un hijo. La consteladora… ay, lo tengo en la punta de la lengua, Dios, me quiero morir, pero no recuerdo el nombre, estoy muy mal de la memoria, y eso que no dejo de hacer sudoku, cuando llegue a casa se lo pregunto y les mando un mensaje…, le explicó que el conocimiento del aborto espontáneo logró liberar la energía acumulada por aquel trauma y que fue eso lo que generó que la ansiedad disminuyera de manera inmediata y, por consecuencia**,** los ataques de pánico. El problema es que ahora quedó medio cucú con la muerte del hijo. ¿Te imaginás enterarte diez años después de que perdiste un bebé? Yo me muero. —Inés, conmovida, reposó la espalda en el asiento y apoyó la mano sobre el pecho—. Uf, chicas, es demasiado para una mamá.

—¿Pero la señora es médica? Y, además, ¿con qué sentido se lo dice ahora? Una hija de puta, la verdad —insistió Sofía.

—No, no. No son médicos —retomó Inés—. Son terapeutas, algunas veces Melisa le dice *facilitadora*, ni idea, Sofía. La verdad es que no le pregunté dónde se había formado. Supongo que Melisa Montero Blanco tampoco, pero si la derivó su terapeuta, me refiero a la biodescodificadora, que en este momento tampoco recuerdo el nombre, ella confía. Qué sé yo, no me parece alocado que así sea. Además, mi amiga no es ninguna improvisada. Tiene estudios, posgrados, no me parece que sea carne de cañón para cualquier cosa. Si eso es lo que estás sugiriendo.

—Entonces debería hacerlo. Debería informarse de todo. Pedir los currículos, un título habilitante, una certificación, con esta y con la anterior. Ojo, yo por ella. Es su vida, su cabeza, su tiempo. —Sofía

se pasó la mano por el pelo, inquieta.

—¿Puedo seguir, Sofía? En teoría, el tema de su hijita muerta, porque el embarazo perdido era de una nena, se dan cuenta la obvia coincidencia, ¿no? Es tremendo… Y viene a colación porque, según me explicó Melisita, tiene que darle un lugar en su corazón para poder integrarlo en el árbol genealógico de su vida.

—¿En dónde? ¿Y? ¿Ya la ubicó? —preguntó Sofía mientras cortaba un enorme bocado de cheescake con el borde de la cuchara.

—No seas hija de puta, Sofía. —Intenté frenar su crueldad—. Yo hablé con Melisa en el cumple de Inés, estaba hecha mierda, de verdad. Ahora… coincido en algo... ¿qué hace con esa nueva información en este momento? ¿Dejó de llorar por la hija y empezó a hacer un duelo por la que perdió?

—Esa angustia la estaba trabajando en una terapia uterina… Algo de sanación del útero, me dijo. No me acuerdo literalmente el nombre. Me preocupa la falta de memoria que estoy teniendo. Sé que está con otras mujeres en su misma situación espiritual. De hecho, complementaba el tratamiento con sesiones integrales de masajes y reiki para equilibrar la energía desbalanceada de los chakras y de esta manera estaba sintiéndose mejor. En definitiva, eso es lo que importa, ¿o no? Estaba contenta, esperanzada. No me parece mal. Cuando te toca una situación así, estás para cualquier negocio. Por suerte, no estoy en esa instancia, pero quisiera abrirme un poco a estas cuestiones. Ver qué pasa. Ver qué me pasa con mis propios conflictos, que, dicho sea de paso, están en el mismo lugar que antes. —Se inclina hacia la mesa y nos toma a cada una de las manos—. Quería preguntarles si quieren venir conmigo a constelar. No me enojo si no comparten la idea, yo tomé la decisión de vivir la experiencia, pero no me gustaría ir sola.

Mientras Sofía escuchaba junto conmigo las peripecias por las que tuvo pasar Melisa, armó en el aire un cuadro sinóptico que le permitiera entender el recorrido exhaustivo que llevó a Melisa a comprender el historial de sus síntomas que, si bien se habían reducido, ahora se habían transformado en otra cosa. La conclusión de Sofía fue clara y contundente:

—O sea: se gastó un auto y ahora le duele algo que antes no le dolía.

—Disculpame, Sofía. Tenés ceguera emocional y quiero creer que eso te vuelve cruel. Te dije que ahora está pudiendo salir de la casa. ¿Cuánto vale la salud mental? Yo no sé si en la situación de ella no hubiera hecho todo lo que hizo, incluso más. Con tal de sentirse bien, uno hace lo que sea. Pero, bueno, tu vida evidentemente resulta ser más fácil que la del resto, es fácil juzgar desde tu lugar… Por otro lado, cada uno pone la plata en donde quiere, ¿o no? —Inés revolvía el café mientras conversaba con la cuchara.

—No se trata de que mi vida sea fácil, Inés, si a Melisita Montero Blanco, o como mierda sea que se apellide, le hace bien, la felicito. Mi vida es caótica como la de todo el mundo. También tuve mis momentos de ansiedad, de estrés, de pánico, de insomnio, de depresión. Todas vivimos en el mismo mundo, ¿eh? Pero intento trabajar con los recursos emocionales que tengo. Voy a terapia cuando lo necesito, pero no forma parte de mi estilo de vida. La verdad es que no. Si veo que no puedo resolver algo, o lo estoy haciendo como el culo, entonces busco ayuda. Pero me parece que una vez que viste el modo, se terminó el recorrido. Qué sé yo. ¡Esta chica hizo el Camino de Santiago! Y sí, a mí me hacen bien otras cosas. Hacer actividad física, tener una buena alimentación, cuidarme, relacionarme con mis amigas, salir. Eso es terapia para mí. ¡Pero vamos, me sumo!

—Y unas jeringuitas de bótox… No, no está mal. —Me adelanté a la ira de Inés—. Pero tener conflictos es una cosa, tener un trastorno que te incapacita para funcionar adecuadamente es otra. Me tenés de ejemplo. No me parece mal probar esto que dice Inés. Yo tengo muchos pacientes que han hecho constelaciones. La verdad es que ninguno se recuperó de nada puntual, ahora que recuerdo… Pero salen movilizados. Algunos dicen que es una gran experiencia.

—¿Y? ¿Salir movilizados es indicador de que algo eficaz está pasando*?*

—¡Sofía! —Se enojó Inés—. Vos sos bioquímica, tu mundo es cuadrado. No entendés que hay herramientas terapéuticas que mejoran la calidad de vida de las personas, y sí, evidentemente,

para que algo te haga un clic, debería movilizarte. ¿No te parece? Si mal no recuerdo vos y Carola se han recorrido varias tarotistas de la zona, y salían felices y sanadas, ¿o no? Bueno, eso es algo que yo jamás haría, por ejemplo, y no las juzgo por perder el tiempo.

—No te metas con Kuki, porque es lo más. Gracias a ella me terminé enterando de que Carlos me metía los cuernos con la grasa de su secretaria. Ese pedazo de sorete… —Sofía se tildó por el recuerdo y se quedó en silencio hasta que retomó la conversación—. No necesariamente, Inés. La verdad es que me movilizan un montón de cosas que no logran modificar mi mapa genético, ni el funcionamiento de mis neurotransmisores. Ni mi perfil lipídico. ¡Mentira mentira! —Se apuró antes de que Inés explotara—. Es un chiste, bolas. No tengo intención de discutir. Pero lo que sí pienso, realmente, es que cada uno tiene que tener su evidencia científica, ¿no? Hoy la medicina y la terapia deberían estar pensadas de manera personalizada e integral. Lo que le hace bien a alguien no le tiene por qué hacer bien a otra persona, simplemente somos diferentes. Y eso sí está comprobado. Pero, bueno, dale. ¿Lo quieren hacer? Vamos, yo no tengo problema. ¿Se puede ir con amigos? ¿Estás segura? Caro, ¿no querés consultar a tu psicólogo si es conveniente que hagas esto? Digo, a ver si se te chifla otra vez… Consulten y me sumo.

# 37

Ahí estábamos las tres. En un nuevo espacio, formando un círculo, rodeadas por diez mujeres desconocidas, conflictuadas y esperanzadas. Todas mirándonos tímidamente, con la misma cara de desconcierto, pero iluminadas por la fe de sabernos asistiendo a algo que de ninguna manera podía ser malo. Preparadas para recibir la hostia que nos salve del karma por los pecados adquiridos. Abiertas a la ingesta de una vitamina que nuestro cuerpo no produce y que en cualquier momento nos estaban por inyectar. Guiadas por una mujer a la cual solo conocíamos por su nombre y por la referencia de la desgraciada Melisa Montero Blanco.

Ángela. Se llama Ángela, aunque para mí es su nombre artístico. Ángela tiene rastas color grisáceas que le llegan hasta la cintura. Saluda con un abrazo sentido. Tiene olor a pachuli. Una cadena con un dije de cuarzo rosa le cuelga hasta debajo de las tetas. Viste unos pantalones anchos, remera *oversize* con la estampa de un elefante en el centro que le llega hasta por debajo de la cola. Sus pies están descalzos y su voz está sedada. El ambiente es un rejunte de elementos taoístas, budistas y católicos. Todo confluye y convive en el mismo lugar sin contradicciones aparentes, configurando un escenario claramente impostado, pero que, a decir verdad, logran crear un contexto poderoso. Místico. De gran impacto espiritual. Suena música hindú de fondo. Hay velas y sahumerios prendidos. Colchonetas. Elementos de yoga. Piedras preciosas por todos lados. Un altar con budas. Una gran ventana que da a un parque gigante. No hay luces prendidas. Hay perros y gatos por todo el parque.

Ruidos de pajaritos. Una fuente a lo lejos.

Sofi, que decidió romper la armonía del campo visual con una calza animal print y un top negro, repasa con desprecio el ambiente. Regresa a Ángela como punto de partida para derivar la mirada hacia el otro lado del lugar. Inés eligió vestirse de negro y tiene la mirada pegada al piso. Ya está llorando. Una compañera le alcanza un pañuelito. Yo cierro los ojos y respiro profundo, me siento insegura. Nerviosa. Estoy dudando y no sé de qué. Probablemente de todo.

Empieza la sesión, no sé cómo llamarla. No hay introducción. Ángela no informa nada. Solo da indicaciones. Su modo de dirigirse es cálido. Su mirada, relajada. Pasea por dentro y fuera del círculo. Nos mira y espera que alguna levante la mano para pasar. De a poco y a su debido tiempo se van animando a dar un paso adelante. Se apropian tímidamente del espacio dispuestas a ingresar en su sistema familiar para trabajar aquel conflicto personal que las llevó a este místico lugar que a nadie se le ocurre cuestionar. Somos ovejas bien domesticadas de un desconocido rebaño. Observo las escenas de mis compañeras y me parecen extrañas. Las veo conectar con la propuesta de Ángela con una fe inquebrantable. Eso me da un poco de miedo. Estoy ansiosa. No quiero que me elijan y participar de la resolución de un drama que no conozco. Tengo terror de hacer las cosas mal y perjudicar al otro.

Inés y Sofi son dos veces elegidas. No comprendo qué es lo que hicieron para que las participantes puedan trabajar sus vínculos, y despertar sus emociones de esa manera. Algunas de ellas lloran en la escena. Otras gritan como animales. Dicen cosas terribles a sus madres. Se abrazan a sus muertos. Se reconcilian con su enfermedad y entienden sus enseñanzas. Agradecen abandonos. Perdonan a sus abusadores. Se arrepienten de sus actos. Dejan ir a un amor del pasado. Miran a los ojos al asesino de sus hijos y lo llaman *maestro*. Todas comprenden lo incomprensible.

Siento náuseas. Cada participante regresa a su lugar de origen sin respuestas, pero satisfechas. Sin mediar más nada que un

agradecimiento de Ángela por la entrega y el avance que han logrado. No entiendo nada. Mi compañera de al lado está tiritando. Escucho cómo se chocan sus dientes. Ángela le alcanza una manta y asiente con la cabeza como si eso a lo que sucumbe su cuerpo es testigo de que algo bueno, pero indecible, está sucediendo. Me consulta si quiero pasar. Le digo que sí porque me da vergüenza decirle que se vaya a la mierda. Me pregunta qué es lo que quiero constelar y le digo, sin haberlo pensado de antemano, *mi depresión. O la de Lola, la cual la supongo un mal heredado de mi parte, que en realidad se linkea con la genética de mi madre. ¿Se entiende?* Asiente con la cabeza y sonríe pacíficamente. Me dice que no podemos constelar a otro sin su permiso. Le pregunto si quiere que le mande un mensaje a Lola para que me dé su consentimiento. Ángela sonríe y me dice que yo voy a sanar a Lola, o, mejor dicho, *que Lola se va a sanar a través de mi propia sanación.* Siento estupor. Tengo un poder que mal usado puede hacer estragos en la vida de mi propia hija. Me pide que elija a cualquier miembro del grupo y que le otorgue el rol de madre, a otro, el de Lola, a otro, el de Nicolás y a otro mi propio lugar. Cumplo las indicaciones. Me dice que avance hacia mi madre y, antes que nada, la perdone.

—No importa qué cosa se represente en tu cabeza, tan solo miralos y dejá ir esos pensamientos. ¿Sí? Dejalos pasar sin juzgarlos. Acercate a tu madre. Lo primero que tenés que hacer para sanar, para liberar a Lola y liberar a todo tu linaje junto con los nuevos descendientes, es perdonar a tu madre. Agradecerle por la vida que te dio. Tenés una gran misión, Carola. Es el momento.

Todo el dolor de mi pueblo sanguíneo depende de mí en este momento. Según mi intervención tengo el dominio de salvar o de condenarlos al sufrimiento eterno. Me quedo quieta mirando a mi compañera de ronda que no sé quién es, pero mi madre seguro que no. No puedo ejecutar la orden *tan sencilla* que acabo de recibir porque me siento forzada, inducida, a considerar su discurso como una verdad que de ninguna manera puedo asumir como tal. Hago fuerza por sentir lo que debería sentir. Quiero llorar para justificar el costo del encuentro. Recurro a la memoria emotiva como me enseñaron hace años en las clases de teatro. Intento pensar en

cosas desagradables para ver si puedo movilizarme. Cambio el rumbo y busco recuerdos lindos para intentar por otro camino que, quizás, sea el adecuado. Pienso en Lola y en su destino. Lo intento, pero no puedo. No pasa nada. Me siento culpable. El tiempo corre y quiero que mis amigas aprovechen la experiencia que yo no estoy viviendo. No tengo cuentas pendientes con mi mamá, y si así fuera, le perdono todo porque así lo siento. Busco en mi cabeza el peor daño que me generó, pero se murió hace un mes. No estoy en ese punto del duelo todavía. Estoy frustrada porque no me movilizo como el resto. Apuro las cosas y me lanzo hacia mi compañera Corina y perdono a la fuerza a mi madre que no es mi madre de algo que en diez minutos no pude llegar a precisar de qué se trata. Agradezco la vida que me dio en voz alta mientras miro a mi compañera con la misma conmoción que un robot y me despego del lugar de manera inmediata. Ángela me felicita.

—Bien, muy bien, Carola. —Relee mi nombre escrito en una tarjeta que llevo de prendedor—. Ahora te pido que te enfrentes a Lola.

Miro a mi compañera y pienso que la señora Ester no es mi hija. Este es mi límite. Le agradezco la intención, pero le digo que no puedo. Le miento y le digo que estoy devastada por lo que acaba de pasar. Me dice que me comprende y me consuela al decirme que ya es muy grande el paso que acabo de dar.

—Seguramente la próxima vez te sientas lista.

Le pregunto a qué paso se refiere y qué implicancias tiene en mí o en mi enfermedad, y sobre todo en Lola. Me dice que deje que las cosas decanten por sí solas.

—Con el tiempo te vas a ir dando cuenta, dejá que fluya en el cuerpo. Ya moviste varias piezas que se van a ir asentando de manera perceptible. Confiá, Carola. De eso se trata.

Inés y Sofía levantan la mano de forma consecutiva para poder pasar. Cada una constela cosas diferentes. Las dos tuvieron hijos muertos que no llegaron a darse cuenta de que los perdieron, tal cual le pasó a Melisa Montero Blanco. Según entiendo, el principal problema de Inés es que su tatarabuela fue abandonada por sus

padres, quienes la dieron en adopción al mismo momento de su nacimiento. Eso explicaría la sensación permanente de desamparo que siente Inés cada vez que Facundo, su marido, se va de viaje. En cuanto a Sofía, la violación de su abuela paterna, a la cual ella tampoco conoció, explicaría el mal momento sexual por el que está pasando hace rato con Mariano, su pareja actual. Sofía siente rechazo por Mariano hace un año, aproximadamente. Algo sumamente extraño en alguien tan activa sexualmente como ella. Según su ginecóloga era momento de realizar estudios para ver su perfil hormonal y constatar que no estaba por ingresar a la menopausia, situación que preocupaba a Sofía. Pero, ahora, todo toma otro color al saber que la abuela había sido violada por el jardinero del vecino.

La voz de Ángela diciendo *Namasté* indica el sonido del timbrazo final de ese encuentro de almas en búsqueda de la felicidad. Salimos a la calle en silencio con tres valoraciones significativamente distintas.

Inés le pidió un cigarrillo a Sofía y nos avisó que quería quedarse un rato sola en la esquina. Seguía llorando. Le pregunté desde cuándo había vuelto a fumar y me contestó con enojo: *Desde ahora.*

Sofi se apoyó en el auto y me tomó del brazo. Se quedó mirando fijo hacia un árbol que estaba de costado y asintió con la cabeza ante un pensamiento que se olvidó de manifestar en voz alta.

—¿Qué? —le pregunté levantando la cabeza.

—Ah, no, no. Me quedé pensando en mi abuela. En la historia de la violación, en Mariano. No sé. Tengo un ruido en la cabeza… Estoy mareada. En un momento me dieron ganas de vomitar. Ahora, el tema del hijo que dice que perdí me resulta extraño. ¿Viste cómo soy yo con esas cosas? Nunca no me cuido. No sé de qué momento habla. ¿No es raro que todas tengamos pérdidas de hijos? Es fuerte. No sé lo que pasó en realidad. No sé qué fue lo que dije o hice para que Ángela llegara a esa conclusión. ¿Cuándo se supone que explica?

Respondí sin decir nada. Miré a Inés recayendo en una adicción mientras lloraba a una abuela que no conocía, pero que se acababa

de identificar con el sentimiento de abandono que, evidentemente y según la explicación de Ángela, padeció. Volví la mirada hacia Sofi y vi su estado de perplejidad, confusión e incluso de insatisfacción. Algunas chicas salieron relajadas. Otras, con la cara desfigurada.

—¿Qué pensás, Carol? ¿Qué onda lo de tu vieja y eso?

—Me quiero ir a tomar un capuchino. La voy a buscar a Inés… Es la última vez que me dejo tocar la cabeza. No podemos hacer más estas cosas. Sofi, mirá cómo está Inés. ¿Es justo? ¿Quién contiene semejante estado? ¿Dónde está Ángela? ¿Qué se supone que hace Inés de acá en adelante hasta volver a verla? ¿Y el resto de las pibas? No. —Repetí con enojo—. No me tocan más la cabeza. No quiero ir ni a un peluquero. No quiero remover heridas cada cinco minutos, tan íntimas, tan personales, tan mías, ante la dirección de alguien que no sé quién es, bajo la mirada de personas que no conozco. Me parece imprudente ser testigo de un dolor ajeno que, para colmo, necesita de mi presencia para resolverlo. Por favor, Sofi, ¿llamar maestro al asesino de tu hijo? ¿Perdonar a tu abusador? ¿No te parece aberrante? ¡Qué carajos! La culpa es mía. De nadie más. Debería haberme informado, preguntar, averiguar, cuestionar, y después decidir. ¿Pero mandarme así? ¿Quién mierda es Ángela? No fue una elección libre. No sabía a dónde venía. Y el único parámetro que tomé fue un teléfono descompuesto de la vida de Melisa. Es conmigo, te repito. Soy grande, boluda. Estoy formada. Tengo herramientas. No culpo a nadie. Pero me voy con más preguntas que respuestas, y hoy, intentando salir de un cuadro como el que tengo, no me sirve. Tengo un terapeuta increíble, empiezo la parte farmacológica con Bernasconi. Las tengo a ustedes. ¿Qué pienso? Que se terminó. No me dejo tocar más la cabeza.

—Ya te entendí, Carola. Calmate. Lo dijiste tres veces. Yo les avisé, pero no me dieron bola.

—Estoy calmada. Y no te lo estoy diciendo a vos. Me lo estoy diciendo a mí.

# 38

Pasaron varios días desde aquel mal momento. Más allá de todo, pude despegarme de manera inmediata gracias a que mi sentido común no dejó que me involucrara en esa locura. No tuve noticias de nadie del grupo. Bloqueé a Ángela de mi celular porque me llegaban notificaciones a cada rato de próximos *círculos de encuentros*, y de cursos de formación dictados por ella. No quiero enterarme ni convertirme en cómplice de sus actos.

Estoy mejorando todos los días un poco. Mis avances no son como los que quisiera, pero estoy aprendiendo a ser compasiva conmigo misma. La terapia semanal con Hernán, mis amigas presentes, la ternura con la que inevitablemente conecto al estar con mis hijos, el redescubrimiento de la naturaleza, el mensaje de Bruno, la compañía apacible de la música, la presencia de Gladys ayudando cuando mis fuerzas se interrumpen, la medicación que estructura, *mi plaza*, mi elección de abandonar al imbécil del psiquiatra, mi valentía al llamar a Bernasconi, mi buena alimentación, mis pequeñas caminatas, son pequeños pasos que decidí anotar en uno de mis cuadernos porque funcionan como manera de consolidar mi realidad. Como recuerdo. Como prueba empírica. Como ayudamemoria cada vez que la pérdida de esperanza vuelva a golpearme la puerta.

Todavía no regresé a la empresa. Me preocupa no poder volver a conquistar ese espacio. Mi rol como psicóloga me eleva. Hace vibrar mi autoestima. Mi vocación y mi trabajo coinciden absolutamente y siempre me supe dichosa de eso. Quiero volver a mi silla. Verles la cara a los empleados devenidos en mis pacientes. Tengo miedo de que algo malo les pase si yo no estoy ahí para cuidar de los abusos

que reciben sin saber con qué herramientas pueden defenderse. Extraño mi lugar. Tomar mates con mis compañeras. Mis amigas. Las que me sorprendieron gratamente apoyándome en mi oscuridad.

En mis anteriores depresiones, regresar era parte del proceso de reconstrucción personal. Pero ahora es diferente. Aún no resuelvo el detonante del principio de mi final, o del final de mi principio. Honestamente, no sé qué pasará conmigo cuando me vea obligada a compartir consultorio con alguien que tiene mala vibra. Que cumple órdenes de superiores olvidando que trabaja para el bienestar de los pacientes. Ella no los quiere. Los desprecia. Tengo miedo a mi reacción cuando me toque volver a mirarla a la cara. Esa cara inmunda. Con aires de superioridad. Es fea por donde se la mire. No la quiero. Es mala, oscura. He llegado a pensar que me hizo algún gualicho para dejarme paralizada, cosa que no me extrañaría en absoluto. La puedo visualizar sin ningún tipo de estupor cocinando sapos en alguna sucia cacerola de su asquerosa cocina. Hernán me escucha hablar así y si bien se ríe, no me contradice. Si fuera por él, preferiría que no vuelva nunca más. Asiente la gravedad de la situación, repele el hecho de que sucedan esas cosas en el marco de una profesión tan noble como la nuestra, en un escenario tan significativo como es el lugar de trabajo. Me muestra que estoy poniendo todos los huevos en una misma canasta, y que si bien la colega, claramente, no actúa con criterio ético, el resto de la empresa es quien la habilita.

*Ahí estás trabajando vos, Carola. No podés evadir que sos parte de ese sistema. Y si la manera de aceptarlo es meterte en una tarea titánica, sola y con un escarbadientes para cambiar la cultura de una empresa que funciona así hace casi cuarenta años, sabé el costo que estás pagando.*

Por supuesto que lo sé. No soy estúpida. Ella es un peón de los reyes del tablero. Por eso quiero ir. Quiero hablar, proponer otra modalidad laboral, quejarme, no lo sé. Hacer algo desde mi propia baldosa. Pero Hernán sostiene que es una batalla que no estoy en condiciones de pelear en este momento.

*Me gusta. Me gusta esto de hacer algo desde tu pequeño gran lugar. Te acompaño en esa idea, lo sabés mejor que nadie. Y vamos*

*por eso. ¡Qué linda se está poniendo esta baldosa! Ya vas a poder volver, Carola, estamos bien. Un poco más de tiempo te pido, ¿sí? Valoro mucho que quieras ayudar a tus queridos pacientes, pero necesitamos seguir fortaleciendo esos recursos. ¿Lo ves?*

Con la escritura las cosas resultan ser diferentes. Soy yo, mi computadora, mi mundo interno y la magia de hacer que suceda lo que quiero que suceda, simplemente porque lo escribo. Si quiero, puedo regresar a un muerto. Quién pudiera… No hay riesgos de confrontación. Mi lugar de trabajo es mi casa. Si hay una mosca que se interpone en el camino le tiro veneno y la mato. Eso vale oro, y lo sé. Pero le explico a Hernán que, en esta otra faceta de mi personalidad, los síntomas de la enfermedad tanto como los efectos secundarios de las medicaciones que tomo para adormecerla presentan otro tipo de problemas: el encierro acentúa mi tendencia al aislamiento, me cuesta concentrarme y fijar la atención. Pero, sobre todo, el cansancio y la fatiga son todas variables que termino resolviendo con siestas demasiado largas.

Frente al episodio de las pastillas, no tuve más remedio que contarles a mis editoras, Soledad y Laura, cuál era la realidad de mi situación y allí se dieron por aclaradas varias cosas: Mis demoras en las entregas. Mis ausencias repentinas. Mis apagones inesperados. Mis decisiones de mantenerme afuera de eventos que potenciarían mi popularidad. La cantidad de veces que dije no a propuestas inobjetablemente deseadas por colegas, incluso por mí.

Todo aquello y muchas cosas más que ya ni recuerdo haber confesado cobraron sentido en esa conversación.

La respuesta de mi equipo fue liberadora. Tal como me recuerda Hernán, algunos pensamientos hay que llevarlos a la práctica para corroborar que son equivocados. Solemos poner énfasis de manera desproporcionada en situaciones valoradas por nuestras propias creencias. Lo que, para uno, a veces, es un país, para el otro, ni siquiera llega a tener el peso de una cuadra. Este fue uno de esos casos. Tanto Laura como Soledad, al escucharme, me quitaron la presión de manera inmediata: *las fechas, los eventos, las entregas, todo puede esperar. Queremos que estés bien, porque te queremos,*

*Carola*. *No te preocupes, tenemos confianza, estamos para ayudarte…* Soledad me preguntó cómo pude lidiar con esto sin decir una sola palabra.

—Me parece una locura, Caro. ¿Por qué no nos contaste antes?

—La verdad es que me acostumbré a ocultarme cada vez que paso por estos momentos. Me avergüenzo, temo ser juzgada, frustrar las expectativas de los demás en cuanto a mi potencialidad en el trabajo… Podría enumerar mil cosas. Soy la primera en tomar baterías psicodiagnósticas en el trabajo para erradicar posibles faltadores… ¿Quién quiere a un depresivo en su equipo de trabajo?

—Carola, por favor, hace años que trabajás con nosotros. Tus obras son las más vendidas en la región. ¿Qué estás diciendo? Has entregado todo cada vez que se te pidió. Nunca faltaste a un contrato… Si supieras con la gente que tenemos que lidiar… Me extraña. A esta altura ya somos amigas. No te lo tengo que volver a repetir.

Laura me tomó de la mano y asintió con la cabeza las palabras de Soledad. Les agradecí la contemplación y el apoyo emocional. No dejo pasar una oportunidad para abrazar a la gente que me abre su corazón y así lo hice con ellas también. La tranquilidad, una vez más, reemplazó a la preocupación en esa charla**,** lo que resultó ser una nueva enseñanza para anotar en mi cuaderno: hablar de lo que me pasa, ampliar mi red de contención, rodearme de gente empática, dejar de suponer que somos tan importantes.

Durante las semanas siguientes, recibí mensajes de las dos. Querían saber cómo me había sentido después de la charla y volver a decirme que cualquier cosa que necesitara estaban a mi disposición. El amor finalmente siempre es el mejor acompañante. La mejor medicina. Recibieron con alegría cuando les dije que ya estaba retomando la escritura, no tanto como me gustaría, pero retomando al fin. Al tiempo, y a sabiendas de mi mejoría, me llamó Soledad para preguntarme si quería participar en la emblemática librería El Ateneo junto con otros dos colegas, ambos escritores y psicólogos. La temática del conversatorio tenía que ver con la salud mental en la actualidad. Le conté la vivencia que había tenido con

Ángela y hablar de "salud mental" me parecía contradictorio. Soledad, al contrario de mi percepción, me animó a hacerlo. O para ser más precisa, me empujó a dar el paso.

—Justamente, Caro, me parece que sos la persona indicada. Tu lucha fue siempre la misma. Tu palabra tiene un gran reconocimiento entre tu público y tus colegas. A esta altura, tu posicionamiento es bien conocido por todos ellos. Por otro lado, creo que te puede animar a dar un paso más en este espacio al que tenés ganas de regresar. No será todavía de la mano de una novela, pero sí de un buen ensayo. Pensalo y si estás de acuerdo, prepará el escrito, o un pequeño borrador, no importa. Lo vemos juntas después. No tenés más que media hora entre la exposición y algunas preguntas. Es cortito. Confiá en vos y tomalo como lo que siempre quisiste hacer: ayudar a los demás a que puedan abrir los ojos.

Soledad tenía razón. Corté el teléfono y me sentí motivada con la consigna. Incluso entendí que, teniendo el saber y la experiencia, si no me involucraba, sería cómplice por omisión de toda esta mierda a la que nos confrontamos hace años, los verdaderos protagonistas del cuento.

Abrí mi computadora y mis dedos empezaron a moverse solos.

---

Para: Soledad Desosié
Asunto: Acá va un intento

La salud mental: la industria del engaño.

El dolor nos vuelve peregrinos en búsqueda de una luz que lo calme.
En los últimos tiempos, el abanico de posibilidades que ofrece el mercado de la felicidad ha crecido a pasos agigantados. Sin embrago, nada logra cubrir el paradójico aumento de casos en los que los padecimientos psicológicos, psiquiátricos y físicos están a la orden del día. Los trastornos de ansiedad, en cualquiera de sus manifestaciones, el estrés, las depresiones, la caída del pelo, los trastornos del sueño, las patologías inflamatorias, las adicciones, los trastornos de la conducta alimentaria y demás se multiplican como ratas, a la

par que se fabrican nuevas promesas de sanación que, *esta vez sí*, puedan extirpar el mal alojado en nuestros cuerpos.
En una maratón que no tiene final, la ciencia progresa, pero el sufrimiento va ganando la carrera. En esta desesperación por rechazar la naturaleza ambivalente de la vida, por alcanzar metas impuestas por un sistema perverso que nos necesita consumidores y no contempladores de la realidad, aparecen métodos pseudoterapéuticos que ofrecen herramientas capaces de hacer milagros, en tiempo récord, en un pequeño porcentaje de los humanos y estragos, en el resto de los buscadores compulsivos. Mover las energías para destrabar los traumas inconscientes que propician la causa de nuestros males es la meta en común.
Los métodos para llegar a ese propósito son infinitos. Todos resultan ser válidos y altamente eficaces según la mirada de quienes los profesan. La arenga que subyace *es querer es poder*. La bandera que agitan es la de *no más excusas*. *La vida que uno desea tener está a la vuelta de la esquina y absolutamente en nuestras manos.* El mérito propio, escindido de las oportunidades, del factor suerte, del entorno, incluso de los genes, es el misil que nos lanza la sociedad cuando las cosas no suceden como convienen. Sucede que estar capacitado y no tener dónde desplegar las alas es un arma mortal. Dejar de victimizarse, tomar las riendas de la vida, ser el dueño y, por ende, el responsable de todo lo que nos pasa es el veneno que nos inocula la sociedad capitalista que se abre de piernas ante sus propias responsabilidades.
Las cuentas no dan nunca como nos prometen. Uno no llega a cumplir con ideales irreales. Tan irreales que para intentar alcanzarlos uno deja el cuerpo y el alma en el camino. No todos los sueños se nos cumplen. No todos podemos lograr lo que nos proponemos. Y está bien que así sea. La vida finalmente es como es y no como uno quisiera, por más alimentado que esté el deseo. ¡Qué tremendo es el ego de aquel que considera que todo es nuestra responsabilidad! Pues no. No lo es. Simplemente, porque no somos un accidente aislado de la naturaleza. Lejos de eso, somos seres sociales, que necesitamos de la interacción humana para poder subsistir. Y es, justamente, en esa intersección donde se alojan la mayoría de los futuros desenlaces personales. Los deseos de autorrealización necesitan asentarse en una panza que no tenga hambre, en un techo que nos repare del frío, en un sueldo que nos permita vestirnos a fin de mes, en una matriz que nos contenga y sostenga desde el día que nacemos. Es cierto que hay casos excepcionales, que escuchamos en las motivadoras charlas TED, que han sabido reponerse al abismo de la nada. Pero… ¿cuántos son? ¿1, 2, 3? ¿Conocemos el real detrás de escena de estos motivadores iluminados que, en su mayoría, afirman haber salido de un pozo ciego de la noche a la mañana?

La pregunta que me hago siempre, frente a estos discursos hostiles y

manipuladores, es quién se hace cargo de aquello que se moviliza y nos sumerge en una angustia más incomprensible que la que llevamos a consulta. Es la gran deuda. Una deuda abusiva. Una deuda que siempre termina pagando el cliente. El círculo nunca se acaba. Los intereses crecen por el cansancio, el agotamiento físico y mental, el gastadero económico fomentado como la mejor inversión, la esperanza perdida, la frustración por no haber llegado a la tierra prometida y la culpa por no haber podido, incluso habiéndolo deseado con todas sus fuerzas.

A pesar de los discursos que arrastran estas propuestas, en las cuales *te prometen* la mejoría como resultado inevitable, no hay garantías de nada porque nada es lo que se sabe en su totalidad. La evidencia científica fracasa porque los resultados son heterogéneos. El comercio del dolor tiene una cocina de la que no sabemos con qué platos está hecha. Somos prueba y error. Ratas de laboratorio participando de experimentos sin saber que los estamos haciendo. Nuestras cabezas son salidas laborales para quienes las intervienen. Las redes sociales, el medio de difusión; la cantidad de likes, la sumatoria de certeza que les da credibilidad a las nuevos emergentes de sanación. Nadie responde nuestra demanda frustrada con la misma herramienta que nos ofrecen. Cuando uno manifiesta que no sabe qué hacer con la información que acaba de recibir, lo más probable es que se le haga una derivación a otra disciplina distinta que logre apagar el incendio que acaban de despertar.
No veo nada de malo en transmitir un saber. Muy por el contrario. Lo que sí me parece inadmisible es vender una promesa de solución. Tampoco tengo objeción alguna frente a esa parte de la población que refiere de manera convincente haber sanado de manera absoluta, o haber cambiado su vida entera una vez que tuvo la suerte de haber sido hechizada por la varita mágica del nuevo gurú. No quiero faltar a la verdad, pero he llegado a escuchar en un reel de Instagram que el vinagre de manzana en ayunas le cambió la vida al médico que, luego de su descubrimiento, vende miles de cursos online para *ayudar a que otros* encuentren la misma fórmula de la felicidad. Se autoproclaman seres solidarios que, una vez que han encontrado la piedra filosofal, se adjudican la misión ineludible de compartir su saber a precios impensados. Parecería ser que, para completar la verdadera meta de la felicidad, el compartir se vuelve necesario. Es justo en ese punto donde el universo compensa a quien ejerce el rol de ayuda incondicional. A veces, me engañan a mí también, a pesar de estar con las antenas paradas; depende del grado de angustia que padezca y la visión oscura de futuro, la promesa se vuelve atractiva y, de repente, me encuentro comprando la pócima mágica. Otras, tan solo envidio la suerte que tienen de haber logrado un resultado diferente del mío. Y, otras, los incentivo a que nunca dejen de hacer aquello que les haga bien o al menos un poco mejor, aunque más no sea ir a tirarse

las cartas para que alguien les diga que ya están limpios del mal. ¿Quién no se ha tentado alguna vez? En mi caso, hace unos días fue la última, aunque prefiero dejar el tema para otra conversación. Mi pregunta va referida a qué hacemos con el noventa y ocho por ciento restante que ahora convive con un dolor que antes no sabía que tenía, o con una situación traumática irresuelta, que, para colmo de males, le acaban de notificar, hace cinco minutos, que es el causante del nombre de lo que padece.
No solo quiero poner en jaque a las pseudociencias. También me pregunto lo mismo acerca de mis colegas, con muy buena formación universitaria, de gran recorrido internacional y con años de experiencia. ¿Es que acaso se puede uno sentar en la televisión para hablar de todo, opinar de todo, dar respuestas a todo? ¿Puede un profesional tener conocimientos acerca de todas las patologías, de todas las edades evolutivas y de todos las teorías y tratamientos posibles? ¿Por qué queremos escuchar a alguien que sin ser especialista en nada se presenta como especialista en todo?
¿Cuántas veces he caído en la trampa? No me alcanzan los dedos de las manos para nombrarlas. ¿Y vos? ¿Y ustedes? ¿Cuántos atajos tomaron para esquivar el camino de la vida?

Carola Henner
Psicóloga-Escritora

---



Re: Informe
Asunto: IMPECABLE

¡Estás volviendo, nena! ¡Y cómo! Te agendo la fecha y te sumo a la charla. Te felicito, querida. Un beso grande.

Sole

Un poroto más para destacar en el cuaderno: escribir. Siempre escribir.

# 39

Martes, 12.20 del mediodía. Se abre la puerta del consultorio y lo veo parado con la misma expresión de entusiasmo con la que ingresaba al aula, allá, hace veinte años.

—¡Adelante, adelante! Bienvenida, Carola. —Estira su brazo y hace un ademán de reverencia.

Rubén me recibe con una extensa y luminosa sonrisa. Me abraza como si se hubiera reencontrado con un ser querido. Aprovecho, con apuro, la oportunidad de recibir ese afecto como quien recoge caramelos de una piñata que acaba de explotar y tiene miedo de que venga otro y se los quite de las manos. No presté atención al tiempo en el que me alojé allí, pero conozco la fórmula mágica y me encanta: cuando un abrazo dura más de veinte segundos se produce un efecto terapéutico sobre el cuerpo y la mente. La razón es que un abrazo sincero produce una hormona llamada oxitocina, también conocida como la hormona del amor. Con esta información, entiendo que eso fue lo primero que hizo Rubén para que me sintiera mejor antes de haber dicho una sola letra. Su voz tiene una potencia evidente que, al escucharla, uno se siente más animado. Se puede percibir la diversidad de notas musicales en su lenguaje. Rubén habla con una delicadeza que le confiere respeto a cada palabra que ubica en la oración con una sutileza poética. Recibo la armonía de sus palabras como un regalo inesperado. Su mirada sostenida brilla de un modo llamativo y logra dar abrigo y contención. Todo su cuerpo está hablando antes que su boca. Entre él y yo hay un escritorio. Cualquiera podría pensar que es lo que nos separa. Pero

yo siento que es aquello que nos une. Hablo y apoyo mis brazos sobre el vidrio. Suelo levantar el brazo derecho. El codo en la mesa me permite acostar los pensamientos que me pesan en la cabeza. Levanto el mentón y hablo de mis sombras como si lo hubiera visto ayer. No le miento. No tengo por qué. Rubén me escucha atento. Inclina su cuerpo sobre el respaldo de la silla y apoya sus dedos índice y mayor en su sien. La luz de la ventana ingresa en el centro de la sesión y el dolor deja de ser algo oscuro. Está interesado en lo que le cuento. No me interrumpe. No pregunta. Asiente con la cabeza y cada vez que pierdo la palabra justa, él me la alcanza con una precisión sorprendente. Yo busco con mi cabeza, él encuentra con la suya. Nombrar con exactitud la emoción a la cual me refiero hace magia dentro mío. Me calma. Le digo que a veces las situaciones me provocan una profunda incapacidad para tramitarlas, y él me pregunta si eso que siento podría llamarse ira, y si esa supuesta incapacidad que percibo podría deberse a que no me permito vivenciarla.

Lo hace como si acabara de lanzar tan solo una hipótesis. Le digo que sí con asombro, como si acabara de adivinar la carta que tengo escondida. Jugamos a este juego involuntario durante toda la sesión. Él describe y yo comprendo. De vez en cuando abre los ojos sin ningún tipo de prurito como si estuviera escuchando algo tremendo. Le pregunto qué pasa. Y me confirma lo que supongo.

—¿Cómo qué me pasa, Carola? Me pasa que es tremendo lo que me estás contando.

En el mismo momento que me confirma que mis emociones son lógicas y esperables, me está validando.

—Qué pocos momentos de respiro has tenido, Caro.

Pero me recuerda, en ese mismo instante, que tengo el mismo potencial que siempre vio en mis ojos. Me dice que soy una sobreviviente de mi propia historia y que eso habla de los recursos que tengo.

—Te la pasaste gambeteando, Carol, ¿cómo no vas a estar agotada?

Caigo en la trampa y le digo que cómo puede ser que, con todas las cosas buenas que tengo para disfrutar, me sienta así de

desdichada y me recuerda mi propio pensamiento.

—¿Qué tiene que ver lo que tenés con lo que sentís? ¿Qué tienen que ver los logros obtenidos cuando no podés relajarte un solo segundo? ¿Qué tiene que ver el futuro que te espera cuando tu presente te asfixia?

Le cuento que el psiquiatra anterior me cambió de diagnóstico en cinco minutos y que ahora soy bipolar 1, y que eso me confunde. No gesticula un solo músculo de la cara. La mirada no cambió de formato. No pestañea. Hace de cuenta que no escuchó lo que escuchó y en esa sutil perspicacia comprendo que desecha esa información. Sigo con mi relato hasta que me canso y se lo digo.

—A veces me canso de hablar, Rubén. Es como si el hecho de hilvanar palabras de manera adecuada para que tengan un sentido me quitara energías. ¿Es normal agotarse de hablar? A veces la respiración me delata, ¿te diste cuenta? La sensación es que subí mil pisos en una escalera y que tengo que frenar sí o sí porque me va a explotar el corazón.

Me dice que no se dio cuenta de nada. Que hablo perfecto y que se debe tratar de una percepción interna —*no por eso falsa,* acota—. Suspira y me dice que me quede tranquila, que tenemos casi toda una vida por delante para seguir conversando. Se ríe. Me dice que siga tomando lo que estaba tomando hasta que él pueda ir evaluando a través de las sesiones cómo vengo. Me pide que abrace mi ser en su totalidad. Que mi diagnóstico no me define ni me determina. Que saberlo, por supuesto, me va a permitir saber dónde estoy parada, cómo cuidarme, de qué cuidarme, *¡de quién cuidarte!* y sobre qué aspectos de mi vida poner mayor énfasis.

—No todo está en el mismo nivel de valoración, Carola. Vamos a tener que ordenar las cosas, y en ese orden, tiraremos bolsas llenas de basura. Hay que limpiar el placar, pero cuando digo limpiar, me refiero a una buena limpieza. Cajón por cajón.

Me dice que soy más que mi *tono anímico.* Cuando dice esas dos palabras juntas me hace olvidar de la precariedad de mi autoestima al referirme a mí misma como una enferma mental. La palabra *tono* me gusta. Siento que soy una paleta de colores. Que ciertamente el gris y el negro aparecen más de lo que quisiera, pero de repente

visualizo la cantidad de matices que me quedan por vivenciar.

—Aceptarte es saber que tus acciones y reacciones emocionales van a ser consecuencias de tu modo de vivenciar la realidad. La realidad, a veces, es inmodificable. No solo la externa, Carola. Saber que estamos determinados por el medio ambiente, por nuestro inconsciente, por nuestros traumas, por nuestros genes, es tan fundamental como saber que también tenemos libertades para conquistar nuestros anhelos más profundos. Por ejemplo, todo aquello que estás logrando a fuerza de esfuerzo y de pasión.

Escucho en silencio y trato de tatuarme todo lo que me dice en el cerebro. Quiero aprovechar cada segundo de lo que sale de su boca. Cambio de tema y le digo que hay algo que se está llevando la depresión contra lo cual no puedo.

—Esto que te voy a decir me preocupa, me da miedo y, lógicamente, es un punto más para mi angustia.

—Entonces, decilo. Compartido parece que afloja. Venga esa información.

—Me estoy apagando. Cada vez que se va la depresión, me quita un latido. No solo me refiero al tiempo que gasto tirada en una cama. Me refiero a que voy perdiendo energía vital y voy ganando heridas. Nunca salgo como entré. Supongo que esta última vez fue peor. Siento que algo de mí se destruye en cada suceso. No sé bien cómo explicarlo. Cada vez me siento más endeble, más debilitada. Con menos fuerzas para luchar. No puedo hacer latir la vida adentro de mí. Ya casi no quedan rastros de emoción. De esa que te moviliza. No sé si la falta de serotonina provoca la melancolización con el pasado. O quizá con eso que se alojaba allá atrás… Me refiero a "lo posible". El lienzo en blanco… Ahora ya es tarde, Rubén. No sé cuánto de mí, de aquella Carola, quedará al final del cuento.

—La evidencia indica que nunca volverás a ser más joven que hoy, lamento decirte que la línea de tu pensamiento es correcta. Y no creo que los niveles de serotonina en sangre sean los malos de la película que te arrastran hacia tu juventud. —Sonríe—. No podés competir con tu yo del pasado, Carola. Te ha pasado una vida por adentro. Pero eso tiene algo de bueno, y es que te localiza de

manera inevitable en lo que vendrá. Esto mismo que sentís habla de tu pronóstico, ni más ni menos, Caro. Es la vida atravesando un cuerpo que quiere vivir intensamente. Es la lucidez de intentar ser felices en los atajos. Es la sabiduría que vas ganando en cada paso, al elegir qué batallas estás dispuesta a pelear y cuáles abandonás por tu salud mental. Es la madurez de comprender que no se trata de luchar, sino de dejar de hacerlo y no por resignación, sino por el modo en el que te querés parar en esta existencia. Estoy de acuerdo con que estás cambiada, confío en tu criterio y, sobre todo, en la teoría de la evolución. —Sonríe otra vez—. Pero me preocuparía saberte igual que hace veinte años. ¿Para qué volvés? ¿Para recordar o para torturarte? Estás más Carola que nunca, y no por la depresión. Es que sos Carola a raíz de toda la vida trascurrida en tu interior. Y no, no me refiero al dolor. No quiero que cometas el error de sesgar tu mirada de acuerdo a los buenos o malos momentos. Sos Carola por todo eso y por todo lo otro también. Si hoy no podés verlo o traerlo a sesión, ya vamos a llegar a esos lugares asombrosos que tiene mi alumna, convertida en una gran profesional de la palabra. Tenés con qué. Creétela. Tenés con qué.

Se levanta de su silla, da la vuelta al escritorio y abre sus brazos. Lo miro y veo un nido. Una cueva protegida. Un espacio de intimidad donde puedo descansar a salvo por un rato. Me acovacho como si fuera un pájaro herido y me dejo llorar. Siento un calor hermoso. Me quedaría a vivir acá. Balbuceando, le digo que le estoy manchando la camisa con el brillo de labios. Siento cómo le está temblando el pecho. Sé que se está riendo. Nos separamos y lo confirmo. Me rio con él y nos quedamos mirando a los ojos. Coloca sus dos manos en mis brazos.

—Cuidate, Caro. Es un honor trabajar con vos. La vida es cíclica. No te aferres a un diagnóstico. Eso, aunque no lo creas, te sumerge en una falsa seguridad. En una etiqueta que te contiene. Y no de la mejor manera. Vamos despacio, a tu ritmo. Pero ese pichón que acabo de sostener tiene que saber que adentro tiene una enorme gaviota esperando salir de una vez. A mí no me mentís. Te vi desde tus inicios. Tendrás las alas un poco caídas, es cierto. Pero que las

tenés, las tenés. Preparemos ese vuelo.

Le agradezco. Le digo que lo quiero porque así lo siento. Desconozco si estoy incumpliendo normas terapéuticas, y si es así, no me interesa. A decir verdad, de todos los vínculos terapéuticos donde me tratan como un poste de luz, huyo. Estoy cansada de peregrinar. Pero de acá no quiero irme. Me confirma que no estoy errada cuando me contesta que él también me quiere. ¿Quién puede atender a un paciente lastimado sin sentir afecto? ¿Quién puede dejar su salud mental en las manos de alguien que lo trata como un poste de luz?

Antes de irme le digo que no tengo demasiadas expectativas. Le aclaro que me refiero a que no tengo excesivos delirios en mis metas. Le cuento muy al pasar del sueño en el cual suelo refugiarme para poder vivir cuando afuera no se puede.

—Solo quiero estar tranquila, Rubén… Poder disfrutar y permitirme volar. Pero volar por volar. ¿Se entiende? Abrir las alas y volar.

—Me haces reír, Caro. Claro que se entiende. ¡Querés lo más complicado del mundo! Y me encanta que apuntes tan arriba. Tu altura no se trata de más alto, sino de ser distinta. No querés mucho. Tu *más* hace referencia a distinto. ¿No? Qué te impide hacerlo es la gran pregunta que nos queda para ir trabajando en casa. Qué dicen esas voces internas que no te dejan avanzar hacia ese lado. Pero fijate cómo lo estás diciendo vos, escuchate: el deseo de volar, el deseo de migrar hacia algún lugar, el deseo de seguir. ¡El deseo de tu casita en el campo! Esa es la vida latiendo en tu interior. Ni la depresión pudo con vos, Carola. ¡Sos dura como una roca! ¿Te falta fuerza? ¿Tu cuerpo necesita de un tiempo interno diferente al del resto para reparar? Quizás seas como un enorme oso polar que por puro instinto natural se vea exigido a hibernar.

Lo miro. Sonrío, levanto los dos pulgares y le digo que este oso se retira.

—Sos un ser de luz —le digo mientras le guiño un ojo.

—Y vos sos una reina. *La gran reina polar*.

Reímos a carcajadas.

Me voy mejor de lo que entré y aún no dimos un solo paso. O

quizás di mucho más de lo que pienso y solo estoy siendo mala conmigo una vez más. Me convenzo de que hay encuentros que sanan mucho más que cualquier pastilla. Y esa idea resuena con mis pensamientos de antaño. En algún lugar debo estar intacta… Tiene razón. En definitiva, la esencia es inviolable. Habrá que encontrar el espacio para que pueda manifestarse.

Ahora sí. Estoy segura. Tengo mi red de contención armada.

# 40

*Hola, Bruno. ¿Cómo estás? Antes que nada, disculpame la demora en contestar. Lo leí muy tarde y en ese momento estaba con amigas, después se fueron pasando los días. Gracias por tu mensaje, espero que el sueño no haya sido una pesadilla (risas tímidas)**.** Disculpame el año pasado cuando te bloqueé. Pero, bueno, sabés que después de aquella vez quedé con un poco de miedo… Estuve pensando y me parece que después de todo lo que pasó nos merecemos tener una conversación. Me refiero cara a cara. ¿Te parece que nos juntemos a tomar un café?*

*Hola, Carola. No pasa nada. Sé que me mandé una cagada, ya lo sé. Y lo de tu cumple… me imaginé que estabas ocupada, pero no quería dejar de escribirte ese día. No, no fue una pesadilla, por eso me desperté con ganas de abrazarte. En realidad, nunca se me fueron esas ganas… En cuanto a vernos… eh, mmm… dejame ver, sí, sí, claro. De una, de una. Estoy medio complicado, la verdad. Hace una semana conseguí trabajo. La pasé remal este tiempo. Pero bueno, ahora arranqué con este, es una cagada, la verdad. Pero por lo menos tengo laburo. Estoy a prueba. Los días y los horarios van variando. Por suerte cada tanto doy alguna que otra clase de guitarra y con eso vivo… Mi vieja se enfermó, también es un tema… pero, eh… mmm. Ay, boluda, disculpame, estoy renervioso. Te estoy mezclando todo. Pero no sé, de una, de una, nos vemos. ¿Mañana podrás? Decime qué horario te queda bien y después cotejamos con el mío.*

*Tranqui, Bruno, no pasa nada. No te preocupes. En realidad, estaba pensando en el fin de semana que, si bien estoy con los chicos, es más sencillo de organizarme cuando no tienen actividades. ¿Te queda bien el domingo en el horario de la merienda o es muy de viejos mi propuesta? ¿Todavía seguís siendo un niño?*

*Sí, sí. Claro, vos tenés a los nenes. Ya deben estar enormes, me imagino. Y yo… supongo que crecí un poco más. Veo que seguís teniendo esos problemas con la edad. Nunca supe si son mis años los que no me perdonás o la cagada que me mandé por haber tenido esos años… Me queda bien cuando vos puedas. Decime dónde te gusta y yo voy. Ando en bici. Si no me tomo un micro, da igual. Tengo ganas de comer algo rico. Mmm, dejame pensar… algo de pastelería. Una buena torta, un rico café, ¿te parece?*

*Me parece. Te veo a las cinco en el café del hotel de City Bell. Es hermoso el lugar. Cálido. No es tu onda, a decir verdad, es medio cheto y poco jovial, pero la próxima vez elegís vos.*

*De una, Carola. No importa dónde, nunca entré, te soy honesto. Pero estoy a un par de cuadras, voy caminando… qué flash verte después de tanto tiempo. Si hay algo que no me interesa en absoluto es el lugar, lo sabés. El domingo a las cinco estoy ahí. Un beso grande.*

No sé quién es Bruno realmente. Después de lo que pasó no hablamos más y eso fue, si mal no recuerdo, hace diez años. Todos sus intentos por retomar el incipiente vinculo que habíamos formado caían por la borda a los cinco minutos de pronunciarse por teléfono. No quería verlo. No tenía interés en él. Estaba enojada, desilusionada. No me pareció adecuado el modo en el que se manejó. Sé que no fue con malas intenciones, comprendo que estaba afectado por lo que estaba sintiendo, pero contarle su dolor a gente en común que compartían con Nicolás me metió en problemas en un momento poco feliz para mí. Los nenes chiquitos. Mi matrimonio, como siempre, en terapia intensiva. Lidiar con la mirada ajena que juzga sin saber lo que realmente pasó, fueron demasiadas cosas para mí. Pero, más allá de eso, y para ser honesta con los dos, lo que yo tenía para darle no estaba a la altura de sus circunstancias. Su amor por mí no era correspondido de la misma manera. Es cierto que me gustaba. Algo hermoso pasaba entre nosotros. Algo del orden de la ternura, de la sexualidad amorosa, y no por eso menos caliente, ligado a un par de encuentros sanos y

divertidos, donde ciertamente yo me volvía una adolescente relajada, emocional y, así, podía descansar de mi vida real por un rato: era el marco teórico en el cual sucedían nuestros encuentros. En esquinas. En el auto. En el altillo donde se alojaba su dormitorio. En plazas. En falsos cumpleaños. En salidas. Pero hasta ahí llegaba yo en ese momento. Ciertamente, sentía más que una atracción inexplicable, estimulante, como todas las atracciones, pero que no alcanzaban para devolverle lo que él sentía por mí y mucho menos para tomar algún tipo de decisión a futuro acerca de nosotros.

Mi estado civil, la diferencia significativa de edad, y otras variables que no vienen al caso, fueron sumándose para dar de manera inmediata una cuenta con resultado negativo. Siempre fui honesta con él. Siempre le dije la verdad. Y él, que nunca pidió nada a cambio de su amor, aceptó con un dolor resignado mi elección.

Vivíamos más o menos cerca el uno del otro. Cada tanto me lo cruzaba en algún comercio de la zona y mientras en mí reinaba una pequeña incomodidad que no me inhabilitaba a saludarlo, Bruno bajaba la mirada y quedaba tildado por un largo rato. En este contexto, era yo la que solía acercarme, me quedaba parada frente a él, quien después de unos segundos levantaba la cabeza y me respondía el saludo con cara de asustado, como si volviera a verle la cara al trauma. Antes de irme, Bruno, con los ojos llenos de lágrimas, me retenía del brazo con respeto y formulaba siempre la misma pregunta. Aquella misma pregunta que me hizo la primera vez que nos conocimos, en ese bar, después de hablar sin dejar de mirarnos a los ojos un solo segundo, como si nada ni nadie estuviera presente: incluso creo que ese fue el hechizo, como si yo misma no existiera.

—¿Te puedo abrazar? Solo eso, Caro. ¿Te puedo abrazar?

Escucharlo, esta vez, me genera algo diferente: me recuerda a la Carola que lograba ser y disfrutar con una comodidad inexplicable esos pocos momentos en los que estaba a su lado.

Su modo de hablar, la espontaneidad de sus palabras, su falta de especulación en lo que dice y en cómo lo dice, su ligereza para

hacerse cargo de lo que está sintiendo, me coloca en el mismo lugar de admiración que antes: *Quiero eso para mí.* No sé cómo se anima. Cómo lo hace. Cómo no le tiene miedo al no. Cómo no se resiste a lo que no es. Cómo me deja ir con evidentes ganas de que me quede. Cómo no me guarda rencor. Cómo acepta. Cómo lo hace.

Bruno era un pibe de barrio. Lo sigue siendo. Creció y, doy fe, no se le torcieron las raíces. Su voz, su lenguaje, su manera de relacionarse, me lo recuerda en cinco minutos. Sabe quién soy. Lo que tengo. A qué me dedico. Pero no le importa. Nunca se detuvo en esa zona. No le interesa hablar de esas banalidades. Nunca le importaron los títulos. El dinero. Ni las cosas superficiales. Su don es el afecto. El que puede dar y el que le falta. La ternura. La mirada profunda, llena de historias no contadas, que no logra silenciar. El llanto que no puede evitar cada vez que le dolí por imposible. Su impotencia frente a las injusticias. Su debilidad que no pudo resolver de otra manera que con su propio diagnóstico. Su fortaleza para rehabilitarse. Sus ganas de salir adelante. El peso puesto en las cosas del alma. Su ambición en superarse como persona. El amor por la música. Por los animales. Por los viejos. Por los amigos. Por los *guachines* que viven en la calle.

Su mundo está muy lejos del mío, en el plano de lo real. Pero es lo más cerca que tuve al que deseo. Al verdadero, al que vive en mi cabeza. Yo quería tener esa libertad. Ese despojo de lo material. Esa hondura en la mirada sin miedo a sostenerla ante quien sea.

Bruno todavía no fue domesticado como yo. No se sometió a la disciplina del sistema. Sé que lo puedo cruzar tomando una cerveza en la vereda de su casa sin pensar en un mañana. Bruno viaja en tren, en bici, caminando, con la cara buscando el sol, los brazos metidos en el cangurito que lleva puesto, sin joder a nadie. Conoce muy bien la calle, por eso, la camina con un movimiento descontracturado. Seguro. Silencioso. Herido. Por supuesto que sé que la diferencia de edad es un factor determinante en su accionar. Diez años es una vida. Pero a mí qué me importa que será de Bruno cuando crezca tanto como yo. Yo quiero ver al Bruno de hoy. Al que me recuerda a mí cuando creía que todavía todo era posible sin saber que lo era. Recién hoy estoy en condiciones de dejarme vivir

con la libertad con la que lo hace él. O quizá sea así en mi imaginario y, probablemente, lo esté idealizando. Pero hoy es un atajo. Un regalo que no quiero devolver sin abrir. Una posibilidad para vivir lo que estoy necesitando. ¿Por qué esta vez sí y aquella vez no? Porque hoy mi alma necesita de ese alimento. Yo quiero alguien que me abrace como lo sabe hacer él. Alguien que me mire como él. Alguien que me quiera como él. Alguien que me tome de la mano y me guíe hacia el camino que no me animé a transitar. Alguien que me contemple con devoción como si estuviese mirando un paisaje hermoso. Que me acepte. Que me comprenda. Que conozca mis heridas y las bese. Sin esperar. Sin pedir. Sin reprochar. Sin retener. Sin manipular. Sin dañar. Alguien como siempre lo hizo Bruno, mientras voy intentando aprender a hacerlo por mis propios medios.

No sé quién es Bruno realmente, solo conozco lo que me hacía sentir. Quiero repetir. Quiero volver a vivir eso que vivimos. Quiero recuperarme en él, a través de él, al menos por pequeños ratos. O quizá solo una vez más. O probablemente ahora yo pueda adaptarme a las diferencias y hacerlo para toda la vida. Y entonces Bruno me salve. Su amor me repare. Me contenga. Me dé una esperanza. Quizá él quiera venir conmigo al campo. A vivir tranquilo, lejos del mundo que nos acecha, solo conmigo.

Seguramente no esté en mi mejor momento. No van ni cuatro meses desde mi suicidio. Pero, quizás, sea al revés, tal como dice Sofía, y sea el mejor para intentar vivir cosas agradables. Es por eso que quiero darme una oportunidad con Bruno.

# 41

Llegué media hora tarde porque me perdí en el camino. No nací con el sentido de la ubicación desarrollado y, por algún motivo que nunca supe, abandoné la batalla del posible aprendizaje antes de pelearla. Siempre fue Julia, del otro lado del teléfono, quien ejercía la función de ser mi guía turística. Me gustaba convocarla. Que sea parte de mi viaje. De mi vida. Contarle a dónde iba. Por qué iba. Que supiera mis horarios. Darle un lugar de importancia. Pedirle de manera indirecta que me cuidara hasta que llegue a destino. Y si bien ella bufaba como una foca del otro lado del teléfono —*Dame un minuto que le digo a mi compañera que me cubra. ¿Llegaste? ¿Tocaste la campana? ¿Puedo volver a trabajar?*— y me decía que no podía creer que fuera tan estúpida como para perderme en la ciudad que me vio nacer, cumplía con ese rol a la perfección. Yo sé que lo disfrutaba, de hecho, dejaba todo lo que estaba haciendo para estar a mi lado y era incapaz de soltarme la mano hasta no confirmar que ya había llegado a destino sana y salva.

Aprovechábamos ese ratito, en el cual me iba guiando cuadra por cuadra para ponernos al día, reírnos de barbaridades que en su boca se volvían graciosas, y hablar mal de mamá. El humor de Julia es único, indescriptible. Nunca nadie logró hacerme reír como ella, la verdad. Cómo extraño eso. Cómo te extraño, Julia. Cuando alguien me dice que soy graciosa, siempre contesto que eso es porque no la conocen a mi hermana. *Ella es graciosa a otro nivel.* Toda la vida con ella resultaba ser más fácil de transitarla. Y no lo digo solo por mí, lo digo también por las cosas que le tocaron padecer a ella.

Julia sufría la hostilidad que reinaba en la mesa de las fiestas navideñas o de fin de año, esas que, por alguna razón, pasaban desapercibas para mí. La cara de culo de mamá en la cabecera, obligándonos a quedarnos con ella porque si no se quedaba sola, era una de las cosas que Julia no podía transitar sin sentir resentimiento. *Es injusto, Carola. Yo quiero estar con papá, con mis amigas, con el vecino, no nos merecemos esto. Es su elección vivir una fiesta como un velorio, pero obligarnos a estar… hay que ser hija de puta. Si algún día tengo una familia, quiero que mis hijos sepan lo que es disfrutar. Quiero que amen las fiestas. En cuanto a nosotras, te pido algo, Carol. Pase lo que pase, nunca nos separemos nosotras. Las fiestas siempre tenemos que estar en la misma mesa, ¿escuchaste? Esta mina es capaz de cualquier cosa, pero a nosotras no nos va a separar.*

Julia pudo cumplir el deseo con su propia familia. Sus hijos son chicos felices, alegres, apasionados. Todos ellos aman festejar cualquier tipo de evento. Sin embargo, no pudimos cumplir con el pacto entre nosotras dos. Hace años no paso una fiesta junto con ella. La constante manera que aprendió mamá de generar conflictos entre nosotras más de una vez logró confundirnos y eso nos empujó a dos lugares distintos. Julia tenía razón con su presagio y mamá logró su cometido. Reinó los últimos años de su vida solo porque nos mantuvo divididas.

Entiendo que no puedo reclamarle nada. Sé lo que sufrió mientras se dedicaba a hacerme reír porque yo estaba ahí. Conozco las veces que fingía volverse sorda y la dejaba hablando sola a mamá, cada vez que ella pretendía hablarle mierda de mí. Y, sin embargo, yo no pude hacer lo mismo. Yo sí caía en su trampa y en ese mismo acto, traicionaba de manera inevitable a Julia. Ella tiene razón. ¿Pero cómo le explico que yo no soy mamá a pesar de quererla y perdonarle el daño que nos causó? ¿Cómo me excuso de haberla abandonado cuando no pude crear una alianza entre nosotras y dejar a mamá afuera? ¿Cómo le hago entender que no podía elegir entre una u otra porque las necesitaba a las dos? ¿Es consuelo decirle que el hecho de saber que mamá se iba a morir antes que ella me obligó a ponerme de su lado más de diez veces por

compasión? ¿Dónde puse mi compasión por ella? *Disculpame, Julia, no te quise lastimar. No te das una idea lo que te extraño. Sabíamos todo la una de la otra y ahora nos desconocemos por completo hace años. Me duele tu ausencia. Me duele haberte traicionado. Me duele tu dolor.*

Pero ahora ya está. La distancia que tatuó Julia en el mapa de nuestra relación es imposible de deshacer. Nos parte un océano de manera muy nítida. Cualquiera que nos conoció en aquella época y nos ve ahora es capaz de tocar en el aire la enorme cicatriz de nuestra ruptura. La gente adoraba nuestra relación. Venir a casa a dormir era todo un plan. Tenían dos amigas juntas en la misma habitación y no había una madre que interrumpiera. Jugábamos, nos reíamos, nos confesábamos, nos aconsejábamos, nos defendíamos, nos peleábamos y nos amigábamos en el mismo instante. Las dos juntas éramos dignas de ser envidiadas. ¿Cuántas personas tienen la suerte de tener en su propio dormitorio a una hermana, mujer, casi de la misma edad, cada vez que necesitaba hablar y hacer lo que se nos ocurriera como nos pasaba a nosotras dos? Pocos. Muy pocos. Por eso, nuestras amigas de antes son las mismas que ahora se sorprenden al vernos tan distantes y no dejan de decir *es una lástima verlas así, con todo lo que se querían.*

Desde que Julia dejó de ser Julia, me vi obligada a confiar en la señora que está detrás del gps hablando en castizo y cuando la pongo en duda, bajo la ventanilla y pregunto a toda persona con la que me cruzo en el camino en dónde estoy y dónde tengo que ir para llegar a donde quiero llegar. Pierdo un tiempo que con Julia no perdía. Ella siempre supo ubicarse en cualquier lado del mundo. La he llamado desde otras localidades y ha respondido sin titubear. Siempre creí que era su superpoder, digno de mi admiración, como toda Julia. Ella solo necesitaba saber en dónde estaba y la dirección hacia donde me dirigía para darme detalles precisos del recorrido, como si estuviera adentro del mismo paisaje que yo.

—Hay un árbol enorme partido al medio. Lo estoy viendo desde

acá, Carola, ese, sí. Doblá ahí… justo ahí, en la esquina, sí, … ¿cómo contramano? Imposible. ¿Miraste bien? ¿Doblaste? ¿Doblaste, boluda? Contestame porque no sé si te perdiste o si te lo chocaste.

—Síií, doblé, doblé, perdón. Estaba maniobrando. Pero no me cortes, no me dejes, por favor, que me pierdo. Me falta un poco más.

Pero Julia en ese momento no me dejaba. Nunca me hubiera dejado y mucho menos si sabía que perderme era una posibilidad. Me pregunto si al menos extraña que la llame en estas ocasiones o si sentirá que también se quitó un peso de encima cuando no tuve más remedio que dejar de hacerlo.

Una vez que di con la dirección indicada, tiré el auto en el primer espacio que vi disponible y bajé corriendo y deseando que Bruno no se hubiera ido. No lo había hecho. Estaba esperando en la puerta del hotel-bar mirando sin disimulo cómo me acercaba hacia él. Tenía los anteojos de sol puestos, un buzo cangurito color blanco, un jean gastado, con algunas roturas intencionales y un par de zapatillas Converse color azul marino. Tenía los brazos cruzados y el peso de su cuerpo se recostaba sobre una columna. Nada cambió en su postura mientras me veía acercarme, hasta que llegué y me paré frente a él. Se enderezó despacio, se sacó los lentes, y me observó con nostalgia. Le pedí perdón por la demora, pero no contestó. Todo lo que hizo fue mirarme fijamente a los ojos. Serio. Concentrado. Con un dejo de tristeza. La misma que siempre dejaba entrever cada vez que lo cruzaba por ahí alguna que otra vez. Le di un beso en la mejilla intentando romper el hielo y sonreí tímidamente.

—Bruno… Hola, ¿estás bien? Estás enojado… perdón. Te llamé por teléfono para avisarte que estaba demorada, pero…

—No pasa nada, Caro. Está todo bien. No estoy enojado, estoy nervioso. Quizá sea eso.

—No se te nota muy nervioso, al contrario. —Le aflojé el hombro con mi mano mientras le sonreí con evidente cariño.

Me mostró las palmas de las manos. Tomó las mías y las presionó. Estaban húmedas. Recordé en ese instante que Bruno solía hacer la

misma demostración cada vez que nos veíamos. Primero la mirada, después la humedad de sus manos como evidencia de su afecto, un beso interminable y el abrazo como descanso final.

—¿Ahora se nota?

—Estás hecho todo un hombre, Bruno… Estás muy lindo, me refiero a que estás, eso, diferente, te cambió hasta el timbre de la voz.

—En cambio vos siempre estás igual. Siempre estás igual, Caro…

—¿Entramos?

Pedimos un café y compartimos una enorme porción de pastel de peras. Si bien estaba contenta y, por fin, sentía una sensación de alegría en todo el cuerpo, también estaba nerviosa, la diferencia con él era que lejos de demostrárselo intentaba reprimir la evidencia. Sonreía de más, mostraba una seguridad corporal que no tenía, asentía con compromiso afectivo la mayoría de las cosas que Bruno me fue contando, en un intento de demostrar empatía a todas las partes de su relato. Repasó, a modo de resumen, cada una de las áreas de su vida mientras yo lo miraba y pensaba en él. Algo extraño, lo sé, pero la realidad es que mientras él podía meterse en lo cotidiano, mi cabeza me llevaba de forma paralela por otros rincones más profundos. ¿Por qué no tuve este encuentro antes? ¿Por qué desestimé la posibilidad de darle una oportunidad a esta historia? ¿Tanto daño me había hecho? ¿O el simple factor de que fuera menor que yo hizo que subestimara su sentir y no le creyera la intensidad de lo que sentía hacia mí solo por esa diferencia? Y ahora, que él creció, pero yo también, ¿será él quien sienta esa diferencia como una frontera inamovible? ¿Se estará dando cuenta del avance de la vejez en las arrugas de mi cara mientras me habla? ¿Le estará dando rechazo esta versión de mí? ¿Por qué de repente siento algo por Bruno que me está haciendo disfrutar de mi vida como pocas veces logré hacerlo? ¿Por qué ahora sí y antes no?

—Y en cuanto a vos, Carola, qué te voy a decir, la verdad es que la pasé remal. Me enamoré ridículamente, como se enamora alguien de verdad, no quiero que jamás dudes de eso. Me doliste un montón.

Te extrañé todos los días desde aquella tarde en la que me dejaste, como se deja a un perro en la calle sin ningún tipo de compasión. Dejaste la vara tan alta de lo que se puede llegar a sentir que nunca más pude enamorarme de esa manera. Nunca soñé tantas veces en mi vida con alguien como con vos. No te podía sacar de mi cabeza. Así, como te lo digo. Tuve relaciones, más vale. Hace poco terminé de salir con una piba, que honestamente la pasé mal. Todo tóxico. Yo le mentía, ella me volvía loco, me revisaba el celular, no sé. Fue una locura de la cual me arrepiento no haber salido antes. No quiero más eso para mi vida. No quiero mentir más. No quiero sufrir más. Además, quiero estar con alguien por quien sienta lo que sentía por vos, esa es la verdad. No voy a perder más el tiempo. Pero eso, la pasé mal. Ahora por suerte, ya está, ya lo superé. Ya te superé. Pero me costó años de terapia. De lágrimas. De tiempo.

—No sé qué decirte, Bruno. Yo nunca te prometí nada. No te oculté nada. Si te lastimé no fue intencional, jamás te hubiera querido hacer daño. Pero la verdad es que, después, cuando empezaste a contar por todos lados, no la pasé para nada bien. Te quería matar. Sabés el lío en el que me metiste y no solo con Nicolás. Yo tenía los nenes chiquitos…

—Lo sé. Y te entiendo, pero yo necesitaba hablar con alguien del dolor que estaba viviendo. Nunca tuve el propósito de que le llegaran las cosas a él. De hecho, nunca supe quién fue el que le contó, porque directamente me cortaste el diálogo. Por supuesto que sé que la debiste haber pasado mal, pero nunca te importó cómo estaba yo, siempre se trató de vos, de tus cosas, de tus tiempos, de lo que sea. Y yo…yo… estuve diez años de mi vida intentando resolverte. ¿Te acordás cuando te llamé y me preguntaste quién era y te dije Bruno, soy Bruno? ¿Te acordás lo que me respondiste?

—No.

—Me contestaste: ¿Qué Bruno?

—Perdoname si fue así, realmente no fue con la intención de…

—Ya fue, Caro. Todo ya fue. No soy rencoroso, solo te explico lo que sentí. Vos eras el amor de mi vida.

—Hablás en pasado…

—Es que no quiero sufrir más. Entendí gracias a la terapia que con vos hice tolerancia al rechazo. No puedo soportar la sola idea de que vuelvas a dejarme otra vez, incluso si eso implica no empezar nada. Nos debemos esta charla y un montón más, es cierto, y por eso estoy acá. Esta vez sin expectativas.

—Pero yo te quiero seguir viendo, no quiero negarme esta vez. Quiero que tengamos esa posibilidad, no sé de qué realmente, pero te quiero ver.

—Yo también te quiero ver. Estoy sentado acá, te tengo a una distancia que hubiera deseado tenerte todo este tiempo, y sigo con los mismos nervios de antes. Tu perfume… Es el mismo de siempre. Caro… estás tan linda… Pero la verdad es que tengo mucho miedo. Veámonos, sí, pero sin promesas, sin ideas de futuro. Es más, de hecho, la próxima vez te quiero llevar a una pizzería que seguramente no fuiste nunca y te estás perdiendo la pizza más exquisita del mundo. Vayamos a comer, después nos llamamos, sí, vemos, pero vayamos despacio, ¿sí? O por lo menos vayamos… no sé dónde. No sé si hay un dónde. Prefiero pensarlo así.

Miré el reloj y me di cuenta de que habían pasado tres horas desde que nos habíamos sentado. Los nenes estaban solos en casa, razón por la cual no pude quedarme un solo segundo más. Me levanté desesperada y le dije que me tenía que ir. Que esta vez no quería, pero que los nenes…

—Tranquila, Caro. Vamos. Yo vine caminando, estoy acá cerquita.

—Te llevo, hace frío, dejame llevarte y de paso seguimos charlando al menos dos minutos.

—Prefiero caminar, de verdad. Pero, dale, salgamos.

Llegamos a la puerta y me invadió un sentimiento de inseguridad que nunca antes había sentido con él. Algo estaba extraño. Algo se había perdido en todos estos años que no lograba descifrar qué. Algo en Bruno había dejado de existir.

—¿Así que me superaste? ¿Ya me superaste? —pregunté con falsa ironía intentando tapar el nudo en el estómago.

Bruno me acarició la mejilla, me miró con una dulzura triste, como

quien mira los álbumes de fotos viejas y se confronta con un pasado que no va a regresar jamás. Sonreí, pero Bruno hizo tan solo un esbozo de mueca sin demasiado esfuerzo.

—Caro.

—Decime. Acá estoy.

—¿Te puedo abrazar, Caro? Solamente abrazar, ¿puedo?

No podía soltarlo. No quería soltarlo. Tenía miedo de perderlo. De perder el espasmo de felicidad que estaba viviendo después de tanto tiempo. De emoción. De deseo. De vida. Me aferré a su pecho como una nena. Sentía el latido acelerado de su corazón y pensar que todavía tiritaba por mí me devolvía la calma. Podía escuchar en su respiración que las cosas no estaban muertas. Me quitó suavemente de su pecho y me puso frente a sus ojos. Me levantó el mentón y sin dejar de mirarme recorrió mis labios con los suyos con una ternura y una sensualidad que hacía años no sentía. Amor. Bruno nos besaba a los dos con amor. Con dedicación. Sin apuro. Paseando su lengua por mi boca como si se tratara de un viaje que quería recorrer sin perderse de nada. No sé cómo lo hacía, pero en ese instante recordé que esa era su manera particular de quererme. Queriéndonos. Abrazándonos. Mirándonos. Bruno dolía por los dos. Nos extrañaba a los dos. Siempre me quiso unida a su historia. Así se refería por aquellos años al decirme lo que sentía en cada encuentro… *Esto que nos pasa no puede perderse, Carola, no podemos perderlo.*

Cada vez que él decía esas palabras, yo pensaba que tenía que romper esta situación ahora, lo antes posible, para no lastimarlo. Yo siempre supe la verdad. Lo quería. Me gustaba. Disfrutaba de nuestros encuentros. Por supuesto que sí. Pero nos pasaban dos cosas diferentes. Su amor por mí, a él le daba vida. Su amor por mí, me arrancaba de la mía.

# 42

Pasaron dos largos días hasta que Bruno dio señales de vida. No quise llamarlo primero, porque el peso de saber que lo había herido tanto me obligaba a esperar su tiempo interno como indicador de que estaba preparado para volver a verme. Me había pedido ir despacio y yo, como precio por la culpa que sentía, decidí respetarlo a pesar de las ganas que tenía de contactarlo a los cinco minutos de habernos despedido.

*Hola, Caro, ¿cómo estás? ¿Cómo venís estos días para ir a la pizzería que te comenté? Cuchinoto se llama. Googleala, te va a encantar. El loco que las prepara es el mismo dueño, está ahí, es un fenómeno. A mí mañana tipo nueve me queda bien, es cerquita de casa. Cuando puedas confirmame. ¿Podés creer que todavía tengo tu olor encima? Me quiero morir… Una manera de decir, obvio. Te mando un besito.*

*Hola, Bruno. Qué lindo mensaje. Dale, nos vemos mañana. Te mando otro beso.*

De camino a la pizzería me llegó una foto al WhatsApp. Era Bruno, mostrándome que era el cumpleaños de Cuchinoto y que celebraban cerrando el local. Un audio de Bruno, riendo, me decía que no me preocupara, que podíamos ir a otra cualquiera, y logró que, lejos de frustrarme, me riera con él. Me daba exactamente igual ir a cualquier lado. Esa era la verdad. Lo único que me importaba de la cita era él, su mirada, y disfrutarnos.

*La verdad, Carol, que mi casa es un quilombo. Si me pongo a limpiar tardo diez horas, y no está en condiciones para que vengas, me da vergüenza. O vamos por ahí, o acepto y vamos a la tuya. No compres nada, hacemos algo con lo que tengas en tu casa, yo cocino, vos olvidate. De última paramos y me compro una cerveza y algo de postre para después. ¿Sí?*

Bruno preparó una tarta con todos los restos de verdura que encontró en la heladera. Se movía por mi casa con confianza, pero con respeto. Para todo pedía permiso, incluso para besarme. Mientras dejó la tarta en el horno, fuimos al living a escuchar un poco de música y nos recostamos, en los sillones, abrazados y en silencio.

Comimos, conversamos, miramos algunos videos por YouTube y después de lavar los platos y dejar las cosas como estaban antes de comenzar, apoyó su espalda en la mesada, me tomó la mano y me llevó hacia él. Apoyó sus manos en mi cintura y comenzó a besarme. Su aliento regresó a mí otra vez como un espasmo de la memoria. Diez años de distancia no lograron borrar el sabor de su boca. Nuestros labios se resbalaban por la humedad que generábamos intencionalmente al pasarnos la lengua hasta empaparlos. La saliva excesiva hacía que se perdiera la línea de separación entre los dos cuerpos. No se podía distinguir cuál era su boca y cuál**,** la mía. Nos daba más ganas de seguir besándonos en un falso intento de recobrar el contorno de nuestros propios labios que otra vez volvíamos a perder. Era realmente adictivo. No lo sabía, pero el sabor que se creaba en este interjuego era una receta que no había forma de lograr con ninguna otra persona, nunca, jamás. Justamente porque el toque de magia estaba en eso que era imposible volver a repetir: en nosotros dos. Subimos las escaleras tomados de la mano. Una vez en el descanso giré y volví a quedar frente a él. No dejaba de mirarme. Metió su mano bajo mi camisa y acarició mi espalda mientras caminé hacia atrás. Entramos al dormitorio y me senté en la cama. Se paró ante mí y me sostuvo las

manos para ponerlas en su jean. Se agachó y quedó a la altura de mi cara. Movió la cabeza como negando, me corrió el pelo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Me preguntó si estaba bien. Si me sentía cómoda. Asentí con la cabeza y le sostuve la mirada.

La mirada de Bruno es Bruno. Toda su personalidad se asienta ahí. Me apena que no tenga forma de guardar un poco de su verdad para protegerse de la hostilidad del mundo. Hace un tiempo yo fui parte de ese mundo para él y no puedo desmentir que no sabía todo lo que pasaba en su interior. Ahora también lo veo. Hay algo que presiento que no me gusta.

Me levanté de la cama y él, conmigo. Le devolví la pregunta que me acababa de hacer, y respondió que sí. Que estaba *joya.* Le pedí que me abrazara y que no me soltara. Lo escuché suspirar resignado. Solo repetía mi nombre y no supe qué se escondía en esa redundancia agobiada. Tuve una corazonada absurda que acallé de inmediato. Bruno puso su mano en mi cintura y me separó de él con delicadeza, tomó su celular del bolsillo de su pantalón. Me preguntó si podía poner a Cerati bajito y le dije que sí. Apoyó el teléfono en la mesa de luz y lo ubicó de manera tal que nos alumbrara.

—No puedo estar a oscuras. Quiero verlo todo. Verte toda. Vernos todo.

Me recosté. Su cuerpo cayó sobre el mío y se encastró como una pieza de rompecabezas a la perfección. Se desabrochó el pantalón y me pidió que se lo quitara. Se sacó la remera y se apuró para volverme a besar. Me desabrochó la camisa, el pantalón, y otra vez su mirada se clavó sobre mis ojos.

—Sacate la ropa, Caro. Te quiero sentir desnuda arriba de mi cuerpo.

Mientras lo hice, no intervino. Solo me miraba, me acariciaba, y balbuceó las letras de Cerati en mi oído.

No sé si se puede amar en media hora a una persona, pero yo lo estoy haciendo. O quizá esté confundiendo el nombre real de las emociones, pero no me interesa. Solo una vez sentí algo así por alguien. Eso fue hace diez años. Cuando estaba infelizmente casada y me había permitido desear y sentirme deseada justamente por

Bruno. Quiero vivir si de esto se trata.

Bruno entró en mi cuerpo sin intenciones de llegar a ningún lado. No estaba apurado. No sé cuánto tiempo permaneció porque el efecto fue el mismo que cuando nos besamos. La humedad nos unía y nos mezclaba hasta resbalarnos. Parar resultaba imposible. Mientras estábamos el uno en el otro, nuestras bocas se apoyaban mutuamente. Respiraba adentro de él para no ahogarme y él hacía el mismo ejercicio conmigo. Cada vez que estaba por llegar al orgasmo, se corría y se recostaba a mi lado. Me giré hacia él y le acaricié el brazo con el mismo erotismo con que él me tocaba el culo. Cantaba las canciones que sonaban encima de todo mi cuerpo. No quería que se acabara ese momento. No quería que se acabara Bruno. No quería perderlo. Hicimos el amor de manera ininterrumpida. A cada rato nos preguntábamos si el otro estaba bien. Sonreíamos como respuesta. Se quedó dormido cinco minutos y me di cuenta de que eran las cuatro de la mañana. Bruno entraba a trabajar a las seis. Se despertó y me pidió perdón por haberse dormido. Volvió a entrar en mí y todo comenzó otra vez. Eran las cinco de la mañana. El despertador de Bruno acababa de sonar.

—Quiero ducharme con vos. Nunca nos bañamos juntos. ¿Sí? Aunque sea un minuto. Sé que es tarde y me tengo que ir, pero necesito tener esa foto en mi cabeza.

Asentí con un beso y con pereza lo levanté de la cama y lo llevé al baño de la mano. Entramos a la ducha y nos bañamos en silencio. Nos recorrimos los cuerpos con las miradas, y acariciamos cada rincón de nuestra piel con una delicadeza extraña.

Era la primera noche en meses que estaba despierta. No quería dormir, tenía miedo de dormirme.

Volvimos a la cama y Bruno me colocó boca abajo. Se subió sobre mí y comenzó a moverse. Lo veía por los espejos de mis vestidores y verlo excitado me excitó a mí también. Hace meses, años, que fingía orgasmos porque la medicación me impedía tenerlos. Me apenaba tener que hacerlo con él, pero no quería que se llevara nada malo de nuestra noche. Y lo conozco demasiado.

Cuando volví a nosotros, su expresión al cogerme me dio escalofríos. Mis piernas estaban vibrando sin mi consentimiento y el

gemido de Bruno dijo qué acababa de sentir.

—Te sentí, Carola. Te acabo de sentir.

No sé de qué hablaba, y se lo dije.

—Caro… tocate. Tocate vos. Sentite.

Me llevó la mano hacia mi vagina y los dedos se escurrieron. Apoyé la mano en la cama y me di cuenta de que la sábana estaba toda mojada.

—Bruno… no me di cuenta, perdón, mi amor. Hubiera querido que llegáramos juntos.

—¿Cómo que perdón? Me encanta. Me encanta, Caro, por Dios. Estás más hermosa que antes. Ojalá te vieras.

Me dio vuelta por debajo de él y volvió a penetrarme. Me tomó del pelo y me giró, lo ayudé y di vuelta la cara. Apoyó su mejilla contra la mía. Me miró, me comió los labios con su boca y otra vez volvimos a mezclarnos. Siguió moviéndose con nuestros cuerpos entrelazados.

No sé cómo podía hacernos el amor. No sé cómo todo el tiempo se trataba de nosotros, no sé cómo lo solté tan rápido. Quiero borrar el daño que le hice.

—Te quiero, Bruno, te quiero, mi amor.

Bruno respondió con un grito de placer y descansó todo el cuerpo dentro de mí.

# 43

Los chispazos de extrañeza que sentí desde aquella vez en la puerta del hotel-bar, el miedo a que me dejara, el temor a perderlo, y en esa pérdida derramar la ilusión de empezar a vivir de otra manera, la mirada transparente de Bruno que dejaba entrever un claro sentimiento de nostalgia, la corazonada absurda en el momento menos indicado, tenían su lógica: Bruno vino a despedirse de nuestra historia. Cuando yo quise darnos una posibilidad, él ya se había rendido. Lo supe, aquella madrugada, en el mismo momento que cruzó la puerta de mi casa para nunca más volver a pisarla.

Insistí llamándolo, todos los días de la semana. Le dejé varios mensajes. Fui a buscarlo a la puerta de su trabajo. Me contacté con sus amigos a los que nunca había visto en mi vida. Revisé sus redes sociales que tenía en desuso hacía más de ocho años. Rastreé y mandé solicitud de amistad a sus contactos. Llamé a mi contador para preguntarle si con el nombre y el apellido podía averiguar el domicilio, al menos fiscal, si es que tenía. Me emocioné cuando me reenvió una imagen de LinkedIn donde teóricamente se trataba del hallazgo de su paradero. Me desilusioné tremendamente cuando vi que se trataba de un hermano, bastante parecido, por cierto, pero no me alcanzaba para nada. Recorrí la zona de su casa, pero, como no tengo sentido de la ubicación, nunca supe dónde había ido a buscarlo aquella vez. Solo sabía que tenía un enorme árbol de paltas, que más de una vez los *guachines* del barrio iban a pedirle para poder vender en las esquinas. Ese árbol se convirtió en una obsesión que no quería abandonar. Horas paseando cien cuadras a la redonda de lo que estimativamente suponía su dirección. Pero

Bruno había desaparecido y, evidentemente, no sintió la necesidad de hacérmelo saber.

Una noche, recordé que, durante años, Bruno trabajó en un bar ubicado en el centro de la ciudad de La Plata. Recuerdo la calle porque quedaba a dos cuadras de mi antigua facultad. No sé bien qué hora era, pero recuerdo que estaba acostada en la cama, viendo sin mirar una serie en Netflix. Me levanté de golpe, me hice un rodete improvisado, me puse un buzo encima del pijama y me subí al auto. Puse en el gps la dirección de la facultad y desde allí confiaba en llegar a destino sin ningún problema. Llegué al bar. Frené de repente y dejé el auto tirado en la vereda. Di un portazo y entré corriendo del frío. Me acerqué a la barra del lugar. En la espera a que alguien me atendiera, pegué la mirada cargada de ansiedad al piso, y me di cuenta de que había olvidado de cambiarme las pantuflas de cerdo y de ponerme en su lugar algo un poco más normal. Asumo que lo primero que se me vino a la cabeza fue la imagen de mi mamá. Ya era tarde para ir a buscar mi reputación a mi casa.

—Señora, ¿qué le sirvo?

—A Bruno.

—¿Cómo?

—Disculpame —me acerqué al oído del mozo intentando ponerme en puntas de pie con estas pantuflas de mierda—, soy Carola Henner, la psicóloga de Bruno. La expsicóloga. Ahora somos amigos. En realidad, no. Pero no importa. Hace días que no sé nada de él y realmente estoy preocupada. No solo yo, nadie sabe nada. Estamos todos mal. Es como si se lo hubiese tragado la tierra. Lo llamo y no contesta. Bruno no es así. Yo te quería preguntar si sabías algo… Él solía trabajar acá, ¿no? Al menos si pudieras pasarme la dirección de sus padres o cualquier otro dato que me puedas proveer, yo te lo agradezco. Estoy a punto de ir a denunciar la desaparición. —Mentí para presionar.

—Ya sé quién es usted, Carola. La conozco, Bruno nos habló mucho de vos, de usted. Además, mi mujer lee sus libros. Tus libros. No se preocupe, ahora lo llamo.

—Mandale un beso a tu señora. Cuando quiera, me llamás y

vengo a firmarle los libros. Pero no te va a contestar.

—No la entiendo, perdón.

—Bruno. Me refiero a Bruno. Si está vivo, alguien le robó el celular.

El empleado me sonrió, marcó el teléfono de Bruno, me guiñó un ojo y me pasó el teléfono.

—¿Qué hacés, *mono,* a estas horas? —La voz de Bruno se me clavó en el pecho.

—¿Bruno?

—¿Carola? ¿Qué hacés ahí?

—¿Qué hacés vos ahí, Bruno? ¿Cómo me vas a hacer una cosa así? Estaba desesperada, me ghosteaste como si fuera una minita que conociste una noche en un boliche, ¿te volviste loco? Estoy desesperada, pensé que estabas tirado en una zanja. —Le mentí con intenciones claras de generarle sentimientos de culpa.

—No quería hablar en ese momento. Lo iba a hacer, pero necesitaba tiempo. No todas las cosas suceden cuando vos necesitás que pasen. ¿Querés saber qué me pasó? Hubiera preferido en persona, pero ahora acá estamos.

—¿Estás seguro de que estamos? Porque yo no te veo. Querrás decir que acá estoy yo sola como una tarada.

—Carola, no puedo volver a vincularme con vos. Hice el intento. La pasamos increíble, como siempre, pero no me puedo arriesgar a sufrir otra vez. No estoy en condiciones de abrir ninguna herida. Lo lamento. Mis no respuestas fueron respuestas en sí mismas. Lo sabés mejor que yo. Entiendo tu enojo, pero no podés acosarme así. ¿Qué hacés ahí? Yo te respeté por años. Me mantuve en silencio, llorando tu indiferencia y me la banqué solo. No tenés derecho a invadirme, a dejar esos mensajes manipuladores, a insistir. Te vi pasar por casa más de diez veces, boluda. Me asustás. Yo te amé como nunca amé a nadie en mi vida. Pero la pasé horrible. No puedo volver a vos. No puedo permitir que me dejes una vez más.

—¿Pero si ya lo sabías por qué volviste a buscarme? ¿Fue una venganza? Otra vez actuando como un nene. Esto es lo que pasa. Sos un nene. No estaba tan equivocada.

—¿Qué venganza? ¿Qué decís? Necesitaba tenerte enfrente,

sentirte… volver a tocarte. Pero cuando lo hice, perdón, cuando lo hicimos, sentí que todo en mí estaba intacto. Mi amor estaba vivo. Aún lo está. Y me quise matar. Esa es la verdad.

—¿Y entonces? ¿Eso está mal?

—Te amo, pero dejé de quererte.

—Lo que estás diciendo es contradictorio por definición.

—No creo que sea la primera persona que deja una relación amando al otro, ¿o sí? Te amo. Pero no te quiero en mi vida. No puedo hacerme eso, no me lo merezco. Tengo que seguir adelante. Yo también quise intentar porque me di cuenta de que era la primera vez que te abriste otra vez después de diez años. Pero después del café, después del hotel, después de esa noche increíble, sentí que eso que te pasaba no tenía que ver conmigo. Eso tenía que ver con vos. No sé qué te pasó en estos años, pero yo te conozco, Carola. Te conozco perfectamente. Mucho más de lo que te imaginás. Regresaste a mí por una razón que no tiene que ver conmigo. No quiero ni que me lo digas. No hace falta que me lo cuentes ni que me lo desmientas. Ya no. No me cabe una duda que uno de estos días, cuando tu vida mejore, no me vas a necesitar más y me vas a volver a dejar. Y yo ya no estoy en ese lugar. Por suerte crecí. Pero no solo en años. Me crecieron las expectativas. Quiero que me amen como soy capaz de amar. Como me amaste aquella noche, pero sin interrupciones. Y con vos no es así. Nunca lo fue. ¿Cuánto tiempo vas a estar para darte cuenta otra vez de que nos separa un abismo que no querés derribar? ¿Un mes? ¿Seis meses?

—Pero dame una posibilidad…

—Te la di durante años. Yo estaba ahí, siempre lo estuve. El problema es que vos no lo supiste. De hecho, te tuve que recordar hasta mi nombre. … Y, de repente, ¿esta desesperación? ¿Este miedo a que te deje? ¿Este amor repentino?

—Bruno, no seas injusto, yo te quiero. Lo que sentí aquel día no lo sentí hacía diez años. No es casual que haya sido con vos las dos veces.

—¿Viste? Y aun sintiéndolo me dejaste ir. Es exactamente lo que te digo. No se trata de mí. Ni de nosotros para vos. Se trata de lo

que te hago sentir. De quién sos cuando estás conmigo. No estás enamorada de mí. Estás enamorada de esa versión tuya. Esto yo ya lo viví, lo aprendí, y esta vez no me puedo hacer el boludo. No quiero volver a repetir.

—¿Acaso no siempre se trata de eso en el amor? ¿Amarnos a nosotros mismos en el otro? ¿Amar del otro lo que nos hace sentir?

—Caro… me tengo que ir. Son las once de la noche y tenés el teléfono de un mozo en la mano. Y en cuanto a tu pregunta… Me confirmás la decisión que tomé hace unos días. Cuando realmente te enamores de alguien, vas a tener tu respuesta correcta. Mientras tanto, si tanto me querés como decís hacerlo, dejame ir. Necesito hacerlo. No me busques más. Merezco seguir. A veces, dejar ir al otro es un gran acto de cuidado, de amor genuino.

—¿Me estás dejando?

—Fuiste vos la que nos dejaste hace años. La diferencia es que, ahora, yo no me quiero quedar más.

# 44

—¿Cuántas veces más voy a perder, Hernán?

—Por lo visto, un montón. No sé cómo venís con la calculadora, pero probablemente mucho más de las que te toque ganar. De todas maneras, si pretendés llevar esto al terreno del duelo, no creo que sea el lugar adecuado para procesar lo que acabás de vivir. Al contrario, mi querida Carola, esta situación, justamente en esta situación estás volviendo a vivenciar aquello de lo que hablamos alguna vez. ¿Qué le pasó a Bruno? Te lo dijo muy claro. ¿Actuó de la manera correcta? No lo sé, probablemente se comió un par de escalones en el camino y cayó con la verdad de manera torpe, desprolija e irresponsable. ¿Cuál es la manera? Tampoco lo sé. Evidentemente, no la pasó nada bien él tampoco. Habrá hecho lo que pudo. ¿Se pudo haber esmerado en la manera? Quizá, pero parecía bastante golpeado con esta historia.

—Me parece que yo no me merecía esto, Hernán. Humillarme, ghostearme, ¿responsabilidad afectiva? Cero.

—Podés pararte desde ahí y sentarte a tratar de entenderlo o, incluso, juzgarlo por meses. Avisame cuando termines de perder el tiempo y seguimos con lo nuestro. Pero no creo que él lo haya vivido así. Se estaba cuidando por primera vez y te lo dijo. ¿Fue la forma? ¿Habrá sido la tuya acosarlo y arrinconarlo contra una pared hasta que hable o calle para siempre? Porque dejame decirte que no fue Bruno el que te llevó a perseguirlo y a transformarte a las once de la noche en Glenn Close protagonizando *Atracción fatal.* ¡Qué peliculón! Disculpame si no cabe el chiste, pero mi querida paciente y amiga, dejame decirte que te faltó el conejo. ¡¿Cómo no se va a asustar?! Y

eso que no te vio las pantuflas. Le creo, le creo que se asustó. Bastante que te atendió. Yo, en su lugar, hubiera llamado al 911.

—Hernán… la ansiedad me estaba matando. Yo qué sé. No sabía qué hacer. No pude quedarme en casa jugando al solitario. Me sabrá disculpar alguna vez. Es lo que hay. Además, ¿asustarse? Dejate de joder, en diez años no le di señales de vida. Me conoce.

—¡Con más razón! Sabés perfectamente que banco tu locura, ¡la adoro! De hecho, pretendo que vos puedas hacer lo mismo y abrazarla junto conmigo, pero esta vez se te escapó la liebre. —Se ríe—. Perdón, perdón. Este psicólogo es torpe, vi el pie y no pude no tentarme. Volvamos a lo nuestro. ¿Qué hiciste, Carola? A los dos mensajes que el flaco decide no responderte, se terminó el asunto y empieza uno nuevo, ¿qué buscabas? ¿Con la no respuesta no te fue suficiente o pretendías disciplinarlo?

—Por supuesto que quería mi respuesta adulta. Como la que yo le di en su momento. Yo nunca me oculté. Puse la cara. Hace una semana que estoy rumiando como una neurótica obsesiva para ver dónde estuvo el error. Cuál fue la cagada que me mandé y, si la hubiera, entonces que me dé la posibilidad de repararla. Pero, evidentemente, me odia. No sé a qué asunto hacés referencia. Yo no paso de una rama a la otra con tanta facilidad.

—No hace falta que me lo recuerdes. Me refiero al asunto de transitar esta nueva pérdida, como bien decís, o también podrías ponerte un poco más optimista y agradecer haber vivido lo que viviste, por ejemplo. Lo cual me parece una instancia más elevada y más interesante para pensar en esta nueva temporada que venimos trabajando. Caro, a veces la reparación está en seguir y ver qué hay más adelante. ¿Qué es lo qué querés reparar? ¿El odio que decís que te tiene? Dejame dudar que así sea. Alguien que siente odio es incapaz de haber estado de la manera que estuvo con vos aquella noche. No tuvieron relaciones, me acabás de describir un poema. Evidentemente, este chico, Bruno, tomó la decisión antes de haberse visto. Si está bien o está mal, no lo sé, no estamos en su cabeza. No sabemos más de lo que te dijo y tampoco eso es garantía de que sea cierto. Insisto en que te equivocás en pretender hablar de los motivos ocultos de Bruno. Pero, más allá de la distancia cronológica

con la que te dijo su verdad, no se equivocó ni en una coma. Bruno tenía razón. La tiene. Te fuiste a buscar de manera desesperada en él. Fuiste a buscar tus recuerdos de juventud, de valentía, tus transgresiones, la gratificación de cagarlo a Nicolás por todo el daño que te ha generado. Bruno fue tu permiso de venganza, y el derecho que encontraste de pasarla bien en medio de ese matrimonio. ¿Te acordás? ¿Era la manera? Seguramente es la que pudiste en aquel momento, como la que Bruno encontró ahora. ¡Carola!, fuiste al reencuentro de tu sexualidad, tan bastardeada por un marido que durante años desconoció tu deseo, peor aún, ¡se cagó en la falta de tu deseo! Fuiste a buscarte más sana que rota. Conectada con todos los sentidos. Atada al presente. Pisando el pasado. Imaginando felicidad en un futuro. Pidiendo amor donde sabías que lo ibas a encontrar. Ternura, la ternura de Bruno, devolviéndote un valor que sentís perder cuando caés otra vez. La mirada que te recorre. La noche que vale la pena no dormirla. La caricia capaz de transformar la herida, de volverla piel nueva, sangre restaurada. Y lo bueno de todo eso es que no fuiste a buscar tu deseo, porque en eso estamos de acuerdo, mi querida colega, que eso no se busca, eso te encuentra. Y vos pudiste vivir todo eso porque estabas deseante. ¿Te parece poco para festejar? ¿Un orgasmo en años de castidad medicamentosa no merece implantarse en vos como un buen recuerdo y no como una pérdida dolorosa?

—¿Pero por qué duró un día? ¿Por qué una vez que encuentro algo que me conecte de esa manera con las ganas, con la vida, con las emociones, dura un puto día? Con todo lo que acabás de describir, ¿cómo no lo iba a buscar? Pensaba hacerlo hasta debajo de la tierra si era necesario. Me dio un caramelo que me sacó de la boca antes de probarlo.

—¿Te parece? Yo creo que te lo has comido y muy bien. —Vuelve a reír.

—¡Hernán! Te estoy hablando en serio. No la estoy pasando bien, por si no te diste cuenta.

—¡Y yo también! ¿Me equivoco? No quiero ponerme muy poético porque no tengo ese don como usted, pero llevándolo al extremo me cierra perfecto. Sí, señora. Probó, degustó, disfrutó y parece ser

que le gustó tanto que ahora quiere repetir. Es cierto, esto no se pudo inscribir como una historia de amor o, por lo menos, no correspondida y lo lamento por los dos, porque se nota que se quieren mucho. Estuvieron desencontrados. Probablemente, lo hubieran seguido estando si intentaban formalizar algo juntos. No lo sabemos y no lo sabremos. No tenemos esa suerte, no por ahora. Pero acá, esto es lo que te quiero decir, acá se esconde aquello de lo que hablamos hace un tiempo. La necesidad humana de seguir consumiendo el objeto del deseo hasta destrozarlo. Es querer retener, al precio que sea, aquello en lo que pudimos consumarnos plenamente alguna vez.

—¡Y sí! Es la naturaleza humana, Hernán. Quién no quiere repetir el sabor del vino que más le gustó. ¿Está mal?

—Si un día sacan el vino del mercado, y vos seguís añorando volver a sentir el mismo sabor proveniente del mismo vino, sí. Está mal. Estás condenada a la frustración. Ese vino no existe más. Se acabó. Pero hay miles de vinos en el mundo por probar. La transitoriedad de la vivencia no la vuelve dolorosa. ¿Se terminó? Por lo visto, sí. ¿Es muy loco pensar que podrías haber guardado esta historia con aquella última noche como final y disfrutar, no porque se terminó, sino porque sucedió? ¿Tan errada fue la decisión de Bruno? Me gusta cuando te dice que fuiste la vara que le marcó cuánto amor era capaz de sentir. Me animaría a corregirlo y decir que está hablando del tipo de amor y no de cuánto. Pero me gusta esa idea. ¿Podemos tomarla y pensar que él marcó en tu vida la vara de lo posible? ¿Podés asumir que querés ser amada y tratada como él lo hace y lo hizo hasta el último segundo con vos?

—¿De qué me sirve saberlo si no lo puedo tener?

—A él, no. Es verdad, probablemente no será con él, y como no será con él, no será de la misma manera. Pero ese sentimiento está en vos. Tenés esa capacidad de amar y de sentir ese tipo de amor. ¡Es tuyo, Carola! Juntos habilitaron el escenario, pero para que esa función saliera, así como salió, necesitaron de dos cosas, de él y de vos. ¿Me entendés? Todo eso existe ya en vos. Y eso es lo lindo de todo esto, ¿no? Lo incierto. El mundo abierto. No saber de qué manera vas a volver a sentir esto que querés sentir. Ahora tenés

algo que antes no tenías: la certeza de que eso, que decías no encontrar, existe. Terminaste de entender que el sexo casual o desafectivizado como muchas veces me has contado, con un tipo que entra a tu casa, te coge como un perro, se sube el cierre del pantalón cuando el reloj le marca la hora de retirarse, y se va dándote un beso en la mejilla, no te sirve. Te deja más vacía que antes. En vez de avivar tu deseo, te lo mata. Te resulta denigrante. No es lo que querés. No es lo que te hace bien. Ni siquiera es lo que te gusta. Ayudame, pero si mal no recuerdo, has sentido asco, rechazo… Si mal no recuerdo, el último, pobrecito, ¿cómo se llamaba? ¿No fue al que le eructaste mientras intentabas concederle el deseo de sexo oral? No quiero ser cruel, ¡pero encima ni se dio cuenta!

—¡Hernán!

—¡Perdón! ¡No me quiero poner guarango, no quiero! Pero no se me viene otra manera de decirlo. Si querés me pongo más coloquial, pero dejame recordarte que esas palabras fueron tuyas.

—Ya lo sé, pero escucharlo de vos es diferente. No sé si por guarango. Es que ver tu realidad saliendo de una boca ajena a veces resulta denigrante.

—¡Lo es! Salga de la boca de quien salga. Lo que te quiero decir es que ese es el duelo que tenés que hacer. Pero no con claveles negros y un tul en la cabeza. Esto es para festejar con tus amigas, una copita de champagne y bailando reguetón arriba de la mesa. Mi querida Carola. ¿Te parece una pérdida? Porque a mí me parece que esto es un gran nacimiento que trajo un enorme pedazo de pan bajo el brazo. Un gran hallazgo. Él también fue la vara que marcó tu camino. El camino del amor que querés vivir.

—No quiero sufrir más, Hernán. Estoy cansada de perder y ganar en el mismo momento. Cada golpe de estos me pone ansiosa. Nerviosa. Tengo miedo de que sean razones para tirarme en la cama otra vez.

—Es increíble cómo te cuesta entender que esto es la vida. Me preocupa la patologización de cada acontecimiento que vivís. No está bueno realmente. No quiero pensar que estás buscando un estado anímico en el cual supongas que es el tren que te va a dejar

en la puerta de la felicidad. Justo de vos, no puedo pensar eso.

—No te entiendo.

—Que me parece que en esta búsqueda incesante de momentos placenteros hay algo que se te está confundiendo. La felicidad es un concepto impuesto desde afuera, que tiene que ver con la realización personal, en eso estamos de acuerdo desde antes de nacer. ¿No? Si vos me decís que te realizás teniendo una montaña de guita, o cogiéndote a cualquier cosa que se te cruce por el camino, o dando cien vueltas en el samba, entonces vamos por eso que es lo que propone en el sistema y no tenemos más nada que hablar. Te doy el alta en cinco minutos. Ahora, a Carola, a la Carola que yo conozco, todo eso no solo no la realiza como persona, sino que es lo que rechaza enfáticamente. Tan pero tan malo es lo que esa idea te genera, que es lo que tu cabeza lo interpreta como un mundo hostil, ¿o no? Por eso mismo me parece que tenés que tener cuidado. Estás buscando un estado anímico como posibilidad de realización personal. Como si el disfrute tuviera que ver con poseer cierto estado de gracia anímico. No sé qué te imaginás. Pero me siento en condiciones de afirmar que, a vos, a mi paciente, muchas de las cosas que le generan bienestar tienen que ver con la calma, con la paz, con el silencio, con tu soledad, con la lectura, la escritura, tu formación, una peli con tus hijos, abrazada a un buen amor frente a una estufita hogar, el olor a pasto de la plaza de tu barrio, tus amigas… ¡Perdón! ¿Pero acaso no se parece bastante a tu idea la casita en el campo? ¿Lo ves, Carola? Porque me parece fundamental que entiendas que hay mucho de tu forma de ser que confundís con eso que llamás depresión. ¿Con quién te comparás? ¿Con la felicidad de quién? ¿Con la manera de disfrutar de quién? Yo creo que tu felicidad está puesta en poder desear. Y para desear no necesitás estar contenta, necesitás estar viva. Si realmente creés que lo que te falta es un estado anímico especial para ser feliz, si tal es tu nivel de confusión, dejame decirte dos cosas: la primera es que finalmente caíste en la trampa del sistema que denunciás y, la segunda, que hagas un bollo con el sueño del campito porque allá te vas a encontrar con todo esto que te acabo de describir y que, evidentemente, te hace creer que son vivencias de una persona con

depresión. Y le pongo la palabra depresión solo porque a vos te gusta que la nombre. No porque la necesite.

—Tengo claro que mi depresión se anuncia cuando se me apaga el motor de manera literal y mi cuerpo deja de funcionar. Lo que siento en ese momento es un dolor por la existencia que lo traduzco claramente como desesperanzador. No veo un mañana. Lo cual sucede más veces de las que quisiera. Pero no te voy a negar que algo de lo que decís es un poco así. No me di cuenta. La verdad, no lo evalué de esa forma. Pero es como vos decís, claramente, estas características mías se le parecen bastante a cuando estoy en momentos de bajón.

—¿Segura? ¿Entonces vivís de bajón? Carola… Cuando estás atravesando los momentos de oscuridad, no podés hacer absolutamente nada de lo que te acabo de nombrar. Que se te apague el motor es una cosa muy distinta a que disfrutes estando en calma.

—A veces tengo esos picos que me aceleran y me llevan más arriba, ahí la paso bien. Pienso que ahí estaría un poco mejor. ¿Qué querés que te diga? Honestamente, no lo paso mal. Sé que para el resto del mundo soy *la loca,* pero, justo en ese momento, la paso bomba.

—¿Como cuando le inundaste el terreno al vecino del lado izquierdo porque los perros no paraban de ladrar? ¿O como cuando le tiraste dos huevos en la cara a los albañiles de los vecinos del lado derecho porque el taladro no te dejaba escribir? ¿A eso te referís? ¿A la más reciente versión de Glenn Close buscando obsesivamente a su amor con el batón de tu abuela y los ruleros puestos? Porque si es así, vamos con eso. Si vos decís que esa sos vos…

—Sí. Lo soy también. Es mi parte más bizarra, más delirante, lo que sea. Más maníaca, diría el imbécil del psiquiatra. Pero la quiero. No me la quiero despegar. En ese estado me siento poderosa. Libre. Eso, me siento totalmente libre. Me causa gracia, me divierto. También cuando hablo sola. O cuando bailo salsa con ropa interior, los tacos puestos, la boca pintada de rojo furioso, intentando seguir los pasos que me tira Marc Anthony desde el televisor.

—Esa no la tenía. Pero me gusta, claro que me gusta.

—Me siento libre, ¿entendés? Un poco loca, es cierto, pero otro tipo de locura. Sé que muchas veces transgredo, sé que no es la mejor manera de resolver, sé que soy rara, diferente, qué sé yo, pero todavía no puedo gestionar los límites y cuando los pongo, los pongo así. Locamente. No quiero decir que me fui de mí, o que un espíritu se apoderó de mi alma. Sé que soy yo. Lo sé. Mi yo impulsivo. Podrido. Probablemente no pueda parar, es cierto, y creo que esa es la mejor parte… La liberación de la descarga. ¿Que me digan loca? Me da igual. ¿Quién me quita lo bailado? —Junté los dedos de la mano, me los llevé a la boca y los besé como si acabara de comerme un buen plato de tallarines—. Por ahora, es la forma que encuentro de sacar a la fiera que tengo adentro. No me la saques. No me digas que tengo que controlar esos impulsos. Mientras el mundo se mueva así, puedo asumir que tengo que comer mierda como mecanismo de adaptación pero, a veces, disfruto vomitársela en la cara al mismo sujeto que me la puso en la boca. ¿Está mal? Y sí. Le eructé en el medio de la pija. ¿Pero te comenté el olor a humedad que tenía? Un desgraciado. Estamos acostumbrados a juzgar las reacciones de los demás, pero no al que genera los motivos que las desencadenan.

—Me había olvidado lo del olor a humedad, es cierto. Pobre Carola. Bien merecido el eructo.

—Me quise matar, es verdad, ¿pero todo lo que hay atrás, todo lo que empujó a eso? Porque las pastillitas para sanar me las estoy tomando yo, ¿pero todo el panorama con el que convivo y conviví durante años? Ellos son los sanos. Los locos son los imbéciles que se enferman y tiran huevos. Dejame con los huevos mejor. Que por lo menos le veo la cara de bronca al sorete de al lado y la paso bien.

—Me gusta la metáfora. No se me ocurre pedirte que cambies nada que no quieras cambiar. Yo no soy quién para sacarte nada. Mientras que asumas las consecuencias, no te mates y no mates a nadie por el camino, podemos soportar dos huevos. No pasa nada, Carola, no es tan grave. Sé que intentaste por otros medios más convencionales vivir en armonía y no pudiste. No me refiero solo con tus vecinos. Estoy con vos, pero busquemos formas más saludables, ¿puede ser? Mientras tanto… ¿Vamos con los huevos si te parece?

—Me hacés reír. Pero quiero que sepas que no fueron dos. Fueron seis. Lo que pasa es que desde el techo la puntería no es muy buena. De todas formas, en mi defensa, quiero aclarar que no quise apuntar a los albañiles. No soy tan chota. Quería darle al piso, arruinarles el piso, destruirles el piso, solo eso. Gracias, Hernán… No sé qué haría sin vos. Me llevo todo lo que me dijiste en esta sesión. Todo. Ojalá pudiera grabarla.

—Tranquila que vamos bien, Caro. No te asustes. No le tengas miedo a tu locura. Eso es justamente lo que te va a rescatar. Dejá de seguir buscando el blanco o el negro, el bien o el mal, la hostilidad o la armonía, la felicidad o la depresión. La letra que va no es la O, es la Y. Siempre se trata de las dos cosas. La aventura. El misterio. Lo que viene. Lo posible. Todo eso está en el interjuego de ambas cosas. No estás sola. No te pasa a vos sola. Si no, permitime usar de ejemplo a Bruno, ¿qué podría decir él de lo que vivió con vos? El amor y el dolor en la misma medida. Sin embargo, te acepta como sos. Y toma una gran decisión. No lo quiere. Te ve, no te pide nada a cambio, no busca a otra Carola. Pero decide retirarse. Ahora vaya a anotar un poroto en su cuaderno, que esta baldosa está quedando hermosa.

—¡Nuestras sesiones ya están anotadas en el cuaderno hace rato!

—¡No esperaba menos de vos! Pero me refería al amor. A ese, el que viviste con Bruno, ni más ni menos, el que decís querer volver a vivir.

# 45

De a poco voy aprendiendo a dejar de mirar de reojo los lugares que no me hacen bien. Después de Bruno tomé una decisión de cuajo que en el mismo instante de haberla puesto en acción sentí un alivio de regalo. A veces no nos damos cuenta del tiempo que desperdiciamos en hacer cosas de maneras equivocadas, una y otra vez, buscando encontrar lo que terminamos por perder. En mi caso, desechar por completo y para siempre mis encuentros sexuales con estos hombres-perros, incapaces de hacer de un encuentro físico algo que no excluya la afectividad y, por qué no, la amorosidad atesoró de manera inevitable mi energía y, como resultado, elevó mi valía personal. Hacer consciente que poner el cuerpo es poner nuestro templo al servicio de un desahogo ajeno me resultó, viniendo de mí, un acto repugnante. Indigno.

Sucede que, cuando alguien te muestra todo lo que sos capaz de sentir, te empuja irremediablemente a la renuncia de aquello que mide menos que el cielo que acabás de tocar. Fue así como de repente empecé a ver a estos hombres-perros como algo inmundo. Roñosos. Viciados.

Descifré, en ese apuro desordenado por llegar a eyacular como animales alzados, descoordinados, a destiempo y siempre fuera de clímax, que se trataba de involucionados mentales que, al desconocer por completo el funcionamiento del psiquismo femenino, se volvían bestias salvajes con la única intención de cogerse a sí mismos, gracias al ejercicio de su seducción, o su cacería, para ser más exacta. Que de ninguna manera tenía ganas de volver a meter

en mi cama y mucho menos en mi limpia vagina.

Hoy día, el mercado está repleto de libros, páginas, blogs, cursos, inclusive viajes, orquestados por mujeres especializadas en dar indicaciones para entender la modalidad vincular o más bien, la *no* modalidad vincular, de los últimos tiempos. La finalidad que persiguen estas nuevas gurúes del amor saludable es dotarte de herramientas para que aprendas a domar a estas bestias. Su formación profesional, en su mayoría, son sus propios fracasos en citas de aplicaciones, en las que, un día, hartas de que estos hombres-perros las *migajeen*, decidieron decir basta al movimiento de las bestias, proclamarse reinas, seres independientes del género opuesto, dando vuelta la tortilla y empezar así a ser ellas mismas las conductoras de la carroza. Fomentan la liberación de estos lugares de evidente maltrato, y para eso te ponen un guion bajo el brazo de todo aquello que hay que decir, hacer y demostrar. Tu vida amorosa resuelta en este curso encarpetado.

Honestamente, no sé si logran el cometido, pero a juzgar por la cantidad de agradecimientos que suelen dejar sus lectoras en los comentarios, parece que sí. En lo personal, creo que esta eficacia se asienta en otra cuestión más triste aún: cuando uno ve que no es una sola la que se maltrata, se siente acompañada y, por ende, mejor. Lo comunitario siempre es más saludable.

Hay algo clásico en la boluda que se humilla mostrándole una foto semidesnuda, del cuello hacia abajo, porque asume que va a ser divulgada inmediatamente, a un tipo que vio dos veces en su vida, mientras que está cocinando ravioles. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué lo habré hecho alguna vez? Por miedo a que encuentre a otra humillada que lo haga mejor o más rápido o que, realmente, se sienta cómoda con esta manera de relacionarse y, entonces, frente a la resolución inmediata de su deseo, el hombre detrás de la pantalla desaparezca de inmediato. Como si perder a ese perro que de todas maneras va a morir súbitamente cuando deje de usarnos para masturbarse fuera capaz de destruir nuestra fluctuante autoestima. Pero hay algo mágico, casi sanador, en encontrarse con otra autohumillada, que entiendo sería la causa de los agradecimientos

que uno puede llegar a leer: es el acompañamiento. La sensación de no ser la única en este mundo asqueroso, la boluda, presa del sistema que continúa alimentando, transforma esa angustia en un encuentro triunfante con otra de su mismo palo.

Mi camino fue distinto, por suerte. La vivencia con Bruno puso sobre la mesa de manera muy nítida aquello de lo que disfrutaba, lo cual no me queda muy claro si se corresponde con la palabra empoderamiento; pero sí con algo mucho menos pretensioso: el autoconocimiento necesario para saber diferenciar lo que me gusta de lo que no. Hernán tenía razón. Empecé a andar un camino mucho más breve, más práctico, que redujo mis niveles de ansiedad. Cuando uno sabe lo que quiere, el tiempo se vuelve un aliado. Dejamos de ir en búsqueda del placer en lugares que nos devuelven frustración. Dejamos de insistir. Dejamos de intentar una vez más. Dejamos de ir a buscar el deseo y empezamos a ir con él.

Parece una idea tirada de los pelos pero no puedo dejar de pensar en Sandy, mi perro de la infancia. Era de color café con leche, bastante petiso y su pelaje era tan duro que acariciarlo no resultaba para nada placentero. No sé por qué motivo tenía la parte interna de la casa vedada. No tengo recuerdos de Sandy en mi cuarto. Ni en la cocina. Ni en el living. No hay fotos de Sandy sentado arriba de las piernas de nadie, mirando televisión, ni refugiándose en ningunas pantuflas. Su territorio estaba lejos de la humanidad, en el fondo. Y no tenía intenciones de crear un puente entre ambas especies animales. Era solitario, su mirada siempre estaba triste, ajena al resto de las cosas que lo rodeaban. Cuando nos acercábamos para preguntarle qué le pasaba, él caminaba hacia atrás, movía la cola y salivaba agitado. Aprendimos a suponer que esa era toda la ceremonia de afecto que era capaz de dar. Sandy murió virgen. Mi mamá decidió que no quería darle a probar de la fruta prohibida por miedo a que se contagiara alguna enfermedad venérea, porque ella no estaba en condiciones de hacerse cargo. En su lugar decidió darle una jirafa de peluche que Sandy supo adoptar como su pareja. Debo decir que mamá eligió bien el animal, porque el tamaño de la jirafa

era bastante parecido a las jirafas de verdad, lo cual les dio vida eterna a los dos. Con Julia solíamos espiar desde la cocina, como una travesura, cada vez que Sandy se cogía a la jirafa, por allá, en su zona protegida de humanos. Jamás dejamos de reírnos o decir frases tales como *qué asco, pobre jirafa*, que invariablemente llegaban a oídos del cachorrito, quien daba la señal de alarma al levantar su pequeña y corta oreja. Cuando Sandy nos descubría mostraba su salvajismo sin ningún prurito. Soltaba a su novia, venía corriendo con la lengua arrastrándose por el piso, mostrándonos los dientes con la cara desencajada, asumiendo que era un león dispuesto a derribar las paredes de una casa a la que el resto del tiempo mataba con su indiferencia. En ese momento, nacía en nosotras un miedo desesperado, producto de la transformación real del animal. Cerrábamos la puerta con un grito intenso que dejaba de sonar cuando, ya a salvo, desde la ventana, podíamos ver su pequeño pito rosado en forma de chupete y en un coro, al unísono, resumíamos la desgracia de ese cachorrito: *me muero, pobre Sandy.*

Fue así como con dos palabras, bajo el recuerdo bien nítido de mi adorada mascota, pude transformar la frustración personal de sentirme usada como esa jirafa, en la comprensión de saber que no se trataba de que hubiera algo malo en mí, salvo que me estaba relacionando con *pobres Sandys*.

En ese momento de fabuloso *insight* di por cerrada una etapa de mi vida. En ese final de mis relaciones con los hombres-perros, decidí velar mi parte de jirafa.

Casi en el mismo momento, decidí restringir el uso de las redes sociales y ser puramente selectiva a la hora de decidir lo que quiero ver. De hecho, no es nada nuevo. Es lo que siempre hice con la tele en casa, y en los últimos tiempos, con el teléfono. Necesito estar informada porque mi trabajo así lo requiere. Ser psicóloga me obliga a estar al día de cada cambio cultural, que naturalmente provoca alteraciones en la dinámica de cada persona, pero el modo, me refiero al modo, eso, lo decido yo. ¿La vara? La formación. No solo es cuestión de competencia, sino también de alcance de cada disciplina. No quiero escuchar ni leer a una mujer que le fue mal en

cien citas de Tinder, y entonces hizo de su experiencia un manual de superación personal aplicable al resto de la población. No funciona así. Cada caso es único. Cada marco teórico le da otra perspectiva al problema. La individualidad es más importante que las generalidades. Una cosa es estudiar los patrones de comportamiento de relaciones patológicas, por ejemplo, y otra cosa es explicar, prometer, aconsejar, a tus lectoras a que hagas lo que, según tu experiencia personal, te dio poderes mágicos. ¿No está bueno dejar que cada uno viva su propia experiencia? ¿No es importante que todos vivamos el proceso que necesitamos? ¿No deberíamos todos tener la posibilidad de encontrarnos con un Bruno que nos permita hacer el *insight*, el proceso de iluminación personal, al darnos cuenta de qué cosas sí y cuáles no? Porque la teoría la conocemos todos. Las explicaciones racionales muchas veces no alcanzan para tomar decisiones acertadas. Uno tiene que tocar la vida. Meter los pies en su barro, y no en el ajeno, porque de esa manera termina transportando conclusiones que, al no ser propias, no son verídicas. Por supuesto que hay generales de la ley, patrones de comportamiento, indicadores teóricos que nos permiten entendernos y entender dónde estamos metidos, pero esa información no podemos dejarla llegar a través de alguien que se basa en su experiencia como si fueran estudios científicos. Tenemos que elegir lo que escuchamos, del mismo modo que decidir de quién lo vamos a escuchar. No es lo mismo ver un curso de automaquillaje que seguir a un ser humano que se fue a vivir a la playa, dejó su vida en un chasquido, se transformó en un ser de luz y empezó a vivir del aire. Mucho menos si ese alguien te vende los cursos para guiarte en una travesía interior que deja de ser interior cuando no se trata de la tuya.

Construir la baldosa en la cual me quiero parar también tuvo que ver mucho con estas decisiones cotidianas. Porque a veces la hostilidad que encuentro es la que, sin darme cuenta, estoy linkeando para mirarla. No estoy en condiciones de poner la energía que no me sobra en lugares donde la pierdo.

No más hombres-perros. No más ruido mental. No más dejarme

caer en redes de consumismo emocional que, lejos de aclarar, confunden mi sentir. Mi baldosa necesita crear vivencias nuevas. Sensaciones nuevas. Pero no nuevas por novedosas. Nuevas por aprender a valorar lo que ya tengo en mí. Lo que quiero para mí. Lo que deseo para mí. Nada de eso está allá en la vida de fulanas o menganas. La verdad que busco está acá y la estoy sabiendo cada día un poco más. Solo necesito encontrar los espacios indicados donde puedan ser reveladas, develadas. Por lo visto no están en el Tíbet, ni en mi puesta en acción frente a cada cita de Tinder. De hecho, ni siquiera uso Tinder.

De momento, voy encontrando mis espacios al lado de mis hijos, junto con mis amigas, en mi terapia con las personas que me conocen profundamente, en mi familia, en mis encuentros amorosos placenteros, en el espejo, en mis errores, en mis arranques impulsivos, en mi lugar como profesional, en los libros que leo y que escribo y, también, en mi dolor. Pero, sobre todo, los encuentro en todos los no que soy capaz de decir. Que ciertamente son un montón. Eso sí que me da poder. Eso sí que me enaltece. Porque cada no me lleva a una decisión más consciente y, por lo tanto, más elevada. Más respetuosa hacia mi persona y hacia los demás. No quiero cualquier cosa. No quiero cualquier profesional. No quiero cualquier amiga. No quiero cualquier comida. No quiero cualquier beso. No todo me da igual. Al fin y al cabo, la única libertad que tenemos está en estas pequeñas cuestiones cotidianas. En algunos de nuestros pensamientos. En todas nuestras fantasías. En nuestros sueños, en nuestras ilusiones…

Si es mi baldosa, va a estar decorada con aquellas cosas que yo necesito. En este sentido, ¿quién más que yo podría decir qué está bien y qué está mal?

# 46

Hace rato venimos pensando con Nicolás en comprarle un autito a Lola. La Universidad en la que está cursando está ubicada en una zona donde los micros no llegan hasta ninguna de las dos casas. Como sale a las diez de la noche, tampoco le permite hacer conexiones con otras líneas, y, por otro lado, la inseguridad es un flagelo que va en aumento segundo a segundo, sobre todo para las mujeres; razón por la cual no se me ocurría otra opción que o bien llevarla y traerla, lo cual en un principio fue lo que hicimos, o bien, que tenga su propio móvil, que no solo la aliviara a ella, sino que también nos diera una mano con las llevadas y traídas de sus dos hermanos más chicos. Mi auto ya está bastante viejo y es el auto en el cual aprendió a manejar. Razón por la cual fue el primero que se me ocurrió para darle. Le sugerí la idea a Nicolás de llevar a tasarlo y que me diera la mitad del valor del auto. Con ese dinero más mis ahorros, pensaba en comprarme uno nuevo. Nicolás, creyendo que me estaba haciendo un favor a mí en vez de a su hija, fue tajante en su respuesta.

—Carolita, no me rompas los huevos y arreglate como puedas, pero no me uses a mí para resolverte un quilombo a vos. Además, me parece demasiado auto para Lolita. Prefiero comprarle un fitito, algo de mierda, para que además se vaya poniendo canchera con los talleres, en fin, que aprenda desde abajo, como corresponde.

—¿Qué fitito? ¿Siguen existiendo? ¿Vienen con freno y alguna puerta?

—Yo empecé con un fitito y acá estoy. No me pasó nada. ¿Sabés cómo lo quería a ese autito? Me llevó por todo el país.

—Pero eso fue hace cuarenta años… El mundo era otro. Hoy la gente en la calle anda a lo loco. Vos vivías en la calle, Nicolás. Es más, ¿el auto lo habías robado o te lo dieron en parte de pago por alguna cuestión?

—Dejate de decir boludeces que me lo compré con mis ahorros. Con la guita que iba haciendo de la estación de servicio de mi viejo. No me lo regaló nadie, me lo gané solito.

—Nicolás, Lola es otra historia, está reverde. ¿Tu intención es que se le desarme en la primera esquina para que, si de casualidad sobrevive, aprenda a arreglarlo?

—Hablar con vos siempre resulta un problema. Es increíble, loca. Mirá, si querés darle tu auto, me parece perfecto. Pero conmigo no cuentes para nada. Na-da. Quiero que eso quede bien claro para que después no vengas con reclamos o pedidos especiales. Ahora, me ofrezco a buscarle un autito medio pelo y te digo lo que sale. Ahora que pienso, el pelado, el ingeniero que vive al lado de casa, le está vendiendo el auto al hijo. Un Gol. Me parece que para arrancar está bien. Si estás de acuerdo, le pregunto. Chequeo que el auto esté bien y dividimos el valor a la mitad como corresponde. Vos elegís si querés pagar seguro o patente y yo me hago cargo de lo que quede. Ahí está. Te dejo elegir y todo.

—Está bien, Nicolás. Está bien. Si es la forma que Lola se pueda manejar, buscale un auto, evidentemente te das más maña que yo en eso. Me da igual que sea del pelado, mientras que el auto esté bien y sea manejable.

Al rato de haber hablado, se acercó a la casa del vecino e hizo las consultas al respecto, tal como me lo había comentado.

—Ahí hablé. Un Gol, color gris, lindo che, modelo 2015, nueve mil dólares. Mañana a la mañana lo llevo al mecánico, que está cruzando el country. ¿Viste? Si estás de acuerdo, y está todo bien, que lo va a estar porque este pelado es un rompehuuuuuevo importante, mañana paso por tu casa para que me des 4500 dólares y se terminó el asunto.

—Pero mi auto es 2017, vale nueve mil dólares, es un Peugeot, no te entiendo. ¿No era mejor como idea? Incluso mil dólares más barato, ya lo conocemos. Ella lo remaneja. Sé que está en buenas

condiciones.

—No hay problema. Si no estás de acuerdo, no hay auto, Carola. Tu auto no. De boludo no me tenés. Vendelo por ahí, qué sé yo, encargate vos, no es mi problema. Pero me mandás a buscar autos, y ahora te tirás para atrás como hacés siempre.

—¿Eh? Estamos conversando. No me estoy tirando para atrás, ¿siempre cuándo? Y no te mandé a ningún lado, te ofreciste vos. ¿Por qué inventás? Además, cruzaste la vereda, no te fuiste a Salta a buscar autos. En cuanto a lo de la plata, lo de siempre. Te expliqué que tu mitad no es la mía, realmente si te doy eso, te estoy dando la que tenía para comprarme el mío, pero, bueno, se ve que no entendés…

—¿Qué tengo que entender? A ver si te pensás que me estás comprando un auto a mí, che. Comprátelo, Carolita, hacé lo que quieras, lo que se te cante el orrrrto, pero entonces no hay auto para Lola. No hay muchas más vueltas. Avisame qué querés hacer porque le doy de baja y que se vuelva de la facultad como pueda. No sé, no me voy a volver loco por este tema.

—Ya está, Nicolás, ella lo necesita más que yo ahora. Si decís que ese Gol está bien, dale para adelante. Justo la semana que viene es su cumple. Se lo damos de sorpresa, como regalo de cumpleaños, le preparo una cartita, le busco un llavero. No quiero que vea el auto adentro del garaje y no lo viva como un regalo. Quiero que tenga esa emoción. ¿Puede ser? Es el único favor que te pido.

—No sé qué sorpresa podemos armar, porque quiero que venga a mirarlo, que lo pruebe, que se sienta segura, que le dé un par de vueltas, pero dale. Hacele la cartita, buscale un llavero, no hay problema. Mañana paso y vemos cómo lo organizamos. Tengo que cortar. Chau.

Al día siguiente, ocho en punto, pasó a buscar la plata con la idea de, en caso de confirmar la operación, tener todo resuelto y dar por cerrado en tiempo récord la compra. Según me confirmó al mediodía, el Gol estaba en condiciones, pero me comentó una nueva posibilidad que se le había ocurrido a la noche, antes de acostarse.

—La cosa es así: estoy licitando un plan de un 0 km. Una

camioneta jeep que, la verdad, está buenísima. Mi idea era tenerla como segundo autito de casa. En algún momento pensé en parar la Mercedes-Benz, para ponerla a la venta y me venía bien tener un back up. La cuestión es que puedo licitarla y le damos esa camioneta a Lola. ¿Qué te parece? Vale mucho más, pero no importa. Yo me hago cargo de la diferencia. Mi idea es decirle que es un auto familiar. Me refiero a que lo use, lógico. Pero que se encargue de llevar y traer a los pibes, también, que nos dé una mano en eso, como habíamos quedado. Y que, si vos un día necesitás parar tu auto, tengas en qué moverte y lo mismo yo. ¿Estás de acuerdo? En definitiva, no se lo merece. ¿Qué hizo para ganárselo? Absolutamente nada. Se está rascando los ovarios, si vamos al caso. Eso se lo voy a decir. No quiero que crea que es un regalo, quiero que les dé valor a las cosas. Que sepa que lo tiene, pero que no es de ella. Es de la familia.

—¿Qué familia? Tenemos dos casas… La verdad es que me resulta rarísimo. En principio, la intención de decirle que no se merece algo que le estás dando me parece de una crueldad innecesaria. ¿Qué querés que haga para que se lo gane? ¿Qué debería hacer para merecerlo? Está estudiando, tiene 18 años, no entiendo. Podemos pagarlo. ¿Cuál es el problema? Los dos sabemos cómo transitó los últimos años, y lo que le costó y cuesta reconstruir su autoestima. ¿Querés ponerle una molotov adentro del pecho y que explote de una vez? ¿Cuál sería el objetivo de tu método de enseñanza? ¿Que sufra? Y en cuanto a decirle que le estás dando un regalo que no es un regalo me parece un acto de manipulación total. Es darle algo, pero que tenga en mente que en cualquier momento se lo podés sacar. Bueno… lo que hiciste conmigo en el matrimonio.

—¿Alguna crítica más, Carolita?

—Me parece superextraño que le des un auto nuevo, habiéndole querido comprar en primera instancia un fitito resucitado, que pongas más guita que yo, y que no me estés pidiendo un riñón a cambio.

—Ah, pero sos más complicadaaaaaa. No puedo creer la cantidad de pensamientos que te vienen en un minuto. ¿Cómo llegás a esas conclusiones tan delirantes? ¿Te cambiaron las pastillas? Tenés la

cabeza prendida fuego. Boluda, una vez que hago lo que vos querés. Que me pongo a pensar en un buen autito, que le dure, que nos sirva por si acaso, qué sé yo. Imaginate la cara de Lola cuando vea su camioneta en la puerta. No lo va a poder creer… ¿y me venís con este martes trece? Es de no creer. Te aclaro que lo hago pensando en vos también. Para que te puedas mover tranquila cuando dejes en venta el tuyo.

—Me preguntaste qué pienso, te lo digo. Yo creo que Lola se muere, sí. Pero no de emoción. Es meterle una presión innecesaria. Están robando ruedas a lo loco. Lola es perfil recontra bajo. Acordate lo que te digo, le va a dar vergüenza. No le gusta llamar la atención.

—Bueno, que se deje de joder. Vienen con tuercas de seguridad. Si se las roban, las pagará en algún momento. No ahora, ya lo sé. Pero se tendrá que hacer cargo en algún momento. Valen una fortuna, tiene que saberlo. Que les pregunte a las amiguitas quién tiene un cero kilómetro. A final, no hay poronga que te venga bien, Carola. Me volvés loco, viejo.

—Bueno, ya fue. Nicolás. Me ganás por cansancio. Dale lo que quieras. Licitalo, ok. Te pido, por favor, que me dejes darle la sorpresa. Hagamos una cartita entre los dos. Mi mamá tenía un llavero que decía su nombre para que se lo regale el día que tenga su primer auto. ¿Te acordás que te lo mostró a vos también? Me parece emotivo, qué sé yo. Aprovechemos el cumple. Aún no va a tener el auto, pero le metemos una llave en un paquete. ¿Te parece? No le digas nada. Mucho menos que es una camioneta, ni un 0 km, ni nada.

—Ok, ok. Dale con la cartita. Armala, sí. Ponele lo que quieras, sabés mi firma, ¿no?

—¿Tu firma? Es una carta, no un cheque.

—Bueeeno... Cuando vengo, le pongo *papá* abajo y chau. Vos escribí que yo me ocupo del resto y ya le doy de baja al pelado. Bechoooo.

# 47

Lola está en la facultad. Mañana es su cumpleaños. Termino de escribirle la carta. Guardé el llavero con su nombre en una cajita. Le puse un moño y una foto de mi mamá adentro. No puedo dejar de llorar de emoción. Imagino a Lola leer mis palabras. Que se sienta capaz de cumplir con responsabilidades. La veo yendo y viniendo a la facultad, por fin, prescindiendo de nosotros. Me cuesta soltarla porque tengo miedo después de lo que pasamos. Se merece estar contenta. Se merece que sepa que confiamos en ella. Se merece sentir que puede.

Tomi y Manu están conmigo en la cama. Me ayudaron a guardar la sorpresa en un hueco que para encontrarlo hay que llamar a dos detectives. Están tan entusiasmados como yo. Tienen preparados unos globos para inflar y poner en la torta. Quedamos que Nicolás venía a soplar las velitas y darle la sorpresa.

Un mensaje de Nicolás acaba de llegarme al celular.

Carola, ¿qué hacés? Cambio de planes. Te aviso para que no me digas nada, como siempre. Antes de dejar a Lola en la facultad, le tuve que decir lo de la camioneta porque quedamos que mañana a la mañana la paso a buscar para que vaya a elegir el color y la pruebe. Ya que voy aprovecho y firmo los papeles que me quedan. Te aviso que la tuve que poner a mi nombre, porque para ponerla a nombre de los dos había que pagar una transferencia y plata ya no tengo. No la iba a poner a nombre de Lola, desde ya. Imaginate que un día se le vuele la cabeza y la quiera vender para irse a vender collares a la India. No me iba a arriesgar a eso. Con estos pibes nunca sabés. Le dije que es un auto de ella, pero no para ella. Así muy al pasar. No se dio cuenta, ni se quiso cortar las

venas. Dale la carta igual. Le va a gustar. Mañana paso a buscarla, voy con un amigo, así que no me cuentes para la torta. Estás invitada. Si se te complica, te mando una foto. Le va a encantar. Te mando un bechoooo. Beso a los enanos.

Me doy cuenta de que estoy llorando porque Manu me levanta las lágrimas y me las muestra. Me pregunta qué me pasa. Un nudo en el estómago no me deja hablar. Pienso en Lola y me retuerzo. Mi sorpresa. La carta. Mi mamá. El único favor que le pedí a Nicolás. La ilusión de verle la carita a mi hija. La plata de mis ahorros en un auto cuyo dueño ahora es Nicolás. La toma de decisiones sin mí. Estoy humillada. Siento vergüenza de mí misma. Me levanto de la cama y les pido a los nenes que me dejen un rato sola. Me meto en el baño y me apoyo contra la pared. No es un llanto normal. Estoy llorando otra vez. Miro al techo y les pido a mis papás que otra vez no. Por favor. *Estoy saliendo, mamá*. *No me dejes sola, papá.* Es el llanto cortado del abuso. De la violencia emocional. El llanto que duele tanto que es incapaz de salir entero. Un llanto gritado. Descarnado. Un llanto roto. Pero conocido.

Salgo del baño y me miro en el espejo. Veo la cara de la destrucción. Del daño irreversible. Uno más. Un dolor más. Un golpe más. Esto no es la vida. Esto es Nicolás. Algo cae en mi cabeza y se desliza por el resto del cuerpo. Me atraviesa entera. Un recuerdo que no sé dónde estuvo viviendo todos estos años se enciende en mi pecho y un derrotero de imágenes empiezan a caer como piezas de un dominó. La primera vez que fui a un psiquiatra fue cuando conocí a Nicolás. El primer insulto. Su primer insulto se me vuelve presente. *Laucha resucitada. No te merecés nada. Todo lo que tenés es por mí. ¿No te das cuenta de que trabajás en esa empresa porque sos mi esposa? ¿No te das cuenta de que esta casa, este auto, este modo de vida, lo tenés porque estás al lado mío? Vivilo como un gran préstamo, mi amor. Porque el día que nos separemos, de todo esto no te llevás nada.*

¿Por qué me quedé? ¿Dónde estaba? ¿Qué pasó después de ese momento?

Era el cumpleaños de Nicolás. Estábamos almorzando en un bar, haciendo tiempo para mi primer turno con la psiquiatra. Estaba embarazada de Lola de cuatro meses. Le había preparado una fiesta sorpresa en la casa de mi mamá y tenía que entretenerlo hasta la noche. Recién estaba empezando a trabajar. No tenía demasiados ingresos. Mi obra social me la pagaba mi papá. En ese almuerzo le pregunté si no le parecía que era momento de que sea él quien pague algunas cosas, por ejemplo, los estudios médicos de Lola, ya que él era el padre. Corrió el plato y dejó de comer. Me clavó la mirada con desprecio. Me contestó enojado. *¿Por qué me hablás como si fuera una rata?* Le respondí que no le hablé de ninguna manera. Que simplemente estaba conversando de algo muy sencillo. Me tragué la angustia y él comenzó a denigrarme. *Evidentemente, sin mí no podés hacer demasiado, Carolita.* Le pedí que no siguiera porque me estaba haciendo mal. *Es tu cumpleaños, por favor. Tengamos un almuerzo en paz. Celebremos.*

No me sentía bien. Sus palabras eran pesadas. Fuertes. Capaces de producir ruidos internos. Golpes. Me tomé la panza sin decirle nada. Sentí una puntada. No quería que lo supiera. Tuve miedo. No podía precisar el motivo del miedo. Salimos de la cafetería. Me pidió perdón cuando me vio la cara desfigurada en el medio de la calle. Intentó calmarme. Estábamos a una cuadra de la psiquiatra. Entré y subí. Él me esperó abajo. Recibí mi receta con mi primer diagnóstico de depresión. Nicolás subió a buscarme. Saludó a la psiquiatra con un beso. Me di cuenta de que ella lo miró mal. Salimos y me preguntó cómo me fue. No pude contestarle. Estaba bloqueada. Siguió pidiendo disculpas. Me besó la boca cerrada. Me ayudó a subir al auto. Frenó de golpe y me dijo que quería comprar un cochecito para Lola. Me pidió que bajara y lo eligiera. Me abrazaba todo el camino. Fuimos a casa. Su casa. Nunca pude decirle *casa* al lugar donde vivíamos. Llegamos y subí las escaleras. Fui derecho a la cama. Me dormí profundamente. Me desperté a las dos horas y me di cuenta de que mientras dormía no me había dolido el alma.

No pude ir a su fiesta. A la fiesta que yo misma le había organizado. Fue la primera vez que estuve días sin levantarme.

Ahora recuerdo por qué no me fui. Por qué no lo eché. Por qué lo perdoné. Ahora recuerdo el miedo. Recuerdo la causa del miedo y empiezo a llorar en el piso de mi cuarto. Los nenes entran y me preguntan qué me pasa. Lo llaman a Nicolás y le dicen que otra vez estoy estresada. Escucho que Nicolás dice que ahora viene a buscarlos. Lola abre la puerta de casa y sube corriendo las escaleras. La veo parada frente a mí y lo recuerdo todo. El miedo que tenía era de que me dejara sola con la nena y que no estuviera en condiciones de poder cuidarla. Por eso no podía dejarlo. Por eso no lo dejé. Por eso no pude irme, hijo de puta.

La misma persona que me hunde es la misma que me rescata. Como está a punto de volver a pasar ahora.

# 48

Llegué a lo de Bernasconi con el teléfono en la mano. Se lo di antes de sentarme. Le mostré absolutamente todas las conversaciones como si fueran un análisis de sangre. Esperé el resultado mientras lloraba.

Rubén terminó de leer, de escuchar, de ir y venir por ese teléfono intoxicado y lo apoyó en el escritorio. Se quedó callado y me miró fijamente.

—Decime si estoy loca, Rubén, o si estoy enloqueciendo, pero este tipo…

—Este tipo es un gran perverso manipulador, Carola. La crueldad con la que se maneja es peligrosa. Esto es grave. Sus mecanismos están muy aceitados. Decime qué pasó ayer a la noche con vos. No quiero saber de él. Quiero que me cuentes qué pasó cuando se llevó a los chicos.

—No dormí. No pude dormir.

—Me imagino, nadie con sangre en las venas podría haberlo hecho.

—Viví algo muy raro, Rubén. Lo que me pasó fue que de repente, algo de ese suceso, algo del tema del auto, se linkeó con otro recuerdo muy viejo y abrió las compuertas de un río de más recuerdos que empezaron a caerme en la cabeza sin buscarlos. Recuerdos terribles. De mucho maltrato. Económico, emocional. La manera de subestimarme. Sus mentiras evidentes. Sus ausencias. Inclusive empecé a recordar mi sexualidad con él. Totalmente desapegada. Nada que ver conmigo. No lo sé.

—¿Qué más?

—Embarazada de Manu, sola en la cama. Tuve un embarazo de riesgo. Él no estaba. Yo estaba sola, muy descompensada. Apareció mi mamá. No sé qué pasó. Vuelvo a despertar y le estoy pasando la lengua al dedo de mi mamá lleno de sal. No fue la primera vez. Me acuerdo porque mi mamá nunca hablaba mal de él, pero esa vez se enojó. Lo llamó y le dijo de todo porque otra vez me había dejado sola.

—¿Qué más?

—Mis depresiones. Siempre en mis depresiones, Nicolás tuvo algo que ver. Antes de caer, antes de apagarme, antes de las pastillas, aparece una discusión con él.

—Seguí.

—Cómo me arruinaba mis cumpleaños, a muchos de ellos llegaba tarde. Nunca me regaló nada. Ni para mi cumple ni para Navidad, ni para nada. Era la única que no tenía nada en la mano. En los eventos que no terminaba en pedo, se iba a dormir antes que terminara la fiesta. Lo mismo en las vacaciones. Nunca la pasaba bien.

—¿Qué más?

—Cuando empecé a escribir, a publicar los libros, me hizo la vida imposible. Para cada viaje que se me presentaba tenía un problema. O me iba llorando, o me terminaba quedando porque no me quería cambiar los días… Llegó a decirme que esos libritos se los debía a él porque…

—¿Qué más?

—Por Dios, no sé, Rubén. Porque cuando termino devastada, tirada, deprimida, él no lo disfruta. Lejos de eso, me quiere matar. Me acusa de cagarle la vida. Me pide que me arregle sola. Que no lo joda más. Se muestra totalmente carente de empatía… No puede ser Nicolás la persona que me lleve a esos estados si después detesta que lo convoque. No me dan los números.

—Pero, finalmente, y después de horas de ruego él se hace cargo, ¿no?

—Sí. Me la hace parir. Lo paso muy mal, me desgasto en explicaciones, termino más angustiada que como empecé, pero él viene, sí. Finalmente, viene.

—¿Qué te hace pensar que no lo disfruta?

—¿El hecho de que tenga depresión?

—No. El hecho de que lo necesites. Carola. Control y poder. Las dos armas fundamentales del manipulador.

—¿Qué me querés decir? Estoy viendo una película de terror.

—A ver. Lo que pasó es un avance fundamental. No te das una idea de cómo me pone este redescubrimiento. La apertura, la caída del velo del trauma. Te felicito. Esto no sucedió solo. Todo, absolutamente todo en lo que estuviste trabajando terapéuticamente, tus charlas, tu compromiso, tus escritos, todo… fue la tierra necesaria para que el día que caiga la semilla se haga fértil. ¡Carola!

—¿Se festeja? Porque yo estoy desahuciada. ¿Estuve durmiendo con el enemigo? ¿Sabés qué? Todo esto pasó porque fue la primera vez que hizo evidente la estafa. Y no solo me refiero a la económica. No sé cómo se le escapó de las manos. Yo tengo claro que esa plata la perdí. Desde ya, no hay forma de demostrar que puse plata. Pero un tipo así, tan elocuente, tan estratégico, tan… sutil… Porque, creeme, la violencia emocional es muy difícil de asumir, entre varias cosas porque no hay manera objetivable de demostrarla. Esto lo vuelve confuso, no solo para el que lo escucha, sino también para quien lo padece. Por eso, que lo haya hecho tan evidente me resulta raro. Tengo mensajes en los cuales consta todo. Los acabás de leer… Tantas veces mis amigas lo han defendido… Mis padres lo quisieron como a un hijo…

—La manipulación es a todo tu entorno. ¿Dónde estuvo *el hijo varón* de esa madre que tanto lo quería cuando falleció?

—No lo sé. Nunca apareció.

—Y el *hijo adoptivo* de tu padre, ¿dónde estuvo cuando falleció?

—No lo sé. De viaje, dijo. Ahora que recuerdo igual que con mi mamá.

—Qué raro que un hijo no esté en el velorio de sus padres. Porque si bien tus padres lo habrán querido mucho, no parece que haya sido mutuo, ¿no? ¿Y qué fue lo que llevó a Lola a autolesionarse?

—Discusiones con él. Fueron dos veces en que yo no estaba. Me había ido a intentar terminar uno de mis libros a un campo porque al

lado de casa estaban construyendo y no podía más con el ruido. Digo intentar, porque las dos veces tuve que volver antes de haber llegado, lógicamente.

—Mirá qué interesante. Demasiada casualidad, ¿no te parece? Y esa amiga tuya… La que terminó saliendo con él…

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué te dijo Nicolás cuando lo increpaste?

—Que él no estaba haciendo nada malo, que en todo caso me busque mejor mis amigas.

—Carola… Podría seguir un año si quisieras y solo te atendí diez veces.

—¿Qué hago? Entonces, mis depresiones…

—No, Caro. De ninguna manera podemos correlacionar absolutamente tu cuadro anímico con los manejos de este tipo. La falta de serotonina es una evidencia que no podemos desconocer. Tus antecedentes familiares, tampoco. Seguramente habrás tenido episodios que ahora no los puedas precisar por todo este movimiento interno, en los que Nicolás no habrá tenido ninguna injerencia. Pero tampoco podemos dejar de lado el contexto que te acompaña. Y si de algo estoy seguro es de que con la fluoxetina no vas a resolver esta problemática. Es momento de terminar con la limpieza. Me consta por las conversaciones que tuve con Hernán, y por cómo te vengo viendo, que venís avanzando de a poco, pero mejorando siempre. Charlalo con tu terapeuta, pero yo creo que es momento de establecer una distancia absoluta con este tipo. Entiendo que es el padre de tus hijos, y que tendrás que tener diálogos, no lo sé. Pero la palabra *nosotros* se terminó para siempre. Es necesario que dejes de ver a Nicolás. Y para eso necesitás implementar los últimos movimientos.

—¿Cómo voy a hacer la próxima vez que vuelva a visitarme la oscuridad? ¿Cómo hago con los nenes?

—En principio, es mi deber decirte que lo más probable es que esos estados regresen. Ya conocés tu tiempo interno de recuperación. ¿Te acordás cuando decíamos que eras una gran osa polar en proceso de hibernación? Bueno, volvamos a ese concepto siempre. No lo pierdas de vista. Es una punta fundamental para que

no te frustres ni te coma la desesperanza.

”Cuando llegue el invierno, usted, señorita, reina de las reinas, le abre la puerta como buena anfitriona que debe ser, lo deja pasar, y se recuesta con una mantita bien calentita hasta que se le pase el frío. ¿Cuánto tiempo? Todo el tiempo que su cuerpo necesite para restaurarse. En esos momentos si es necesario, nos encontraremos con más frecuencia para ajustar o no la medicación, ya veremos, y con el apoyo terapéutico siempre a mano. Tengo entendido que has ampliado la red de contención y creo que, dado este último evento, porque mi estimada paciente nunca deja de sorprendernos, tenemos que ampliarla más.

—No tengo a nadie más, Rubén.

—Tenés a tus hijos.

—¿Mis hijos? No. Mis hijos, no.

—Es momento de que tus hijos sepan la verdad. Ahora que estás bien, que te ven floreciendo, es tiempo de que te sientes a hablar con ellos y les expliques, como se les explica a dos niños pequeños, qué le pasa a su mamá. Qué cosas tienen que saber, qué cosas pueden hacer en esos momentos, qué cosas pueden ver y, sobre todo, que sepan que un día esta mamá vuelve a las pistas como lo hizo siempre. ¿No me contaste que Manu tenía un yeso en la mano?

—Sí, sí. En todo el brazo. Se cayó en la clase de educación física.

—Bueno, podés decirles que como ese yeso le impide mover el brazo con naturalidad y lo condiciona a realizar un montón de actividades, necesita que sus compañeritos, sus padres y sus señoritas lo ayuden. Y que, bueno, a su mamá le pasa lo mismo. Esta mamá resulta que, de vez en cuando, la invade un sentimiento de tristeza y de cansancio que le impide ser la persona que ellos conocen. Que, como Manu, tiene un yeso en el cuerpo y necesita ayuda hasta que pueda recuperarse como corresponde. ¿Sí? Que no tienen que asustarse, ni nada por el estilo. Que mamá en ese periodo necesita descansar más. Necesita estar tranquila. En fin… Lo vas viendo a medida que ellos vayan preguntando. Nada de palabras que no puedan digerir. Si hay palabras que no entienden el significado, entonces es un indicador de que hay que recurrir a otras más suaves. ¿Sí? Y a Lola le decís la verdad. Que lógicamente ya la

sabe.

—Creo que podría contarle a un grupo de *mamis* que son mis amigas. Digo, me parece que contar con el apoyo de ellas me serviría un montón. Conocen a los nenes, los quieren, son amiguitos de sus hijos, van al mismo colegio y ellos las quieren a ellas también.

—Fabuloso. Me parece la ficha que nos faltaba, Caro. De todas formas, te pido que todo esto lo converses con Hernán. Sé que no hay problema, pero quiero ser respetuoso y no pisar su terreno.

—Rubén, el terreno soy yo. Me encanta que me pisen los dos juntos, no creo que haya otra manera de trabajar la tierra. No estoy dividida.

—Mirá qué lúcida la osa reina. Muy bien. Me gusta. Me gusta. Sé que esto es mucho, Caro, y que probablemente hoy no veas este proceso como algo positivo. No puedo negar la cantidad de contrariedades que te pasan. Veo tu lucha. No puedo no recordar que la primera vez que te vi me dijiste que el mundo te resultaba un lugar hostil y que por eso recurrías, casi compulsivamente, a aquella ilusión compensatoria con esa bella imagen de paz que, por fin, podías adquirir en tu casa del campo. Ahora entiendo mucho más esa necesidad imperiosa de irte.

—Vuelvo a ella todos los días de mi vida. Creeme que cuando ayer pasó esto con Nicolás, lo primero que hizo mi cabeza para calmarse fue salir a buscar esa foto mental como si fuera un chupete.

—Tiene mucho sentido. Hacia algún lugar tenías que salir a refugiarte para no enloquecerte. Lo perturbador de todo esto, Carola, es que la hostilidad del mundo del que hablás es el mundo que habita en vos. No siempre elegido, lógicamente, pero es el mundo en el que creciste y el que te rodea de manera permanente. Tus vecinos. Tu exmarido. Las parejas que tuviste. Tu lugar de trabajo. Tu distancia con Julia. La muerte de tu padre, de un padre contenedor y amoroso que ya no está. Esa figura materna tan complicada…

—Sí, es verdad. Lo estoy viendo y, creeme, lo estoy modificando a diario. Gracias a todo lo que me están ayudando, estoy limpiando profundo. Con esto último creo que se viene un gran desafío. Era la

piedra que me faltaba remover. Tirarla. Revolearla a la mierda. Irónicamente, la piedra que más cerca tenía.

—Nada fue en vano, Carol, trabajaste y seguís trabajando incansablemente para estar mejor. Pero correr el árbol para poder ver el bosque no es tan fácil como uno supone. A veces las raíces lograron expandirse por todo el territorio, y contaminaron al resto de las plantas creando pura maleza. Es verdad, esa contaminación constante hace que uno no lo vea. No porque no exista. No porque quiera que se quede. No por amor al árbol. No porque le resulte difícil prescindir de él. La razón por la que uno no puede darle el sentido de importancia y gravedad que reviste tiene que ver con el acostumbramiento. Uno se acostumbra a vivir así y piensa que es lo normal. Al naturalizarlo dejás de ver las cosas como son: terribles. ¿Cuánto tiempo estuviste al lado de este tipo, hundiéndote y pidiéndole ayuda al mismo tiempo? ¿Veinte años? Necesitábamos de esta información, por eso la agradezco y te felicito otra vez por haberte abierto con tanta valentía a recibir esos recuerdos y darles el lugar que necesitaban. Una vez que uno pone en palabras la emoción exacta, tal como hiciste, la mitad del camino está saldada.

—Literalmente, todos estos años me sentí chiquita, Rubén. No solamente rota. Chiquita. De vidrio. Incapaz de vivir en este mundo. Ya sé que está mal decirlo, pero muchas veces he llegado a pensar que la única forma de sacármelo de encima es que se muera. Pero a veces es más fácil dejarse morir uno que matar al otro. Dirigimos la violencia hacia la persona equivocada. No podía explicar lo que me generaba, realmente me perturbaba. Pero no sabía cómo se llamaba aquello que me provocaba semejante estado de ansiedad. De angustia. De descontrol. Ahora lo sé. Se llama abuso. Abuso emocional. Cuánta falta de respeto podemos aguantar del otro antes de soltarlo, ¿no?

—La misma cantidad de veneno que estés dispuesta a tomar antes de morir.

*Tres meses después…*

# 49

Estoy sentada en el living de mi casa y no despego los ojos de la computadora. Reviso la novela que terminé de escribir hace dos días. Todavía no encuentro el título y me gusta que así sea. Pretendo hallarlo en el recorrido exhaustivo que me lleve hacer este trabajo de carpintería. Los niveles de concentración que necesito son astronómicos. Aprendí a manejar el termo y el mate de memoria. Conozco la locura que despierta en mi cabeza el sonido de ciertos ruidos. Tengo hiperacusia. Escucho como un perro. Alguien estornuda en la casa de enfrente y digo *salud* de manera automática. Apagué el celular y lo metí debajo del colchón por si se le ocurre resucitar. No vuela una mosca. Tomé la precaución de cerrar las puertas y las ventanas. Bajé las cortinas. La luz del sol me distrae. En su lugar, tengo un velador prendido que apunta directamente a las teclas. Voy por el capítulo número tres. Me faltan cincuenta. No me interesa. Adoro este trabajo. Reemplazar palabras, acortar oraciones y poner puntos donde antes puse comas, me genera un regodeo indescriptible. Estoy contenta porque estoy tranquila. Estaba. Alguien apretó una tecla. Miro hacia los costados. Recuerdo que estoy sola y regreso mi cara a la pantalla. Es el vecino. El vecino, no. El sorete del vecino. Acaba de prender la máquina de cortar el pasto. El ruido insoportable está traspasando los vidrios de las ventanas. Tiembla la puerta. Sé que no es verdad, que es producto de mi imaginación exacerbada, pero para mí está temblando igual. Los perros del vecino empezaron a ladrar. Tiene dos nenes chiquitos que detesto porque gritan y lloran todo el santo día. Hace un tiempo enganché por la ventana a uno de ellos meando

la rueda del auto. Lo tengo atravesado. La madre lo niega y pide careo. No es ninguna santa. Es la típica mosquita muerta que chusmea a todo el barrio por la ventana de su casa. La vi hacerlo varias veces. Uno de los nenes, el que no tengo atravesado, grita. Empezó la orquesta. Me coloco la mano en el mentón y cuelgo la mirada en el aire. Estoy deseando que se mueran todos. Una llama que se prende en mi esófago se propaga por todo el cuello. Siento calor. Es el calor de la bronca. Suspiro y llevo la mirada hacia mi parque y me imagino yendo a pedirle a Ricardo, el idiota del vecino, que apague algo. Lo que más le guste. Imagino que, si elimina un ruido, el resto se deshace por decantación. Me levanto de la silla con ganas de llorar. No es angustia. Es ira. Veneno. Mierda. Intento calmarme, pero no puedo. Me pregunto si no podría haber tenido la gentileza de preguntarme si me molesta que me tire encima a toda su ruidosa familia a la hora de la siesta. Sabe que soy escritora y que necesito silencio. Ya lo discutimos varias veces. Pero no le interesa. Se defiende de mis acusaciones diciendo que es veterinario. Como si eso lo salvara de preocuparse por las personas. Abro la puerta que da al patio con violencia y se me cae la cortina encima. Veo volar a los dos perros por encima de la ligustrina. En una de las tantas peleas me hicieron saber que son perros rescatados de la calle y que no responden al adiestramiento. Me importa un carajo. Lo lamento mucho, pero les respondo que tener un perro acarrea responsabilidades. *Deberían tomar cartas en el asunto.* Uno de los dos acaba de cagar en la pileta. El otro se engancha las patas con una sábana que está colgada en el tender y la tira al pasto. Está cagando la sábana. Me siento violada.

Salgo rengueando con la cortina entre las piernas y me acerco a la pileta.

—¡Afueraaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Se vaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaan de acá!

Uno de los perros se cae al agua. Sale de manera inmediata y camina por el cemento alisado del patio dejando las huellas por cada uno de los centímetros que hoy a la mañana me dediqué a limpiar. Los perros corren y desaparecen. Escucho la voz del nene que le

dice al padre que apague la máquina.

—Apagá, papá, es la loca de al lado.

Meto la cabeza en la ligustrina y veo la cara de Ricardo entre las hojas. Le grito todo lo que acabaron de hacer sus perros. La voz de Ricardo me pide perdón. Mueve la boca como si fuera un pez y me vuelve a explicar que son comportamientos animales. Pierdo la boca de Ricardo entre tantas plantas y lo empiezo a buscar entre las hojas. No quiero que se me escape.

—Ricardo, por favor. Me siento Dory buscando a Nemo, salí de ahí y da la cara. Estoy trabajando. Me acaban de desconcentrar de una manera inimaginable.

—Lo lamento, Carola. Todos tenemos una vida. Es en el único momento que tengo tiempo. ¿Qué quiere que le haga? Hay que ser más tolerante, ¿no le parece?

—¿Sabés qué pasa, Ricardo? Que te vengo bancando hace un año, rompiéndome las pelotas todos los días de tu vida. Me hacés la vida desdichada. Lo único que quiero es irme a vivir al campo para no tener vecinos. Sos el peor del barrio y te tengo al lado. Te quiero denunciar por mala persona. ¿Por qué no viene la mosquita muerta que tenés ahí adentro a limpiar el desastre que me hicieron tus amados perros? Así es veterinario cualquiera.

Ricardo no contesta y vuelve a prender la cortadora. El fuego que tengo en la garganta me está picando. Me arranco las cortinas de las piernas y busco la caca de los perros. La levanto con un repasador que se estaba secando y se las empiezo a tirar por encima de las plantas. Sorete por sorete. El tender también está todo cagado. Se lo tiro con la ropa y le digo que me lo lave porque me lo ensuciaron ellos. Me pide que me calme y apaga por fin la máquina. Escucho la puerta de su galería cerrarse de repente. No sé qué pasó, pero se produjo un silencio total y todos ellos desaparecieron.

Entro llorando a mi casa y miro la computadora. Quiero calmarme porque necesito hacer lo que estaba haciendo. Subo las escaleras corriendo y busco el celular debajo del colchón. Mientras se prende, tomo la decisión de llamar a mi amiga Marcela, que es abogada, para preguntarle si hay alguna manera de prevenir que se vuelvan a

repetir estos episodios por la vía legal. Me mojo la cara varias veces. Tengo cuatro llamadas perdidas de Julia. Me preocupo y se las devuelvo de inmediato.

—¿Julia?

—¿Carola? Te llamé cuatro veces, ¿dónde estabas?

—Hola, Julia, tenía apagado el celu, perdón. ¿Pasó algo?

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

—Sí, pero de bronca. Me estaba peleando con los vecinos por los ruidos. No me pueden pasar todas, boluda. No sabés lo que son.

—No te puedo creer, Carola, calmate. ¿Estás puchereando? Hay cosas que no cambian nunca… ¿Ya les pegaste un tiro o llamé a tiempo?

Me rio como respuesta.

—¿Te acordás cuando fuiste a denunciar a la pibita que vivía al lado de la casa de mamá porque se reía fuerte y no te dejaba estudiar?

—Me había olvidado, no te puedo creer. ¿Cómo te acordaste de eso?

—Porque hiciste que te acompañara a la comisaría. No sabías cómo llegar. *Cinco cuadras derecho,* te decía y me mirabas como si te estuviera dejando tirada en el medio del río.

—Síííí, fuimos a denunciarla a la Primera, ¿te acordás? Nos tomaron la denuncia por ruidos molestos.

—Carola, el policía te dijo que sí porque estabas con toda la cara desordenada. Le diste miedo. Yo no puedo creer que estuve ahí, a tu lado. Mientras tanto, la viva de mamá durmiendo. Obviooo. Pero pobre pibita… ¿qué culpa tenía de reírse así? Dios mío…

—Julia, esa chica tenía un problema. Se la pasaba riendo y ponía la cara arriba del paredón que daba para casa, ¿no te acordás?

Julia pega una carcajada y siento que la tengo otra vez. Una alegría me invade el alma. Me doy vuelta hacia el espejo de mi vestidor y me veo la cara iluminada.

—Decime, ¿me llamaste para algo en especial? ¿O querés que nos veamos un rato?

La voz de Julia se endurece de repente y cambia el sonido de su voz.

—Te llamé porque me avisó el abogado que salió la declaratoria de herederos y ya podemos firmar los papeles de la sucesión de la casa de mamá y ponerla en venta. En realidad, hay algo al respecto que te quiero comentar, pero eso prefiero que lo hagamos personalmente. Son diez minutos, no más.

—Ah, bueno, bueno. No tengo problema. Decime cuándo te queda bien, yo me organizo. ¿Estás con el auto o querés que te pase a buscar por tu trabajo y vamos a tomar un jugo o algo por ahí?

—Sí, ya te digo, son diez minutos. Pero, bueno, si te queda cómodo el lunes tipo diez de la mañana te espero en la puerta de mi trabajo. Yo salgo, así no perdés tiempo buscando estacionamiento.

—Me parece bien, quedamos así, el lunes nos vemos.

—Dale. Y dejá a esos pobres vecinos tranquilos. Un día te van a terminar internando, pero por loca. Te lo digo de verdad.

Reímos y cortamos el teléfono.

Bajo la escalera contenta. *Julia. Cómo te extrañaba la voz. Cómo quisiera contarte todo. Ver a los chicos.* Sé que ese llamado no fue nada, pero por un momento siento que la recuperé y que, entonces, puedo recuperarla. Recuerdo la conversación mientras voy bajando y me rio. Cada rincón de Julia grita una parte de mi historia. De *nuestra* historia. Me había olvidado lo de esta piba, pobre. *Qué loca que estoy, la verdad. Tiene razón mi hermana.* Pelo un chupetín bolita que tenía apoyado en la mesa y me lo meto del lado derecho de la boca. Me paro frente a la computadora. Miro la novela en la pantalla. No hay título. Apoyo la rodilla en la silla, me saco el chupetín, me pellizco la boca y achino los ojos. Suelo hacer esta coreografía cada vez que tengo una idea dando vueltas en la cabeza. Me siento y miro para los dos costados. Sonrío. Llevo la cabeza hacia atrás y pego un grito.

—¡Vamoooooos, Carolita, vamooooosss!

Levanto las manos como si hubiera ganado un mundial de lo que sea. *Síííí. Gracias, Ricardo. Gracias, Julia. Gracias, vida.* Aplaudo de felicidad. Me meto el chupetín en la boca y escribo LOCA. Miro la palabra fijamente. Me alejo para verla mejor. Muevo la cabeza para un lado y para otro.

Sí. Así se va a llamar la novela. LOCA.

# 50

Tal cual como quedamos, paso a buscar a Julia por su lugar de trabajo. Decidimos ir a un bar que estaba a dos cuadras para no perder tiempo, en media hora Julia tiene que regresar.

—La cosa es así, Carola. Te quería comentar que los padres de Diego están interesados en comprar la casa de mamá. La parte que te corresponde a vos queda intacta, obvio. Yo les voy a bajar un poco, para hacerles una atención porque, lógico, son mis suegros. Te cuento porque lo vas a ver en la escritura y me parecía pertinente que lo supieras de antemano. Pero, más allá de eso, te quería preguntar si estás de acuerdo o si tenés alguna razón para oponerte.

—No, no, para nada. ¿Qué razón voy a tener? De hecho, buenísimo que la vendamos rápido. No tengo ningún problema.

—Era solamente eso lo que te quería decir. No sé vos, pero si te parece nos vemos el día de la escritura. Hablo con el abogado y te llamo.

—Sí, está bien. Espero que me llames. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Todo perfecto. —Se levanta con la cartera en la mano y busca la billetera.

—Dejá, dejá, yo pago, si no tomaste nada. Yo me pago el café. Andá, andá tranquila que yo me quedo acá un cachito hasta terminar.

Pero Julia no se mueve. Se queda de pie al lado de la mesa.

—¿Qué? ¿Pasa algo más?

Julia se vuelve a sentar.

—En realidad, te quería hacer un comentario. No me quiero meter en tu vida, pero, bueno, quizá te sirva la información. ¿Te acordás

del tío Ernesto? ¿El primo hermano de papá?

—Sí, me acuerdo. Hace siglos que no lo veo, pero me acuerdo. Tiene dos hijas de nuestra edad, un poco más chicas, creo. Pero me lo reacuerdo. Tenía una casa en la costa. Fuimos un par de veces. Estaba frente al mar, ¿te acordás? Nos redivertíamos. Yo me iba a hacer la Alfonsina Storni y vos te metías en el mar para impedir que me ahogara, qué taradas, Dios mío.

—Sí, me acuerdo porque el único poema que me aprendí en la vida fue ese. Lo recitabas llorando abrazada a una roca. Y después de un rato hacías la entrada triunfal al mar. Bueno, el tema es que hace poco me lo crucé en una fiesta de los papás de Diego. No sé, la verdad, cómo cayó ahí. Ya no me acuerdo. Pero nos quedamos charlando y me comentó que estaba vendiendo la casa porque le quería comprar un departamento a una de las hijas por el barrio donde estoy viviendo yo. —Carraspea y retoma la conversación—. Me acordé de vos. No sé si seguís con esas ideas... Pero, siempre, de chiquita decías que querías tener una casa frente al agua, rodeada de árboles. Tu casita de campo. Me acuerdo patente. Era tu deseo, lo repetías todos los santos años.

—¿Cómo no me voy a acordar, Julia? No me acuerdo de habértelo comentado a vos, la verdad. De hecho, me asombra, siempre creí que había sido mi secreto. Por supuesto que lo sigo teniendo. Convive conmigo desde siempre.

—Carola, ¿me estás jodiendo? Primero, me contabas todo, eras redensa. Y, segundo, antes de dormirnos, papá pasaba todas las noches por nuestro cuarto y nos contaba dos cuentos inventados. ¿Te olvidaste? Empezaba conmigo porque estaba en la parte de arriba de la cucheta. Siempre me contaba uno nuevo, de lo que yo quisiera. Pero, cuando bajaba para contarte a vos, le pedías el de la casita del campo. Nos tenías hartos a los dos. No había forma de hacerte cambiar la temática. Antes no te chupabas el rivotril como ahora, querida. No lo necesitabas porque dormías como un angelito escuchando a papá hablar de tu cuento. ¿Te acordás cómo le puso papá?

—¿Al cuento?

—A la casa. A la casita.

—Nooo... Por favor, decime.

—La Muñeca. Como te decía él a vos, *Muñeca*.

Me tapo la cara con las manos y vuelvo a llorar como si tuviera cinco años. Seis. Siete. Doce. Quince. No lo sé. Julia quiere despegarme las manos, pero no puede. Me acaricia la cabeza y se acerca.

—¿Otra vez estás llorando, nena? No te puedo creer. No se puede decir nada que tenga algún comentario emotivo porque se te activan los lagrimales de manera inmediata, querida. Perdoname. Pensé que te acordabas. ¡Era tu sueño, no el mío!

—¡Aún lo es! Y no, no me acordaba, Julia. No me lo acordaba. Ahora me decís eso y se me viene todo a la memoria de repente. No puedo creerlo.

—Dejá de llorar porque me estás manchando la mano con mocos, boluda. Y además te sale un aliento inmundo. ¿Viste que cuando uno llora tapado te sale gusto a enfermo? Cerrá la boquita, haceme el favor. —Se tapa la nariz.

Me rio y me escupo. Julia se echa para atrás y pone cara de asco. Me rio de nuevo. Me tira una servilleta en la cara y me dice que vaya a lavarme al baño porque le doy vergüenza.

—Nos miran todos. Parece que te cagaron a trompadas. Andá, por favor.

—Bastaa, me hacés reír más. Terminala. Dame unos segundos y ya voy. Pero no acotes más nada porque me tiento. Ya sabés.

—Tomate el cafecito. Tomatelo y después vas. ¿Sí?

—Uf. Mucha información junta. No me la esperaba. Claro que la quiero, seguro hay que reformarla toda. Tiene más años que la escarapela.

—Sí, pero la dejaba a dos mangos. Con la plata de la venta de la casa te alcanza para todo. Podés comprarla y podemos arreglarla. Hay que ir a verla. Pero yo me apuraría. Está en Pinamar, ¿te acordás? Lleno de bosques alrededor. Uno de los mejores lugares. Vos te morís. Un silencio total. Lo llamo al viejo y coordino para ir a verla, ¿te parece?

Me quedo mirándola en silencio. Me limpio las lágrimas y siento el ardor del rímel en los ojos. Tengo a Julia sentada frente a mí. La tengo otra vez. No puedo dejar de mirarla. Me tiento y me inclino con intenciones de abrazarla.

—Ni se te ocurra tocarme. Parecés Piñón Fijo. Me vas a manchar toda.

Me levanto de la silla.

—Julia, no puedo aguantar más. —Sigo riéndome.

—Tenés cuarenta y cinco años, ni se te ocurra.

—Me hice pis.

—Me di cuenta. Me voy. No te conozco.

—Esperá.

—Tenés dos segundos para hablar.

—¿Podés llamar al viejo? Quiero decir, ¿al tío Roberto?

—Se llama Ernesto. Y sí, lo puedo llamar.

—¿Julia?

—Te queda un segundo.

—¿Yo te entendí mal o vos pensás acompañarme a ver La Muñeca?

Julia se levanta de la mesa. Se pone los anteojos de sol y se cuelga la cartera en el brazo. Se desenreda el pelo con los dedos. Se me acerca con cuidado para no tocar el piso. Me mira, me toca la mejilla de lejos y sonríe…

—No se me ocurre otra forma de que puedas llegar sin perderte, Carola.

# Agradecimientos

A Magalí, por meterse en la oscuridad solo para intentar mostrarme una manera de salir.

Gracias por resistirlo todo.

A Ana, por la fortaleza. Por la compasión. Por acompañar mis silencios. Por sostenerme la mano mientras dormía.

A Rubén, por llenarlo todo de luz.

A Hernán Bruno, por levantar los guantes cada vez que los tiré. Y cada vez. Y cada vez. Gracias, porque sin vos no sé qué. Ni sé cómo.

A Samanta, por no haberme dejado sola hasta saber que llegué bien. Ojalá regreses algún día. Todavía me pierdo de vez en cuando.



LORENA PRONSKY

Nació en La Plata en 1976 y estudió en la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de su ciudad. Licenciada en Psicología desde 2003, posee una destacada experiencia en el área de la psicología clínica y en el tratamiento de adicciones.
*Rota se camina igual*, su primer libro, resonó en miles de lectores, transformándose en pocas semanas en un éxito. *Curame*, el segundo, confirmó que su voz potente y original se había ganado un espacio indiscutido entre el público. Con *Despierta*, *No amarás* y *Flores en el barro* se consagró como la referente de miles de lectores que buscan mejorar sus vínculos y así sanar su vida. Dicta conferencias en distintos puntos de la Argentina y el exterior.

Foto de la autora: © Alejandra López